

CARD CARLOS SALOTTI

---

# SAN JOSE CAFASSO

Versión de la tercera edición italiana  
por el Excmo. Mons. José Beltrami  
Nuncio Apostólico de Colombia



*Ediciones Paulinas*

(Buenos Aires) FLORIDA  
Avda. San Martín 4350

NIHIL OBSTAT.

ANTONIO J. PLAZA  
*Censor "ad hoc"*

---

La Plata, 24 de Abril de 1948.

IMPRIMATUR

RAFAEL M. CABO MONTILLA.  
*Pro - Vicario Capitular*

## Prólogo del traductor

*Difícilmente podrá encontrarse en tierras de América alguien más ligado que yo a la persona y a las empresas apostólicas de San José Cafasso. Hijo como él del generoso agro piemontés, sentí desde mi infancia el benéfico influjo de su apostolado en la historia agitada de nuestra región subalpina durante el siglo XIX. Seminarista y Sacerdote, la huella inconfundible de aquel gran educador del Clero permanece imborrable en mi espíritu y en mi corazón. Aun sin haber escuchado su vibrante voz en la cátedra, todos los Sacerdotes del Piemonte somos sus discípulos.*

*Y ésta es la característica de Cafasso: concretar en su vida y en su doctrina, las más puras esencias del tipo sacerdotal. El fué ante todo Sacerdote, lazo de unión entre el cielo y la tierra, imagen rediviva del Gran Mediador y por sobre todo su empeño apostólico, se destacó la voluntad y el acierto de modelar corazones sacerdotales según el Corazón misericordioso de Jesucristo.*

*La sentencia escultórica del Breviario sobre San Martín de Tours, parece la mejor radiografía de su alma: "Martinus episcopus migravit a saeculo: vivit in Christo gemma Sacerdotum". Gema, lujo, modelo del Sacerdote católico fué el nuevo Santo, y las líneas fundamentales de su vida pueden condensarse en tres palabras: ciencia, oración y sacrificio.*

*San Bernardo divide a los sabios en cuatro categorías: "Sunt qui scire volunt ut sciant, et haec turpis curiositas est. Sunt qui scire volunt ut sciantur, et haec vanitas est,*

*Sunt qui scire volunt ut scientiam vendant, et hic quaestus turpis est. Sunt qui scire volunt ut aedificent, et haec caritas est."*

La ciencia de Cafasso fué caridad en todas sus manifestaciones. Talento clarísimo y profundo, conocedor de todos los recovecos del humano corazón y del trabajo intelectual de diez y nueve siglos de tradición católica, no investigó por diletantismo, ni gustó como Renán de "caresser sa petite pensée". Su contemplación estaba enderezada a la vida para hacerla más bella, más útil, más santa. Su ciencia desde los juveniles años de "repetidor" en Turín y luego maestro de moral, fue sabiduría.

La sutil herejía de Jansenio con su opresión sistemática del corazón, con su velada y a las veces abierta lucha contra la libertad humana y la misericordia de Dios, con su agostador fatalismo, encontró en Cafasso al clarividente y vigoroso impugnador del norte de Italia. Como Alfonso de Ligorio libró las conciencias del peso abrumador del rigorismo y del probabiliorismo en la Iglesia de Dios, Cafasso cumplió admirablemente esa misión en la Italia subalpina.

Scavini, el célebre moralista de Novara, al salir de una entrevista con el Santo exclamaba: ¡"Qué hombre, este Don Cafasso! No hay otro en la Iglesia de Dios, de más doctrina y experiencia en materia de moral". Pero además del asiduo estudio y por sobre toda inteligencia humana, brillaba en él la sabiduría que sólo comunica a las almas puras el Espíritu de Dios: "Super omnes docentes me intellexi, quia testimonia tua meditatio mea est".

La clave de sus éxitos como profesor y orador sagrado, fué efectivamente su espíritu de oración. Cuanto él aconsejaba a los sacerdotes en los ejercicios espirituales, cuanto inculcaba en sus clases a los alumnos sobre la oración, no era sino el resultado de su experiencia. Unido con Dios en todo momento, especialmente la recitación pausada del Breviario y las festividades del ciclo litúrgico, le daban ocasión para íntimas efusiones del alma con Dios. "Hemos nacido para amar, repetía el Santo, vivimos para amar y morire-

mos para más y mejor amar". Celebraba la Santa Misa como lo han hecho siempre los Santos y en aquel período histórico en que el Jansenismo aridecía los corazones alejándolos del sagrario, Don Cafasso se complacía en dedicar todos sus tiempos libres a al oración ante el Santísimo Sacramento. "El sacerdote, decía él, necesita descanso y alivio en sus arduas ocupaciones: el mejor de todos, es la oración".

En su testamento espiritual, documento admirable de humildad y de profundo espíritu sacerdotal, encontramos cuanto sentía por su Madre, la Santísima Virgen: "Confío mi muerte al amor y ternura de mi buena Madre, la Virgen María. Coloco en su corazón mis postreras horas y mis últimos suspiros. Si, quiero salir de este mundo y llegar a la eternidad en brazos de esta buena Madre. Todos mis gemidos, estertores, miradas, sean una voz que la llamen del cielo para que pueda verla pronto y morir asistido por Ella. Y si por la bondad de su corazón quisiera llamarme a su lado un día a Ella consagrado, sería para mí el más grande consuelo poderle presentar la ofrenda de mi vida en una fecha a ella dedicada, en que el cielo y la tierra festejen su santo nombre y se complazcan en sus misericordias".

Pero la mejor prueba de que su oración y su piedad fueron de buena ley y procedían del Espíritu de Dios, es la constante abnegación de sí mismo y el infatigable sacrificio que constituyó la totalidad de su vida sacerdotal. Jamás pensó en sí mismo, sino en los demás, especialmente en los más pobres, en los más necesitados y en los más pecadores. Su vida de trabajo fué incesante y sus mortificaciones voluntarias, la severidad con que a sí mismo se trató, lo colocan al lado de los más fervorosos anacoretas. Su sobriedad, sus vigiliás, sus cilicios y disciplinas, jamás lo hicieron menos dulce con los prójimos, ni menos misericordioso con los pobres pecadores. A la pobre mujer que le lavaba la ropa, no pudo ocultarle la sangre de sus penitencias. La buena mujer no se pudo contener y le dijo: "Si Ud. tiene necesidad de hacer penitencia, qué será de nosotros que no hacemos nada?" "Vosotros, respondió el Santo, trabajáis

y el trabajo es penitencia. Tened cuidado solamente de hacerlo por amor de Dios”.

Y si queremos resumir de manera densa, grave y sentenciosa lo mejor del espíritu de Cafasso, nos basta oír a Su Santidad Pío XII, en su alocución del 23 de Junio de 1947: “Tal vez nadie como él esculpió en el Clero piamontés de los siglos 19 y 20 su huella; él lo libró del clima árido y esterilizante del Jansenismo y del rigorismo; él lo preservó del peligro de profanarse y sumergirse en la secularización y el laicismo. Al influjo de su espíritu iluminado desde lo alto, a la guía de su segura mano, ¡cuántos ministros del santuario deben su firmeza en el “sentire cum Ecclesia”, la santidad de su vida sacerdotal, la indefectible fidelidad a las múltiples obligaciones de su vocación!”

Cuando hace poco tiempo estuve en la ciudad Eterna, supliqué a mi viejo y querido amigo, el Eminentísimo Cardenal Carlos Salotti, me diera el permiso de traducir su biografía de Cafasso, la que es a mi entender la mejor entre las Obras que salieron de su privilegiada inteligencia y de su incomparable corazón sacerdotal. Me lo dió gustosísimo con el deseo de que su obra aprovechara al Clero y a los fieles de América Latina.

Hoy que el Eminentísimo Autor, “migravit e saeculo”, me complazco en rendir tributo de gratitud a su persona y al grande afecto que nos unió durante veinte años.

También deseo consignar aquí la expresión de mi más vivo reconocimiento para con los Rdos. Padres Salesianos de Colombia, quienes —compenetrados de la trascendental influencia que este nuevo Santo ejerció en el espíritu de la Congregación Salesiana —me brindaron su valiosa y eficaz colaboración en la traducción que hoy tengo el gusto de ofrendar al Clero de la América Latina.

Bogotá, 11 de febrero de 1948.

† GIUSEPPE BELTRAMI.

Arzobispo titular de Damasco.  
Nuncio Apostólico de Colombia.

## Introducción del autor

*La vida de José Cafasso, que escribí con inmenso cariño, fué publicada por primera vez en 1925, cuando Pío XI lo elevaba a los honores de los altares. Habiéndose agotado los muchos millares de copias con ocasión de aquel fausto evento, se publicó una segunda edición un día después de promulgada la Encíclica por el mismo Pontífice, el 20 de diciembre de 1935, en el 56º aniversario de su ordenación sacerdotal. Encíclica magistral fué aquella, en la cual la dignidad, la misión, la virtud, la doctrina y la preparación de los ministros de Dios encontraban una admirable realización en la vida y en el ministerio de nuestro Santo. Aparece nuevamente el libro por tercera vez, en el día felicísimo en que el nombre del humilde sacerdote piamontés es inscrito en el catálogo de los santos por Pío XII, quien le confiere así, con gesto generoso, el más alto honor que se puede conceder a los más fieles seguidores e imitadores de Cristo.*

*El nuevo santo fué en el siglo pasado una de las más fúlgidas glorias de la Iglesia, la que él amó con ardiente amor filial, sirvió con fidelidad inalterable, honró con su actividad apostólica y cuya autoridad y doctrina, libertad y derechos defendió con intrepidez y coraje. Corrían tiempos muy calamitosos. El Enciclopedismo filosófico, la proclamación de la Diosa Razón, la Revolución francesa que fué, según el juicio del apologista Monseñor Fréppel “la más espantosa desviación del libre arbitrio del camino del orden moral”, y los horrores de las barricadas y de los pa-*

tíbulos empurpurados con sangre cristiana habían abierto en la historia un período de hostilidad a la Iglesia, al Pontificado, al clero y al sentimiento religioso de los pueblos. El Piamonte, muy vecino a Francia, sufrió un golpe fatal. Ahora bien: Don Cafasso, que vivió entre los años 1811 y 1860, no permaneció inactivo frente a la guerra despiadada en contra de la misión divina de la Iglesia, y haciéndose educador de almas, contribuyó grandemente a mantener viva la antorcha de la fe y a poner una barrera contra el error y el mal que se recrudecían en la región subalpina.

El ha escrito en la historia del Piamonte una página imborrable de victoria que compartió con otros dos santos: José Benito Cottolengo y Juan Bosco. Son tres astros de primera magnitud, cuya luz se difunde cada vez más clara y fulgente sin que el tiempo y las actividades humanas puedan opacarla. Son tres almas que vivieron de Dios, en aquella intimidad espiritual que fué el secreto de sus grandes éxitos. Son tres portaestandartes que en la oración, en la humildad, y en la caridad más exquisita, enarbolaron una bandera que aún hoy ondea en el cielo de Turín como señal de un poderoso llamamiento hacia las fuentes evangélicas donde ellos bebieron inspiración y energía para la fecundidad de su apostolado. Estos tres admirables modelos de santidad aunque trabajaron en viñas diversas, se alumbraron mutuamente ofreciéndonos una síntesis luminosa de heroísmos que lograron fascinar aún a los espíritus más rebeldes al ideal cristiano. La "Pequeña Casa de la Divina Providencia" en donde Cottolengo derramó las ternuras de su corazón sobre la humanidad doliente; el "Convictorio Eclesiástico", cátedra y centro de la formación y renovación del clero, al cual se dedicó Cafasso con la sabiduría de maestro experimentado; el santuario de la "Consolata" cuyo umbral pasaba frecuentemente para saludar a la augusta Reina de la ciudad, y donde reposan ahora sus restos venerandos; y por fin "Valdocco", tierra privilegiada en la que fijó Don Bosco sus tiendas y organizó firmemente la Sociedad Salesiana que hoy difunde por todas partes el nombre y el reinado de Cristo... son monumentos que, conservando perennes a través de los siglos el recuerdo de las gestas y los



nombres de aquellos gigantes del apostolado, han dejado un profundo surco en la conciencia de las poblaciones subalpinas.

Estoy convencido de que esta laboriosa región de Italia, como se estremeció de alegría cuando José B. Cottolengo y Juan Bosco fueron ceñidos con la aureola de los santos, así, con la misma alegría, y entusiasmo, celebrará el grande acontecimiento, por el cual Pío XII, desde la cátedra infalible de San Pedro y en la presencia de las multitudes congregadas bajo la cúpula de Miguel Angel, tributará a Don Cafasso los supremos honores de la canonización. En aquella hora solemne, será para mi motivo de legítima satisfacción el recuerdo de haber contribuído modestamente, en mi calidad de Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos y Relator de la causa de José Cafasso, al reconocimiento de su santidad, en el estudio de los nuevos milagros que Dios obró por medio de su valiosa intercesión. Y por el amor que profeso al Santo, me será siempre placentero rememorar las palabras que el 26 de Julio de 1907 escribía el venerando purpurado Agustín Richelmy, Arzobispo de Turín: "Por qué no nos fué dado contemplar la mística belleza de aquel rostro dulcísimo? Por qué no pudimos asistir a esas lecciones incomparables y escuchar de sus labios esos consejos llenos de sabiduría celestial que tranquilizaban las conciencias y abrasaban los corazones?" Aunque mis lectores, que viven 87 años después de nuestro santo no hayan tenido la dicha de conocerlo ni de oír directamente de sus labios la enseñanza de la verdad ni de aprender de su fervor de apostolado la práctica cotidiana del bien, me auguro, sin embargo, que en estas páginas en las que nada he escrito que no esté comprobado por testigos oculares dignísimos de fe y por documentos auténticos puedan ellos encontrar un pálido fulgor de esa brillante luz que irradió la figura de este atleta de la fe e ilustre campeón de la perfección sacerdotal. Y séame permitido augurar que esta "Perla del Clero" sea guía y faro de luz para mis hermanos en el sacerdocio, que inspirándose en los nobles ejemplos de sus virtudes y

*de sus fatigas apostólicas, se sientan impulsados a renovar el alma y la faz de nuestra querida patria, para que de las horas amargas del presente tome consejo y fuerza para emprender de nuevo en la historia la alta misión de fe, de cultura y de civilización cristiana que la Divina Providencia le ha confiado.*

CARDENAL CARLOS SALOTTI.

## CAPITULO I

# DE LA NIÑEZ AL SACERDOCIO

En torno al hogar — Pequeño apóstol — Estudiante y clérigo — En el seminario de Chieri — El altar.

### EN TORNO AL HOGAR.

Toda ciudad, pequeña o grande, se enorgullece justamente de haber visto nacer a los que supieron dar renombre a la tierra natal con la virtud y con la ciencia. Aún los más pequeños caseríos recuerdan con sentimientos de campesino orgullo a aquellos de sus hijos que dejaron feliz memoria de su nombre y de sus hechos. Son legítimas satisfacciones que forman las glorias de nuestros pueblos, las cuales, conservadas con celoso cuidado, enriquecen el patrimonio de una estirpe y la hacen grande ante la historia de la civilización.

Castelnuovo de Asti puede llamarse un pueblo afortunado. Hoy se llama Castelnuovo Don Bosco. Aunque en lo civil pertenece a la provincia de Asti, para los efectos eclesiásticos ha sido agregado a la ilustre arquidiócesis de Turín. Situado al pie de un ameno y fértil collado que lo defiende de los vientos boreales, está habitado por familias de trabajadores que obtienen el sustento, y aún cierta holgura, del honesto trabajo de los campos. Las tradiciones religiosas están fuertemente arraigadas en el alma tenaz de este pueblo que ama su iglesia, a su párroco y las fiestas de sus santos con una pasión que el vaivén de los tiempos no ha logrado disminuir.

Esta población se ha hecho célebre en todo el Piamonte porque en el siglo XIX nacieron en ella San José Cafasso, Juan Bosco, ilustre fundador de la Sociedad Salesiana, quien, coronado con la aureola de los santos, es venerado en todo el mundo; Juan Cagliero, intrépido misionero que llegó a ser Cardenal de la Iglesia; un arzobispo titular, el teólogo Juan Bautista Bertagna; Monseñor Mateo Filipello, obispo de Ivrea; es también famoso Castelnuovo por haber tenido como párroco y vicario foráneo por veinticinco años a Juan Bautista Rossi, quien fué más tarde obispo de Pinerolo. Son seis nombres de personajes notables que prestaron inmensos servicios al catolicismo, ilustrándolo con el fervor de su piedad y las obras de su apostolado.

José Cafasso nació el 15 de enero de 1811 de Juan Cafasso y Ursula Beltramo, y al día siguiente fué bautizado en la iglesia del Apóstol San Andrés. Fué el tercero de los cuatro hijos de ese matrimonio. Francisca y Pedro le habían precedido; dos años después de él nació Ana María, quien contrajo matrimonio con José Allamano y fué la afortunada madre del canónigo José Allamano, rector del Colegio Eclesiástico y del santuario de la Consolata, en Turín, fundador del Instituto de los Misioneros de la Consolata para el Africa, quien con tanto celo promovió la causa de la beatificación de su tío materno, José Cafasso.

Velaron con solícito cuidado la cuna del pequeño Josecito sus padres, piadosos y honestos campesinos que cultivaban un modesto patrimonio de su pertenencia. Juan, el padre, sencillo y recto, era asiduo a las funciones de la Iglesia y estaba inscrito en dos cofradías religiosas cuyas obligaciones cumplía fielmente. Ursula era tenida como modelo de verdadera madre cristiana. Según testimonios que el canónigo Allamano recibió de sus mayores, fué una mujer de carácter viril, llena de caridad hacia los pobres, buscada y deseada por todos en toda suerte de necesidades. Tenía gran ternura y compasión especial para con los enfermos, a los que preparaba ciertos remedios, y tenía siempre listas velas, sábanas y almohadas que daba a los más po-

bres, cuya habitación aseaba y ordenaba para que el Santo Viático fuera dignamente recibido. Hubo personas que la hicieron llamar para ser asistidas por ella en el momento de la muerte.

Bajo la guía de este ángel tutelar germinaba la florecilla que en los ejemplos hogareños encontraba el rocío y la luz que la alimentaban. Amante de la piedad y de la virtud, huía Josesito de las diversiones pueriles y prefería más bien la soledad, aunque se mostraba siempre alegre, jovial y gracioso. Dócil y obediente, nunca se quejaba de nada. Indiferente ante la calidad de los alimentos, demostraba tener una templanza muy superior a su edad. Consagraba ciertos días a particulares actos de mortificación, y santificaba el sábado de un modo especial con un riguroso ayuno en honor de la Sma. Virgen. Por esto, no maravilla que fuese objeto de complacencia de parte de sus padres, y que aún sus coetáneos, admirados de su purísima vida de ángel, lo llamaran "el pequeño santo".

Las almas sencillas de los campesinos saben como por intuición, por instinto divino, que los hechos sobrenaturales son revelados por Dios sobre todo a las almas buenas y predestinadas. Ahora bien; según nos narra Mons. Bertagna, durante la primera edad juvenil de Cafasso, se había esparcido la voz de que en Castelnuovo, en la región de Lampaia, se veía en la hendedura de una roca la imagen de Nuestra Señora. Muchos venían a observar y algunos afirmaban haberla visto, mientras otros decían que nada se veía. Los comentarios que se hacían eran muchos. Para la buena Ursula y para sus amigas, si había en la población uno digno de ver a la Virgen, no podía ser sino Josesito; si había alguno a cuya palabra se pudiese prestar fe, no podía ser sino él. Por esto aquella mujer dijo a sus amigas: Mandaré a mi hijito, y si él ve a la Señora, creeré; y si dijera que no la ha visto, diré que no es cierto nada de lo que se afirma. El niño, conducido al lugar, de-

claró que no había visto nada y todo el rumor sobre la fingida aparición cesó al instante. (1)

La iglesia y la escuela fueron los primeros lugares frecuentados por el niño. La iglesia, donde Dios habla por medio de sus ministros a las almas, a las que hace sentir el gusto de la vida sobrenatural; la escuela, donde el maestro cultiva la inteligencia y disciplina la voluntad. La luz que de la iglesia y de la escuela va a las almas, cumple e integra aquella formación del hombre, del cristiano y del ciudadano, que había sido comenzada en torno al hogar doméstico.

Era párroco de la iglesia de Castelnuovo Don José Benito Sismonda, uno de aquellos sacerdotes fervorosos y activos que, a la pureza de la vida, saben juntar el celo por la salvación de las almas. Este hizo gustar al pequeño José las delicias de la Religión. En efecto, el niño iba gustoso a la iglesia, tomaba parte en las sagradas funciones, ayudaba la Misa al párroco, vestía la sotana y el roquete, y era tan devoto y tan piadoso que llamaba la atención de los fieles. Frecuentaba el Catecismo, y acaso porque era de inteligencia más despejada era el primero en aprender la doctrina, por lo que fué el predilecto del párroco, quien no sólo le regalaba libros de devoción, sino que le pedía su ayuda en las obras de su ministerio.

Igual cariño sintió por la escuela, en la que fué su primer maestro Don José Musso, que había sido su padrino de bautismo. Iba a ella tomando una callejuela áspera y desierta, y estudiando con el libro en la mano, pues no gustaba ser perturbado. Fué para sus condiscípulos un modelo en el estudio y en la virtud. Hacía con diligencia sus tareas y alternaba sus fatigas escolares con piadosas jaculatorias y con el ofrecimiento continuo de su corazón a Dios. Sus compañeros, aún los de edad más avanzada, lo amaban aunque se viesan superados por él. Un coetáneo suyo, Pío Gribando, refiriéndose a aquellos tiempos, nos

---

(1) Proceso ordinario. sesión XXVII.

atestigua: "Don Cafasso era mi compañero de escuela, y en asuntos de estudios, siempre me superaba; y de aquí que cuando yo no entendía ciertas cosas recurría a él para pedir explicaciones, y él me las daba siempre con placer. Para recompensarlo generosamente por cuanto había hecho por mí, le prometí dos mirlos, pero... Oh inconstancia juvenil... después no se los di. Pero estoy seguro de que Don Cafasso me habrá perdonado.

#### PEQUEÑO APOSTOL.

Josesito no paraba en bagatelas. Siempre estaba dispuesto a procurar el bien de sus compañeros, gustando ya anticipadamente las alegrías del apostolado. Y es cosa maravillosa ver a este niño que, desde muy tierna edad, ejecuta obras de caridad con ese espíritu que animó siempre a los santos del cristianismo. Recibiendo de su madre pan y dinero para distribuirlos a la puerta de la casa, se adiestró solícitamente en este ejercicio del bien, y se industriaba como podía para dar limosnas a los pobres, imitando la generosidad materna.

Por amor a los necesitados, en los que veía la persona del Salvador, se privaba de todo placer y diversión, renunciaba a las cosas más lisonjeras y necesarias para un niño, guardaba un panecillo, una fruta, sus golosinas; y los primeros pobres que se le presentaban gozaban de las delicadezas de ese sacrificio, hecho por amor de Dios. Y es bueno advertir desde ahora, que los actos de la vida de nuestro santo, comenzando por los de su niñez, se fundaban en un sincero y grande amor al Señor, que hablaba a su corazón y encaminaba todos sus pasos hacia el bien. Por este motivo, al ver a su madre ocupada en preparar remedios muy costosos para los pobres se apresuraba a decirle dulcemente:

**Maná, ayuda a los pobres por amor de Dios.**

La inclinación que sentía a hacer el bien al prójimo era en él casi irresistible; y no se detenía en socorrer las necesidades del cuerpo ni en proveer a las necesidades temporales, sino se preocupaba principalmente por el alma del

prójimo, procurando iluminarla y ayudarla de cualquier manera, siempre que se tratase de impedir el mal o de incitar al bien. Los que lo conocieron en esa primera edad de la vida cuyos recuerdos se graban tan profundamente en el alma, están acordes en afirmar que Josesito a la edad de diez años ya era entre los suyos un pequeño apóstol.

Sabemos, en efecto, que era muy solícito en dar buenos consejos, en reconciliar a los hijos con los padres, a los amos con los criados, en ser mensajero de paz entre los compañeros que peleaban, en invitar a unos y a otros a pedirse y concederse mutuamente el perdón, diciendo a cada uno: "Si no perdonas, al rezar el Padrenuestro pides a Dios que te castigue". Deseaba además que sus compañeros aprendiesen bien el catecismo y hacía todo lo posible para salir con su intento. Igualmente invitaba por las tardes a los criados y campesinos a rezar el Rosario; y ninguno, ni aún durante la siega, cuando los oficios del campo no dejan tiempo disponible, se negaba a aceptar la invitación que les hacía Josesito. Se cuenta también que estando en casa de la familia Cafasso un vaquero tartamudo al que ninguno había podido hacer aprender las oraciones del cristiano, nuestro santo logró enseñarle, palabra por palabra, las oraciones que los buenos cristianos deben rezar todos los días.

Ni aún aquí se detenía el celo del simpático adolescente. Su más ilustre biógrafo, el sacerdote Nicolás de Robilant, apoyándose en los testimonios de sus contemporáneos, nos cuenta que el pequeño José salía frecuentemente para ir en busca de compañeros, de parientes y amigos, y los invitaba a su casa. Una vez reunidos, les hacía señal de arrodillarse y hacer con él una breve oración. Después subía a una silla que le servía de púlpito, y desde allí hacía un sermón, es decir, repetía las pláticas oídas en las iglesias o narraba historias edificantes. La precisión con que repetía las prédicas oídas y la desenvoltura y prontitud con que hacía las suyas eran admiradas por todos los invitados que llenaban la antesala de la casa o el establo, y



que después de haberlo escuchado aún por una hora, quedaban de tal manera dominados por el deseo de oírlo nuevamente, que preguntaban insistentemente cuándo podrían volver. (1)

San Juan Bosco, rememorando estas primicias de apostolado que honran la niñez de Don Caffasso, notaba: “era de pequeña estatura, y su cuerpo estaba casi todo en la voz; por eso al contemplar aquella faz angelical, aquella boca de la que brotaban palabras y conversaciones superiores a la edad, todos maravillados profundamente, exclamaban con los que conocieron la niñez de Juan Bautista: “¿Qué será de este niño en el futuro?”

Este testimonio de persona tan autorizada como fué el padre de la familia Salesiana, me hace venir a la mente un paralelo: José Caffasso y Juan Bosco eran casi coetáneos, el segundo nació cuatro años después del primero. También eran coterráneos, pues Don Bosco nació en una aldehuela de Castelnuovo en la localidad llamada de los Beechi. Ahora bien: ambos desde la primera adolescencia obraron como pequeños y sabios apóstoles entre sus compañeros, dándoles platiquillas y animándolos a la oración. Don Rua nos habla así de Don Bosco: “Desde la primera niñez del siervo de Dios ya era impulsado por el celo del bien espiritual de sus compañeros, y se ocupaba, especialmente en los días festivos, en distraerlos alegre y piadosamente. Al mediodía los reunía en el patio de su casa, los entretenía con varias diversiones gimnásticas y de otros géneros y contándoles parte de lo que había oído en el sermón, o de lo que había leído durante la semana; en cierto punto, interrumpía sus narraciones para invitar a los compañeros a cantar las letanías, o cualquier alabanza piadosa o a recitar el santo Rosario”.

El paralelo no puede menos de resultar grato a los admiradores de los siervos de Dios. El uno era digno del otro. Los dos habían sido destinados por la divina Providencia para grandes cosas.

(1) Vida de Don Caffasso, por Luis Nicolás Robilant.

## ESTUDIANTE Y CLERIGO.

Nuestro jovencito amaba mucho el estudio, pero todas las enseñanzas de las escuelas públicas en Castelnuovo se reducían en esos tiempos a la escritura y la lectura, a las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética, a los principales rudimentos de la gramática italiana y al catecismo. Terminados estos estudios, ¿qué quedaba por hacer? En realidad, el trabajo de los campos, las pesadumbres del mundo y las preocupaciones del siglo no se habían hecho para él. Su alma anhelaba algo más alto y más noble. Una voz misteriosa le hacía entrever horizontes más vastos y serenos y le mostraba otros campos de actividad donde ya se delineaba ante su espíritu de adolescente la visión del apostolado en toda la plenitud divina de su belleza, mezclada con luchas y sacrificios, pero también con las glorias más puras, que son reservadas para los ministros del santuario.

El acariciaba aquella visión que estaba en pleno contraste con las ocupaciones campestres, por las que comenzaba a sentir cierta repugnancia; tanto, que un día, volviendo del campo, prorrumpió en esta expresión: “¡Oh, yo no he nacido para esto. Siento que el Señor me llama por otro camino”.

Entre tanto, el sacerdote Moglia, que conocía muy bien a Josesito, y, estudiando su índole, había concebido de él las más bellas esperanzas, lo había encaminado en el estudio del latín por dos años, terminados los cuales, declaró a los padres que el discípulo era digno de beber aguas mejores y que por eso les recomendaba no dejaran perder tantos tesoros de bondad escondidos en aquella alma.

Los padres, aunque escaseaban de medios y no estaban muy dispuestos a desprenderse del hijo, decidieron enviarlo a Chieri, ciudad profundamente religiosa, donde podría proseguir sus estudios y continuar robusteciendo su piedad. Antes de partir, Josesito recibió el sacramento de la confirmación el 16 de septiembre de 1823 en la iglesia de San Juan Bautista, de la vecina población de Moncuoco.

Es extraño que a los trece años no hubiese recibido aún este sacramento, que hace de todo fiel un valeroso soldado de Cristo. Es aún más extraño que, en aquella edad, un joven tan piadoso e inteligente no hubiese sido admitido a la primera comunión. Llegado a Chieri y frecuentando en las tardes de los días festivos los catecismos de los Padres Jesuítas en la iglesia de San Antonio, quedó muy sorprendido y humillado cuando aquellos lo reprendieron porque a pesar de sus trece años, aun no había sido admitido a la primera comunión. Aquellos Padres creían que tal retardo se debía a negligencia en el estudio, pero pronto pudieron admirar el saber y la piadosa conducta del jovenito. Estos retardos eran fruto de ciertas máximas rígidas que el Jansenismo había sembrado y difundido en las sierras piamontesas.

Confortado luego con el Pan divino, el joven Cafasso vivió en Chieri una vida edificante y morigerada, bajo la amorosa dirección de los esposos Cumino, óptimos cristianos; en ellos volvió a encontrar un padre y una madre que continuaron la educación doméstica. Frecuentando después las clases del Colegio cívico, donde tuvo como maestro al Padre Giusiana, celeberrimo en sus tiempos, y al Padre Vicente Raviola, fué un ejemplo para sus condiscípulos. Un día estando discurrendo algunos estudiantes de filosofía a la entrada del colegio, alguien pronunció una palabra poco delicada que fué oída por Cafasso, quien se alejó inmediatamente y de tal modo, que todos se dieron cuenta de la razón de su alejamiento, quedando por ello muy edificados. En los días festivos era asiduo a las congregaciones piadosas del colegio y todos los días iba con la dueña de casa a la vecina iglesia de San Bernardino para oír la primera Misa, y otras veces a la de Santo Domingo para recitar con los Padres el santo Rosario, para desahogar su ardiente devoción a la Virgen. De su continente y de sus actos emanaba un perfume de piedad angelical, por lo que sus compañeros no lo llamaban con otro nombre que con el de **nuevo San Luis**.

De su actividad en el estudio, el sacerdote Angel Cassassa que fué su coetáneo y condiscípulo en las aulas de Chieri, nos deja un magnífico testimonio que bien merece ser recordado.

“Jamás llegaba Cafasso a la clase entre los primeros, así escribió el citado sacerdote, para no tener parte en las disipaciones, peleas, altercados, tumultos y toda aquella suerte de bufonadas que por lo regular ocurrían al tiempo de la entrada, antes de que llegara el maestro. Como su cuerpo era débil y algún tanto defectuoso, los compañeros más insolentes, que jamás faltan en ninguna escuela, lo hacían objeto de sus burlas, y golpeándolo con el puño uno de sus hombros que era más alto que el otro, le decían palabras de mofa, refiriéndose a su cuerpo o a su apellido ‘‘Cafasso’’, algo semejante a **Caifasso** o **Caifás**. Más el soportaba todo con buenas maneras y no respondía sino con sonrisa inocente o con cualquier palabra sencilla para hacer cesar las injurias y las befas, y jamás con expresiones injuriosas, jamás con señales de irritación o con un acto que expresase deseos de venganza.

Así como era tolerante con sus compañeros, era respetuosísimo y obedientísimo a sus superiores, atento y diligente en sumo grado a los más pequeños deberes estudiantiles. Yo no recuerdo que jamás se haya notado en él la más pequeña omisión o que haya merecido reprensión alguna. Puedo asegurar que durante los dos últimos años de humanidad y de retórica en los que me dió sus lecciones, mucho me admiraba el que las supiese siempre al pie de la letra y las diese con facilidad y prontitud. El sábado, día en que se repetían todas las lecciones de la semana y que por esto las llamábamos sabatinas y que en retórica se hacían más largas y fastidiosas, él demostraba la misma prontitud e igual facilidad, tanto que, para no perder tiempo, me contentaba con oírle algunas palabras de una y otra parte’’. (1)

---

(1) Biogr. de Don Cafasso, por Juan Bosco.

Terminados los estudios de retórica el año 1826, el joven Cafasso habría podido entrar en el Seminario arquidiocesano de Turín, como ardientemente lo deseaba; pero debido a la insuficiencia de puestos hubo de permanecer en Chieri por otros dos años, asistiendo a las clases de Filosofía del Padre Sibilla en el Colegio cívico.

Entretanto vistió el hábito eclesiástico en la iglesia parroquial de Chieri en 1º de julio de 1827. Ya clérigo, hizo el propósito de hacerse santo, y continuó viviendo santamente. Solía decir que el joven que abraza el estado eclesiástico debe persuadirse de dos grandes verdades: que se ha vendido al Señor y que por tanto el mundo no tiene nada que ver con él; y que cuando recibe el hábito eclesiástico debe imaginarse que lo recibe del mismo Jesucristo que en ese momento le dice: **Tu es lux mundi...** eres la luz del mundo. Estas dos verdades le quedaron profundamente grabadas en el alma.

Obligado a permanecer en Castelnuovo en donde por dos años atendió a los estudios teológicos bajo la dirección del nuevo prevoste Don Bartolomé Dessano, sacerdote muy distinguido por su cultura teológica, dejó allí luminosas huellas de celo y de piedad eclesiástica. Acompañaba el Santo Viático a los enfermos con una gravedad y devoción que inspiraban reverencia. Atendía a los catecismos en la parroquia y encaminaba a los niños por el sendero del bien. Era generoso con los pobres, a los cuales distribuía todo el pan de la casa. Las mujeres de la población decían en sus conversaciones que jamás habían visto un clérigo tan ejemplar y pronosticaban que llegaría a ser algo grande. Los muchachos de la población lo rodeaban de respeto; los otros clérigos se unían a él quedando siempre muy edificados, y los mismos sacerdotes del lugar, admirando su compostura y dignidad de vida, se sentían como sugestionados.

No puedo menos de referir aquí una encantadora página de San Juan Bosco, quien no sólo atestigua cuán ajeno fuese el clérigo Cafasso a las diversiones, aun las más licitas, sino que nos narra el primero y feliz encuentro de esas dos grandes almas.

“Corría el año de 1827, escribe Don Bosco, y en Murialdo, pequeño caserío perteneciente a Castelnuovo de Asti se festejaba la Maternidad de María Santísima, que era la principal solemnidad para aquellos habitantes. Unos se ocupaban en preparar las cosas de la iglesia, mientras otros estaban como espectadores o tomaban parte en los diversos juegos y diversiones. Vi uno solo alejado de todo espectáculo, y éste era un clérigo de baja estatura, ojos centelleantes, aire afable y rostro angelical.

Estaba apoyado contra la puerta de la iglesia. Yo quedé encantado de su semblante, y aunque apenas contaba doce años, movido por el deseo de hablarle me dirigí a él, y le hablé así: Señor Cura, ¿desea presenciar alguno de los espectáculos de nuestra fiesta? Yo lo conduciré de muy buena gana a donde usted quiera. El me invitó afablemente a acercarme y comenzó a interrogarme sobre mi edad, estudios, si ya había sido admitido a la primera comunión, con qué frecuencia me confesaba, y otras cosas semejantes. Sus palabras me ganaron completamente; respondía de muy buena gana a cada una de sus preguntas; después, como por agradecerle su gentileza, le repetía el ofrecimiento de acompañarlo a ver cualquier espectáculo o novedad. —Mi querido amigo, me respondió, los espectáculos de los sacerdotes son las funciones de la iglesia. Mientras más devotamente se celebren, tanto más agradables son nuestros espectáculos. Nuestras novedades son las prácticas de nuestra Religión, que siendo siempre atrayentes deben frecuentarse asiduamente; estoy esperando que abran la iglesia para poder entrar. Me animé a continuar la conversación, y añadí: es cierto lo que me dice; pero para todo hay tiempo; tiempo para ir a la iglesia y tiempo para divertirnos.— El se puso a reír y terminó con estas memorables palabras que fueron como el programa de las acciones de toda su vida: —El que abraza el estado eclesiástico se vende al Señor y de cuanto tenga en el mundo nada debe interesarle tanto como aquello que pueda redundar en mayor gloria de Dios y provecho de las almas.— Entonces, muy maravillado,

quise saber el nombre de aquel clérigo cuyas palabras y cuya compostura manifestaban tan a las claras el espíritu del Señor. Supe que era el clérigo José Cafasso, del que ya había oído hablar muchas veces como espejo de virtud”.

#### EN EL SEMINARIO DE CHERI.

Finalmente se abrió el camino del Seminario al clérigo Cafasso: Mons. Chiaverotti, arzobispo de Turín, para proveer a la escasez de puestos en el Seminario mayor había obtenido del municipio de Chieri, la antigua casa de los Padres del Oratorio, que había llegado a ser la sede del Colegio Cívico, y abrió un seminario para los jóvenes que no aspiraban a grados académicos. José Cafasso ingresó en los primeros días de noviembre de 1830, y allí permaneció por tres años para seguir el curso de teología. Cuando pasó el umbral de aquel seminario, ya había sido promovido desde el 18 de septiembre, a la tonsura y a las órdenes menores en Turín y en tal ocasión el municipio le concedió un beneficio simple con el rédito de 636 liras anuales y con la obligación bastante grave de una misa diaria todos los días no festivos y de una aniversaria.

El Seminario de Chieri fué para nuestro joven una palestra de piedad, de estudio y de disciplina. Son estas las tres condiciones indispensables sin las cuales no puede haber formación sacerdotal y no habrá celo de apostolado.

En torno a la piedad del nuevo seminarista se tienen notables referencias de sus condiscípulos, quienes nos lo representan lleno de fe y amor de Dios, y muy solícito por las cosas espirituales. Recitaba diariamente el Oficio de la Virgen, y frecuentemente también el Breviario, con una compostura digna y devota. Gustaba meditar las máximas eternas, durante los recreos llevaba el pensamiento de sus compañeros a este argumento de capital importancia. Habiéndose escogido un confesor entre los mejores de Chieri, se recreaba al tribunal de la penitencia más frecuentemente que los otros.

Tímido y delicado de conciencia, conservó intacto su candor, que también aparecía en su porte exterior. Jamás hablaba ni bien ni mal de sí; huía de toda conversación mundana; nunca demostró amor alguno a las cosas e intereses terrenos; no se preocupaba mucho de su porvenir, y se había abandonado enteramente a la divina Providencia. Vestía decentemente pero sin refinamiento; era parco en la comida sin quejarse de lo poco ni rehusar lo mejor; era devoto sin pompa, humilde y sencillo, pero siempre ajeno a cualquier ostentación. Tal fué el Siervo de Dios cuya piedad era llamada *exquisita*. En el estudio no fué superado por ninguno. Memoria portentosa, ingenio no común, aplicación infatigable, voluntad pronta y decidida, diligencia suma, fueron las dotes que lo distinguieron. Por testigos oculares, sabemos que en el salón de estudios jamás disturbaba a los vecinos y no perdía un solo instante de tiempo. Fijos los ojos en el libro no los levantaba de él hasta el fin del estudio; ni siquiera cambiaba la posición tomada desde el principio. Si algún compañero lo punzaba para hacerle hablar, él se limitaba a dirigirle una mirada y una ligera sonrisa. Interrogado en la clase, salió siempre airoso. Nunca tuvo miedo de los exámenes, ni jamás puso su complacencia en sus espléndidos triunfos. Una vez, encargado de objetar en una disputa teológica, le fué recomendado por el profesor no hacer embrollar al expositor. Se temía que, agudo como era en sus argumentaciones, pusiese al compañero en dificultades o en la imposibilidad de responderle.

La disciplina era para él una ley sagrada que debía ser siempre respetada escrupulosamente. Para con los superiores fué en toda ocasión obediente y respetuoso; nunca se quejó de sus disposiciones cuando éstas herían el ánimo de los jóvenes, ordinariamente impulsivos y susceptibles a toda novedad. Una vez se adoptó para la clase un tratado que no gustaba a los alumnos; otra vez suprimió un paseo más largo que se solía hacer el jueves después de Pascua y al cual iba unida una refección especial. En ninguna



de las dos circunstancias salió una palabra de lamento de la boca de Cafasso. Nunca tuvo con los compañeros quejas ni disgustos. Aunque no acostumbraba tomar parte en sus juegos, se mostraba, sin embargo, jovial y lleno de amabilidad; esquivo a todo aquello que tuviese sabor banal y bufonesco; alguna que otra vez dejaba escapar algunos chistes y bromas que, contenidos dentro del límite de la honestidad, no herían a ninguno y eran motivo de inocente solaz; ateniéndose a las palabras y al espíritu del reclamo, fué para todos modelo de orden, de compostura y de disciplina.

Por este motivo fué amado y estimado de condiscípulos superiores. Con aquel aire de sufrimiento y con aquel aspecto pálido que no siempre concilian la benevolencia y simpatía de los otros, logró, sin embargo, conquistarse el afecto de sus compañeros que, a pesar de verlo con aquella deformidad del hombro derecho, que hacía característica su persona, nunca se bafaron ni burlaron de él. Antes, venidos por la poderosa influencia que ejercía sobre sus alumnos: se sentían impulsados al bien por su ejemplo, como por una fuerza secreta. También los superiores lo tuvieron en grande estimación. Al mirar a este modelo de clérigo que, cual una lámpara, inundaba de suavísima luz aquel cenáculo de formación eclesiástica, incitando a todos con su tenor de vida a la observancia de cada uno de los deberes de su oficio, llegó a ser familiar el dicho de que “en el clérigo Cafasso no había existido el pecado original”.

El mejor elogio que se puede hacer de este joven seminarista es el que de él escribió uno de sus condiscípulos, el sacerdote Esteban Monsello: “Era un seminarista tal como lo puede desear un director; un escolar tal como lo puede desear un profesor; un compañero tal como lo puede desear un compañero”. Esta parece una de aquellas inscripciones lapidarias que en pocas líneas entretienen una historia y retratan un carácter.

En los registros del Seminario de Chieri, fué honrado con el título de **benemérito**, como un alumno óptimo en el

ingenio, en la diligencia y en la piedad; este título era de suma alabanza y se concedía sólo a los mejores entre los óptimos. El último año le fué conferido también el cargo de prefecto con el voto unánime de los superiores y el aplauso de los compañeros que mucho se alegraron de ser confiados a los cuidados espirituales del buen clérigo, que en la práctica de la virtud y el amor por la perfección cristiana corría ya con pasos seguros de gigante.

#### EN EL ALTAR.

Estando ya al fin de sus estudios teológicos no anhelaba sino el momento en que pudiese realizar su ideal. ¿Qué había deseado ardientemente por tantos años sino llegar al altar de Cristo para inmolar en él la Víctima inmaculada? ¿Qué cosa había pedido con mayor fervor al Señor sino apartarse completamente del mundo para ofrecerle a El, a El solo, su juventud, su corazón, sus obras, su apostolado? Mientras deseaba ardientemente el instante de satisfacer sus nobles ideales, se alternaban en el joven clérigo, temores y alegrías, ansias y consuelos, y dado del todo a sagradas meditaciones al más suave fervor de la oración, se abandonaba con fe en los brazos de su Dios, cuya llamada clara e imperiosa, le había señalado como meta y campo de sus batallas el sacerdocio, del cual había comprendido José Cafasso toda la belleza y dignidad. Ya había sido promovido al Subdiaconado el 7 de abril de 1832, por Mons. Franson, nuevo arzobispo de Turín, y el 23 de marzo del año siguiente recibió del mismo, junto con el diaconado, el carácter de ministro de Dios. En la Pentecostés de aquel mismo año habría podido ser ordenado sacerdote, pero le faltaba la edad requerida. Sólo el 21 de septiembre de 1833, con dispensa de quince meses y veinticinco días fué ordenado por Mons. José Cavallari, obispo de Bobbio, con la debida autorización del arzobispo de Turín. Al día siguiente, día de fiesta, celebraba su primera Misa en el pueblo que lo vió nacer, ante sus parientes y paisanos, que participaban en aquel rito de intensa conmoción y de santa alegría.

Aquel día quedó inolvidable para muchos: para los piadosos padres, que se complacían en el hijo que ya por su virtud era ornamento del pueblo y del clero; para aquellas almas devotas que asistiendo a su primera Misa, lo vieron lleno de un fervor tan grande, que ya desde entonces pronosticaron que llegaría a ser un santo; y para todo el pueblo que había tenido ocasión de apreciar la vida ejemplar del joven levita. Pero la fecha y las impresiones de aquel día quedaron sobre todo grabadas en el alma y en el corazón de José Cafasso que, en el curso de su vida, razonando con sacerdotes, se deleitaba en recordar aquel tiempo feliz en el que se había decidido a volver la espalda al mundo; y al recordar el momento en que por su sagrada ordenación había sido como arrancado de esta tierra para ser transplantado a las regiones celestes, exclamaba: "¡Oh qué venturoso fué para nosotros aquel día. Sería necesaria una eternidad para dar gracias al Señor".

Nosotros sacerdotes, ya maduros en los años y en la experiencia, cuando recordamos el día en que en nuestro pueblo natal, en presencia de nuestro padre y nuestra madre, que hoy descansan en la paz del cementerio, celebramos el rito del primer sacrificio, probamos alegrías indecibles, si permanecemos fieles a la vocación. Pero si desgraciadamente perdemos el entusiasmo por nuestros deberes y afeamos la estola sacerdotal, el recuerdo de aquel día es amargo, y causa angustias espantosas. El Sacerdocio es una dignidad tan alta y tan pura, que impone ataduras de sacrificio y trae consigo graves responsabilidades. ¡Ay de aquellos sacerdotes que hubiesen de arrepentirse de aquel paso dado y del primer sacrificio que celebraron! José Cafasso, no conoció las ansias y las torturas de tales arrepentimientos. "Vivo feliz, repetía durante su vida apostólica, de ser sacerdote; es éste el camino más seguro para subir muy alto al paraíso, y conducir allí a tantos otros;... si no lo fuera, me haría sacerdote".

Cuando vistió la sotana, dijo: "No quisiera ser un sacerdote como mi padrino". Con tales palabras había querido

significar que no quería hacerse sacerdote solamente para celebrar la misa y rezar el Breviario, o para darse una vida cómoda, sino solamente para consagrarse a la salvación de las almas y para hacerse santo. Y mantuvo su palabra. En efecto, apenas ordenado sacerdote, se postró a los pies del Crucifijo, diciéndole: “Señor, Vos sois mi heredad, mi delicia, la vida de mi corazón para siempre. Pero, oh Señor, no sólo deseo ser todo vuestro sino que deseo hacerme santo muy pronto. Busque en buena hora el mundo la vanidad, los placeres y las grandezas terrenas; yo no busco ni deseo otra cosa sino hacerme santo, y seré el más feliz de los hombres haciéndome pronto un gran santo”.

Nunca le faltó esta felicidad, pues, correspondiendo plenamente al llamamiento de Dios, hizo toda clase de esfuerzos para llegar a la santidad. Y no se pueden leer sin conmoción las palabras que Don Cafasso escribió después en el **Ejercicio de la Buena Muerte**: “Estando para terminar mi misión sobre la tierra, rindo y entrego a Dios la grande vocación con que El ha querido honrarme”. Si cada sacerdote pudiese repetir en el instante de la muerte estas sublimes palabras, plenas de un significado tan alto, demostraría haber sido fiel a los propósitos tomados delante de Dios el día de la ordenación sacerdotal, como le fué fiel este incomparable sacerdote.

## CAPITULO II

# MODELO DE SACERDOTE

**La cultura — El espíritu de oración — Compostura externa — Fisonomía moral — En los honestos esparcimientos.**

### LA CULTURA.

Dios y el mundo exigen del sacerdote cualidades morales superiores a las de los demás hombres, y un modo de vivir imposible de censurar. Tal exigencia de parte de Dios está bien justificada. El sacerdote está destinado a ser la sal de la tierra, la luz de las almas, el maestro que enseña, el pastor que guía. Es pues necesario que él, para corresponder a las altas finalidades inherentes a la naturaleza y a la dignidad del sacerdocio, sea digno de su misión y no muestre nada censurable en su conducta, que debe permanecer imaculada por encima de todas las miserias terrenas. Aún los mismos hombres del mundo exigen todo esto del orden sacerdotal, aunque frecuentemente todas sus exigencias están determinadas por un espíritu que no es ni justo ni razonable, ya que, corrompidos hasta la médula de los huesos y culpables de tantas aberraciones y monstruosidades, tienen la costumbre de exagerar las debilidades del sacerdote y se arrogan el derecho de reprender sus culpas o defectos que, insubsistentes o leves en él mismo, son gravísimos y aún nefandos en sus acusadores.

En todo caso, el sacerdote tiene el deber de ser ejemplar en todas y cada una de las virtudes y comportarse de

tal modo, que ninguno descubra en él faltas que desdigan de su estado y de su dignidad. Tal fué José Cafasso.

Cuando la fe y la piedad del pueblo eran profundas y no estaban oscurecidas por los prejuicios y los sofismas, por los errores y los ataques de los malos, bastaba al sacerdote una mediana cultura para satisfacer los deberes de su ministerio. Pero hoy han cambiado mucho las condiciones de la sociedad. La cultura está ampliamente difundida, la ciencia ha hecho rápidos progresos y muchos se sirven de la ciencia y de la cultura para combatir el dogma y la Iglesia. El sacerdote ha de estar pronto a rebatir todos los ataques; y es por tanto necesario que amplifique los horizontes de su cultura y se embeba sobre todo en las disciplinas teológicas, hacia las que convergen los odios y los ataques de los enemigos. Un sacerdote no instruído suficientemente iría a la zaga en su ministerio y comprometería muchas veces la causa del bien y de la verdad.

Nuestro santo, llegado que hubo al sacerdocio, comprendió en seguida esta necesidad; y aunque había consagrado cinco años al estudio de la teología con notable provecho, aún así, deliberó completar su cultura y alcanzar una formación sacerdotal completa, de acuerdo con las nuevas necesidades de los tiempos. Cualquier otro, en su lugar, habría solicitado un oficio, una prebenda, una parroquia, para encaminarse desde el principio y asegurarse así un honesto sustento. No pensaba así Don Cafasso, quien alejando de sí todo deseo de oficio remunerativo, y antes, imponiéndose materiales sacrificios no leves, a sí y a su familia, hacia la mitad de noviembre del año 1833, juntamente con el sacerdote Juan Allamano, su coetáneo, condiscípulo y amigo, fué a Turín y tomó un alojamiento cerca de la Metropolitana, donde comenzó su vida de ciudad con mucha parsimonia para el cuerpo y con suma regularidad para el espíritu.

Los dos amigos se inscribieron pronto en la conferencia que el canónigo Fantolinai dictaba en el Seminario Metropolitano. Poco satisfechos del método y de la doctrina, ins-

pirada en principios demasiado rigoristas, pasaron a la Universidad para oír las conferencias del canónigo Briceo. Otra nueva desilusión.

Habiendo entretanto oído hablar de las conferencias que el teólogo Luis Guala dictaba en la iglesia de San Francisco de Asís, se acercaron a oírla; y tanto fué el gozo espiritual experimentado, que pidieron ser inscritos entre los alumnos. Don Guala los aceptó de muy buena gana, y aún les propuso que fueran con él al Convictorio eclesiástico que había fundado cerca de la susodicha iglesia, y del cual era rector. En aquel tiempo, los convictorios eran mirados con malos ojos por muchos del clero que no condividían las opiniones en ellos enseñadas.

José Cafasso, que no conocía el respeto humano, entró resueltamente al Convictorio el 29 de enero de 1834 y allí continuó llevando la misma vida ejemplar de estudio y oración. De acuerdo con los testimonios de los que lo conocieron en esta nueva palestra, el Santo parecía preocuparse por no dejarse conocer. Procuraba siempre pasar inadvertido, formando a su derredor una especie de soledad, como si no fuese digno de las miradas de los compañeros. Habitualmente recogido, parco y ponderado en las palabras, no hablaba sino cuando era interrogado y jamás se ocupaba del modo de obrar de los demás. Era modelo de compostura, de silencio y de amor al estudio; jamás se le vió discurrir con los vecinos, y ni siquiera mirar a su alrededor, sino estaba ocupado en estudiar y escribir. Demostró mucho espíritu de mortificación y en los días de ayuno y de abstinencia se notaba en él mucho rigor. Tales condiciones eran las más a propósito para enriquecer su alma con aquella cultura teológica, a la que el joven sacerdote aspiraba con tanta seriedad de propósitos.

En el Convictorio se dictaban los días feriados dos clases o conferencias de teología moral; por la mañana una privada para los internos, y otra pública por la tarde. El teólogo Guala se ocupaba directamente de la pública. La privada estaba confiada en aquel tiempo a dos sacerdotes

distintos; los Padres Carlos Marengo y Juan Garabelli que, con el nombre de Repetidores, coadyuvando con el rector en la enseñanza, desmenuzaban los argumentos tratados por él, a fin de que los alumnos, aún los de ingenio menos agudo, comprendieran bien cada uno de sus puntos; o bien, explicaban aquellos tratados más sencillos y menos importantes que Don Guala no podía comentar por falta de tiempo en las conferencias públicas.

El método de enseñanza seguido por Don Guala era óptimo. Al principio de la clase hacía leer el "**Tratado de Teología Moral**" de José Antonio Alasia, prescrito por el superior diocesano y después, algunas páginas sobre el mismo argumento, de San Alfonso María de Ligorio. Luego, el ilustre conferencista, confrontando y dilucidando magistralmente las diferencias, hacía comprender el sentido del asunto, y así, corregía cuanto era demasiado rígido en las teorías de Alasia que, comparadas con las de los verdaderos rigo-ristas podían decirse bastante moderadas. A las lecturas y explicaciones correspondientes seguía una confesión práctica en que el repetidor, poniéndose en el caso de este o aquel género de penitentes, confesaba en público los pecados a uno de los alumnos del Convictorio, quien procuraba aplicar al caso los principios aprendidos en clase. Don Guala decía siempre la última palabra.

De este estudio obtuvo gran provecho nuestro Santo, quien después de haber seguido atentamente la conferencia, seguía por su cuenta el estudio, anotando lo que encontraba en San Alfonso y en otros tantos célebres moralistas, respecto a cada uno de los casos; y era admirable la perspicacia con que sabía resumir en pocas palabras lo que otros formulaban en largos períodos. Y no era raro que en aquellas disputaciones pusiese en evidencia las contradicciones del adversario entre sus principios generales y las consecuencias prácticas que pretendía deducir, olvidando sus principios. El resultado de estos estudios que él continuó hasta el fin de su vida, está contenido en dos gruesos



volúmenes de sus manuscritos, prueba palpable de su diligencia y de la agudeza de su entendimiento.

“Mientras atendía a un trabajo tan importante, escribe Nicolás de Robilant, para profundizar siempre más la moral, compilaba además tres obritas. La primera, titulada “**Elenco de excomuniones y suspensiones**”. Consiste en un comentario de las censuras que, estando en vigencia en ese tiempo, no estaban contenidas en la bula **Coenae**. Compuso también una “Declaración de los casos reservados en la diócesis de Turín, por Mons. Rerengo de Rorá” y un compendio de los dogmas de la moral con el título de “**Colectio Dogmatorum Credendorum**”, en la que en pocas páginas resume para los puntos principales de la doctrina cristiana lo que es de fe o se avecina a la fe y lo que es doctrina de la Iglesia u opinión de los teólogos, trabajo utilísimo para regular con precisión nuestras enseñanzas y juzgar a los demás”. (1)

Como en la moral casuística, así los jóvenes del Convictorio eran también instruidos en la sagrada elocuencia, ya que el fin del Instituto era el habilitarlos tanto para el ministerio de las confesiones como para el de la difusión de la divina palabra. Con cuánto cuidado atendiese el Santo a este segundo género de estudios con que se acrecienta y embellece el patrimonio del clero, nos lo testifica una preciosa colección de varios millares de sentencias tomadas de la Sagrada Escritura que le sirvieron después para componer sus sermones y nos lo confirman los triunfos que más tarde reportó con sus predicaciones llenas de unción evangélica que, publicadas ya en parte, nos revelan la doctrina del maestro y la santidad del orador.

Después de un tiempo de estudios superiores, el 27 de junio de 1836, se presentó José Cafasso ante dos canónigos de la Metropolitana para el examen general. El éxito fué tan espléndido que Don Guala quiso festejarlo públicamente en el Convictorio. Así se abrieron para el Santo todas las

(1) Obra citada, Vol. I, págs. 35 y 36.

vías del ministerio sacerdotal, que él, debido a su cultura nada común, logró ejercitar con mucha dignidad y abundantísimos frutos.

### EL ESPIRITU DE ORACION.

Modelo de sacerdote por la instrucción y por la ciencia, lo fué también por el fervor de oración con que acompañó todos los actos de su ministerio. Vivió en continua unión de su espíritu con Dios. De El alcanzó la más perfecta confianza en casos difícilísimos y no comenzaba ninguna cosa sin recurrir antes a las luces divinas. Muchos, al ir a su habitación para algún recado, frecuentemente lo encontraban de rodillas. Y mientras oraba estaba tan absorto en Dios, que más parecía un ángel que un hombre. Ningún rumor y ninguna necesidad lograban sacarlo de la inmovilidad con que oraba. Muchos al verlo tan embebido en su Dios a quien hablaba, pensaban que estaba dotado del don de contemplación.

En el ejercicio de su ministerio jamás dejó de obrar de acuerdo con estos principios dictados por él: Para un apóstol, la mejor preparación para sus propias obligaciones, su fuerza y su consuelo durante éstas, y el descanso de las fatigas, es la oración. Antes de comenzarlas, no olvidemos encomendar a Dios nuestras intenciones, la obra que estamos por emprender, pidiéndole su asistencia y bendición y rogándole nos sugiera la manera y las palabras más adaptadas para transformar los corazones.

“Pero, no basta que la oración preceda nuestros trabajos. En nuestro mismo ministerio estamos expuestos a tantos peligros. Ciertas ocupaciones reclaman un continuo ejercicio de paciencia; piden que nos venzamos continuamente; además, aunque uno se haya preparado con anticipación, cuántas veces se presentan inesperadamente pidiendo mayor fuerza y luz más intensa. Cuántas necesidades imprevistas que necesitan urgente satisfacción se presentan al sacerdote. Ora es un consejo, ora una decisión, ora

una respuesta; un alma se va tranquila, otra encaminada, una tercera conmovida. Y ¿cómo alcanzarlo si no tenemos a la mano el medio de la oración o una elevación de la mente a Dios que es el único que puede venir en nuestra ayuda? “Finalmente, después de haber orado antes y durante el trabajo, aún debe ser la oración nuestro alivio y nuestro descanso. El que no trabaja y no tiene por fin alcanzar la perfección y no tiene el corazón lleno de Dios, busca su contento en el mundo, entre el tumulto y las diversiones. En tanto el hombre apostólico va a encontrar a Dios y a descansar en El. Si El ha bendecido sus fatigas, va a deponer a sus pies los trofeos y las coronas conquistadas con su ayuda y a tomar nuevas fuerzas para reportar mayores victorias; si, por el contrario, no ha tenido éxito en sus empresas, se llega para pedir mayor coraje, para no dejarse abatir y comenzar de nuevo”. (1)

Su espíritu de oración se revelaba claramente en todas las circunstancias.

En las grandes solemnidades de Navidad, Epifanía, Pascua, Pentecostés, Corpus Christi y otras fiestas, demostraba tal ternura de corazón que se hacía sensible hasta darle un aire de celestial alegría. Oraba, y gozaba su oración. La dulce figura del Niño Jesús, las llamas de amor del adorable Corazón del Nazareno, la gloria de la Virgen, los nombres y las fiestas de los santos que él había escogido como patronos, las reliquias mismas y las imágenes de tan grandes héroes de la Iglesia, el recuerdo de los ángeles, los sufrimientos de las almas del purgatorio, todo hablaba a su corazón de sacerdote, arrancándole suspiros, acentos y fervores de plegaria que jamás podía ocultar.

Para un alma informada por el espíritu de oración, no hay mayor consuelo que el de confiar en el tesoro de las santas indulgencias que apresuran el reino de la gloria. José Cafasso estaba tan confiado en las indulgencias que, según testimonio juramentado de Mons. Bertagna

(1) De un sermón del Santo.

“magnificaba a menudo su utilidad, combatiendo también la máxima de los que quisieran que las indulgencias fuesen concedidas solamente para suplementar nuestra impotencia, para hacer obras laboriosas de penitencia, y repetía frecuentemente el texto de Santo Tomás: **indulgentiae tantum valent quantum sonant**, y cantaba como un cántico de júbilo y expresaba que él no renunciaría a la esperanza que se deriva de las indulgencias, por nada del mundo, pues le servía de fundamento para esperar con fe que no habría de detenerse en el purgatorio; aún más, ni siquiera pasar por él. Demostraba también que no era tan difícil ganar una indulgencia plenaria, porque si entre las varias condiciones puede haber una verdaderamente ardua y difícil, es aquella de no tener afecto al pecado venial. Pero decía, una cosa es tener afecto al pecado venial y otra el estar en pecado venial. Este no es impedimento; aquel repugna a un alma buena, especialmente a nosotros que somos sacerdotes”.

No contento con las ya numerosas indulgencias concedidas por la benignidad de la Iglesia, pidió al Smo. Pontífice Pío IX una que debía superar a las otras en la facilidad para lucrarla. En efecto, el 7 de abril de 1858, había obtenido por medio de Don Bosco, quinientas indulgencias plenarias para que las lucrasen en peligro de muerte otras tantas personas por él elegidas, con la única condición de que en la vida hubiesen aceptado con plena sumisión a la voluntad divina el género de muerte que el Señor quisiera mandarles. Tan gran consuelo experimentó el Santo por este apostólico favor, que creyó necesario explicarlo en una conferencia a los convictores, demostrando toda su excelencia y su gran utilidad.

La citada indulgencia, que en aquellos tiempos fué poco apreciada y aún combatida, encontró en seguida un propugnador incansable y un apóstol ardiente en Don Segundo Ellena, párroco de Busanos, quien, calurosamente apoyado por Mons. Bertagna, obtuvo que el Santo Padre Pío X el 9 de marzo de 1904 la extendiese a todos los fieles

de la cristiandad que, confesados y comulgados, pronunciasen con verdaderos sentimientos de amor a Dios, el siguiente acto de protesta: "Señor, Dios mío, acepto desde ahora voluntaria y espontáneamente cualquier género de muerte que tengáis a bien enviarme, con todos los dolores, las penas y los afanes que la acompañen". Esta indulgencia está ligada al nombre de Don Cafasso.

Cada día, cada semana, cada mes, cada año, encontraba la manera más eficaz y oportuna para cultivar el espíritu de oración. Para pasar bien el día, no sólo estaba familiarizado con las jaculatorias y con el áureo libro de la "Imitación de Cristo", sino que habitualmente reflexionaba en estos cuatro pensamientos: Hacer cada una de las cosas como la haría Nuestro Señor Jesucristo; como querríamos haberla hecho en el momento de dar cuenta en el tribunal de Dios; como si fuese la última de nuestra vida; y como si no tuviésemos otra por hacer. Había además señalado a cada día de la semana un fin especial de santificación. El domingo procuraba vivir de fe; el lunes de esperanza; el martes de caridad; el miércoles era el día de dolor por sus pecados; el jueves de celo por la conversión de los pecadores, por la salvación de un moribundo, por la liberación de un alma del purgatorio; el viernes estaba señalado a la contemplación ante el Crucifijo; el sábado estaba enteramente consagrado a María. Además, hacía cada mes su retiro y cada año los santos ejercicios espirituales. Si nosotros los sacerdotes imitáramos en todo a Don Cafasso, el espíritu de oración nos guiaría de tal modo que jamás tendríamos una caída.

Y para que su espíritu nunca se apartase del Señor, tuvo cuidado de hacer siempre lo más perfecto y de no perder un minuto de tiempo. Refiriéndose al primer punto dice Mons. Bertagna: "De su constante e inmutable tenor de vida, perpetuamente regulada, que tuve ante mí vista por espacio de nueve años, pensaba que estuviese privilegiado con uno de aquellos dones sublimes, por el cual siempre tendía a aquello que era más perfecto". Acerca del segun-

do punto escribía San Juan Bosco: “Durante treinta y más años que estuve cerca de él, no recuerdo haberlo visto pasar un instante que se pudiera tildar de ocioso. Terminado un oficio comenzaba inmediatamente otro. El único solaz consistía para él en cambiar de oficio cuando se encontraba oprimido por la fatiga. Cuando, por ejemplo, estaba cansado de predicar, iba a rezar; cuando estaba cansado de escribir, se iba a visitar enfermos, o a confesar en las cárceles o a cualquier otro lugar”.

Pero donde brilló sobre todo su espíritu de oración, fué en la recitación del Breviario, pronunciando despacio y con gusto las inspiradas salmodias. Ya lo recitase en su pieza o en la iglesia, de su recogimiento se comprendía que al cumplir aquella obligación sacerdotal estaba todo compenetrado de Dios. Para mantenerse en su fervor continuo y renovado, había señalado para cada una de las diversas partes del Breviario intenciones especiales que eran: en los **Maitines**, las necesidades actuales de la Iglesia; en **Laudes** la conversión de algún pecador; en **Prima** el sufragio de alguna alma del purgatorio; en **Tercia** una gran pureza de intención; en **Sexta** una profunda humildad; en **Nona** la virtud de la pureza; en las **Vísperas** una santa muerte; y en **Completas** la propia liberación de las penas del purgatorio.

Con espíritu de oración, alimentado con tan puras intenciones, llegó a ser digno sacerdote de aquella sagrada milicia que, en las manos de la Iglesia, es un instrumento de regeneración social.

#### COMPOSTURA EXTERNA.

El aspecto, la mirada, el modo de vestir, de caminar y de hablar, en un ministro de Dios deben ser tales que siempre edifiquen al prójimo. El porte externo es una gran ayuda para la propagación del bien, pues fácilmente, por los actos exteriores, humildes y compuestos, todos se sienten subyugados por una fuerza que no es sino un reflejo de la santidad que se esconde en el espíritu.

Para comprender más fácilmente el porte exterior del Santo, es bueno recordar sus facciones físicas que nos fueron descritas en una clarísima síntesis por Nicolás de Robilant, quien las dedujo de testimonios oculares: "La constitución física de Cafasso era debilísima y su salud tan precaria que le daba un aspecto enfermizo; su estatura era menos que mediana.

La desviación de la columna vertebral hacia la izquierda, que había comenzado a los trece años, fué aumentando en el curso de su vida. Por esto el hombro derecho era más alto que el izquierdo; el pecho un poco levantado en tal parte, y la espalda algún tanto encorvada; tal deformidad lo obligaba, naturalmente, a tener la cabeza siempre inclinada a la izquierda. Los cabellos negros, un poco encanecidos en los últimos años, abundantes y suaves pero no arreglados con afectación, con tonsura mediana, más bien un poco grande y siempre notoria, enmarcaba una frente amplia en la que se destacaba sus pobladas cejas negras. La nariz era aguileña y fina, las orejas regulares; los labios finos, rosados y siempre sonrientes, determinaban una boca mediana, un poco estrecha. La voz clara y sonora tendía más bien hacia el bajo que al tenor; tenía gran facilidad de palabra, que brotaba espontáneamente y sin artificio, más bien del corazón que de los labios. Los ojos eran negros, grandes y muy bellos, y reflejaban un candor angelical por la celeste aureola de que parecían estar circundados. Los tenía preferentemente bajos; pero cuando alguno los miraba fijamente, no podía sostener su mirada y pronto debía bajar los suyos; tan viva y penetrante era.

En su conjunto el rostro del Santo aparecía pálido y macilento, pero cándido y diáfano como irradiando una luz sobrenatural. Varios testigos están acordes en afirmar que muchas veces les parecía ver en el rostro del Santo algo de celestial, especialmente en las mayores fiestas del año o después de convertir a algún pecador. La hija de uno de sus penitentes escribe: "Alguna que otra vez me detuve ecstática y fija para observar en él ese aspecto que le im-

primía y hacía brillante la aureola de la santidad. El tenía sobre mí una fuerza magnética, avasalladora y divina, cual la da Dios a las más queridas de sus criaturas y no podía quitar los ojos de él aunque no tuviese nada de bello, sino aquel aire de cielo que enamora sin saber el arte de enamorar". Aunque deforme, gracias a la santidad de alma que lo vivificaba, toda la persona de Don Cafasso, era de un aspecto no solo majestuoso e imponente, sino que producía en el que lo contemplaba una impresión celestial y sobrehumana". (1)

Esta impresión estaba reforzada por la modestia en el vestido que en Don Cafasso era verdaderamente ejemplar. No conoció los refinamientos, el lujo o la afectación. Limpio y decoroso, en su modesta sencillez aborreció cuanto no conviene a la dignidad y al buen sentido de discreción de que jamás debe carecer un ministro del altar. No depuso nunca el hábito talar, ni se le vió llevarlo con menos dignidad ni decoro. Mientras en aquellos tiempos se encontraban muy a menudo sacerdotes vestidos de modo muy diverso a la costumbre del clero, era bellísimo el ver al santo sacerdote piamontés besar con transportes de alegría su santa divisa, como para desagraviarla de los ultrajes que recibía del mundo y del abandono en que la dejaban muchos de sus hermanos sacerdotes.

Todo respiraba en él una modestia suma. No tenía sino dos pares de botines y sin hebillas; no llevaba guantes; no conocía los pañuelos de seda y los que usaba eran de los más comunes. Para el uso diario le bastaba un reloj de plata, ordinario y de poco valor, que llevaba asegurado con un cordoncito. Solo aceptó uno más costoso en los últimos años de su vida, habiéndose inutilizado el otro. Las dos habitaciones para el lecho y el estudio, que ocupaba como rector, parecían las de un capuchino. Pocos eran sus muebles y sin pompa ni elegancia; ningún objeto superfluo o garabatlillo mundano; no se le veía sino lo absolutamente indispensable. Se diría que era la vivienda de un santo. A un

---

(1) Nicolás di Robilant, obra citada, págs. 324 y 326.



sacerdote que deseaba mandarse hacer un almohadoncito para el reclinatorio, dijo que un eclesiástico no tenía necesidad de blanduras y que fuese más bien donde el carpintero, quien con cuatro tablas le haría uno sólido.

Aun cuando caminaba o paseaba solía ser motivo de edificación. Su paso, ni lento ni apresurado, conservaba siempre su dignidad. De camino no se detenía a mirar esto o aquello, sino tenía los ojos bajos, de manera que a veces no se daba cuenta ni de que lo saludaban. Esquivaba los lugares demasiado frecuentados, aún para no ser conocido, pues frecuentemente se veían correr hacia él señoras y señores, jóvenes y jovencitas, para tener después la satisfacción de decir: He visto a Don Cafasso. El se quedaba indiferente ante estas manifestaciones de cariño, como también a las palabras de desprecio que alguna vez le dirigieron.

Si encontraba algún conocido, en seguida se colocaba a su izquierda y daba comienzo a una de aquellas conversaciones que no sólo traían consigo una santa alegría, sino edificaban a quien tenía la dicha de tomar parte en ellas. El lenguaje del Santo completaba su figura exterior. Ninguna palabra que pudiera ofender al prójimo. Ningún acento en que no se elevase al menos indirectamente, su espíritu a Dios. Ninguna queja en las contrariedades y amarguras que nunca faltan en la vida. Sus conversaciones regulares y graves, no solo ajenas a las palabras ociosas, sino también a las inútiles, eran una escuela perenne de perfección. Todos se sentían en la presencia de un dignísimo sacerdote.

#### FISONOMIA MORAL.

Al continente físico correspondía admirablemente la fisonomía moral. Esto se puede apreciar de un modo tan evidente en cada uno de sus actos, que basta enumerarlos para gustar sus exquisita belleza. La conducta moral de Don Cafasso considerada en el más alto sentido de la palabra, ofrece tales matices de fascinadora elocuencia, que

sería disminuir su valor si se quisiera apelar a los artificios retóricos para exaltarla. Cito los hechos y no tengo necesidad de embellecerlos.

Siendo por naturaleza de índole vivaz y muy sensible, logró dominarla por completo, apareciendo siempre tranquilo a toda pasión y dueño de sí mismo. Esa constante tranquilidad fué, según la expresión de San Juan Bosco, uno de sus secretos. En medio de una multitud de preocupaciones que a otros causan inquietud y turbación, ni siquiera una vez se le vió con el rostro adusto. Supo conservar inalterada la paz de su corazón en medio de muchas contradicciones. La violencia con que muchas veces hubo de reprimirse enrojecía su rostro, mas un momento solo, pasado el cual, su aspecto volvía a ser natural.

El sacerdote, además de dominarse a sí mismo y a sus pasiones, debe aparecer alegre y sereno, pues la alegría y la seriedad son las mejores condiciones para conseguir almas para Dios. Las enseñanzas y ejemplos de San Felipe Neri se reproducen a este respecto en la vida de José Cafasso. Este, aunque enemigo de la risa descompuesta e inmodesta, reía de corazón, y con frecuencia solía condimentar sus conversaciones con dichos y gracejos que las hacían divertidas. Oprimido por diversas penas debió sufrir mucho; mas es necesario haberlas experimentado para sufrir toda su angustia. El, afligido por tales tribulaciones, las soportaba heroicamente y tal era su comportamiento, que se podía decir que estaba contento de su aflicción estimándola como un tesoro.

Aunque rígido y austero consigo mismo, se manifestó siempre amable e indulgente con los demás. Se había apropiado plenamente del espíritu de San Francisco de Sales. Su bondad, plena de suavidad y generosidad, era fruto de una virtud ejercitada constantemente. Nunca se arrepintió de tan grande bondad, ni aún cuando no era correspondida. La unión de la austeridad personal y de la bondad para con los otros en nuestro Santo, hizo escribir a uno de sus alumnos que "su persona presentaba al mismo tiempo una

faz de serenidad y de seriedad, en que la seriedad inspiraba respeto y la serenidad confianza”. Movido por una bondad tan grande, no solo ignoraba lo que fuese rencor, sino que prodigaba favores y gentilezas a quienes le habían ofendido.

Tales cualidades morales que lo hacían querer de todos, recibían luz y esplendor de aquella pureza angelical que transparentaba visiblemente de su aspecto, de sus ojos, de sus palabras, de su gesto y su comportamiento exterior. “Si un sacerdote no es casto —decía— no vale nada ni para sí mismo ni para los demás”. Y procuró siempre conservar su pureza y la de los que se le acercaban. A qué punto llegase en Don Cafasso el amor a la bella virtud, nos lo revela el Cardenal Cagliero, refiriéndonos una anécdota de su primera juventud:

“El año de 1852 —aseguraba con juramento el Eminentísimo Purpurado— volviendo yo de la escuela del señor Bonzanino, en vez de ir al Oratorio, me detuve en Puerta Palacio para ver a los maromeros. Habiéndome vuelto hacia la multitud, vi a Don Cafasso, que venía hacia mí envuelto en su manto.— ¿Qué haces aquí? me preguntó, ¿vienes de la escuela? — Sí, Don Cafasso, respondí.

—¿Por qué no te vas a casa? —Estoy aquí por ver los juegos del maromero para divertir después con ellos a mis compañeros—. Tu intención es buena, pero no te conviene estar aquí, pues con los juegos, puedes ver el vestido poco modesto del maromero y oír palabras villanas. —Si es así, me voy inmediatamente al Oratorio—. Sí, haces bien; vete. Y con una sonrisa bondadosísima me aconsejó ser muy bueno y querer mucho a Don Bosco”.

La pureza de Cafasso era para todos un vivo ejemplo; y era muy celoso de evitar todo lo que pudiera parecer contrario a ella. En el testimonio juramentado del Cardenal Antonio Nicco, se lee lo que sigue:

“Nos inculcaba con frecuencia ser siempre muy reservados y evitar toda sospecha o apariencia en el trato con

los demás y aún con las personas del servicio, que, según sus enseñanzas, deben ser siempre bien tratadas, pero sin mucha confianza, manteniendo a cada uno en su puesto; y lamentaba el mal proceder de algunos sacerdotes que dejan como heredera a la criada, con peligro de suscitar comentarios inoportunos y escandalosos. Y este amor a la pureza y su horror al vicio contrario lo dejaba entrever en la repugnancia que manifestaba de tener que tratar tal materia en la conferencia, y la trataba con mucha reserva, haciendo notar la gravedad de la deshonestidad y exhortándonos a inculcarla en los demás, recordándonos las penas aún temporales que siguen a ese pecado, penas que pasan de generación en generación, por las que suceden desgracias en la familia, cuya procedencia se ignora y la culpa es del padre o de la madre que violaron esta virtud con el adulterio”.

En el trato, en las conversaciones y en el porte, mostró siempre una conducta reservada y grave, pues estaba regulada y endulzada por una desenvoltura que era natural en él. No acostumbraba expresiones banales y groseras, tenía sus largas y finas manos generalmente a la altura del pecho. Su gesto era grave y compuesto. Estando sentado no cruzaba nunca una pierna sobre la otra. Delante de mujeres su reserva era suma. No las miraba fijamente, pero de vez en cuando, de un modo muy natural, les lanzaba una mirada penetrante con la que leía en su corazón.

Ajeno a todas las demostraciones de afecto que generalmente se expresan con besos, abrazos o apretones de manos, aborrecía hasta el dejarse besar la mano, aún por los hombres. Apenas se daba cuenta, la retiraba diestramente; si sucedía que alguno la tomase por sorpresa, no recurría a la violencia para librarse, sino que dejaba obrar sin darse por entendido. A los que insistían en hacerle tal obsequio debido a la dignidad sacerdotal, respondía que le besarían la mano en el Paraíso.

## EN LOS HONESTOS ESPARCIMIENTOS.

Su modo de ser de sacerdote modelo no pudo ser desmentido. En Turín o en el campo, en el Convictorio eclesiástico o fuera, en cualquier parte que se encontrase, no reveló jamás nuestro Santo una debilidad que ofuscase en lo más mínimo su dignidad. Fué un ejemplo perfecto de vida sacerdotal aún en las diversiones y esparcimientos. Predicando a sacerdotes, solía decirles que el eclesiástico es un hombre superior y segregado de los demás hombres; como transformado en una nueva criatura entre Dios y el hombre; pero a pesar de todo, es siempre hombre y necesita descanso y distracción. Y añadía que el reposo y la distracción, además de ser lícitas, en sí, pueden llegar a ser útiles y necesarias.

Pasando luego a las diversas maneras como puede hacer descansar su espíritu del estudio y de las fatigas del ministerio un sacerdote, decía que para unos el reposo consistía en tratar con Dios en la oración y hablar con El; para otros en hacer alguna cosa más ligera y superficial, como la lectura o un poco de ejercicio en cualquier arte liberal o mecánico; para otros, en fin, en pasear por lugares apartados o menos rumorosos, o en visitar a los enfermos, o en despachar cualquier asunto temporal. El escogió para sí el primero de los modos que es el de los santos. La única diversión que podía tener, consistía en entretenerse con el Señor y gustar anticipadamente las delicias del Paraíso. No viajó nunca por solaz o por conocer las novedades del mundo; ni salía de su casa con el único fin de pasear, sino solamente para ir a visitar a los enfermos o a los presos, o para ir a rezar a alguna iglesia. A quien viéndolo indispuerto le aconsejaba que tomase un poco de aire puro e hiciera algún paseo, le contestaba sonriendo que sin paseo también se puede ir al Paraíso.

En el Convictorio, después de la comida, se entretenía gustoso con los alumnos, alegrándolos con anécdotas y sabrosas churlas espirituales; si rarísimas veces consentía en

jugar a las bochas, lo hizo por complacer a los demás y por gentileza. Cierta vez, en una fiesta especial fué invitado a jugar a las bochas con la condición de que quien perdiera debía pagar el café a todos, y él adrede hacía malas jugadas para hacerse cargo de las deudas de la partida. No tenía como fin su propia complacencia en tales recreos. Y es muy singular el que Don Bosco en los años en que lo trató, jamás lo haya visto tomar parte en juegos de naípe, ajedrez, billar y otras diversiones por el estilo.

Para el que trabaja continuamente como Don Cafasso y para el que vive en grandes ciudades, se impone de cuando en cuando la necesidad de sanas y agradables salidas al campo. El habría podido ir muchas veces a su pueblo natal, donde era amado y estimado; e iba allí dos o tres veces al año para visitar a sus padres; mas después de la muerte de éstos, se prolongaban mucho sus ausencias de Castelnuovo. Merecen ser recordadas las palabras que él mismo dejó escritas: "Deberemos abandonar nuestra patria terrena un día u otro, pero la patria celestial no la dejaremos nunca. En nuestra casa y en nuestra patria terrena, por mejor que se esté, siempre habrá cualquier motivo de disgusto y deberemos sufrir un poco, mientras que en el cielo habrá felicidad perdurable sin el más leve sufrimiento. En nuestra familia ya murieron muchas personas y la vista de nuestra casa nos trae dolorosísimos recuerdos, mas en el cielo encontraremos cuantas personas hayamos perdido". Pasando una temporada cerca de Rivalba en una propiedad del teólogo Guala, llevaba una vida casi de anacoreta. Trabajaba todo el día en preparación de sermones para sus sacerdotes. Rara vez salía de su habitación y cuando lo hacía era sólo para pasear por espacio de una hora, por la tarde, en los bosques vecinos, hasta la capilla de San Juan. Hecha la visita a esta iglesita, volvía a casa. No se le vió oler flores ni comer frutas, pero sentía inmenso placer al contemplar las maravillas de la naturaleza, la variedad y belleza de las flores, plantas y animales, y en oír el canto de tantos

pajaritos, que, mientras recrean al hombre con sus trinos, ensalzan la bondad de Dios que los creó.

A propósito de las aves, uno de sus biógrafos, el canónigo Colombero, nos narra el siguiente hecho que es como un eco de remembranzas franciscanas: “En las posesiones del Convictorio cercanas a Rivalba, había un campo cuyo producto estaba destinado únicamente a la manutención de los pobres. En el otoño de 1856 o 1857, los campos estaban áridos por falta de lluvia y los pajaritos iban en bandadas a saciarse, tomando el grano allí esparcido poco antes. Don Cafasso, advertido por el mayordomo, hizo regar en cierto lugar de la colina, pero sólo por aquella vez, un poco de alimento, y después, acercándose al campo, dijo a los pajaritos: “¿Por qué os coméis el pan destinado a los pobres? Idos a buscar alimento allá arriba —e indicó con la mano la parte que les había hecho regar el alimento. Las avecillas obedecieron y no volvieron a despojar el campo de los pobres. Todos los presentes dan testimonio del hecho, y sus alumnos, a quienes se les contó lo acaecido, lo creyeron milagroso”. (1)

Lo mismo que en Turín, en los pocos días de campo, nuestro Santo hacía sentir su benéfico influjo, esparciendo luz y calor en las almas de los humildes agricultores, apartándolas de algunas ideas supersticiosas y conduciéndolas a Dios.

(1) Canónigo Santiago Colombero, “Vida de Don Cafasso”, pág. 315.

## CAPITULO III

# EN LA CATEDRA

**Repetidor en el Convictorio — Maestro de moral — Educador de almas — Maestro de sagrada elocuencia.**

### REPETIDOR EN EL CONVICTORIO.

Es necesario reconocer un maestro en el ejemplar sacerdote, un insigne maestro que formó una escuela que es honra y prez del Piamonte católico. La región supalpina necesitaba en este tiempo doctos y piadosos sacerdotes que unieran a la doctrina cristiana y a la piedad aquel sentido de disciplina y discreción que además de tenerlos en armonía con las enseñanzas y directivas de la Iglesia, los pusiese en condición de afrontar las circunstancias, sin dejarse arrollar por los errores y pasiones del momento.

José Cafasso fué el hombre providencial que se sirvió de la Cátedra para ejercer un magisterio que satisficiese plenamente las necesidades de aquella hora histórica. Aquella era la hora de Dios y en ella brilló en Turín el humilde y virtuoso sacerdote del que los obispos y todo el Piamonte, estuvieron concordes en proclamar que “era el hombre más santo y más docto de su tiempo en las sagradas disciplinas”.

Una vez cumplido en el Convictorio su trienio de estudios, se preparaba nuestro Santo para volver a Castelnuovo, según se lo habían mandado los superiores eclesiásticos. Pero



entre tanto faltaba en el Convictorio de San Francisco quien condividiera con Luis Guala, como repetidor, las fatigas del magisterio. ¿Quién mejor que Cafasso, podía desempeñar tal cargo? El teólogo Guala, experto conocedor de almas eclesiásticas, había descubierto en él desde su primer encuentro, un sacerdote de virtudes y dotes singulares y comenzó a amarlo y estimarlo; y no tardó mucho en reconocer en él al discípulo fiel y al hijo amante que perpetuaría la misión del maestro y del padre. Cuando se trató pues de elegirse un coadjutor en la enseñanza, aunque habían puesto los ojos en Cafasso, quiso todavía tomarle el parecer al asistente del Convictorio, Don José Begliati, quien sin dudar un momento le respondió: “Escoja al pequeño”. Y el pequeño era nuestro Santo.

Así en los comienzos del año escolástico 1836-37, comenzaba en calidad de Repetidor las conferencias privadas, ganándose desde la primera la confianza y admiración de los convictores. Las cualidades que contraseñaban su enseñanza y que la hicieron útil y genial, se deben buscar principalmente en la inmensa erudición teológica que poseía, en el profundo estudio de las doctrinas de San Alfonso María de Liguorio que él, prefiriéndolas a muchas otras, ilustraba magníficamente; en el profundo conocimiento de las opiniones de los más acreditados autores que él no cesaba de consultar; en la claridad con que exponía los principios doctrinales y las consecuencias prácticas que de aquellos se derivan; la profunda agudeza con que penetraba y resolvía gravísimas dificultades que habían atormentado la inteligencia de insignes moralistas; y en fin, en aquella facilidad con que trataba todas las cuestiones.

Cuando en un maestro brillan tales dotes, es general la satisfacción de los discípulos, quienes vienen así a rodear con mayor interés aquella cátedra que para ellos llega a ser una escuela de ciencia y de vida.

En efecto, sea por la familiaridad con que el joven repetidor trataba a los alumnos, sea por las observaciones prácticas con que condimentaba su lección cotidiana, sea

por la finalidad que se propuso de excitar el celo y la piedad en su auditorio, su enseñanza fué de grandísima ventaja para su vida de ministerio. A propósito de ésta, escribía uno de sus convictores: "El Siervo de Dios se encontraba en las conferencias, en familia; por tanto allí se mostraba expansivo, acostumbraba sacar partido de las cosas de actualidad pública, aún de las más pequeñas y de confianza, que suceden a diario, para dar óptimos avisos y recomendaciones ventajosas para confesar, asistir enfermos y hacer visitas de conveniencia. Puedo afirmar que yo mismo, después de ser confesor, estuve muchas veces en el peligro de ser engañado por penitentes fingidos, y que precisamente, gracias a los avisos recibidos y siempre recordados, salí de ellos sin remordimiento y aún con satisfacción, tanto más oyendo después que algunos de más edad que yo se lamentaban de que al confesar habían sido engañados y habían caído en las mismas insidias probadas contra mí". (1)

Grandísima utilidad se obtenía de aquella clase en que José Cafasso acostumbraba proponer casos de moral para que los resolvieran sus alumnos. Y como los casos eran a veces difíciles, sucedía que los alumnos se confundían, llegando no rara vez a conclusiones falsas y opuestas. Entonces intervenía el Santo y con su palabra calmada y franca distinguía primeramente las varias cuestiones pertenecientes al caso y después las resolvía una a una y con tanto orden y claridad, que todos quedaban convencidos y podían recordar fácilmente la resolución.

Al asumir este cargo que comenzó a rodearle de una notable reputación, Don Cafasso conservó siempre su primitiva humildad. Pasaba muchas horas con los alumnos en la sala común de estudio; asistía con ellos a todas las prácticas de piedad, anticipó aún la hora de levantada para tomar parte con ellos en las prácticas religiosas de la mañana, después de haber celebrado en la iglesia pública la primera Misa; proveía con solicitud a las diversas necesi-

---

(1) Relación Bazzani.

dades de los convictores, a los que trataba benévolamente sin hacerles sentir la superioridad; continuó en una habitación igual a la de los discípulos; y aunque tenía el derecho de hacerse servir, continuó limpiando él mismo su calzado y haciendo los oficios más humildes. No cambió en nada su modo de vivir. Modesto y sobrio, fué un vivo ejemplo de mortificación que aumentaba día por día, manifestando así el espíritu de penitencia de que estaba animado.

No maravilla, pues, que en el Piamonte se comenzase a difundir la fama de que en el Convictorio de Turín había como repetidor un sacerdote pequeño de cuerpo, pero tan bueno que parecía un santo.

#### MAESTRO DE MORAL.

Al principio del año escolástico de 1843-1844, el teólogo Guala, oprimido por los afanes de la vejez, hubo de abandonar del todo la enseñanza, confiando la conferencia pública a su coadjutor José Cafasso, quien durante los siete años de prueba en el cargo de repetidor, había demostrado muy claramente que era digno de subir a la cátedra de moral como maestro y doctor. Tal nombramiento fué plenamente satisfactorio para los alumnos que, admirados de la doctrina y del ingenio del nuevo conferencista, no dudaron en anteponerlo a su antiguo maestro Don Guala, quien también había adquirido tantos conocimientos.

El venerando teólogo Luis Guala estaba muy satisfecho del unánime asentimiento de sus convictores y estaba persuadido de que no podría darles mejor sucesor. Imposibilitado para tenerse en pie, tanto que ya no estaba en condición de celebrar la santa Misa, pasaba el día sentado en un sillón y conversando afablemente ya con uno, ya con otro, e interesándose con paternal afecto por los sacerdotes de su Convictorio, del que aún tenía la dirección. Oprimido por la nostalgia de la cátedra, que siempre revive en la memoria de los antiguos maestros, se hizo conducir un día a la clase y paseando la vista al derredor, dijo con aire con-

movido algunas palabras, trayendo a la mente aquellos días ya pasados para siempre, en que él mismo venía a dictar la conferencia. Habiéndose disipado de su rostro la triste sombra de aquellos recuerdos, el venerando anciano regresaba alegre y contento, y dijo al criado que lo acompañaba: "Ahora hay uno del que puedo fiarme; tengo un sucesor que trabaja mejor que yo".

En José Cafasso se encontraban todas las condiciones para que su enseñanza se elevase a la altura de un verdadero y noble magisterio y justificase el título de **doctor** con que lo han distinguido discípulos y biógrafos. En él la ciencia sólida y segura que debe poseer el enseñante; en él el método didáctico más racional que es para los discípulos una guía en la adquisición de la ciencia; en él la comunicación fácil sin la que ninguna enseñanza será fructuosa; en él la integridad de vida que circundaba su frente como una aureola luminosa; en él la pasión misma de la clase que es un poderoso impulso al maestro para superar tan ásperas dificultades y cumplir religiosamente su deber. Son estos los elementos que dan vida a un magisterio y aseguran el triunfo de una clase.

Todos pudieron darse fácilmente cuenta de que el Santo estaba en su puesto y que lo ejercía con dignidad. Una asidua y cuidadosa preparación lo llevó a tener la plenitud de la ciencia teológica moral, de la que conoció sus profundas razones. La seriedad de los estudios unida a una muy vasta experiencia, hizo de él un moralista doctísimo e insigne, llenando de estupor en sus conferencias a quien lo escuchaba, por la profundidad y exactitud de sus doctrinas. Esta había sido obtenida de fuentes doctrinales muy seguras, que le permitían, aún en las más arduas y delicadas cuestiones, proferir un juicio recto que tranquilizase las conciencias.

Su competencia científica en la teología moral, se revela, sobre todo, en las respuestas que daba a quienes, aprovechando de la libertad de palabra a todos concedida, le ponían alguna objeción. En una relación citada por el his-

toriador Nicolis de Robilant, leemos: “Algunos, para sostener la propia opinión y acaso para aparecer diligente y profundo, citó y leyó una parte de una Bula que, según creía, probaría el asunto según el sentido que él le daba. Don Cafasso supo pronto y con tanta claridad hacerle caer en la cuenta de una distinción que estaba al principio de la misma bula y refutarlo plenamente y confundirlo en su juicio, que los oyentes quedaron de ello muy satisfechos y referían después aquel incidente, con otros semejantes, como una prueba del saber de Don Cafasso y para mostrar cómo, a fuer de buen maestro, poseía la doctrina que trataba y explicaba”. (1)

¿Cuál era el método que usaba el Santo en sus doctas lecciones? Después de dar con sus centelleantes ojos una primera mirada al auditorio, acompañándola con la dulce sonrisa que le era habitual, abría el libro del texto que era la **Teología Moral** compuesta por Don Alasia, donde estaban expuestas las doctrinas más rígidas; hacía leer una parte de ellas en voz alta a uno de los alumnos y después pedía a dos o tres de ellos su opinión. Luego de haber oído las respuestas más disparatadas, comenzaba a establecer bien la recta doctrina, repudiando o corrigiendo, con ayuda de San Alfonso, de quien era seguidor, las aseveraciones del autor. Después pasaba diestramente a enmendar cuanto le habían respondido los interrogados, añadiendo o modificando lo que ellos hubiesen omitido o equivocado, poniendo así en los labios de cada uno la respuesta apropiada; y lo hacía con una delicadeza tan sutil, que ninguno se avergonzaba de no haber respondido bien.

Luego venía la hora de la confesión práctica que de tiempo en tiempo correspondía a todas las necesidades de la vida. Después que el Repetidor o el alumno había hecho su confesión, representando hoy una clase, mañana otra de penitentes, intervenía el Santo, sugiriendo con admirable precisión medios y sentimientos, los más oportunos para conmover al penitente. Sabemos también por sus discípulos

(1) Nicolis de Robilant, obra citada, vol. I, pág. 59.

que el Santo dictaba sabias normas prácticas para dirigir a las personas, según sus diversos estados y sus cualidades particulares. No se limitaba a la solución teológica de los casos, sino añadía ordinariamente observaciones de prudencia práctica o consejos ascéticos, de modo que, no sólo la inteligencia quedaba satisfecha, sino que el corazón quedaba conmovido e impulsado al bien.

La seguridad de la doctrina y la eficacia del método estaban revaloradas por una admirable facilidad para enseñar, que se manifestaba con palabras claras, prontas y precisas. Como era perspicaz en comprender las dificultades, así estaba dispuesto a resolverlas con tal claridad que, según escribe San Juan Bosco, toda dificultad, al ser tratada por él, desaparecía y quedaba explanada. La facilidad con que exponía su pensamiento, refutaba las objeciones, aclaraba la verdad y disipaba todas las dudas del ánimo del auditorio, pareció a muchos cosa extraordinaria y no sabían explicárselas sin una especial asistencia de Dios. El poder que poseía de comunicar a los demás por medio de la palabra, la luz de la verdad y la llama del bien, era un don divino cuya preciosidad se reflejaba en la cátedra del maestro, haciéndola más veneranda.

Cuando a la bondad de la enseñanza se junta la integridad de costumbres y la santidad de vida, que brillan en el maestro, llega a ser aquella cátedra un poderoso faro de atracción, que no sólo ilumina y conquista las inteligencias, sino forma una pléyade que apuntará como una gloria el caminar tras las huellas del maestro. Todos veían en su rostro la belleza de su alma, y descubrían en él un modelo de perfección sacerdotal. Por esto, toda palabra difundida desde aquella cátedra, se encendía en la luz y en el calor que son propios del lenguaje de los santos. Su mismo modo de rezar al principio y el fin de la conferencia era ya una prédica. Alguno escribió que el **Veni Sancte Spiritus** y el **Agimus** que el Santo rezaba con gran recogimiento antes y después de la clase eran sobre manera edificantes.

Y ¿qué decir de esa santa pasión con que religiosamente atendía a su magisterio? El no habría dejado una hora de clase por todo el oro del mundo. Ni el dolor de muelas del que sufrió mucho y por largo tiempo, ni el cansancio que ocasionaban a su frágil cuerpo las múltiples obras de su ministerio le pudieron obligar a tomar descanso. Nos dice Mons. Bertagna: "Atendía religiosamente a sus clases y no las dejaba ni en los últimos días de carnaval, ni en las fiestas que siendo de simple devoción no eran de precepto, y las dictaba aún el viernes santo". Habiendo vuelto el 2 de enero de 1853 por la tarde el Romano Canavese, donde había asistido a dos asesinos condenados al último suplicio, oprimido por la fatiga, respondía a un criado que lo invitaba a tomar algún alimento e ir después a reposar: "Descansaré en la tumba; ahora es tiempo de trabajar por el Señor"; y sin tomar nada se fué a dar clase.

Una enseñanza vivificada por tales cualidades intelectuales y morales era deseada por muchos. Por esto, su auditorio no sólo se componía de los convictores, que ascendían casi a sesenta, sino también de un centenar de alumnos tanto jóvenes como entrados en años, que llenaban la sala y se apretujaban en la antesala para entrar. Aquellos a quienes era imposible de todas maneras entrar, subían sobre los hombros de los compañeros a fin de ver y oír a Don Cafasso. Muchos sacerdotes, angustiados por las enseñanzas demasiado rigoristas que se les habían impartido, se amontonaban al rededor de aquella cátedra, para tener una solución justa y recta a todos los casos embarazosos de la vida. No faltaron, sin embargo, quienes fueran a las conferencias del Santo para encontrar en ellas motivo de censura. Pero no se pudo documentar ninguna acusación en contra. Sus conferencias hacían a todos un bien inmenso. Mientras más prolongadas, más grande era la satisfacción que experimentaban todos. "Aunque hubieran durado dos horas, afirma un testigo, habrían sido escuchadas con igual avidez y había quienes se lamentaban de que el tiempo pasase tan rápido".

Bajo este magisterio se formaron tantos sacerdotes del Piamonte, que llegados a ser pastores de almas, santificaron su ministerio a la luz de los principios que habían recibido de los labios de José Cafasso.

#### EDUCADOR DE ALMAS.

Para el Santo instrucción era educación; iluminar y dirigir la inteligencia era lo mismo que iluminar y guiar el corazón; la enseñanza era formación de almas; la ciencia de las cosas morales no debía ser una mera abstracción, sino una llama que reavivase la piedad. Mente y corazón, instrucción y educación, ciencia y virtud, se unían y compenetraban de tal manera en aquel hombre de Dios, que con su enseñanza pretendía sobre todo formar sacerdotes no sólo doctos, sino ejemplares y modelos de vida eclesiástica. Su clase estaba informada por entero en la piedad de un santo.

Estas afirmaciones más las comprueban testigos oculares que están unánimes en poner de relieve el espíritu de aquella enseñanza. Uno de ellos afirma: “Era raro que hiciera una clase sin insertar un principio ascético; principio que no exponía especulativamente a la inteligencia, sino que tenía el don de estampar en el corazón. Y en los días en que ocurría alguna fiesta de devoción, la conferencia era más de ascética que de moral”. Otro testigo añade que el Santo “en casi toda ocasión y en casi toda conferencia, no dejaba de dar algún aviso o de decir una palabra por el bien espiritual de sus convictores, ya para tenerlos alejados de algún peligro o defecto, ya para sugerirles la práctica de alguna virtud propia del sacerdote”. Según lo que asegura otro, de las diversas anécdotas que contaba Don Cafasso para insinuar dulcemente las reglas de una vida santa, se transparentaba su deseo no sólo de hacer amar la virtud y huir de los desórdenes, sino de animar al espíritu de sobriedad, de sumisión, de abnegación, de sacrificio, de retiro, de estudio, de prudencia, de celo, y aún al ejercicio práctico de las maneras corteses y santa-



mente afables que influyen sobre toda clase de personas para hacerles concebir sentimientos de respeto, de estima y de veneración hacia el sacerdote.

En una palabra, las conferencias del Santo no eran solamente un estudio abstracto y un trabajo de escritorio, sino asumían la forma de una excelente escuela de vida apostólica, de la que todos recibían aliento para santificarse e instrucciones prácticas para santificar a los demás, merced al sagrado ministerio de la confesión.

Siempre deseoso de edificar a las almas con su magisterio, cuando se veía constreñido por la necesidad a tratar del Sexto Mandamiento de la ley de Dios, lo hacía con tanta delicadeza, que mientras por un lado manifestaba su innata repugnancia en tratar ciertos asuntos, por el otro procuraba estimular en el auditorio el amor a la santa pureza. Su reserva al tratar tales materias era admirable. Bien podría comparársele a un rayo de sol que toca el fango sin mancharse. Cuando en la clase ya se habían citado por su nombre tales o cuales pecados, al hablar de ellos Don Cafasso no los volvía a nombrar, sino los llamaba miserias, desvergüenzas, desórdenes. Si se le hacía en tales argumentos una pregunta un poco avanzada, sentía una conmoción indecible y truncaba el argumento. Interrogado una vez sobre cómo se podría cometer cierta clase de impureza, respondió secamente: —Esto lo sabrá el demonio; nosotros no tenemos por qué averiguarlo.

Cuanto aborreciese el detenerse en tratar materias que despertaban en su alma una profunda repulsión, lo sabemos por este testimonio: “Don Cafasso, para que evitáramos demasiadas preguntas en el confesionario, había prometido enseñarnos la manera como acusan los rústicos los pecados impuros, para entenderlos pronto. Esperó unos días y finalmente dijo: “Hoy hablaré de aquellas frases que suelen usar los penitentes, para confesar los pecados vergonzosos”. Pero habiéndose dado cuenta de una insólita curiosidad inocente aparecida en el rostro de los alumnos, se detuvo, y dijo: ¿Qué es esto? No volveremos a tratar esta materia.

Y de propósito nunca más la trató, si bien insinuó en clases sucesivas, sin que nadie se diera cuenta, lo que deseaba hacer saber a sus alumnos". (1)

También la paciencia y la caridad de que dió pruebas en la enseñanza ante discípulos que, por escasez de ingenio u obstinación en ideas preconcebidas, no comprendían o no querían comprender tan claras exposiciones, demuestran que fué un verdadero educador en el más elevado sentido de la palabra. Con el más grande sentimiento de tolerancia, sin ofender o humillar jamás a alguien, satisfacía las exigencias de todos, convencido como estaba de que la paciencia y la caridad son el mejor medio para iluminar y santificar las almas. Y en esto consiste la tarea de la educación moral.

Cuando se agitaban en las conferencias cuestiones un poco intrincadas, afirma un testigo ocular, no sé quién otro habría podido explicar con mayor orden y claridad y con tanta paciencia al tener que extenderse mucho para que todos pudieran formarse ideas bastante claras. Y a pesar de todo... muchas veces había sacerdotes, generalmente extradiocesanos, que hacían observaciones sobre cosas ya dichas y pormenorizadas, haciendo ver que no habían entendido bien la cuestión en que se había empleado casi toda la conferencia. En tales circunstancias parece cosa muy difícil no dejar entrever un poco de impaciencia; Don Cafasso, por el contrario, no medía las palabras, o para mejor decir, nos las ahorra, sino que era un mar de palabras y recurría a varios casos para explicar siempre mejor las cuestiones y hacerse entender en cuanto fuese posible, hasta cansarse. ¿Y cómo podía ser de otro modo? Sin embargo, esto no bastaba algunas veces. Parecía natural un poco de acrimonia en el rostro de todos los demás que lo escuchaban. Esta incansable virtud de caridad y de dulzura en Don Cafasso, según me parece, rayaba en el heroísmo y no se

---

(1) Relación Balladone.

conquista sino con un largo ejercicio de vencimiento propio, y él era por naturaleza de carácter muy sensible.

Los que frecuentaron las clases del Santo, se sintieron renovados en el espíritu. Llegaron a ser los mejores en el desempeño del ministerio eclesiástico y alcanzaron óptima reputación. Uno de ellos escribió así: “Doy gracias al Señor por haber tenido el honor y la fortuna de hacer mis estudios de teología moral en el Convictorio eclesiástico, bajo la dirección del venerando Don Cafasso, porque encontré un preceptor de ciencia moral y un ejemplar de virtud sacerdotal en este santo y docto sacerdote, que era un verdadero tesoro para comenzar y proseguir bien la carrera sacerdotal”.

#### MAESTRO DE SAGRADA ELOCUENCIA.

En la misión sacerdotal ha ocupado un lugar importante el deber de la predicación. ¿Para qué serviría un pastor de almas si no fuese capaz de dispensar a los fieles la divina palabra? La misión que todo ministro del altar ha recibido de Jesucristo, ¿no es acaso la de enseñar a todo el mundo las verdades evangélicas? Comprendiendo el Santo este deber, durante los veinticuatro años que regentó la cátedra, no se descuidó en enseñar la elocuencia sagrada que, con el estudio de la moral y de la ascética constituía el fin para que había sido fundado el Convictorio. Hasta que la cátedra de sagrada elocuencia fué regentada por los Padres Jesuitas, Don Cafasso coadyuvó con ellos solícitamente en esta tarea. Pero como en los años de 1847-1848 fueron ellos expulsados del Piamonte, el Santo se ocupó directamente de tal enseñanza, de la que fué el alma y propulsor más eficaz.

Ya fuera que impartiese a los alumnos los preceptos de elocuencia, ya fuera que dictase o corrigiese sermones a los mismos, deseaba ante todo, formar predicadores que, con la elección de los argumentos y por la integridad misma de la vida, obtuviesen frutos saludables. Quería que en la predicación cristiana se afirmase sólo la palabra de Dios

y no la del hombre. Cuando en el púlpito aparece solamente la palabra del hombre, la gracia no desciende a santificar las almas. Si por el contrario el sacerdote hace resonar en el púlpito la palabra de Dios viva y genuina, no faltarán abundantes frutos de conversiones.

En aquel punto el elocuentísimo orador piamontés Guillermo Audisio aseguraba: "Si la predicación logra separar al hombre espiritual, es decir, hacerle renunciar a la servidumbre de la carne y hacerle vivir de la libertad del espíritu, se debe a la palabra de Dios. Si la predicación cautiva el espíritu bajo el yugo de la fe, quebranta el orgullo de los sabios y triunfa de la molicie y poder de los césares levantando el ensangrentado estandarte de la cruz sobre las ruinas de los ídolos y de los imperios, se debe a la palabra de Dios.

Si recorre como un relámpago la tierra, si engendra mártires cuya sangre es semilla de miles de cristianos, se debe a la palabra de Dios. Y si la predicación es en nuestros días la semilla que yace como muerta en la tierra pero después crece y se multiplica hasta dar el ciento por uno, se debe a la palabra de Dios. Sí, la palabra de Dios y no la palabra del hombre tiene la poderosa virtud de tomar directamente el camino del corazón, y sin lamer cual débil llama la superficie, entra dominadora a través de todas sus fibras hasta que, llegada a la más oculta sede del espíritu, cuenta sus pensamientos, examina sus afectos, desarraigando los malos y purificando los buenos, o si es necesario, destruyendo los antiguos y creando otros nuevos; de modo que el hombre se busca inútilmente a sí mismo, encontrándose curado de las antiguas llagas, libre de la servidumbre del pecado, reformado en el interior, embellecido, santificado y regenerado para la vida eterna". (1)

Conformándose con estos principios enseñaba el Santo que la materia de la predicación debía ser sagrada, útil y consoladora. Con respecto a la primera característica, mien-

---

(1) Guillermo Audisio: "Lecciones de Sagrada Elocuencia".

tras exhortaba a los alumnos a atenerse siempre a la Sagrada Escritura y a los Padres de la Iglesia y a servirse de buenos autores, daba este precepto: "Primeramente sea la predicación palabra de Dios; hay en efecto ciertos argumentos que tienen más sabor de profano que de sagrado y mejor se oirían en una sala, en una academia o en una sobremesa que en la iglesia, a donde no deben entrar. Lo mismo sucede con ciertos puntos que, por su objeto, podrían ser muy bien verdadera materia de púlpito, si tratados sólo humanamente, defendidos y sostenidos a pura fuerza de raciocinio, no son palabra de Dios, por que ésta es únicamente la que por escrito o por tradición nos fué transmitida y como tal es reconocida y propuesta por la autoridad de la Iglesia". Para que la predicación conserve su carácter genuino exigía nuestro Santo que fuese siempre de utilidad para las almas, y por esto recomendaba citar frecuentemente máximas eternas. En toda suerte de predicaciones, catecismo, instrucciones o explicaciones del Evangelio, cualquiera sea vuestro asunto, es siempre utilísimo tratar más o menos directamente algo tocante a las grandes verdades que miran a la salvación del alma. A tal fin se servía de un símil muy oportuno: "Una buena cocinera, decía, pone siempre en las viandas que prepara una brizna de especias para darles sabor. Pues bien, es este un guisado magnífico para cada plato porque a menudo es más eficaz para el pueblo una reflexión, un diseño, aunque breve, de las verdades eternas, que un sermón entero". Aunque el argumento no fuese una máxima eterna, salvo el caso de especiales exigencias del auditorio, debería ser al menos eminentemente moral, y no dudaba afirmar que era pecado venial un panegírico sin conclusiones morales.

El sermón debe ser también de consuelo para los oyentes. La palabra de Dios debe alentar y no asustar. Aún tratando de verdades eternas es necesario guardarse de aumentar los dolores y angustias de los oyentes y de exagerar los castigos de Dios. Es mejor ensalzar desde el púlpito la bondad y la misericordia del Señor, que tratar argu-

mentos de terror, los cuales desconciertan los espíritus y podrían inducirlos a desesperar de su eterna salvación.

Para confirmar lo que enseñaba, solía narrar dolorosas anécdotas, como esta: “En una de mis visitas a las cárceles me acerqué un día a uno que se negaba a confesarse. Después de varias interrogaciones, me respondió finalmente que para él era inútil la confesión, pues iba necesariamente a condenarse”. Preguntándole el Santo el motivo de su aseveración, replicó: “Hace algunos años, encontrándome en mi pueblo un día de fiesta, fuí a Misa a la iglesia y oí una explicación del Evangelio en que el sacerdote, hablando del pequeño número de los elegidos, dijo: “de cuantos nos encontramos aquí no se salvarán más de dos o tres”. Yo, mirando el enorme concurso de gente, pensé si han de salvarse tan pocos, ¿podré esperar ser de ese número, siendo yo de los menos buenos? no ciertamente. Y si así ha de suceder, ¿de qué sirve entonces venir a la iglesia para cumplir el precepto pascual?— Ejecutando luego su propósito, dejó luego los sacramentos y la devoción y se entregó al mal hasta caer en manos de la justicia, y había sido encerrado en la cárcel en pago de sus delitos”.

Decía finalmente que en la predicación debíamos atenernos a lo que es cierto. Apoyándonos en cuestiones meramente probables y por tanto discutibles, se presentarían dificultades nada indiferentes para las almas. Se escandalizarían éstas al comprender que unos opinan de un modo y otros de diferente manera. Les parecería que la fe y la religión son cosas formadas e inventadas a capricho según el querer de cada uno.

Además, al predicar la palabra de Dios conviene hacerlo de modo agradable a los oyentes. A tal fin aconsejaba que el sermón fuese preparado, escrito, ordenado, libre de frases hirientes e insinuaciones personales, breve y claro. También aconsejaba no subir al púlpito sin la conveniente preparación. El provecho de las almas y la gloria de Dios dependen frecuentemente de la preparación. Improvisar no es fácil para todos. Si nos vemos obligados, Dios no dejará

de ayudarnos. Para que la predicación sea cuidadosa es útil escribir el sermón; se hace necesario escribirlo cuando el argumento es delicado. La conveniente preparación hará que el sermón resulte ordenado. No hay nada tan deplorable como hablar sin orden, confusamente y mal: de esas pláticas no queda ningún buen recuerdo en el alma del oyente ni en la del predicador. Usense todos los miramientos para no herir ni siquiera indirectamente a los oyentes. Razónese con respeto del auditorio, haciendo causa común con él; de modo que de nuestra manera de predicar se den cuenta de que hablamos tanto de nosotros como de ellos y que si hay pecado e infierno para ellos, también lo hay para nosotros. Aconsejaba además el Santo no ser muy largos en los sermones, pues en media hora, quien no dice palabras inútiles, ha dado suficiente alimento espiritual a los fieles.

Inculcaba además Don Cafasso que al componer un sermón, la elección de frases y vocablos fuese encaminada a la más grande claridad y sencillez, de modo que llegue a todas las mentes. A tal propósito me es placentero citar una página escrita por Nicolás de Robilant en que habla de los consejos sugeridos por el hombre de Dios al venerado Juan Bosco:

“Jesús, sabiduría infinita —decía Don Cafasso—, usó palabras y expresiones propias de las turbas a quienes hablaba; también Ud. debe hacer así. Y le dió como regla que al escribir los sermones, los hiciese de modo que su propia madre los entendiera. Y el dócil alumno obedecía, leyéndolos a su madre para que los aprobase. Y “cuántas veces contaba más tarde— me respondió que no entendía. Y yo los traducía al dialecto y aún así oía decir: Pobre Don Bosco; no parece verdad; con tantos estudios y no sabes hacer conocer la voluntad del Señor; o bien: ah, Don Bosco, si sólo sabes predicar así, puedes ir a repetir tu sermón a las cabras, que te entenderán como yo—. Y el buen sacerdote, humillándose siempre más, escuchaba las palabras de su madre y volvía a escribir buscando, con gran fatiga, voces y frases italianas breves y expresivas, parecidas a las

del dialecto, que ella le sugería. Y sólo cuando le decía: —Ahora sí me parece entender, se decidía a presentar su escrito a Don Cafasso”. (1)

En fin, para que la palabra divina pueda producir efectos saludables en las almas, recomendaba el Santo que estuviere siempre acompañada en el sacerdote por una recta intención, por la santidad de vida y por la oración. Por esto el Padre Monsabré, antes de subir al púlpito en la catedral de Nuestra Señora de París, rezaba el rosario entero de rodillas; y a un amigo que le preguntaba el porqué, respondió: “Tomo la última infusión”.

Respecto a la rectitud de los entendimientos, enseñaba: “Fijaos cómo aún entre el vulgo se prefiere al predicador que tiene esta unción unida a la sencillez del lenguaje. Tanto el docto como el ignorante entienden sus palabras y lo atienden gustosos, aún cuando falten otras cualidades y yerre un poco; comprenderéis que su palabra tiene un poder secreto y no podréis menos de aprobarla. Algunas veces no se comprenderá la fuerza de una razón o ella no os convencerá, pero os sentiréis conmovidos y enternecidos por la unción y por el corazón que la acompaña; y nadie puede desoír la voz del corazón. Mientras nos conservemos sólo en la línea de la elocuencia, del estilo, de los conceptos y de las razones, los mundanos no tienen miedo de nosotros; lo que nos da fuerza y nos hace, por mucho, superiores a ellos es esta dote tan admirable. Ay, si el mundo llegara a poseerla. Pero no; la unción es como un espíritu y soplo divino y celestial que el Señor comunica a su Iglesia, a sus ministros, a su palabra, a la que ni con el arte, ni con la ciencia, ni con cualquier otro esfuerzo podrá nunca llegar”.

Igualmente enseñaba que es condición indispensable al éxito espiritual, la vida santa y purísima del sacerdote, pues aunque la conversión de las almas sea obra de la gracia, contribuye mucho a ella la santidad del orador; cuando

---

(1) Guillermo Audisio, “Lecciones de Sgd. Elocuencia”, vol. II, págs. 260 - 261.



los fieles pueden ver en él la virtud que inculca y el aborrecimiento de los vicios contra los cuales habla, se sienten más eficazmente movidos a practicar y aceptar las enseñanzas. Añadía el Santo que para predicar con fruto es necesario orar y orar mucho. La oración es el más eficaz auxilio del orador; lo sostiene en la hora de la angustia y de la batalla, pues la predicación es una verdadera y santa batalla, y le obtiene ayudas sobrenaturales que iluminan su inteligencia, despejan su memoria y comunican a sus acentos una fuerza y una fascinación que nosotros, hombres de púlpito, no sabríamos explicarnos al negar aquel soplo divino que muchas veces hemos merecido con nuestra humilde oración.

Así la cátedra del sacerdote José Cafasso se embelleció con aquella misma luz que vemos aún refulgir en las enseñanzas que nos ha transmitido.

## CAPITULO IV

# CONTRA LOS ERRORES DE SU TIEMPO

**Jansenismo — Suave confianza — Rigorismo — Bondad en el ministerio — Regalismo — Con la Iglesia y con el Papa.**

### JANSENISMO.

Expositor de la verdad y de la ciencia cristiana, al encontrarse ante los errores que atormentaban la sociedad de su tiempo y turbaban el alma de tantos sacerdotes, el Santo se sirvió de su magisterio y de la autoridad que había adquirido, para afrontar con ánimo firme y confundir valientemente las aberraciones contemporáneas. En esta lucha templó su espíritu con las armas de la Iglesia y salió victorioso.

El Sumo Pontífice Pío XI al publicar, el primero de noviembre de 1924, el decreto con que declaraba que se podía proceder con seguridad a la beatificación de este gran Siervo de Dios, afirmó: “Don Cafasso llegó a ser bien pronto maestro del clero joven, con calor de caridad y con luz de santísimas ideas, contraponiendo oportunos remedios a los males de su tiempo. Opuso al Jansenismo un espíritu de suave confianza en la bondad divina; al Rigorismo un espíritu de justa facilidad y bondad paterna en el ministerio; al Cesarismo, una soberana dignidad de conciencia que respeta todas las leyes justas y todas las legítimas autoridades, pero acompañada, dominada y guiada por la observancia perfecta de los derechos de Dios y de las almas, por una

inviolable devoción a la Santa Sede y al Sumo Pontífice, y por su filial amor a la santa Iglesia”.

En estas breves frases están sintetizados todos los errores a los que el sacerdote José Cafasso contrapuso con ardor no común y con la competencia requerida los remedios más sanos y eficaces.

Bien se conoce cómo en el Jansenismo se encuentra a una de las herejías más sutiles y más funestas para la Iglesia; Jansenio fué su corifeo. No faltaron numerosos prosélitos que propagaron y desarrollaron los errores del maestro. El principio fundamental del Jansenismo era este: “el hombre, en el estado de naturaleza caída, obra necesariamente bajo el influjo de la delectación, que, si es celestial, lo obliga a la virtud; si terrena, lo arrastra al mal”. Tal principio, destruyendo el libre albedrío y la libertad humana, quita al alma toda energía para el bien y la lleva al desaliento y a la desesperación. En este principio estaban incluidas otras teorías que abrieron camino a los más perniciosos errores.

Los jansenistas intentaron llenar la administración de la Penitencia y de la Eucaristía de una severidad y de un terror que desconcertaban a las almas. Enseñaban entre otras cosas que era loca presunción esperar dos veces el perdón de Dios, y el cristiano debía prepararse toda la vida antes de recibir la sagrada comunión. El Dios predicado por tales herejes no era el Dios de bondad y de misericordia cual se nos había enseñado a través de la tradición cristiana, sino un tirano que se complacía en rechazar al pecador y dejarlo morir en su pecado. Todos estos principios estaban dirigidos a demoler cuanto hay de más caro a la conciencia de los fieles; y se esforzaban por separar las prácticas del catolicismo y los sacros ritos de lo que aquellos innovadores llamaron “perjudiciales innovaciones de los últimos siglos”. No dejaron nada intacto: ni la devoción al Sagrado Corazón, ni el culto de María Santísima, ni el de los Santos, ni las sagradas imágenes, ni las proce-

siones, ni las novenas, ni los ornamentos de los altares, ni los actos de piedad admitidos por la costumbre de los pueblos.

Las consecuencias de la herejía fueron desastrosas. La Iglesia, que vela por la pureza e integridad de la fe, la condenó inexorablemente. Pero los jansenistas más listos que los protestantes, quienes con la separación de la Iglesia Católica se habían cerrado las fuentes de la vida, se propusieron como norma no separarse jamás externamente de Roma y prometieron sujetarse siempre a las decisiones del Papa, mientras buscaban todos los días nuevos subterfugios para interpretarlas a su manera. La doblez, la hipocresía, el fanatismo y la propaganda tenaz de esta secta contribuyeron inmensamente a alejar a los fieles de los sacramentos y de las prácticas de piedad, difundiendo por doquiera un indiferentismo religioso que fué causa de tantas ruinas morales y sociales.

Qué repercusión haya tenido la herejía en el Piamonte nos lo dice De Robilant en su escrito: "Las enseñanzas del Jansenismo juntamente con las de sus naturales y tristes aliados el Galicanismo y el Regalismo, habían infectado primero y principalmente a Francia, Bélgica y Holanda; pero modificándose según los lugares y las ideas allí dominantes, no habían dejado de infiltrarse y de serpear del mismo modo más o menos engañoso entre los cristianos del occidente. En Italia habían penetrado especialmente en Toscana, encontrando un eco fiel en el célebre Sínodo de Pistoia, gracias a la constante ayuda del gran duque Leopoldo, de Escipión Ricci y de Tamburini, profesor de la Universidad de Pavía. El Piamonte, situado entre Francia y Toscana, no podía quedar completamente inmune del mal. El Jansenismo clásico no echó en verdad profundas raíces ni fué allí abiertamente enseñado o practicado, ya por la índole de los habitantes, ya por nuestros príncipes que, ajenos a las luchas teológicas que turbaban la paz de la Europa católica, después de haber aceptado las bulas pontificias que condenaban a los innovadores, habían prohibido escribir en pro o en contra de las mismas. Pero también entre

nosotros se habían difundido muchísimos libros inficionados de Jansenismo y esta fatal doctrina había llegado a infiltrarse en las universidades y seminarios, inspirando en la enseñanza de la Teología moral el Rigorismo que no era sino una emanación de las teorías jansenistas y que se había concretado en el Probabiliorismo para causar estragos en las conciencias". (1)

#### SUAVE CONFIANZA.

José Cafasso supo dar un golpe mortal al Jansenismo que infectaba en sus tiempos el Piamonte, al despertar, aún en los corazones de los pecadores más perversos, la esperanza en Dios y una suave confianza que les aseguraba su suerte final. El inspirar una confianza suma a quien parecía desesperarse era una virtud propia de él, que, según la expresión de Don Bosco, tenía el don de transformar la desesperación en viva esperanza y en ardiente llama de amor de Dios.

Teniendo el corazón lleno hasta desbordar de fe en la bondad divina, se lamentaba de que no pocas almas se dejaran vencer por la desconfianza. El demonio, decía, no puede vencer estas almas con los atractivos del mundo y trata de superarlas angustiando su corazón. Y esto aunque no cause ningún otro daño, por lo menos impide obrar el bien. Por esto recomendaba calurosamente inspirar una grandísima confianza, sugiriendo ora una, ora otra de las doctrinas que consuelan el espíritu; pues muy cierto es que producen mayor fruto los argumentos de confianza que los que inspiran temor, porque alarman al pecador, induciéndolo a desesperar y enfrían a los buenos, alejándolos de los actos de amor y de confianza.

Animado por principios tan consoladores se esforzaba no en multiplicar los pecados, como hacían los jansenistas, sino en reducirlos, prevenirlos y facilitar su perdón. Su vida no fué sino una continua lucha contra el pecado. ¿Para qué,

(1) Obra citada, vol. I, pág. 21.

pues, aumentar su número en las almas? No es necesario creer que todo sea pecado. Es preciso distinguir entre pecado e imperfección; y al admitir que un acto sea pecado, conviene ir despacio antes de declararlo mortal. Sin advertencia y consentimiento no hay acción pecaminosa. Además, en muchos existe la buena fe que los salva del pecado. Y es necesario respetar de vez en cuando esta buena fe, dejándola en quien, de otro modo, recibiría más daño que provecho.

Uniformándose además al espíritu del cristianismo que es la libertad y redención del mal, exaltaba los tesoros de la misericordia divina que los jansenistas, sustituyendo al Padre por el tirano, habían quitado de entre los atributos de la divinidad". Si hemos ofendido al Señor, decía, no aumentemos disgusto sobre disgusto dudando del perdón; hemos vilipendiado su santidad y su justicia, honremos al menos su misericordia; y mientras el mundo entero canta a su bondad, ¿nuestro corazón será el único que dude tributarle esta alabanza?" (1)

Siempre pronto a poner de relieve la bondad del Padre celestial que perdona y ama, ante el fariseísmo de los jansenistas que abusaban de algunas frases de la Biblia para torturar el alma del pecador, cerrándole así el camino del perdón, oponía el trabajo cotidiano del divino Salvador, dirigido exclusivamente a la salvación de los réprobos; recordaba la bella parábola del Buen Pastor que va en busca de la oveja perdida, y la de la mujer que revolvió su casa para encontrar la dracma; recordaba las muestras de misericordia para con la Magdalena, la Samaritana, Zaqueo, para con el mismo Judas y el Buen Ladrón; y tranquilizaba las conciencias presentándoles en toda la plenitud de su belleza divina la imagen de un Dios que no quiere la muerte del pecador, sino que está pronto a perdonar a todos, sin excepción de persona, tiempo o pecado. Así restauraba el Santo la doctrina católica, enseñando que cualquier pecador

---

(1) De los sermones del Santo.

aunque haya recaído y haya por mucho tiempo rechazado la gracia, podía presentarse al tribunal de la penitencia con la seguridad de ser en él perdonado y absuelto.

Mientras los seguidores de las doctrinas jansenistas inculcaban su dicho: **Sacramenta damus, securitatem vero non damus**: administramos los sacramentos pero no damos la seguridad, él, por por el contrario, insistía y quería que sus alumnos recalcaran a los fieles sobre la certidumbre del perdón, ya que la duda de haber sido perdonados es la última tentación del demonio, especialmente para los que se convierten al fervor después de una vida de pecado.

“Asegurar el perdón de parte de Dios a los que tenían no salvarse, aterrorizados por el número y gravedad de los pecados cometidos, era un don especialísimo de Don Cafasso, quien se mostraba para con ellos como un verdadero ángel consolador enviado por Dios. Muchas personas, encontrándose atormentadas y afligidas por el miedo fatal y el pensamiento de que no se salvarían, iban a hablar con él, le abrían su corazón y regresaban llenas de confianza, tan seguras del perdón de Dios como si El mismo hubiese descendido visiblemente del cielo a darles una prenda de tanta certidumbre”. (1)

De aquí nacía la seguridad de salvarse por la bondad y misericordia de Dios y de ganar el paraíso. No va al infierno sino el que quiere ir. Por eso a quien le preguntaba: ¿Padre, iré yo al Cielo? — Respondía: ¡Oh! Esto no se puede poner en duda. Hay muchos cristianos que consideran el asunto de la salvación como si fuera un juego de loterías; parece que esperaran de la suerte un buen número. No debe ser así. Tenemos la ley y las promesas de Jesucristo y quien se esfuerza en observar la ley no debe dudar de las promesas. Y reprobaba altamente la conducta de los moralistas que repiten a cada momento que es muy difícil orar como se debe y, sobre todo muy difícil alcanzar la salvación. Tal modo de hablar, capaz de abatir los espíritus más

---

(1) Relación Rolando.

fuertes, fué siempre repudiado por Don Cafasso, quien procuró a cada instante elevar las almas al Señor y llenarlas de suave confianza.

Cuando se le objetaba que, según lo dicho por el Espíritu Santo, la puerta del paraíso es angosta y estrecho el camino, respondía: con tal de que podamos pasar, me parece suficiente; no hay necesidad de que quepan dos al mismo tiempo.

Y cuando Don Bosco, no por convicción sino por el deseo de ser ilustrado, le citaba las palabras del Evangelio según las cuales es muy pequeño el número de los elegidos, nuestro Santo le respondía, probándole con muchos argumentos, que es muy grande el número de los que se salvan. Pero al ver que Don Bosco no cesaba de repetirle los textos escriturales, interpretándolos en favor del número pequeño, Don Cafasso al fin le dijo: No me vuelvas a objetar tales cosas. Estaba seguro de que se salvarían cuantos quisieran.

Al pensar en la patria celestial todas las aberraciones jansenistas se convertían para él en cenizas y una ola de suave esperanza y de sublimes consuelos envolvía su alma. Solía decir a sus sacerdotes: “¡Oh cuán consolador es este pensamiento y de cuánto alivio para el alma cuando está fuertemente arraigado en el corazón del Eclesiástico! En ciertos días en que la vida es pesada, en ciertas penas del corazón, en ciertas angustias del espíritu y del ministerio, basta un recuerdo, un grito de fe en esa patria celestial, y llenos de santos deseos nos repetimos a nosotros mismos: Ese trono, ese cielo es para mí. No sé si son breves o largos los días que me quedan de vida; no sé las vicisitudes, los consuelos y los disgustos que aún debo probar sobre la tierra; no sé si gozaré de salud en lo porvenir o si por el contrario me probarán los dolores; no sé si me equivocaré en mis cálculos, en mis deseos, aún en los buenos y santos; pero no importa; entre tantas incertidumbres y ante un futuro incierto veo claramente una cosa, que yo fuí hecho para el cielo y el cielo fué hecho para mí. El mundo se ensaña contra nosotros, nos oprime, nos maldice, pero a



despecho del odio inmenso y de la rabia que lo devora, no puede variar mi destino, y si soy fiel, el paraíso será para mí". (1)

### RIGORISMO.

Del Jansenismo nacieron las doctrinas rigoristas. Para ciertos teólogos la más pequeña infracción de la ley, aún dudosa, era culpa grave. Frecuentemente se negaba o difería la absolución a los pecadores por motivos fútiles. No podían acercarse frecuentemente a la comunión sino las almas privilegiadas; así se mantenía a los fieles alejados de los dos sacramentos —Confesión y Comunión— que son los mejores portadores de la gracia y los medios más eficaces para la santificación de las almas. Por lo tanto se les inducía a la desesperación o a la impenitencia.

Con el Rigorismo se conecta el sistema del Probabiliorismo. En los muchos casos dudosos que presenta la Teología moral en orden a la exigencia e interpretación de la ley, ¿cómo deben regularse el confesor y el cristiano? Los unos decían: No puede seguirse ninguna opinión aunque probabilísima, si no es bien cierta. Este es el **Rigorismo**. Otros sentenciaban: Se puede seguir cualquier opinión, aunque sea muy débil su fundamento. Tal era el **Laxismo**. Entre dos sistemas tan reprobables, condenados ambos por la Iglesia, y a los que el célebre teólogo D'Anibal Hamaba monstruos, tétrico el primero, suave y cómodo el segundo, existen dos sistemas intermedios seguidos por dos escuelas diversas. Una de estas enseña que en casos dudosos el confesor puede atenerse a aquella opinión que parezca sólidamente probable, aunque haya mayores grados de probabilidad por el lado contrario. Este es el **Probabilismo**, sistema inspirado en criterios de equidad que troncha toda razón de disputa, y tranquiliza las conciencias.

Pero existía también en aquellos tiempos una escuela bien diversa, según la cual, en casos de duda, se deben

---

(1) De los sermones del Santo.

escoger con suma diligencia todos los argumentos expuestos por los teólogos sobre alguna cuestión, y después, bajo pena de pecado, todos deben pronunciarse y obrar exclusivamente en conformidad con aquella opinión en pro de la cual se reconocen mayor número y mayor evidencia de grados de probabilidad. He aquí el **Probabiliorismo**, que busca la más probable de las opiniones probables; sistema que, como todos ven, es imposible de practicar y veja las conciencias. Imposible, pues para decidir en una cuestión sobre cuál sea la opinión más probable es necesario estudiar larga y cuidadosamente para formarse un juicio y poder decidir. ¿Quién no ve que para esto es menester mucho tiempo, fatiga, criterio, libros y muchísimas consultas? ¿Qué llegaría a ser el tribunal de la penitencia si la absolución estuviese subordinada a los criterios de mayor o menor probabilidad? De aquí las disputas, las sutilezas, las ansias e intranquilidades de espíritu que rebajarían la religión, profanando su santidad y contaminando su suave fragancia.

Era natural que tal sistema degenerase en el rigorismo y fuese causa de profundas intranquilidades de conciencia que, no encontrando ya consuelo y una seguridad tranquilizadora en la confesión, se alejaban del todo de las fuentes de la piedad y del perdón.

En el período de tiempo de que hablamos escribe Nicolás de Robilant— el Probabiliorismo estaba apenas en flor en el Piamonte y estaba personificado en el profesor de Teología moral de nuestro Ateneo Real: El abate Juan María Dettori, oriundo de Cerdeña. Desde su cátedra desarrollaba éste su tesis en un latín ciceroniano, digno de mejor causa, salpicándolo de invectivas contra los adversarios, las cuales quedaron en la historia de la enseñanza universitaria turinesa. Como antaño Agustín contra Juliano el apóstata, el fiero insular fulminaba con su elocuencia a los seguidores de la moral benigna, llamados probabilistas por sus afirmaciones de que en los casos de duda, salvo algunas excepciones particulares, se tuviera mayores grados de probabilidad. Estos eran para Dettori “una grey infa-

me y seguidores de un monstruo infausto" —con cuya ayuda se podían violar impunemente todos los preceptos del decálogo— que apenas aparecido había conmovido en seguida a los hombres, sublevado las turbas e infundido horror tanto a las almas piadosas como a las eruditas. Y sólo disminuía sus invectivas, porque "no quedando, a Dios gracias, casi ningún vestigio del mismo", no valía la pena combatir autores que ya estaban sepultados en la indignación y en el olvido de los doctos. Y el abate hacía más tarde eco a Vicente Gioberti, llamándolo **ilustre y venerado maestro**, porque atacó el Probabilismo y a sus seguidores en el **Jesuíta moderno**. (1)

Por tanto las universidades y los seminarios del Piemonte estaban inficionados de estas enseñanzas, y José Cafasso, caminando tras las huellas de un gran santo, se convirtió en fuerte e intrépido campeón de las doctrinas más dulces y consoladoras que supo valorizar en su ministerio de sacerdote.

#### BONDAD EN EL MINISTERIO.

El Santo que surgió en el siglo XVIII para combatir a fuerza de argumentos y con la autoridad que le provenía del ingenio, de la santidad y de su dignidad de obispo, fué San Alfonso María de Liguorio, quien, en grandes volúmenes compiló un sistema de Teología moral deducido con seguras normas de las doctrinas de los Santos Padres y de la Iglesia. Según este sistema llamado en las escuelas **Probabilismo**, en vez de perderse en discusiones sutiles sobre el mayor o menor grado de probabilidad, está permitido seguir la opinión probable en cosas lícitas, siempre que la probabilidad se apoye en argumentos sólidos, graves y bien acertados y esté protegida por todas las reglas de prudencia que justamente recomendaba el obispo de Santa Agata dei Goti.

Don Cafasso, aunque estudiaba todos los autores, tuvo una predilección especial por San Alfonso, que fué, pode-

---

(1) Obra citada, vol. I, pág. 23.

mos decir, su maestro e inspirador. Era muy razonable seguir las huellas de este celosísimo pastor. ¿No fué él acaso uno de los más ilustres santos y doctores de la cristiandad? El Cardenal Capeceletro comparaba al piadoso y docto obispo de Santa Agata dei Goti del siglo XVIII al grande Arzobispo de Milán del siglo XVI. Benedicto XIV aprobó las reglas de la Congregación de SS. Redentor, fundada por él. Clemente XII lo nombró obispo. Pío VII lo declaró beato en 1816. Gregorio XVI lo inscribió en 1839 en el catálogo de los santos. Más tarde, en 1871, Pío IX lo proclamó doctor de la Iglesia.

La autoridad de San Alfonso era, pues, indiscutible. En un decreto del 18 de mayo de 1803 se había dicho que en sus obras no se encontraba nada digno de censura. Y en la bula de canonización, el Papa Gregorio XVI se maravillaba de que entre tantas obras y preocupaciones, San Alfonso hubiese escrito tan bien su **Teología**, que todos lo podían seguir, **sin nunca tropezar**. Y a los adversarios que en San Alfonso de Liguorio solían distinguir entre el doctor y el santo, José Cafasso respondía: “¿Se podrá creer que un hombre tan santo, después de haber hecho tantas penitencias y oraciones para conocer la verdad se haya equivocado en un asunto de tanta importancia?... Y además, si San Alfonso se hizo santo enseñando y practicando su doctrina, ¿cómo negará Dios la entrada al paraíso a los que lo siguen, si por otra parte lo han merecido? Cuando vayamos al Paraíso, si se nos objeta alguna dificultad, podemos responder: o dejamos fuera a Liguorio, cuyas enseñanzas hemos seguido o somos admitidos con él; y estad seguros de que no tendremos que volver atrás”.

Confiándose en un maestro tan grande y en un Santo tan insigne pudo Don Cafasso esquivar los excesos del rigorismo y desplegar una paterna bondad en el ministerio que fué útil a tantos sacerdotes y a una legión de almas. Haciendo frente a tales excesos afirmaba con su magisterio máximas de equidad, de justa facilidad y de providencial

benignidad, que lograron salvar al clero y preparar una generación mejor. Hé aquí la síntesis de sus enseñanzas.

Es preciso distinguir entre obligaciones ciertas e inciertas. Son ciertas las doctrinas que tienen el consentimiento unánime de los teólogos o por las cuales la Iglesia ha manifestado de algún modo su consentimiento, o con definiciones explícitas o condenando sentencias opuestas. En las opiniones discutidas hay obligación cierta de seguir la parte más segura, siempre que la opinión favorable a la libertad contenga, ya para sí, ya para los demás, el peligro de algún daño, prohibido por las leyes de la justicia o de la caridad. Fuera de estos casos, en las circunstancias en que había controversia realizaba los dos extremos libres y tolerados, tanto por parte de la severidad o rigor, como por el opuesto de la benignidad, y dentro de estos términos afirmaba que uno podía limitarse a aconsejar al penitente para mayor bien, sin imponerle una obligación que no existe y que le pondría en peligro de pecado formal. Un buen sacerdote debe procurar impulsar al prójimo hacia el bien, sin imponerle obligaciones que no son ciertas y poniendo en vez de éstas, ante sus ojos, premios y ventajas para inducirlo a la santificación.

Establecida la licitud de esta o aquella opinión, proponía el Santo estos principios: no unirse a ninguna, ni rechazar ninguna; seguir sólo aquella sentencia que, en el caso práctico se resuelve a mayor gloria de Dios y provecho del penitente. Así ilustra su pensamiento: "Las varias opiniones de los teólogos deben ser para nosotros lo que son para el artesano los varios instrumentos distribuídos y colocados, cada uno en su puesto, o en un gran taller. Cuando los necesita el dueño para trabajar, se acerca ora a éste, ora a aquél y ya no mira quién sea su autor o cuál guste más; solo busca aquel de entre todos que es más adaptado y conveniente al trabajo que va a hacer. Así debemos obrar nosotros en el gran taller de las almas que es el confesionario. Vamos allá para salvarlas y ante nosotros está toda aquella serie de sentimientos y de opiniones teo-

lógicas, como instrumentos que deben usarse en un trabajo tan importante; al escoger, no miramos ni al autor que la enseña ni la que más nos place; miramos, elegimos en seguida la que creemos que en las circunstancias de la persona es la más adaptada para salvarla. Oigamos las confesiones para impedir el pecado y fijémonos en aquellas opiniones que nos pueden asegurar, en nuestro caso, que ayudarán al penitente para no pecar. Este es el verdadero modo de administrar los intereses de Nuestro Señor y de usar la mayor caridad que sea posible para con las almas de nuestros prójimos''. (1)

El sistema moral de Don Cafasso, mientras combatía el rigorismo, no se desvió nunca hacia el laxismo ya que, lejos de proponer siempre las sentencias más benignas, no aceptaba sino las verdaderas y sólidamente probables. Conciliaba admirablemente la benignidad con la verdad, la caridad con la justicia, la suavidad con la obligación, el amor en el trato con la santidad del ministerio. "En el tribunal de la penitencia —escribía— quiere el Señor que tengamos entrañas de compasión, de caridad, un corazón de padre con cualquiera que se nos acerque, sin fijarnos ni en la persona ni en los pecados: ¡ay! si alguna alma se aleja, se retira y pierde por nuestra culpa! Dios exigirá de nosotros cuenta y satisfacción rigurosísimas; "**sanguinem de manu tua requiram**".

No ofendiendo a ninguno, más bien teniendo cuidado de la reputación de todos, con la modestia de sus modales indujo a muchos adversarios a abrazar su opinión. Por su obra el dualismo que se deploraba en el clero fué atenuándose sensiblemente hasta desaparecer por fin. Los debates con que el Santo había iniciado su carrera de maestro o cesaron o fueron mitigados por el suave soplo de la caridad. El clero y episcopado piamontés estaban ahora con él. Y cuando tres lustros después de su muerte volvió a encenderse alguna disputa y comenzó alguno a alimentar des-

---

(1) De los escritos del Santo.

confianzas y temores injustificados sobre las doctrinas de Teología Moral que se continuaban exponiendo en el Convictorio eclesiástico, un discípulo de Don Cafasso, Mons. Juan Bautista Bertagna, heredero del pensamiento del maestro en cuya cátedra le había sucedido, firme e intrépido en medio de las contradicciones, dió con su doctrina y su autoridad un último golpe a las extremas resistencias que aún oponían los avances del rigorismo y del jansenismo.

El magisterio de Don Cafasso triunfaba de manera definitiva por la obra perseverante de su discípulo.

### REGALISMO.

En aquellos tiempos otro error muy pernicioso causaba mucho daño en el Piamonte; era el regalismo que, penetrando en la enseñanza e invadiendo después el espíritu público en la legislación, tendía a conculcar los derechos de la autoridad eclesiástica y preparaba el camino al liberalismo sectario que tantas desgracias iba a causar a la Iglesia y a Italia.

Las invasiones francesas, llevando al Piamonte la triste herencia de las libertades galicanas, hicieron subir el espíritu regalístico hasta las sedes episcopales a las que, desde la prepotencia napoleónica, eran llevados hombres ineptos, partidarios de las nuevas ideas salidas de aquella revolución nefasta que se ligaba a los nombres de Dantón y Robespierre. Oculto ya el astro napoleónico, el regalismo había echado profundas raíces. Los bienes eclesiásticos estaban sujetos a impuestos, reducida la inmunidad personal de los clérigos y la de los piadosos lugares; permitidos los escritos en que se conculcaban los derechos de la Iglesia; proscritos los autores que impugnaban las ideas galicanas. La corte de Saboya, comparada con otros tronos, era la menos contaminada del espíritu regalístico, pero la universidad de Turín había llegado a ser un hervidero de perversas doctrinas, que, insinuándose doquiera, disponían los ánimos a un levantamiento de escudos contra las prerrogativas ecle-

siásticas y los intocables derechos del catolicismo. Las doctrinas regalísticas se iban difundiendo tanto en las masas como en el clero. El error cundía por doquiera. Nuevos eventos maduraban al pie de los Alpes. Las ideas de libertad política se encendían, seduciendo los espíritus; se preparaban las guerras de independencia del extranjero; la unidad de Italia estaba en la mente y en el corazón de muchos ciudadanos. Y en medio de un intenso fervor de propaganda y de obras se manifestaban los primeros síntomas de aquel liberalismo que se preparaba a destruir las fuerzas espirituales de la Iglesia. Con el nombre de patriotismo se enmascaraba una guerra formidable al clero, a la religión y al papado; guerra que tramaban secreta e implacablemente las sectas.

En el Convictorio eclesiástico de San Francisco, en Turín, no podían dejar de repercutir los ecos de esta lucha, pues dentro de aquellos muros y ante la cátedra regentada por José Cafasso se formaba toda una generación de nuevos sacerdotes que, con su doctrina y con su ministerio se opondrían a las ideas regalísticas y harían frente a los asaltos del liberalismo. Vicente Gioberti, el abate rebelde y enemigo mortal de los jesuitas, a quienes consideraba inspiradores de la dirección del Convictorio, escribió contra éste una página soez, que revela todo su espíritu sectario:

“El Convictorio de San Francisco, escribe Gioberti, es algo muy difícil de definir. Es un colegio, un seminario, un monasterio, un presbiterio, un capítulo, una penitenciaría, una iglesia, un curato, una cura, una corte, una academia, un conciliábulo, una tertulia, un banco de pólizas, una oficina de jaculatorias, una alambique de casos de conciencia, un criadero de errores, una escuela de ignorancia, una fábrica de mentiras, un nido de engaños, un telar de intrigas, un almacén de abalorios, una despensa de chismes, una cucaña de favores, una bodega de gracias, un arsenal de prebendas, y en fin, (ved hasta donde llega la malicia) un esparavel y una liga de pájaros en que se sonsacan por montones donaciones y legados, como los peces y avecillas en



las redes y trampas. Eso, todo eso junto es el Convictorio, sin ser propiamente ninguna de esas cosas; tiene todas las naturalezas, ejerce todos los oficios, toma todas las formas, reviste todas las apariencias; es una sociedad secreta y pública, sagrada y profana, laica y sacerdotal, plebeya y patricia, clerical y monacal, religiosa y política, y así sucesivamente. Por la variedad de las mercancías que allí se reciben y despachan podría comparársele a la luna de Ariosto; con la diferencia de que en ésta abunda la inteligencia; en cambio, en el lugar de que hablo, es el único artículo que no se da gratis ni se vende a los clientes porque no se le encuentra". (1)

Regalismo y liberalismo, acompañados de tales acusaciones y de tan pérfidas calumnias contra el Convictorio eclesiástico hacían tanto más delicada y difícil la obra de nuestro Santo quien, sin embargo, cumplió siempre su tarea de maestro y de educador con dignidad y conciencia en el pleno conocimiento de sus deberes sacerdotales.

#### CON LA IGLESIA Y CON EL PAPA.

José Cafasso, para no dar motivo de represalias contra el clero y la Iglesia, practicó e inculcó a sus alumnos la abstención absoluta de todo lo que pudiera tener alguna apariencia de política, afirmando en toda ocasión que la política del sacerdote es la salvación de las almas. A este fin disuadía a sus alumnos de la lectura de diarios liberales y de los prohibidos por la Iglesia, aunque se tuviera permiso para ello; y contaba a este respecto la historia de un eclesiástico que, habiendo entrado bueno y celoso al Convictorio, se dió a la lectura de la "Gaceta del Pueblo" y el "Piamontés", que él se procuraba a escondidas los días de paseo, y se pervirtió por completo, terminando miserablemente. Si en tiempo de recreo se hablaba de política o del gobierno, él cambiaba diestramente de tema, refirién-

---

(1) El Jesuita moderno. Tomo IV, Losamine, 1847, págs. 374-375.

do la conversión de algún ajusticiado o bien, ponía en consideración el deber que tiene el sacerdote de trabajar por la salvación de las almas.

En esos tiempos en que las ideas de libertad parecían tan seductoras, no faltaron jóvenes sacerdotes ligeros e inexpertos, que en acaloradas disputas sostuvieran las ideas liberales. El Santo, ajeno a entrar de lleno en las cuestiones, les invitaba a abstenerse de disputas que apartaban los ánimos del estudio y de los deberes del propio estado. Frecuentemente bastaba su mirada para interrumpir acaloradas discusiones. Durante las guerras de independencia del 1848 a 1849 decía a sus alumnos: “Si de viaje o en cualquier circunstancia os preguntare alguno: ¿Qué dice usted, señor cura, de todos estos acontecimientos?, responded: Yo no digo nada; rezo. Mas, por quién reza: Por los franceses o por los austríacos? —Rezo por que las cosas vayan bien—. Así esquivaréis toda contestación”.

Tan grande estima se había conciliado Don Cafasso, que sus conciudadanos decidieron en 1857 elegirlo diputado al parlamento por Castelnuovo de Asti. Apenas tuvo él noticia de esto, hizo todo lo posible para frustrar el proyecto. Y a un negociante de Castelnuovo que había ido a visitarlo, le decía: Esos señores quieren que yo acepto el cargo de diputado; pero en el día del juicio, Nuestro Señor no me pedirá cuenta de si he sido diputado, sino de si he sido un buen sacerdote. Otro día corrió la voz de que había sido nombrado Caballero de la orden de los Santos Mauricio y Lázaro. Un antiguo servidor del Convictorio se acercó a él, y le dijo: Lo felicito por su nombramiento de Caballero—. Y él: ¿Caballero? no hables de eso. ¿No sabes que la cruz de Nuestro Señor vale mil veces más que las de todos los caballeros del mundo? Él permaneció siempre alejado de toda intriga política, lo mismo que de la ingerencia en asuntos del gobierno.

No por esto dejaba de rendir el homenaje debido a las autoridades civiles. Enseñó a respetar la autoridad, sin distinción alguna, y mientras duró la guerra afirmaba que los

soldados y las personas encargadas de velar por el bien público estaban obligadas a dar la vida antes que volver las armas contra su soberano.

Cuando se le informó que era necesario convertir temporalmente parte del Convictorio en hospital militar, no opuso dificultad alguna; y sus alumnos se prodigaron generosamente en la asistencia de los enfermos, aún de los atacados de viruela y de otras enfermedades contagiosas.

Mas el respeto a las autoridades civiles y políticas nunca le hizo violar los deberes de su conciencia. Cuando el gobierno piomontés ocupó la Romagna y la Emilia, pertenecientes a la Santa Sede, algunos párrocos, acaso por evitar disgustos, cantaron el "Te Deum" de acción de gracias. Uno de ellos, a pesar de juzgar que era ilícito, preguntó al Santo si conocía algún pretexto suficiente para negarse a hacerlo. El respondió resueltamente: "¿Qué más se puede hacer sino decir un **no** rotundo? Dirán que es difícil responder así; pero fácil o difícil, no hay otra respuesta. Sus más grandes intereses fueron Dios y las almas. La ofensa de Dios y la pérdida de las almas no lo dejaban indiferente; por estos dos grandes ideales habría dado cien veces la vida. Y para defender los derechos de Dios y de las almas promovió él mismo la fundación de un periódico religioso cuya dirección tuvo Don Boseo y a tal fin facilitó los medios y el dinero. Ese diario se convirtió pronto en las beneméritas "**Lecturas Católicas**".

Cuanto más crecía el Regalismo y se acentuaba la lucha contra la Iglesia, tanto más íntima era la unión de Don Cafasso a Roma y al Papa. La Iglesia era para él columna de fe y de verdad, y protestaba querer vivir y morir en la comunión más íntima con esta buena Madre. Roma era para él la ciudad de las almas que saben encontrar tras aquellos muros y en aquellos santuarios los secretos de la fe, engendradora de héroes y mártires del cristianismo. Muchas veces deseó ir a la ciudad santa, pero jamás pudo satisfacer sus deseos, absorbido como estaba en las varias e incessantes ocupaciones apostólicas. Siempre unido al Papa, le

profesaba la más tierna devoción. Defendió constante y celosamente su causa ante todo el mundo, y enseñaba que era éste un deber importantísimo del clero.

Para reavivar en sus alumnos los sentimientos de veneración por el Pontífice solía leer en el comedor las vidas de Gregorio VII y de Inocencio III, de Bonifacio VIII y San Pío V, y la historia de los padecimientos de Pío VI. El mismo refería las tribulaciones sufridas por Pío VII en Savona y brillaba en su rostro un rayo de alegría cuando recordaba los esfuerzos del teólogo Guala para aliviar las angustias del Papa prisionero y para dirigir la Iglesia. Los nombres de Gregorio XVI y de Pío IX estaban muy a menudo en los labios del Santo, que veneraba a Cristo en la persona del supremo jerarca y en él reconocía la salvación de Italia y la luz del mundo.

Al recibir al Nuncio Apostólico en el Convictorio, lo saludó como representante del Vicario de Jesucristo, del sucesor de San Pedro y del Maestro infalible de la fe, y habló, según un testigo, como habría hablado un San Jerónimo, un San Bernardo y un San Alfonso de Ligorio. Y cuando Mons. Fransoni, arzobispo de Turín, fué arrestado después de la publicación de su circular sobre la ley Siccardi, Don Cafasso, que veía ultrajada en él la autoridad misma de la Iglesia, fué a visitarlo y consolarlo muchas veces en la prisión. Y cuando el mismo prelado se encontraba desterrado en Lión y no era posible hablar públicamente de él, el Santo, según atestigua Mons. Bertagna, predicando sobre la pasión de nuestro Señor pintaba tan claramente a Mons. Fransoni que era imposible no reconocerlo, y esto lo hacía para excitar estimación y afecto hacia aquel campeón de la fe que fué mártir del deber.

Consecuencia de las enseñanzas y de las obras del Santo fué toda una transformación de ideas en mayor conformidad con el espíritu de la Iglesia, y una más íntima unión del clero piemontés a la Sede Apostólica.

Si el Estado continuó persiguiendo a la Iglesia —lo diré con las palabras de De Robilant —el clero piemontés, edu-

cado por Don Cafasso, se apartó pública y completamente de aquél, de tal modo que a nadie será posible encontrar entre ellos algún sacerdote que haya defendido en el parlamento leyes regalísticas; que en las plazas o iglesias hayan insinuado o predicado la desobediencia; que haya profesado en las cátedras la herejía; y que en las columnas de los diarios haya avalorado con su nombre documentos en contra de la Iglesia; escándalos éstos que antes no eran raros". (1)

A pesar de sus luchas contra las imposiciones del regalismo, el Santo mereció el amor y el respeto de todos. Hubo quien dijo: "Yo quemaría en las plazas de armas a todos los curas, menos a Don Cafasso". Ahora bien: si conducir al clero hacia Roma y ligarlo más estrechamente a la Santa Sede merecía, según algunos espíritus intolerantes, la pena del fuego, era precisamente Don Cafasso, quien hubiera debido ser quemado.

---

(1) Nicolás de Robilant: "Vida de Don Cafasso."

## CAPITULO V

# EN EL GOBIERNO DEL CONVICTORIO

La fundación — La sucesión — Manera de gobernar —  
Generosidad del Padre.

### LA FUNDACION.

Los comienzos del Convictorio eclesiástico en Turín están ligados al nombre del teólogo Luis María Fortunato Guala que, nacido en esta ciudad en 1775 de una noble familia oriunda de Cassine y llegado a sacerdote, se consagró con ardor y celo a las obras de apostolado. Una de éstas y sin duda la más provechosa fué la del Convictorio eclesiástico. Cuáles fuesen las primeras vicisitudes nos lo refiere el biógrafo Santiago Colombero.

“Apenas elegido párroco de la Iglesia de San Francisco en 1803, el teólogo Guala puso en seguida las bases del Convictorio, obrando a impulso de una idea acariciada desde tiempo atrás. Tomó consigo algunos sacerdotes para que lo ayudaran a dirigir la iglesia y cuando tuvo siete u ocho, parte internos, parte externos, comenzó a darles todos los días una breve conferencia leyendo a Alasia, que era el texto de nuestras escuelas y consultando a San Alfonso, al que llamaba **nuestro Santo**: Esto se hacía ocultamente y en silencio, prudencia requerida por las condiciones de los tiempos en los que pretender poner puntos en las íes a las opiniones de Alasia era muy peligroso. La idea de Guala era muy nueva e inaudita entre nosotros y ciertamente no

dejaría de suscitar animosidad y obstáculo cuando hubiese pasado al dominio público y fuese conocida por los directores de la instrucción en la Arquidiócesis. Así continuaron las cosas hasta 1814; en tal año, terminado el gobierno napoleónico y habiendo llegado a la posesión de sus estados Víctor Manuel I, el teólogo Guala, viendo el rumbo cristiano de las autoridades gubernativas y las óptimas disposiciones del rey, le suplicó humildemente, previa inteligencia con el arzobispo Mons. De la Torre, le diera facultad de hacer públicamente las conferencias". (1)

Habiendo sido reconocida legalmente su conferencia moral, su fundador pensó darle forma más amplia y duradera. Consiguió para este fin una parte del antiguo convento de los Franciscanos que había sido enajenado por el gobierno y estableció allí un colegio para los sacerdotes jóvenes que, mientras pudieran frecuentar las conferencias, allí serían al mismo tiempo encaaminados más completamente en la piedad y en las obras de celo. Así la conferencia del teólogo Guala se transformó en el Convictorio eclesiástico que comenzó a funcionar en el año escolástico 1817-1818 con doce alumnos. Por su adelanto y desarrollo ulterior, su fundador alcanzó del gobierno el ser a un mismo tiempo superior del Convictorio y párroco de la iglesia de San Francisco; se le asignó para siempre toda la parte no vendida del antiguo convento, que fué así capaz de recibir más de sesenta sacerdotes; y vió reconocida al Convictorio la facultad legal de conseguir bienes y de recibir legados. El instituto quedaba así sólidamente establecido.

Gobernado éste por un sabio reglamento que sustancialmente se conserva hasta el presente, salvo leves modificaciones introducidas por Don Cafasso, hizo florecer la piedad y la ciencia en el clero. Las normas del reglamento eran tales que, dejando alguna libertad a los alumnos, facilitaban su paso del seminario al ministerio. El Convictorio estaba puesto bajo la especial protección de San Francisco

---

(1) Obra citada, págs. 44 y 45.

de Sales y de San Carlos Borromeo, que habían promovido instituciones semejantes, y del Beato Sebastián Valfré, que había sido un verdadero ejemplar de celo sacerdotal. Con la aprobación de las autoridades eclesiásticas y civiles y bajo la prudente guía de Don Guala, sacerdote piadoso e irreprochable, prosperó rápidamente. Las ventajas espirituales que de él recababa el clero joven fueron pronto conocidas y apreciadas en todo el Piamonte y en otras regiones de Italia. En efecto, muchos obispos mandaron allí sus jóvenes levitas; y el Beato Gaspar del Búfalo, honra y prez del clero y de la ciudad de Roma, donde había fundado el nuevo instituto de la Preciosísima Sangre, pidió asociarse a sí mismo y a su Congregación al Convictorio eclesiástico de Turín para que, unidos los principios de una misma doctrina y piedad, trabajasen juntamente las dos compañías por la restauración del sentimiento cristiano.

No faltaron al Convictorio y a su fundador acusaciones, amarguras y contradicciones despiadadas. Don Guala estaba en íntima relación con los Padres de la Compañía de Jesús, a quienes había hospedado en su casa cuando fueron expulsados del convento de los Santos Mártires; y además, se servía muchas veces de su ministerio en el Convictorio y en la iglesia. Bastó esto para que la corriente de odio levantada en Turín contra los Jesuítas por el sacerdote Vicente Gioberti se volviera contra el virtuoso sacerdote Don Guala. A manifestaciones callejeras de la plebe inconsciente se añadieron actos hostiles de la policía. Durante los sucesos del 1848 se presentaron una noche en el Convictorio seis cuestores para hacer una perquisición. Buscaron por todas partes, pero no encontraron nada comprometedo. Tan sólo quedaron extrañados de las muchas bolsas de dinero de que era depositario el teólogo. La injusta vejación fué un golpe tan rudo a la ya minada y cansada salud del venerable sacerdote, que aceleró su fin.

Atacado el 3 de noviembre de 1848 por una especie de apoplejía, se acercaba día por día, sereno y resignado a la muerte. Cuando se supo que el párroco de San Fran-



cisco estaba para morir, la plebe quiso darse aún el placer de insultarlo y colocándose bajo sus ventanas, gritaba enardecida: "abajo el jesuíta". Ante la indigna gritería Don Cafasso salió pronto a la calle y suplicó a los exaltados tuvieran al menos compasión por un moribundo. Persuadidos por la dulce y tranquila palabra del Santo, en el que reconocieron al sacerdote que solía acompañar a los reos al patíbulo, se retiraron en calma. El 6 de diciembre por la mañana moría santamente el teólogo Luis Guala, dejando en Turín y especialmente en el Convictorio de San Francisco de Sales, muy profunda pena e imborrable recuerdo.

#### LA SUCESION.

Ya hacia el fin de 1836 el sacerdote José Cafasso había sido llamado por el teólogo Guala a coadyuvar con él como vicerrector, en la dirección del Convictorio. Con el correr de los años había recibido de Don Guala casi todos sus poderes. En los asuntos de alguna importancia, el superior mandaba a súbditos y superiores, aún a los ya ancianos a donde el joven vicerrector, diciendo: - Lo que él hace está bien hecho—. Le confiaba la aceptación de los alumnos y la misión de mediador con los subordinados en momentos difíciles. Y a quien le solicitaba favores y consejos, respondía confiado: **Ite ad Joseph.**

El Santo era digno de aquella confianza y jamás la desmintió. Los alumnos que lo tuvieron como vicerrector están acordes en exaltar sus virtudes y méritos excepcionales. Uno de ellos escribía: "El sólo recuerdo de Don Cafasso produce en mí una conmoción indefinible, pues yo reconocía en él un padre amoroso, un director espiritual incomparable, un maestro doctísimo, un hombre lleno de afabilidad, un ministro de Dios inflamado de santa caridad. En él campeaba una santidad desconocida de su humildad pero conocida por todos y especialmente por los que experimentaban más de cerca su benéfico influjo". (1)

---

(1) Relación Sassi.

Un hombre tan humilde y tan santo fué siempre respetuoso y obediente a su superior, usando para con él todas las atenciones posibles y prodigándole todos los cuidados que el venerable enfermo necesitaba.

Pocas horas después de haber exhalado el teólogo Guala el último suspiro, Don Cafasso recibió del arzobispo el nombramiento de párroco de la iglesia de San Francisco y rector del Convictorio eclesiástico. Desde esa elevada posición emulará las gestas de su predecesor, y su obra en el gobierno del Convictorio redundará en favor de la disciplina y conquistará nuevos títulos de alabanza al instituto, cuyos méritos irán aumentando de día en día.

El secreto de la buena marcha de un colegio está en la observancia cuidadosa de la regla y el Santo la supo mantener y fomentar, observando él mismo fielmente las prescripciones del reglamento y asistiendo con ejemplar puntualidad a todos los actos de comunidad. Su presencia era para los alumnos un estímulo al bien y al mismo tiempo un preservativo de toda infracción que pudiera perjudicar la disciplina. No faltaba nunca a las oraciones de la mañana y llegaba siempre entre los primeros después de haber celebrado la santa Misa. No presidía tales reuniones sino tomaba parte en ellas como un simple alumno en una silla de madera que servía también de reclinatorio. De igual modo, hacia las horas del reposo nocturno, participaba en todas las oraciones y meditaciones, animando a los alumnos con su presencia y con su compostura a cumplir pronta y santamente todas las prácticas de piedad.

Por su observancia de la regla se le llamaba “péndulo de precisión”. El toque de la campana era para él la voz de Dios y no admitía retardos o descuidos. Habiendo oído un día tocar a rosario mientras tenía en la mano un vaso de agua que acababan de llevarle, no bebió más, lo entregó y se encaminó a la iglesia. Don Bosco, que estaba presente le dijo: —Tome, que llegará a tiempo. La respuesta de Don Cafasso fué edificante: —¿Prefieres un vaso de agua a una

oración tan preciosa como el rosario que recitamos en honor de la Santísima Virgen?

De igual manera jamás se apartó de la mesa común en la comida, ni comió fuera de casa. Era siempre de los primeros en llegar al refectorio. Sólo una vez cada quince días llegaba entre los últimos, pero había una razón que redundaba en su honor: estaba prescrito que cada quince días los alumnos cambiaran de puesto en el comedor, porque así se establecían relaciones entre todos, no se contraían amistades particulares y se favorecía la caridad. Los superiores estaban exentos de esta ley; pero Don Cafasso, ajeno a toda clase de preferencias y distinciones, la observó como el último de sus alumnos; cambiaba su puesto cada quince días y con ocasión de tal cambio llegaba de último para tomar el que hubiese quedado disponible. En la mesa se le servía como a todos los demás.

Asistía gustoso a los recreos que se hacían en lugar común, ingeniándose para que se practicaran la urbanidad, la cortesía y la caridad recíproca que debían acostumbrar a los jóvenes a adaptarse a toda clase de temperamentos. Charlando amenamente con sus alumnos ganaba su confianza, conocía su índole y les enseñaba la manera de vivir en sociedad. Aún cuando por naturaleza era parco en las palabras, en el recreo abundaba en gracejos y anécdotas. Reía y de corazón, pero su risa era grave y moderada. Jamás quiso aparecer como maestro, sino se hermanaba con todos. Hablaba tan a la buena y con tanta sencillez, usando también frases del dialecto campesino, que parecía un muchacho. Al descubrir tanta vivacidad y brío en quien, por otra parte era débil y falto de fuerzas, no se podía menos de pensar en su inmensa virtud que, con el manto de la alegría, ocultaba sus enfermedades y dolencias; por lo cual se le comparaba al gran apóstol de Roma, San Felipe Neri, quien entre los niños "se mostraba siempre alegre y tranquilo y lleno de una caridad celestial". Sabía insinuar siempre buenos sentimientos y máximas espirituales. Si había

una disputa, él exponía su opinión al respecto, dando razón a quien la tenía, sin mortificar a ninguno.

Sólo dos argumentos quería excluidos de la conversación: la política y los defectos ajenos. La política divide los ánimos aún entre hermanos y por esto procuraba evitarla. La generosidad exige que se cubran con un velo los defectos del prójimo. Uno de sus antiguos alumnos atestigua: "Si ocurría que alguno descendiese hasta críticas y malas interpretaciones, él las interrumpía de repente con una salida ocasional, narrando algún hecho edificante para desviar la atención de los presentes a impedir así la murmuración. Y hacía esto con tanta destreza que nadie se daba cuenta de su santa estratagema. Recuerdo, en efecto, que habiendo dicho yo una tarde alguna palabra de la que se podría colegir muy poca estimación hacia un sacerdote, él me interrumpió discretamente y cambió la conversación de tal modo que ninguno se dió cuenta de mi palabra de crítica en tanto que yo comprendía perfectamente la lección".

No se habría, pues, podido elegir un sucesor mejor para el teólogo Guala. En Don Cafasso, a más de la ciencia adecuada y de la muy elevada virtud, se admiraban el amor a la regla, su dedicación al instituto y el culto de la disciplina por la que se mantenía en continuo y benéfico contacto con los alumnos.

Sucede frecuentemente que el que llega a un cargo procura deshacerse de aquellos que cooperaron con su antecesor por el bien de la obra. No es esta una buena táctica de gobierno mientras no haya razones especiales que justifiquen esta manera de proceder. Su permanencia puede ser de grande ayuda para el sucesor. Así lo consideró nuestro Santo quien tuvo gran cuidado de conservar como coadjutores a todos los beneméritos sacerdotes que habían coadyuvado a su venerado predecesor. Usó para con ellos de todos los miramientos posibles, tratándoles con grande caridad; y les pedía consejo en los asuntos importantes. Sin embargo, no dejó de exigirles la exacta observancia del reglamento y tenía siempre para los que se atrevían a

darle observaciones inoportunas, respuestas de las que no admiten réplica.

Estos coadjutores fueron Don José Begliati, asistente primero y después ecónomo, de carácter fuerte pero de óptimo corazón, quien hubiera querido moderar las austeridades de Don Cafasso; Don Jorge Cahetta, secretario y prefecto de sacristía, quien regulaba todas las cosas con reloj en mano; don Félix Golzio, director espiritual, asiduo al tribunal de la Penitencia y verdadero modelo de sacerdote y con quien el Santo se confesaba regularmente cada semana. El rector se procuró, como coadjutor en la enseñanza, al sacerdote Santiago Priotti, hombre de gran inteligencia y virtud, quien, habiéndose después retirado por asuntos de familia, fué sustituido por Juan Bautista Destéfanis, integérrimo sacerdote, sabio catedrático y elocuente orador, muy estimado por Don Cafasso, quien de muy buen grado lo hubiera elegido como continuador de su obra. Muerto Destéfanis, fué llamado para el cargo de repetido: de Moral el teólogo Juan Bautista Bertagna, conciudadano del Santo, hombre de ciencia y virtud no comunes, quien fué más tarde elevado a la dignidad de la mitra y fué por medio siglo la personificación viviente de Don Cafasso y del Convictorio.

Con su obra, unida a la de sus expertos colaboradores, el sucesor del teólogo Guala proveyó eficazmente a la buena marcha y al bien del Instituto.

#### MANERA DE GOBERNAR.

No era cosa fácil guiar una casa de esa índole y mantener en ella rígidamente la observancia del reglamento, pues se trataba de sesenta eclesiásticos de diversas diócesis, y por lo mismo de diversa educación y cultura, los cuales, dadas las dificultades de los tiempos y la diversidad de opiniones en el campo de la política y de la enseñanza, tenían necesidad de una mano firme que los dirigiese y de una inteligencia superior que los iluminase. El Santo poseyó la una y la otra y las supo moderar con tanta

caridad y habilidad, que logró hacer de aquel colegio una familia de un solo corazón y una sola alma, de la cual era él centro inspirador y modelo.

Con qué medios haya llegado a un resultado tan consolador, nos lo dice el historiador De Robilant, quien así los enumera: "El estudio que él hacía de la índole de sus alumnos, la vigilancia que ejercitaba sobre sus actos, la mutua benevolencia, el concepto de santidad con que resplandecía a sus ojos, la corrección, y en casos extraordinarios, el licenciamiento. En el examen de estos medios usados por el Santo se manifiesta toda la prudencia del hombre de gobierno.

Apenas entraba un joven sacerdote al Convictorio, él estudiaba atentamente su índole, sus inclinaciones y costumbres y hasta los movimientos involuntarios, de tal manera que conocía en breve todas sus virtudes y defectos. En materia de discernimiento de las diversas índoles no había quien lo superase. Ciertos actos de poca importancia que a otros se escapaban eran para él signos reveladores. Aún del modo de hacer la señal de la cruz, argüía las inclinaciones y el grado de piedad de cada uno. Ningún defecto y ninguna virtud se escapaba a sus miradas penetrantes y sagaces. Es bueno conocer cuanto de él escribió el ilustre Mons. Bertagna: "Hay que admitir que en ese estudio lograba tan perfectos resultados que nos conocía mejor que nosotros mismos; y esto, gracias a su extraordinaria capacidad natural, a su libertad de espíritu que le libraba de prevenciones y, sobre todo, gracias a un don del Señor que premiaba la cuidadosa diligencia de su siervo. Y si no manifestaba los juicios menos buenos que de alguno se formaba, creo que nadie hubiera podido constatar un error en el juicio más o menos desfavorable que él hiciera sobre alguno de los convictores. De algunos pronósticos del Santo tuve yo noticias y puedo asegurar que tuvieron perfecto cumplimiento".

Al cumplimiento de la índole de los alumnos juntaba el cuidado en la vigilancia de sus actos. Es verdad que el

Santo les dejaba cierta libertad para que aprendiesen a guiarse por sí mismos. A veces les decía: —Habéis llegado a una edad en que todos debéis saber manejaros como hombres y como sacerdotes—. No obstante esto se daba cuenta de todo; se informaba de las cosas más pequeñas, con su singular espíritu de observación; contaba, por así decirlo, los pasos de sus dependientes; cualquier falta que ellos cometieran estaban ciertos de que Don Cafasso lo sabría. El primero en levantarse, el último en acostarse, observaba y hacía observar cada uno de los actos de sus alumnos sin que estos se dieran cuenta; era tal su penetración que parecía que leyera a través de los muros.

Los vigilaba aún durante el paseo. Les recomendaba con insistencia evitar los lugares públicos menos convenientes, los más frecuentados, los cafés y los espectáculos públicos y les aconsejaba siempre y en todo extremada reserva.

Creéis que no os conocen, les advertía, pero yo os puedo asegurar que aunque ignoran vuestro nombre y apellido, saben que pertenecéis a nuestra casa, porque muchos vienen aquí a oír misa y conocen vuestra fisonomía.

Si alguno de ellos, fuera del Convictorio, no había cumplido bien sus deberes de eclesiástico o violado la regla o abandonaba al compañero o entraba a algún lugar público, esto llegaba siempre a conocimiento del rector, que diestramente sabía obtener informaciones de los labios de todos.

Los testigos afirman unánimemente que cuando Don Cafasso no advertía alguna vez la falta cometida, la leía en el corazón del reo, la conocía por propia confesión. Nadie podía sostener su mirada, y el que tenía algún peso sobre la conciencia, no osaba colocarse delante de él por el temor de ser descubierto y reprendido. Hacía preguntas que, al decir de un alumno, **penetraban hasta los huesos**, de modo que era necesario revelarle en seguida el secreto y confesar la propia falta.

Pero esa vigilancia no tenía nada de austero e inquisidor, pues la benevolencia recíproca y el mutuo afecto, que

reinaban entre el superior y sus súbditos, fueron el mejor medio para que todo procediese en orden y la disciplina fuese respetada en el Convictorio. En sus relaciones con los alumnos el Santo se mostró siempre como santo y como hermano en Jesucristo, usaba benevolencia para con todos, se interesaba por sus asuntos como por cosa propia, no descuidaba a ninguno, hablaba con todos de igual manera y los saludaba con expresiones de afecto sincero. Era natural que tanto amor fuera plenamente correspondido; todos se guardaban de procurar el más mínimo disgusto a su rector. Muchas veces se mantenía la disciplina, más por amor a él, que por el de la observancia. Un deseo suyo, un consejo, un aviso eran considerados como mandatos y nadie osaba contradecirlo.

Pero lo que mayormente contribuía al bienestar y a la disciplina del Convictorio, era el concepto de santidad de que gozaba Don Cafasso. La santidad tiene una fascinación poderosa que conquista los espíritus; es luz que penetra en los pliegues más escondidos, e iluminando, domina; es llama que purifica y absorbe toda la individualidad de quien siente su calor. El poder, el mando, el cetro, la corona imperial, el ingenio atraen, pero no conquistan. Arrancan el aplauso, pero muchas veces no hacen vibrar las fibras del corazón. La luz del santo vale más que la del genio. Al genio se le admira, pero al santo se le admira y se le ama. El genio despierta la emoción del sentimiento pero no arrastra la voluntad. El santo atrae a sí todas las potencias y en un instante las domina. El hombre que en su orgullo y en los caprichos de su voluntad se rebela a todas las grandezas del genio, se siente encadenado por la fuerza misteriosa del santo, y sueña, y corre tras él y le obedece ciegamente entregándosele por completo; nuestra voluntad está toda en las manos del santo; su voz, su gesto, su mandato son para nosotros una bandera a cuyos pliegues nos acogemos, confiados y fuertes, para luchar, vivir y morir a su lado.



Ahora bien, los alumnos del Convictorio eclesiástico de Turín reconocieron muy pronto en su rector al Santo. "El conocer a un personaje tan grande y el venerarlo con la estima que se debe a los santos, era cosa inseparable; cualquier palabra suya, cualquiera de sus obras constituían un verdadero argumento de edificación ya que de todo dicho, de toda acción del venerando maestro brotaba un delicado perfume de virtud celestial. Todos lo miraban como hombre excepcional, extraordinario y santo, y quedaban deslumbrados por el esplendor de sus virtudes. Se le comparaba a San Felipe Neri, a San Alfonso de Ligorio, al Beato Sebastián Valfré; se le llamaba otro San Vicente de Paul, San Francisco de Sales, San Luis Gonzaga". Por esto era natural que nunca se oyese de él una palabra de crítica, sino que corriese en boca de todos la alabanza y la admiración. Si alguno se hubiese atrevido a poner en tela de juicio la virtud del buen maestro habría sido reprobado por todos. No se le podía resistir ni a él ni a sus consejos e insinuaciones. Su santidad era un imán que atraía todos los corazones. Bastaba una señal o una mirada suya para llamar a la observancia y al cumplimiento del propio deber.

Si alguno, más por inexperiencia o ligereza que por mala voluntad incurría en imperfecciones o faltas, intervenía entonces el superior con una corrección amable y firme, en la vez que demostraba su don de gobierno y su espíritu iluminado y ecuánime. Implacable enemigo de todo desorden, los reparaba con la mayor prudencia. Si las faltas eran ocultas, la amonestación era secreta y nadie, fuera de los interesados, se enteraba de ella. Si la falta se cometía exteriormente, a los ojos de todos, el Santo, daba una corrección pública, pero en general, sin nombrar al culpable. A menudo con una pregunta, una anécdota, una mirada, lograba su intento.

Eran muy singulares las industrias que usaba de vez en cuando para corregir a los alumnos. Cierta día dos de ellos, habiendo entrado a un café durante un paseo, volvieron a casa demasiado alegres y hablaban durante la cena

con gran vivacidad. El Santo, a quien no se escapaba ninguna acción de sus alumnos, se dió cuenta de ello y a la salida los llevó consigo. Paseando juntos daba de cuando en cuando un ligero empujón ya a uno, ya al otro, sin darles a entender que lo hacía de propósito. Y ellos, que manejaban mal sus piernas hubieran caído varias veces si Don Cafasso, no los hubiera sostenido a tiempo, fingiendo que creía hubiesen tropezado. No les dijo, sin embargo, una palabra de reproche, ni ellos la necesitaron; sino que por la mañana, vueltos ya en sí y comprendiendo la industria del rector, se le acercaron espontáneamente a pedirle perdón.

Se trataba otra vez de amonestar a un convictor que, muy apasionado por las cosas militares, se detenía durante el paseo en la plaza de armas, a mirar los ejercicios y revistas de los soldados, lo que el Santo quería evitar a causa de los inconvenientes que pueden herir la dignidad sacerdotal, en medio de las aglomeraciones de gente. Haciendo caer la conversación sobre tal argumento, dijo riendo al culpable: Dígame, Padre X, ¿a qué hora terminan estas maniobras?; y habiéndosele respondido, añadió: ¿Le parece que trabajan bien? ¡Pobres soldados! No dijo más; pero la lección fué saludable.

A menudo queriendo reprobar una falta, no decía una palabra. Una mirada suya era más eficaz que cualquier reprehensión. Oigamos cuanto nos refiere de sí mismo un convictor. —“Una tarde de invierno y era me parece fiesta de Epifanía, mientras todos los alumnos estaban tranquilos en el estudio, yo, usando bastante ampliamente de cierto permiso de salir que tenía a causa de mi salud algo debilitada, me fuí con mi compañero a casa de una familia a comer la tradicional torta adornada con copos de nieve. Al retornar al Convictorio, pocos minutos antes de la cena, he aquí que, precisamente en la puerta, nos en encontramos de repente con Don Cafasso, que salía a atender un enfermo. Nos miró, contestó el saludo y nada más. Con la trepidación del culpable esperamos la borrasca para la tarde, antes del descanso, para el día siguiente o al menos para

otro día... y nada. En todo el tiempo que viví en el Convictorio no oí ninguna palabra sobre mi falta. Pero aquella mirada fué para mí como la de Jesús a Pedro y más me valió la muda lección que una dura reprensión". (1)

Por lo demás las amonestaciones o reproches del Santo, estaban condimentados con tanta caridad y prudencia que no mortificaban ni exasperaban a quien los merecía. Al recibirlos se sentían de tal modo consolados, que no sólo se daban por vencidos y pedían sinceramente perdón, sino que se enmendaban seriamente y terminaban siendo sacerdotes ejemplares. Tales eran las victorias de Don Cafasso.

Cuando las faltas eran graves y no había enmienda, él, que no toleraba de ningún modo desórdenes en el Convictorio, despedía con muy buenas maneras a los culpables. Y cuando licenciaban a alguno, salvaba su buen nombre, de modo que ninguno conocía el motivo porque se había retirado. Pero estos casos fueron rarísimos, pues el Santo jamás amonestaba en vano y así se obraba en todos una transformación tan eficaz que redundaba en alabanza de la santidad y prudencia de gobierno con que sobresalió el ilustre sacerdote de Castelnuovo.

#### GENEROSIDAD DE PADRE.

Pero en él no brillaba tan sólo la prudente perspicacia del superior, sino se revelaba también la generosa bondad del padre. Tenía un corazón de oro como lo tienen los santos, y las riquezas de este corazón se difundían largamente a todos los miembros del Convictorio. Ninguno de ellos era extraño a tan paternales muestras de ternura; todos encontraron asilo en ese corazón; de él surtían como de fuente inagotable, tesoros abundantes de bendiciones.

Los primeros en aprovechar fueron sus alumnos. La pensión que debían pagar al Convictorio era la modesta suma de 32 liras al mes. Pero muy pocos eran los que satisfacían

---

(1) Relación Nicco.

tal obligación. Muchos eran pobres de condición, y a su pobreza proveía Don Cafasso, reduciendo a la mitad la pensión o rebajándola totalmente, y protegía también a su patrimonio eclesiástico, valiéndose a este fin de su benéfica influencia sobre personajes pudientes y caritativos. Además de esto, les daba dinero para ayudar a sus respectivas familias; les donaba objetos de vestuario, les regalaba el paño para las sotanas, y para no humillar a sus beneficiados tomaba como pretexto de sus regalos cualquier servicio extraordinario prestado a la comunidad, o a la iglesia, por pequeño que fuese.

No quería que faltase nada a sus jóvenes; deseaba que estuvieran bien en todo. Todas las noches preguntaba al cocinero qué pensaba dar al día siguiente. Examinaba hasta la calidad del pan y del vino y si no los encontraba satisfactorios los devolvía. Mucho se cuidaba de que la comida fuese sana, suficiente y del gusto de todos. Si alguno no tomaba alimento por cualquier motivo, procuraba proveer a sus necesidades, diciendo: "son jóvenes, y tienen necesidad de comida sana. Pobrecitos, tienen que estudiar". Y era muy generoso con sus queridos alumnos. Un día, hacia el fin del almuerzo, mientras se esperaba la señal para levantarse de la mesa, uno estaba todavía comiendo y con tal apetito que hacía reír a sus compañeros. El Santo, dirigiéndose a los circunstantes, dijo con su acostumbrada dulzura y amabilidad: "Los que ya comieron no deben reírse del que está comiendo ahora; él es robusto y de complexión fuerte y necesita por tanto más alimento. Seguramente éste será un buen vicepárroco, en un lugar donde haya mucho trabajo".

Tenía toda clase de miramientos para los que eran de complexión débil; les procuraba comidas especiales, y los dispensaba de las reglas del Convictorio, como de los preceptos de la Iglesia. A un joven que estaba bastante indispuerto le mandó comer carne el viernes santo; en tales circunstancias no sufría escrúpulos. La salud de sus jóvenes le era muy querida. En caso de enfermedad no hacía

economías. Aunque los gastos, según las reglas del Convictorio corrían por cuenta de cada uno, Don Cafasso, pagaba de su peculio y no quería oír hablar de reembolso. No dudaba en llamar a los mejores médicos de Turín cuando se trataba de enfermos graves. Y se acercaba con frecuencia al lecho de sus alumnos enfermos para asistirlos y consolarlos con afecto paternal. Las enfermedades infecciosas no le atemorizaban. Habiendo enfermado uno de los sacerdotes del Convictorio, Don Jaime Gatti, de Fossano, mientras que ninguno de sus compañeros entró jamás en su pieza, limitándose los menos temerosos, a pedir noticias desde la puerta, Don Cafasso iba a visitarlo dos o tres veces al día, se sentaba junto a su lecho y allí se entretenía sin ningún miramiento por sí mismo.

Igual fué su paternal bondad para con todos los criados del colegio. Eran generalmente buenos campesinos que conservaban intacta la ingenuidad de su tierra nativa. El sabía hacerse obedecer y hacerse amar. Les exigía perfecto orden y exacto cumplimiento de sus deberes. Su modo de hablar debía ser conveniente y honesto; y si de labios de alguno escuchaba alguna palabra vulgar, lo reprendía, diciendo: Tal palabra no es buena; no la vuelvas a decir. Debían evitar por la calle la compañía de personas desconocidas, y poco piadosas. Habiendo tenido noticia de que un doméstico, por añadidura era pariente lejano suyo, frecuentaba la casa del panadero del Convictorio con algún peligro para la moralidad, lo envió inmediatamente a su padre. No toleraba, que los criados faltasen al rezo del rosario, la única oración común que les estaba prescrita. Si alguno de ellos faltaba aún cuando fuese una sola vez, le preguntaba en seguida el por qué y no aceptaba ninguna suerte de excusas, diciendo que hay tiempo para todo.

Por otra parte les colmaba de atenciones y finezas. Quería que en la comida fueran tratados como todos. Frecuentemente el Santo los acompañaba en el Refectorio, alegrándolos con su presencia y entreteniéndolos con su amena conversación. Tenía siempre algo edificante que contarles.

Les inculcaba máximas de piedad, les recordaba el pensamiento de la presencia de Dios, les inspiraba un grande horror al pecado y les daba consejos de acuerdo con sus necesidades. Y si alguna vez, por causa de sus muchas ocupaciones, no asistía a la comida de los criados, éstos se le quejaban amablemente, rogándole que no volviera a faltar. La máxima enseñada y practicada por el Santo con respecto a los sirvientes era ésta: tratarlos bien, pero sin mucha confianza; conservar ante ellos una reserva digna, sin excluir por esto la benevolencia y benignidad en el trato.

Diligentísimo en satisfacer con ellos los propios deberes de justicia, les prodigaba su caridad. Nunca fué sordo a sus necesidades, que proveía y satisfacía. No negó jamás los permisos compatibles con las necesidades del servicio y con los propios deberes. Jamás salió, en las correcciones, de los límites de la moderación, ni se alteró la suavidad de su carácter. Si por causa justa tuvo que despedir a alguno, lo hizo siempre en la forma más afectuosa, no sin procurarles otro empleo; él no abandonaba a nadie.

Aún los campesinos que cultivaban los campos de Rivalda y Pozzo de Strada que el Santo había recibido del teólogo Guala en herencia, experimentaron la bondad y liberalidad del Padre. La viuda del arrendatario de una de sus haciendas, aseguraba: “Don Cafasso era un hombre sincero; lo que decía lo decía de corazón. Gustaba mucho tratar con nosotros; solía reír cuando le contábamos minuciosamente y a la buena, las cosas que sucedían en casa o en la finca. Era un hombre que se sacrificaba por el bien de los demás. Un año en que el granizo devastó todo y yo lamentaba mi suerte, él me consoló, diciendo que a Job le había sucedido lo mismo y como yo le dijese que no era tan santo como Job, rió de buena gana; pero entre tanto nos rebajó aquel año el arriendo que era de 6.000 liras. Y a menudo me regalaba diez liras, diciéndome que me alimentase y no comiese yerbas solamente, pues estaba muy débil. A mis hijos les dió treinta liras para que hiciesen en casa el carnaval; y cuando quiso vender la hacienda

que era de noventa fanegadas y una buena casa de habitación, se la ofreció a mi esposo, diciéndole que la podría pagar poco a poco, de la misma manera que el arrendamiento; pero él, temiendo las deudas, no aceptó”.

Tal fué Don Cafasso en el gobierno del Convictorio, gobierno iluminado y prudente, suave y fuerte, paternal y generoso. En aquellos tiempos borrascosos, entre tantas hostilidades y desconfianzas, con otros hombres que no hubieran tenido la virtud y el temple de Don Cafasso, el Convictorio, o habría fracasado o habría perdido mucho de su vitalidad. Su supervivencia y sus frutos glorifican la memoria y las sabias direcciones del Santo.

## CAPITULO VI

# RENOVADOR DEL CLERO

**Sus precursores — Fuentes de vida espiritual — Desapego del mundo — Espíritu eclesiástico — Celo en el trabajo.**

### SUS PRECURSORES.

El clero del Piamonte es hoy en día muy consciente de su misión y la cumple con ardor y celo y con pureza de vida eclesiástica. En todas las diócesis de la vasta región subalpina hay sacerdotes y párrocos llenos de piedad y de cultura que, movidos por el deseo del bien y obligados por las exigencias de los tiempos, se han consagrado a un apostolado religioso y social del que se recogen opimos frutos y cuyos magníficos resultados hacen admirables a tan desinteresados obreros evangélicos. La formación de un clero tan celoso y activo se debe a un pequeño número de apóstoles y de santos que en la segunda mitad del siglo XIX se prodigaron incansables por la salvación de las almas y fueron, por la santidad de su vida y por la multiforme acción que desarrollaron, ejemplo luminoso a sus hermanos en el sacerdocio.

San Juan Bosco brilla y resplandece con una luz de actividad maravillosa que se perpetúa en la familia salesiana y se extiende hoy a las más remotas regiones del globo. Leonardo Murialdo, fundador de la Pía Sociedad de San José, recibió de la llama y la luz de aquel astro la constancia y la energía para señalar a sus hijos una inmensa palestra de acción en pro de las clases populares. Otros as-



tros menores giran en esta constelación de santos y difunden los rayos de su actividad en todas las regiones del Piemonte y de Italia. Es una noble y santa porfía de obras de educación que nos permite concebir las más alagüeñas esperanzas de una patria consolidada en la fe y renovada en el espíritu.

Si buscamos la causa inmediata de la actual transformación religiosa y social que se admira en la región subalpina, hemos de atribuirla en gran parte al sacerdote José Cafasso que, con el ejemplo y la enseñanza, con la predicación constante y con la dirección del Convictorio Eclesiástico, contribuyó eficazmente a formar una nueva legión de sacerdotes, suscitando en sus almas el sentimiento de la pureza evangélica y el fervor por las obras de ministerio y de apostolado. Este es uno de los títulos más honoríficos que se han tributado a nuestro Santo: el haber sido animador de tantas conciencias sacerdotales y el renovador del clero piemontés.

Pero la obra restauradora de Don Cafasso nos recuerda los nombres de sus insignes precursores, que, haciendo frente a una época nefasta en que el espíritu eclesiástico se había apagado o debilitado, prepararon con ardor y coraje la resistencia y la acción salvadoras. En verdad que es triste recordar aquellos tiempos, pero es muy grato y consolador recordar nombres.

Dada la vecindad con Francia, las doctrinas jansenistas y galicanas habían penetrado fácilmente en el Piemonte. La revolución antirreligiosa que se había desencadenado furiosa en las tierras del santo rey Luis, tuvo también fatales repercusiones al otro lado de los Alpes. Las violencias napoleónicas y los atropellos del nuevo régimen hicieron el resto. Cuando cayó Bonaparte y fué restaurado el antiguo gobierno, los sacerdotes jóvenes, arrastrados por las nuevas corrientes, sin ser por esto escandalosos, participaban de aquel espíritu mundano que los mantenía alejados de las obras de su ministerio. No enseñaban el catecismo, no asistían a una función de iglesia, no visitaban a los enfermos, no encontraban sus delicias ante el tabernáculo,

no tenían cuidado ni de los estudios ni de las prácticas de piedad, sino se sentaban ociosos en las cantinas a leer novelas, o más bien, se dedicaban a partidas y cacerías, asemejándose más a hombres de negocios que a ministros del santuario.

César Cantú describe así las condiciones del clero: “En aquellos tiempos no siempre se encontraba el clero a la altura de su misión; muchos sacerdotes carecían de la ciencia necesaria y muchos de la piedad, más necesaria aún. Una vez fuera del seminario a donde no siempre los había conducido la vocación, temían la impopularidad y la burla y parecía que tratasen de hacerse perdonar su estado y modo de vestir, acercándose lo más que podían a la vida de las personas del mundo; frecuentaban los cafés y otros lugares públicos, aprendían en los diarios a hablar de política, con la jerga liberalesca, no huían de las sociedades secretas ni de las conspiraciones; se ilusionaban con la vuelta de Italia a su legítima primacía leyendo los romances de Berchet y los chistes de Giusti; torturaban la Biblia para justificar sus faltas; se burlaban de sus estudios teológicos y de las virtudes eclesiásticas y de todos los que se distinguían por su ciencia o por su virtud; mientras hacían consistir el progreso en tratar ligeramente la herencia de la fe, reprobaban los abusos en que caían ellos mismos, hablaban de la secularización de las dignidades eclesiásticas, de la abolición de las Congregaciones y del secuestro de los bienes de la Iglesia y se dolían de tener que ocultar tanto talento y actividad bajo la veste talar”. (1)

El primero que enarboló una bandera de resistencia y trató de reparar los males que afligían a la Iglesia en el Piamonte fué un calvinista convertido, Nicolás de Diesbak, de familia patricia, nacido en Berna (Suiza) en 1732. Soldado y capitán, iluminado por Dios, abraza el catolicismo y se hace soldado de Cristo. Esposo y padre, a la muerte de su fiel consorte entra en la Compañía de Jesús. Habién-

---

(1) “Los herejes de Italia”, vol. III, pág. 531.

dose establecido en Turín, permaneció allí aún después de la supresión de la Compañía y se consagró con ardiente actividad y celo a la salvación de las almas. Viendo que los enemigos de la Iglesia se servían de las reuniones secretas y de los libros esparcidos doquiera para extender el veneno de la impiedad y del error, fundó la obra de la **Amistad Cristiana** con el fin de difundir el amor a Jesucristo, defender la Iglesia y refutar los errores de su tiempo. A tal fin escribió y publicó libros que por medio de los **amigos cristianos** hacía penetrar doquiera, preparando así la reforma de las conciencias y días mejores para la Iglesia. Después se dirigió a Viena, donde con sus elocuentes palabras y con sus escritos en defensa del Papa cooperó a las demostraciones de júbilo y de acatamiento de los fieles vieneses a la persona de Pío VI. Pero los golpes formidables que dió a las perversas doctrinas de Febronio y al espíritu de las leyes josefinas le procuraron enemigos implacables; y murió víctima de su celo sacerdotal.

En Turín había dejado un discípulo fiel en la persona de Pío Brunone Lanteri, de Cúneo, que recogió su bandera y su programa y lo siguió en el apostolado con un ardor y con una diligencia que revelaron en él al genio precursor de los tiempos y el campeón infatigable de la causa católica. Sacerdote activo, consolidó la obra de la **Amistad cristiana**, fundó otras semejantes y las difundió por todas partes. Reunió a su derredor un grupo de almas elegidas para hacer conocer y difundir por doquiera los libros buenos, entre los cuales las obras ascéticas y morales de San Alfonso de Ligorio; congregó en torno suyo un grupo de jóvenes laicos y sacerdotes para adiestrarlos en la lucha contra el error; preparó en el joven estudiante Luis Taparelli de Azeglio al soldado de la Compañía de Jesús, al filósofo profundo y valiente defensor de las verdades católicas. Combatió sin tregua, pública y ocultamente, según lo exigían las circunstancias, las teorías jansenistas y galicanas, tanto que Antonio Brescia dejó escrito en sus memorias que Lanteri fué en el Piamonte el sostén de la sana teología y de

la sana moral y el más poderoso martillo contra el jansenismo.

Muy adicto a la Santa Sede, fué uno de los más valerosos defensores que tuvo el Papa Pío VII en su prisión de Savona. Hizo llegar ocultamente al Pontífice prisionero las actas del Concilio Ecuménico de Lyon para que en el aislamiento en que se encontraba hallase en esos documentos los mejores consejeros que inspirasen su acción; y varias veces le hizo llegar considerables sumas de dinero a fin de que no hubiese de humillarse pidiendo limosna a sus enemigos. Escribió una obra llena de erudición y de fuerza para demostrar la ilegitimidad del Concilio Nacional convocado por Napoleón. Los católicos piemonteses reanimados por el coraje y por la obra de este invencible trabajador saludaron en él al abanderado de un resurgimiento total. El gobierno napoleónico temeroso de su acción, lo desterró de Turín confinándolo al campo de la Grangia sobre el de Bardassano.

En el destierro perfeccionó su alma y a través de las obras del seráfico doctor San Buenaventura, llegó a las más altas cumbres de la perfección. De aquí nació en él un impulso más vigoroso por las obras de apostolado. A la caída de Napoleón volvió a Turín, reorganizó la **Amistad cristiana**, le hizo más intensa propaganda, reunió en torno a sí las mejores fuerzas del claro joven, fundó la Congregación de los Oblatos de la Virgen María, suscitó en los soldados de la nueva milicia el fervor de los apóstoles y adiestró en la acción a su alumno, el teólogo Luis Guala, quien, confortado por los consejos del insigne maestro, fundó el Convictorio eclesiástico para la educación y formación del clero joven.

Injustas y dolorosas persecuciones intentaron abatir la multiforme obra de Lanteri. El hombre de Dios saboreó todas las asperezas del Calvario y las soportó con heroica fortaleza. Cuando el 5 de agosto de 1830 cerraba sus ojos en Pinerolo, pareció que se replegaba y escondía con él, en la tumba, una bandera. No fué así. Las semillas arrojadas en los surcos de la vida social por los grandes precursores,

no mueren jamás. Llega la hora en que al calor del sol se despiertan y germinan en mies abundante. Pío Brunone Lanteri retorna hoy sobre el histórico pedestal en el que le colocó la Proviencia, Precursor glorioso, con Diesbak y con Guala preparó el terreno para la reforma espiritual del clero. Sobre aquel terreno descendió propicia la benéfica lluvia de las virtudes y del apostolado incomparable de José Benito Cottolengo que, con la Pequeña Casa de la Divina Providencia, indicó al clero del Piamonte las espaciales vías de la caridad, alumbradas por la antorcha imprecadera de la fe...

Viene en seguida en la Historia José Cafasso, quien, con la gallarda figura de un atleta, empieza a trabajar en el campo preparado por sus precursores. Es el soldado joven y valiente que, recogiendo la bandera de Lanteri y de Guala, la valorizó en la actuación de un programa de renovación sacerdotal, para confiarla después en las manos de otros valientes. Estos, caminando sobre las huellas de los maestros y estimulados por nuevas e imperiosas necesidades, sacaron fuerza del propio fervor para instituir numerosas y bien cimentadas obras de educación juvenil y de redención social.

#### FUENTES DE VIDA ESPIRITUAL.

Lo que hizo comprender a Don Cafasso la necesidad de una reforma espiritual del clero fué la admonición de San Pablo a Timoteo: *Attende tibi*. ¿Cómo se puede cuidar de la salud de los demás, si primero no se ha tenido cuidado de la propia? Cuanto más debilitado esté el espíritu interior propio de un eclesiástico, tanto más disminuirá el valor de sus obras.

Por esto sabiamente enseñaba y escribía: "Si hay alguna persona en el mundo que en cuanto se refiere a su alma esté totalmente abandonada a sí misma, somos nosotros los sacerdotes. Tratándose de un seglar, de un hombre de mundo, si él no se cuida de sí, hay siempre personas en la familia, en la parentela, en el vecindario, en el

pueblo, que buscan llevarle al buen sendero; el padre, la madre, un pariente, un vecino, un amigo, si no puede hacerlo el buen pastor que vela por sus ovejas y no las pierde de vista. Ya de un modo, ya de otro, puede encontrar para los otros y encuentra con frecuencia un medio de salvación. Pero ¿quién hay que se ofrezca para nosotros sacerdotes? ¿El superior? ¿qué puede saber de nosotros? Y cuando después de mucho tiempo llegara a conocer nuestra vida, ¿cómo hará para amonestarnos con fruto? Los de casa nunca se atreverán a decirnos una palabra. Los vecinos, los conocidos, los paisanos, los feligreses hablarán, murmurarán detrás de nosotros, pero en nuestra presencia callan y Dios no quiera que hasta nos elogien. El confesor no se cree obligado a decirnos tanto como diría a uno del siglo en ocasiones semejantes; hasta busca disculparse, pensando: él mismo es confesor, sabe su deber. No es necesario insistir tanto; conoce lo que debe hacer y lo hará, y por que ninguno nos dice nada, somos tan necios en creer que todos están bien impresionados de nosotros". (1)

Entre tanto, para restaurar el espíritu sacerdotal, invitaba al clero a las únicas y genuinas fuentes de la vida. Primera fuente de vida espiritual para un sacerdote es el santo sacrificio de la Misa. Al contacto de la carne divina no se puede permanecer indiferente. El alma debe despertarse a aquel contacto y volver a encontrar su pureza y su fervor. No debe limitarse el sacerdote a celebrar santamente el divino sacrificio, sino, en cuanto se lo permitan sus ocupaciones, oír devotamente una segunda Misa, especialmente en los días festivos. Ante aquel misterio de amor el alma vuelve a templarse y se vigoriza en sus propósitos.

Tantos son los beneficios brotados de la fuente eucarística, que Don Cafasso no sabía recomendar otra práctica, más ejemplar para el pueblo y más excelente para el sacerdote, que la visita cotidiana al Santísimo Sacramento.

“Es verdad, decía, que nos ven celebrar e intervenir en tantas funciones pero dicen que son cosas de nuestro

---

(1) De los escritos del Santo.

oficio y no hacen gran caso de ellas. Si nos ven, por el contrario, frecuentar la iglesia fuera de las horas de los divinos oficios y en el tiempo en que podríamos divertirnos, no podrán menos de pensar y creer que tenemos fe, que sabemos quien habita en ese lugar, que, en una palabra, estamos persuadidos de lo que les decimos. Esta es una predicación que vale por ciento"... Además de esto, orando ante Jesús sacramentado, ¡cuántas gracias obtendrá el sacerdote! ¡Cuántas luces para su mente, cuántas inspiraciones, cuántas voces secretas al corazón, cuánta abundancia de bendiciones sobre sus palabras, sobre sus fatigas! Los santos que transformaron la humildad, habían comenzado antes a mortificarse a sí mismos a los pies de los altares.

Otra fuente de renovación es el breviario. Quien lo recita bien y devotamente, gusta las alegrías y los consuelos que el Espíritu Santo proporciona al corazón de las almas justas. En esos Salmos davídicos, en esos recuerdos bíblicos, en esos pasajes del Evangelio, en esas lecciones de los Padres, ¡cuántos tesoros de sabiduría y de ciencia mística; cuántos motivos para subir muy alto; cuántas fuertes emociones para el alma de un sacerdote! Es Dios quien le habla en esas páginas y por medio de ellas le amonesta, lo incita, lo purifica, lo sublimiza. Si todos los sacerdotes al recitar cotidianamente su breviario oyesen este lenguaje divino, la legión de apóstoles y de mártires se multiplicaría inmensamente y la humanidad se transformaría por completo.

La vida espiritual en el sacerdote se alimenta y nutre también con el examen de conciencia y la confesión sacramental. "El negociante —decía Don Cafasso— que quiere ser recto y delicado en el despacho de sus asuntos cuántas veces pensará y se examinará sobre lo que hace, por no equivocarse; y a menudo se pondrá a mirar y repasar sus partidas para constatar si todo corresponde a sus deseos e intenciones. Así debe hacer el sacerdote si quiere mantener en buen orden el estado de su propia conciencia. ¿Cómo

queréis que sea delicado y limpio quien pasa días enteros sin pensar un momento cómo se regula? Tenga la buena voluntad que se quiera, pero somos hombres; es casi imposible no equivocarse en ciertas cosas; y si el sacerdote no se examina y no remedia, un defecto llamará a otro, después de uno ligero vendrá otro más grave y terminará por encontrarse manchado”.

A un sacerdote que escruta todos los días su conciencia y hace cada semana una fervorosa confesión sacramental no pueden faltarle los carismas del cielo. Y es a los pies de un hermano suyo donde, deponiendo el fardo de sus culpas, encontrará el secreto de las resurrecciones espirituales que harán de él un apóstol y un santo. Y para que estuviese a todos manifiesta la belleza de esta fuente de vida espiritual, Don Cafasso no podía imaginar que hubiera sacerdotes que se preocupasen de no dejarse ver del público mientras se confesaban. “Se va a la confesión como un ladrón —comentaba— en secreto, se busca el confesor en la pieza y parece que se tuviera miedo de que la gente lo supiera. ¿Y por qué tanto secreto para irse a confesar? ¿Nos hace algún mal que nos vean frecuentar tal sacramento? ¿No es acaso un buen ejemplo y estímulo poderoso para quien observa, ver a un sacerdote que se sentaba antes como juez en aquel tribunal, presentarse ahora como otro cualquiera del pueblo ante ese tribunal, humillarse y depender de la mano de aquel mismo que habrá juzgado tantas veces o tendría al menos todo el derecho de juzgar? Decidme vosotros —repetía— qué fuerza tendrá tal acto sobre el pueblo, ya que no pueden pensar que lo hacen por vanidad o interés, como sospechan de otras acciones, sino que, antes, como ven ellos mismos, nos confunde, nos humilla delante de todos y nos hace iguales a ellos (1).

La Misa, la visita al Santísimo, el breviario, la confesión, son las fuentes que deben alimentar nuestra alma sacerdotal. Es aquí donde el dispensador de los misterios

---

(1) De los escritos del Santo.



divinos encuentra a su Dios y siente la embriaguez de las cosas celestiales; es aquí donde un eclesiástico torna a conocer la belleza de su vocación y la sublimidad de su sacerdocio. De estas fuentes sobrenaturales brota para él la fuerza misteriosa que lo sustrae a las debilidades de la naturaleza, a las vanidades de la tierra, a las insidias del mundo, a las pasiones de la carne y le circunda el pecho de una coraza espiritual en la que se rompen los golpes que las maldades humanas, conjuradas con el poder de las tinieblas, están siempre prontas a descargar contra los ministros del santuario.

#### DESAPEGO DEL MUNDO.

Cuidado de este restaurador de la vida eclesiástica fué siempre el de inculcar a los sacerdotes el deber que tienen de ser santos y de evitar cualquier clase de pecado que pudiera disminuir el valor de su dignidad. Un sacerdote puede ser tenido como santo por los hombres y no serlo ante Dios; la tercera parte de las virtudes propias de un eclesiástico basta para hacerle tener como santo, pero no le reconoce por tal el Señor si él no procura con todas sus fuerzas huir no sólo del pecado mortal sino aún del venial y de toda apariencia de culpa. ¿Quién puede comprender y medir el abominable y espantoso absurdo de estas palabras: **Eclesiástico pecador?** Para el alma delicada de Don Cafasso, que no conoció sombra alguna de culpa, era clara y evidente la antítesis, la repugnancia existente entre esas dos palabras.

El sacerdote, por la naturaleza del ministerio que en el día de la ordenación le ha sido confiado, no puede darse a la vida descansada y permitirse ciertos desahogos y diversiones permitidas a los demás hombres, sino tiene el deber de vigilar sobre sí mismo para que no se disminuya en él en lo más mínimo, la excelencia de su dignidad. Todo hombre que ejerce una profesión, se esfuerza por honrarla con los hechos. ¿Y qué mayor oprobio para un sacerdote, que

ha hecho profesión de virtud, de santidad, es decir, de odio al pecado, aparecer frecuentemente contaminado por la culpa? “¡Qué vergüenza tan grande —decía nuestro Santo con el gran San Jerónimo,— que un sacerdote se deje igualar en virtud por un laico! ¡Qué vergüenza para nosotros cuando un seglar nos diga: Mira, tú eres un eclesiástico, yo un pobre hombre de mundo; tú, la persona más alta, yo acaso la más miserable; tú tan docto, yo tan ignorante; tú maestro, yo discípulo, y sin embargo, hago cuanto tú haces y lo hago mejor; mi vida es como la tuya y aún mejor!”

Cuando la conducta del sacerdote no es diversa de la de las personas del mundo y participa de los mismos defectos, su ministerio tiene que ser estéril; y la esterilidad, tanto en el campo fisiológico como en el moral es algo desolador: parece una maldición de Dios. Son muy claras y precisas las enseñanzas de Don Cafasso a este respecto: “Desgraciado el día en que el pueblo pueda decir: El sacerdote es como yo, nuestro párroco, mi confesor, es como yo... Predicad, gritad, tronad, si queréis, pero vale más el ejemplo que toda la lógica del mundo. ¿Cómo podrá un sacerdote desde el púlpito y desde el confesonario, en un coloquio privado, decir a los demás que se abstengan del juego, de la bebida, que trabajen, cuando él es un sacerdote de pasatiempos, de invitaciones, de festines? Un sacerdote dijo un día que sus parroquianos ya no eran los de antes, que el carro no podía andar más, que era necesario reformarlo. Estoy de acuerdo con él, dijo alguien en voz baja, pero, antes de reformar el carro sería mejor reformar el timón”. (1) De aquí argüía Don Cafasso que la vida del sacerdote debe ser mucho mejor que la de los del siglo, para que éstos se sientan atraídos por sus ejemplos y vean resplandecer en él los fulgores de la santidad cristiana.

¿Cuál es el medio más eficaz para que el clero pueda encaminarse hacia la cima donde brilla la luz de los santos?

El mejor medio es la separación del mundo. Cuanto

---

(1) De los escritos del Santo.

más separados estemos de las cosas y de los problemas de la tierra, tanto más estrechamente estaremos unidos a Dios y podremos conservar la pureza de nuestros afectos.

Es de suprema necesidad —enseñaba el Santo—, que el sacerdote se persuada de que no puede ser del mundo y al mismo tiempo de Dios. Dios no acepta divisiones ni admite condición de ninguna especie. El eclesiástico que se ha decidido y quiere serlo de verdad, debe necesariamente llegar a este rompimiento, a este divorcio, a esta separación del mundo, separación de corazón con el desprendimiento y con el desprecio de sus locuras, separación corporal y personal en cuanto es posible, con la fuga, con el retiro, con la soledad.

Hombre inteligente y de experiencia, sabía bien lo que quiere decir estar apegado a las cosas de la tierra. Ahí está el peligro de naufragar para muchos sacerdotes. Por eso deploraba el afecto a las riquezas que paralizan todo el bien que se puede hacer en el ministerio. El sacerdote avaro o demasiado entregado a sus intereses no hace el bien que debiera; es necesario ir vestidos ligeramente como los soldados para estar más libres en las cosas de Dios. Al desapego del corazón de los bienes terrenos debe seguir inmediatamente la fuga material de las conversaciones, juegos, espectáculos que desdican de la dignidad sacerdotal. Los caminos del mundo están llenos de fango y es imposible no enlodarse transitando por ellos. El que tiene necesidad de aire encontrará siempre un lugar en el campo dónde respirarlo más puro y saludable, fuera del rumor y de las agitaciones del mundo. La frecuencia de ciertas visitas —decía el Santo— llegan a ser un peligro, especialmente si se hacen por el placer de la conversación; además, dan motivo a habladurías, enervan el espíritu haciéndole perder el gusto y el amor por el estudio y por la piedad y cierran los labios de los visitados a la sinceridad en la confesión. ¡Cuántos daños ocasionados por la taza de café que el sacerdote acostumbra tomar en casa de sus penitentes!

Un virtuoso párroco refería: “Todos conocen cuánta vigilancia recomendaba el Siervo de Dios a los sacerdotes

en sus conversaciones con las personas del mundo. Cuantos tuvieron la dicha de acercarse a él, recuerdan con vivo reconocimiento sus saludables advertencias, llenas de alto saber y dictadas por su autorizada experiencia. Decía siempre que el sacerdote debe conversar tan poco, que parezca que no habla fuera de lo que atañe al ejercicio del sagrado ministerio. Los del siglo quedan mucho más edificados y nos conservan su respeto, su estima y su afecto, si vivimos retirados; por el contrario, ven muy mal al ministro del altar que frecuenta las plazas públicas y acostumbra hacer visitas con pérdida de tiempo y de la propia reputación. El Siervo de Dios decía haber conocido a un sacerdote que en la distribución de su día había reservado algunas horas para visitar juegos y paseos, y fué por esto conocido por todos con el ridículo apodo de galopín y cabeza ligera. En efecto, un día se acercó alguien a la casa cural y preguntó a la criada si el galopín estaba en casa, o en qué café, o en casa de qué familia podría encontrarlo". (1)

Por esto, recordando los consejos de San Bernardo, recomendaba el retiro y el amor a la celda, donde el aire es más puro para el alma, más amplio el cielo, el Señor más vecino y familiar; y para aficionar más al eclesiástico a su celda, decía que no era indigno de un sacerdote el tener una nieza bien arreglada que lo anime a estar dentro.

Del mismo modo, no podía permitir que un sacerdote tuviese el hábito del juego y de los espectáculos profanos. ¿Por qué envilecer entre los naipes las manos que dentro de poco habrán de bendecir al pueblo, manejar los vasos sagrados, ofrecer el sacrificio y administrar los sacramentos? ¿Por qué mostrar el sombrero de sacerdote en ciertas aglomeraciones y lugares públicos, donde con frecuencia se corre peligro de perder la gracia de Dios? ¿Por qué intervenir en teatros y espectáculos donde el hábito clerical se mira con maravilla y sorpresa? Y si —decía el Santo— os llegase la hora de la muerte u os sobreviniese algún acci-

---

(1) Relación Tarizzo.

dente en aquellos sitios, en aquel tiempo, ¿la recibiríais con igual manera y contento como si os llegase en casa, en el estudio, en la iglesia o en tiempo de oración o mientras ejercitáis cualquier otro ministerio?

Tales enseñanzas fueron saludables al clero piamontés, que admiraba en Don Cafasso no sólo al maestro, sino también al Santo que ponía en práctica cuanto enseñaba. Con el corazón apartado de los asuntos y de todos los atractivos de la tierra, pudo, libre y limpio de toda mancha terrena, subir a las cumbres de la santidad para respirar los perfumes divinos que no nos pueden procurar las conversaciones humanas ni los placeres del mundo.

### ESPIRITU ECLESIASTICO.

Era doloroso observar cuánta modestia faltaba en aquellos tiempos a no pocos sacerdotes, en los que se notaba una compostura que no revelaba del todo el espíritu eclesiástico del que todo ministro de Dios debe estar informado si quiere que su ministerio sea provechoso para el pueblo. La modestia es la perla que debe embellecer la figura del sacerdote. “Mirad al eclesiástico, decía Don Cafasso; en toda su persona debe brillar la más estricta modestia. Considerad al sacerdote en el trabajo y descansando; la modestia le cubre y viste por entero; si él es un verdadero eclesiástico, ninguna circunstancia de lugar, tiempo u ocupación, puede dispensarle de esta importantísima virtud”.

Las instrucciones del Santo sobre esta materia constituyen un verdadero tratado donde la pedagogía, la ascética y la ética están de tal manera entrelazadas, que nos dan un perfecto manual de educación eclesiástica que el clero debería tener siempre ante sus ojos. Tan sólo trataré algunos puntos que me parecen de máxima importancia para el clero de nuestro tiempo. El sacerdote es una persona diversa del seglar y su vestido debe por lo tanto ser también distinto. El hábito talar debe vestirse constantemente y jamás substituirse por otros vestidos; esté siempre limpio

y en el debido estado, pues el descuido y el desaseo rebajan la dignidad del clero. Sean moderados en su exterior, tanto al caminar, como al reír y al hablar. Ciertos chistes o palabras vulgares, aunque no obscenas, si salen de la boca de un sacerdote, asumen una gravedad especial. Al salir de casa invóquese la ayuda divina con cualquier jaculatoria piadosa, con un **Requiem** por las almas del purgatorio, con un **Angele Dei**, o bien haciendo la señal de la cruz con agua bendita, o besando el Crucifijo. Por la calle, mire sin inquietud, camine con gravedad, pero sin austeridad, y tenga preferentemente un exterior bondadoso y un aire de jovialidad para inspirar confianza a todos.

Ni aún en la mesa se debe olvidar la modestia. Un párroco de la arquidiócesis de Turín, que había sido alumno del Convictorio, nos narraba el hecho siguiente: “De joven, favorecido siempre con gran apetito, acostumbraba comer con mucho afán. Un día de fiesta en que se había dispensado de la lectura, me hallaba yo en la mesa frente al Siervo de Dios. A un cierto punto me dirigió la palabra y me dijo sonriendo: —Dígame Padre Motta, usted que tiene fresco el estudio de la moral, ¿de cuántos modos se puede pecar al comer?— Sin sospechar nada al principio, respondí ingenuamente: —de cinco maneras: **praepropere, laute, nimis, ardentem, studiosum**. A tal respuesta dijo Don Cafasso: Perfectamente. Y sin añadir una palabra más introdujo otra conversación. Mis compañeros sonrieron, y yo, reflexionando sobre el porqué de tal pregunta, comprendí que la lección era para mí, enrojecí, y aproveché muchísimo”.

Las relaciones de los sacerdotes con personas de otro sexo deben ser muy cautas y discretas. La mujer y el sacerdote deben estar tan distantes entre sí como los dos polos, si no de persona, al menos de corazón y de voluntad. Son muy serias las palabras que se leen en una plática de Don Cafasso: “Que vaya tras de ciertas locuras, decía, el seglar que no tiene freno, una turba de gente disipada, mundana, que no sabe nada de Dios ni de espíritu, sino de carne y fango, inspira compasión pero no causa estupor ni

maravilla; pero que un eclesiástico, un alumno de la escuela de Jesuista, un hombre que nada tiene que ver con el mundo, destinado a representar la divinidad sobre la tierra, se abaje y envilezca hasta mirar con detención a una mujer y pensar frecuentemente en ella, sería una ignominia, un oprobio tal que, lo digo sinceramente, no sé explicarlo; y aun cuando lo supiera, no tendría corazón para ello". Con las mujeres, nada de preferencias especiales, de imprudentes gentilezas, familiaridades, visitas no exigidas por razón de oficio, ni largas conversaciones, ni apretones de mano, sino una suma reserva, de la que nos dan bello ejemplo las mujeres del campo, que, cuando invitan al sacerdote a cualquier acto del sagrado ministerio, por respeto que le tienen, al acercarse se cubren instintivamente el cuello con el pañolón.

No es tampoco prudente acompañar por las calles de las grandes ciudades a mujeres, aún cuando sean hermanas, a no ser que el sacerdote se someta a llevar en la espalda un cartelón que diga: **Yo soy su hermano**. Séame oportuno recordar un hecho que alguno podría tildar de exagerado, pero que fué para mí de gran edificación. Una joven de Castelnuovo, fué invitada por su padre, que era comerciante, a ir a Turín para comprar algunas mercancías, en un coche en que viajarían también dos sacerdotes. En su breve permanencia en la ciudad, habiendo ido la jovencita a visitar a Don Cafasso para quien su padre le había dado algún recado, éste, admirado de verla a una hora tan insólita, le preguntó cómo había venido, y habiendo sabido la compañía en que había hecho el viaje, le dijo: —¿A qué hora partiréis?— Nos hemos dado cita para las dos de la tarde—. Bien, replicó Don Cafasso, haga así: vaya a tomarse una taza de caldo y salga luego una hora antes, a pie; el camino es largo, pero usted ya está acostumbrada, habiéndolo recorrido tantas veces. —Perdone, Don Cafasso, dijo la joven, ¿y qué diré cuando me alcancen con el coche?— No; no la alcanzarán, respondió el Santo; es que yo deseo que los sacerdotes conserven su buen nombre, lo mismo que

usted. Váyase, no tiene tiempo que perder; que Dios la acompañe. Diga después a su papá que cuando venga a Turín me haga una visita, porque tengo que hablarle—. En la ligereza de mis veinte años, termina la piadosa relatora, iba fantaseando por qué me había mandado Don Cafasso tomar caldo en día de vigilia y me había prohibido ir en coche; pero, pasado el brío de mi juventud, conocí en aquel acto su finísima prudencia, y besaría los pies de tan santo sacerdote. (1)

El mismo espíritu de modestia debe brillar en el sacerdote en la iglesia, durante las funciones sagradas. Cuando se está ante el altar y revestido con los ornamentos sagrados, se requiere una compostura y dignidad que, si se mantiene, edifica al pueblo; si falta, lo escandaliza. Ante todo es necesaria una severa vigilancia en los sacerdotes respecto al modo de comportarse en el ministerio de la confesión. Yendo al confesonario o viniendo de él, tengan los ojos bajos y jamás den señal de conocer a los penitentes, pues éstos, de ordinario, no quieren ser conocidos. ¡Qué mal hace el sacerdote que, al entrar al confesonario mira a todos lados como para saber quienes están! Esto constituye peligro para ellos, cohibición para los penitentes y escándalo para todos. Por otra parte, tampoco debe entrarse al sagrado tribunal con aspecto severo, como si se tuviera la muerte en el bolsillo, pues conviene no intimidar, sino inspirar confianza a los penitentes. Guárdese también el sacerdote de tutear a los penitentes, a menos que sean niñas todavía, de usar con ellas palabras muy cariñosas y de entretenerse largo rato conversando, hasta llamar la atención de los circunstantes. Jamás serán exageradas la cautela y la reserva en el cumplimiento de ministerio tan delicado. Con estas y semejantes máximas se industriaba nuestro Santo para infundir, con la práctica de la santa modestia, el verdadero espíritu sacerdotal en esa inmensa legión de sacerdotes que le tuvieron como maestro y director de espí-

---

(1) Relación Savio.



ritu o que de cualquiera otra manera estuvieron en contacto con él. Y sus enseñanzas no fueron vanas. El clero formado en la escuela y por los ejemplos de Don Cafasso, estuvo siempre animado por ese espíritu eclesiástico que aún hoy constituye la gloria del sacerdocio en las regiones subalpinas.

### CELO EN LA ACTIVIDAD.

En aquellos tiempos había sacerdotes para los que la recitación del oficio Divino y la celebración diaria de la Misa eran los únicos deberes a que atendían. Impedir el pecado, poner un dique al mal, fomentar la causa del bien, defender los derechos de la Iglesia, extender el reino de Cristo, ¿no son acaso incumbencias del que ha dedicado su vida al divino servicio? El Santo, pensando en todos aquellos que trabajaban poco o nada en el ministerio, afirmaba que el sacerdote que no se esfuerza por ir al cielo acompañado de muchas almas, corre peligro de no entrar ni siquiera él solo.

El pensamiento que más le preocupaba era el de procurar la gloria del Padre celestial conquistándole muchas almas. Cuantas haya él salvado, sólo Dios lo sabe; nosotros sólo sabemos que por las almas se sometió a un cúmulo inmenso de fatigas, de trabajos y de sacrificios que sufría de muy buena gana por la salvación del prójimo. Cuando hablaba del pecado se conmovía profundamente. Y a los sacerdotes que, dominados por los prejuicios jansenistas y por el espíritu de relajamiento, objetaban que en las obras de celo es incierto el éxito y son difíciles los resultados, él respondía allanando las dificultades y demostrando las preciosas recompensas que la divina bondad ha reservado a los obreros infatigables de la viña del Señor.

Además, si el sacerdote limitase su actividad al breviario y a la Misa, ¿cómo pasaría el resto del día? No habría para él sino un triste dilema: o el ocio o el vicio, si no ambos. El vicio en el sacerdote es su ignominia y su muerte moral. El ocio es su ruina fatal, pues un sacerdote es en el

‘mundo como una nave sin timón en el mar; y si hay un demonio que tienta al que trabaja, hay ciento que tientan al que está ocioso. El único camino de las almas y la salvación para el clero, es el de consagrarse con fervor a la salvación de las almas, y a las santas batallas del apostolado.

Mientras Don Cafasso estaba tratando de estimular el ardor en los sacerdotes, para que se dedicaran a las empresas del bien, los iluminaba al mismo tiempo sabiamente acerca del celo que deberían desplegar. Son preciosas sus enseñanzas que es bueno recordar para consuelo de los sacerdotes que trabajan y para animar a los que aún permanecen acampados bajo las tiendas, mientras el enemigo de las almas causa todos los días innumerables víctimas con ferocidad espantable.

El celo, según el Santo, debe ser constante. Somos trabajadores. Nuestro día comenzó en el instante de nuestra ordenación y no debe terminar sino cuando acabamos de vivir. El siervo fiel es el que trabaja desde la mañana hasta la noche por largo que le parezca el día. De aquí que nosotros no podemos disponer de un momento de nuestra vida sin injuriar al Señor que nos llamó. El servicio a que el clero se ha dedicado, no admite interrupciones o vacaciones. Ni siquiera la fatiga y el cansancio dispensan al sacerdote del trabajo. A un sacerdote que, invitado a una predicación, quería eximirse diciendo que estaba cansado y tenía necesidad de reposo, respondió el Santo: Descansaremos en la tumba. Entre las máximas que le eran más comunes en torno a la continuidad del trabajo, recuerdo aquella de no dejar pasar un día sin impedir un pecado, y a este fin, quería que el sacerdote se arrodillara todas las noches ante un Crucifijo y le preguntase si estaba contento de su día, y aguardaba la respuesta. ¿Qué respuesta daría hoy Dios a ciertos eclesiásticos que, fuera de la Misa y del breviario, ignoran por completo las obras del ministerio?

¿De qué manera se ejercita el celo? Una característica de la escuela de Don Cafasso, fué esta: El bien debe hacerse bien. Contenta o desagrada más al amo el modo con que

el siervo desempeña su servicio que el servicio mismo. Es aquí muy oportuno reproducir una página del Santo, que nos ofrece vivos colores de verdad y nos proporciona materia de saludables meditaciones: “Inspira compasión —escribía— ver el modo con que ciertos sacerdotes se prestan a servir al Señor, enojados y fastidiados, buscando todos los pretextos para eximirse lo más pronto posible. Decid a alguno de estos eclesiásticos que hay gente esperando en la iglesia para confesarse, que han venido a llamarle por un enfermo, para administrar un sacramento; hacedles una de estas invitaciones y veréis cómo sirven al Señor. Un verdadero siervo de Dios a esta llamada parece un rayo; no ve el tiempo de encontrarse en el lugar y, si algún asunto lo demora, se ve que pena, que sufre y que su corazón se apresura. Mas por el contrario, el sacerdote de que os hablo oye y vuelve a oír; no es que no quiera ir; irá; pero, a qué tanta prisa? Que espere un poco, hay tiempo, y si no quiere esperar, bien puede irse; él ciertamente no se afana por eso. Al fin va, pero... ¡ay! si tropieza con algo en el camino; la mínima causa lo detiene; y entre tanto se prolonga demasiado la espera. Suponed después que haya llegado; ¡ah! entonces lo asalta la prisa y el pueblo tendrá que presenciar un escándalo en el santuario, esto es, ver al sacerdote revestirse los ornamentos sagrados, celebrar la santa Misa, distribuir la comunión, administrar los sacramentos de una manera tan indigna, que hasta el artesano se avergonzaría de manejar así los instrumentos de su propia arte” (1)

Nuestros ministerios nos exigen prontitud y decoro. A estas cualidades deben añadirse la dulzura y la mansedumbre que son las armas más poderosas para enternecer los corazones y vencer aún los entendimientos más rebeldes. Cuando Jesucristo mandó a sus Apóstoles a predicar el Evangelio, les advirtió que no los enviaba como leones a atemorizar y a dominar, sino como ovejas y corderos a atraer con

---

(1) De los escritos del Santo.

la suavidad del corazón a todos. La experiencia demuestra que con este medio se superan las más arduas dificultades y se convierten los más obstinados pecadores.

Además, para que el apostolado sea fructuoso el fin que nos mueve no debe ser humano sino sobrenatural. “Tenemos siempre presente el fin con que hacemos nuestras obras, porque el demonio es un ladrón que intenta robarnos los méritos”. Sin pureza de intención, todas las fatigas de un eclesiástico serían ceniza echada al viento. Mientras más pura y santa es la intención, tanto más se gana y se conquista. Si se obrara sólo por interés y lucro, por vanidad y por aplausos humanos, por costumbre y rutina, desaparecería para nosotros todo merecimiento. El deseo de ganar y de buscar la estimación de otros cuando, por ejemplo, se predica, no es cosa mala, antes bien, digna de alabanza; pero, añadía el Santo, hagamos siempre pactos claros con el Señor, diciéndole: —Todo para Vos, nada para mí—. Y cuando venga el demonio para obtener algo, respóndasele: has llegado muy tarde; ya lo he dado todo al Señor.

Finalmente, las obras de celo que deben absorber la actividad del sacerdote, son éstas: la predicación, el confesionario y la visita a los enfermos. Enumerando las principales no excluye otras que pueden ser requeridas por las exigencias de los tiempos y de los lugares y por las actitudes personales. De las tres obras antes enumeradas prefiere la predicación, pues “quien predica lleva multitud de pecadores a confesarse, mientras el confesor los atiende de uno en uno”. La predicación es el arma más poderosa que nos ha dado nuestro Divino Fundador; todo lo demás es como un apoyo y un sostén de esa primordial obligación. El mandato de la predicación es de tal manera propio e inseparable del apostolado que “apóstol y predicador son dos términos sinónimos”.

Si Don Cafasso viviera en nuestro tiempo, entre las principales obras del ministerio sacerdotal colocaría la acción católica y social. La actividad del clero, no puede limitarse al templo. Conviene salir fuera de la sacristía y de la iglesia pa-

en ir a salvar jóvenes que el abandono y el vicio tienen alejados de los carismas de la religión. Urge trabajar fuera del templo, en los círculos, en las asociaciones, en los varios comités de actividad social para conducir otra vez hasta Dios a los hombres que la propaganda del mal ha hecho malos o indiferentes. Pero si Don Cafasso no inculcó directamente la acción católica y social, acaso prematura para su tiempo, no ahorró esfuerzos ni fatigas en provecho de las clases más abandonadas de la sociedad. Preparó además una numerosa generación de sacerdotes que, renovados en el espíritu e impulsados por el deseo de trabajar por las almas, se consagraron después a múltiples actividades apostólicas que hicieron de ellos apóstoles y conductores del movimiento católico contemporáneo.

Es justo reconocer que nuestro Santo, con su acción y con su ejemplo, con la palabra y los escritos, fué el propulsor de todas las santas energías espirituales y morales que, desarrolladas por sus discípulos, produjeron esa renovación del clero y del pueblo que tuvo su más significativa manifestación en una fe más fuertemente sentida y en una defensa más valerosa, de las tradiciones religiosas del Piamonte.

## CAPITULO VII

# LAS ALEGRÍAS DEL APOSTOLADO

En la iglesia de San Francisco — Con sus alumnos — Con las religiosas — Con las familias — Con la juventud — Con su pueblo natal.

### EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO.

Las múltiples actividades del Santo, intelectuales y morales, individuales y sociales, no fueron sino formas variadas del apostolado que él ejerció constantemente en bien de las almas y por los intereses de la Iglesia y de la patria. José Cafasso, sin que hablara de su persona y de sus obras, en la humildad de espíritu, y casi en el escondimiento de sí mismo, fué un apóstol que amó, trabajó y obró con vigor incansable por la causa cristiana. En medio de las contradicciones de la vida y entre las amarguras que nunca faltan a los hombres de Dios, gustó íntimamente los goces puros y las legítimas satisfacciones que provienen del ejercicio del más santo de los apostolados. Los centros de su actividad apostólica fueron la iglesia de San Francisco y el Convictorio eclesiástico.

¡Cuántos recuerdos nos quedan de él en la iglesia que vió y supo de las obras de su ministerio y que, por su celo, fué transformada en cenáculo de fervor y santidad! Tanto más se ama la casa de Dios cuanto más se reúnen en ella el silencio, la limpieza y el orden, que frecuentemente son alterados por ciertos clérigos o sacristanes, los cuales, quizá

por la mucha familiaridad con el buen Dios, de cuyo templo son guardianes, se comportan con tan poca bondad, que alejan o disgustan a los fieles. Les exigía silencio absoluto, aunque trabajasen a puerta cerrada, y les recordaba siempre el respeto debido a la casa del Señor. Era escrupuloso en la limpieza del templo, y si alguna vez encontraba polvo en los bancos o telarañas en los rincones ordenaba al punto que se quitasen. Quería que se cambiase con frecuencia el agua bendita; y un día que encontró un poco de sedimento en una de las pilas, llamando al sacristán, le dijo: ¿tiene intención de poner ahí un criadero de ranas?

Tuvo gran cuidado de la propiedad y decoro de los ornamentos sagrados, lo mismo que de la limpieza de los purificadores, amitos, manteles del altar y demás lienzos de los servicios litúrgicos. Recomendaba a los sacristanes lavarse las manos antes de tocar los vasos sagrados y después de haber atendido a cualquier ocupación, en que se las hubiesen ensuciado. También les exigía y con mucha insistencia que hicieran bien la genuflexión, para que los fieles quedaran edificados y no escandalizados. Y a propósito contaba el hecho de aquel Papa, que, habiendo visto pasar a un sacristán a la carrera por el presbiterio, preguntó quién había pasado, si un sacristán o un demonio. Quería también que por la noche, el toque de ánimas se diera con calma y sin prisa. Una vez dijo a un clérigo: ¿Por qué tanta prisa? Parece que espantarás a los muertos en vez de invitar a rezar por ellos. Piensa que un día también se tocará por ti. Si supieras qué santa impresión producen esas campanas bien tocadas... conmueven y hacen orar en sufragio de las almas del purgatorio”.

Cuando en una iglesia se celebran las funciones religiosas con decoro, con exactitud en las ceremonias, con precisión aún en el horario, la gente acude gustosa. Así sucedió en la iglesia de San Francisco. El Santo la hizo amar del pueblo turinés. Las Cuarenta Horas del Domingo de Pasión, las fiestas de San Francisco, de San Antonio y de San Buenaventura, de los Angeles Custodios, de la Dolo-

rosa, de la Inmaculada, de Nuestra Señora de los Angeles, de la Asunción, las funciones de la Semana Santa y todas las otras feriales y dominicales, las frecuentaban siempre personas de toda clase, que en el esplendor del culto, en la solemnidad de las ceremonias y en el continente edificante de Don Cafasso y de sus sacerdotes encontraban alimento para la piedad y gustaban las bellezas del rito litúrgico. Los fieles que querían oír Misa y acercarse a los Sacramentos, se decían unos a otros: —Vayamos a San Francisco, que allá no nos harán esperar.

Las Misas se sucedían continuamente desde las primeras horas de la mañana hasta el medio día, satisfaciendo así a la comodidad de los fieles de cualquier clase y condición. El Santo cuidaba de que en las Misas se evitaran ciertas demoras que fastidian a la gente. Se impartía la Comunión todas las veces que se solicitaba; y cuando alguno la pedía, aún inmediatamente después de guardado el copón, era atendido sin tardanza.

Para favorecer la frecuencia de los Santos Sacramentos, Don Cafasso proveyó la iglesia de sabios y numerosos confesores, que desde la mañana hasta la noche se quedaban esperando penitentes. Nadie que tuviera necesidad de confesarse era rechazado. El Santo solía decir al clérigo sacristán Juan Bargetto: “Mira, hay algunos que vienen a la iglesia, se asoman a la puerta de la sacristía y después no saben decidirse, rascándose la cabeza. Apenas aparezca alguno de éstos, ve pronto tú mismo a donde él, y pregúntale: ¿Quiere confesarse? Venga conmigo, que yo le buscaré un confesor. Y luego le conducirás a donde yo me hallo o donde cualquier otro”.

El buen sacristán que seguía admirablemente sus órdenes, nos narra el siguiente hecho: “Recuerdo que cierto Barone, zapatero, vino un día a San Francisco y estaba en la puerta de la sacristía. Yo ayudaba a revestir en aquel momento a un sacerdote para la santa Misa, y estaba preocupado por no poder acercármele pronto, pues sospechaba que quería confesarse. Apenas pude me le acerqué, aunque



ya había vuelto las espaldas para irse, y le pregunté: —¿Desea hablar con alguno?— El otro me miró, y me dijo: —Usted me agrada, venga; y en un rincón añadió: Sí, sí, quiero confesarme, pero habiendo hecho tantas y de todos los colores, no quisiera encontrar un sacerdote un poco escrupuloso, porque entonces me pierdo—. En cuanto a esto, no se preocupe, le dije; venga conmigo —y le conduje a una capillita apartada, puesto que era viejo, lleno de achaques y se sostenía con dificultad. Fuí en seguida a Don Cafasso, que confesaba en la iglesia y le dije: —Venga a la capillita, que a mi juicio hay un pez muy grande que agarrar. Me dijo que le hiciera esperar un momento y que iría en seguida. Llegado que hubo a la capillita estuvo con él cerca de una hora. Yo, un poco picado por la curiosidad, esperé que saliera Barone para saber algo de él. Este, apenas me vió, me abrazó, diciéndome: —Me ha dado la vida; y por toda la eternidad—. Y después me dió una tarjeta suya, rogándome que fuera a su casa por la tarde. Muy gustoso fuí, y él ordenó a un muchacho suyo que me tomara la medida para un par de zapatos. Yo no quería aceptar, pues no los necesitaba y sospechaba tener que pagarlos. Pero Barone no sólo me los regaló, sino que mientras vivió, y fué aún por tres o cuatro años, me proveyó cada mes de un par que yo mandaba a mi familia. Durante este tiempo volvió a menudo a confesarse con el Siervo de Dios y murió asistido por el mismo, quien me dijo que había tenido la muerte de un santo''. (1)

En el curso de las funciones, en la administración de los Sacramentos, en la predicación de la divina palabra, en la dirección de una Pía Unión de Cofrades y de Hermanos que tenía por fin honrar los siete dolores de María Virgen y en el difícil gobierno de la congregación de los Artistas que en cierto tiempo habían sido dueños de la iglesia y la habían dotado ricamente, Don Cafasso no hizo sino promover el bien espiritual de todos, luchando por conducir almas

(1) Proceso ordinario, Sesión CXLV.

a Dios, sin pedir nada a los fieles que frecuentaban el templo. Obraba por amor y no por intereses humanos.

Bargetto, a quien ya conocemos, atestigua de él, bajo juramento: “Deseaba vivamente decorar y restaurar la iglesia de San Francisco, como dijo tantas veces, y a su muerte tenía economizadas a tal fin 5.000 liras. Yo le pedí en esta circunstancia permiso para hacer una colecta entre las señoras, pero él me dijo: —No, calla; haremos todo a su tiempo, si el Señor nos da vida—, porque era enemigo de pedir limosnas, y a este propósito recuerdo que un señor me dió una suma de dinero para Don Cafasso, diciéndome que cada mes me daría la misma cantidad. Pero el Siervo de Dios me dijo: —No, no; dile a ese señor que en lugar de dejarme a mí este dinero, haga con él obras buenas o para el culto o para los pobres—. Yo no sabía como arreglármelas para devolverle el dinero al donante, y él: —¡Qué gracioso! Todos reciben el dinero y Don Cafasso lo rechaza—. Entonces me dió veinte francos para mantener el aceite de la lámpara que está en el atrio, ante el Crucifijo milagroso, y por varios años continuó dándome la suma necesaria, sin que yo haya logrado saber su nombre.

Así esa iglesia, en que la dirección, la vigilancia, el espíritu y los ejemplos de Don Cafasso hablaban todos los días a las almas y las atraían al bien, podía llamarse justamente el centro de un benéfico apostolado que debió alegrar su espíritu, deseoso como estaba de impartir a todos los tesoros de la gracia, del perdón y del amor.

#### CON SUS ALUMNOS.

Al lado de la iglesia estaba el Convictorio eclesiástico, donde por tantos años prodigó a sus alumnos la enseñanza de la verdad, excitó en ellos el estímulo a la virtud y los preparó dignamente a las obras de ministerio. Así como jamás se relajan los vínculos entre el padre y el hijo, aun cuando éste abandone la casa paterna, tampoco se debilitaron entre el maestro y los discípulos aquellos afectos y

sentimientos que nacen de los recuerdos de un magisterio paternal, continuado aún fuera del umbral del Convictorio. Don Cafasso, al despedir a sus jóvenes, no los abandonaba a su destino, sino los seguía con afecto de padre y con ojo vigilante de apóstol.

Los exhortaba primeramente a mantenerse fieles a las prácticas de piedad que habían aprendido en el Convictorio, a dedicarse en seguida a los oficios del Ministerio y a perseverar en el estudio de la moral, releyendo los tratados, resolviendo las cuestiones, y los ponía en guardia contra las opiniones de ciertos eclesiásticos que afirmaban que más valía en el confesonario un poco de práctica que mucha doctrina. Al mismo tiempo se interesaba por su suerte, porque, habiéndole sido confiado el cargo de distribuir a sus alumnos los cargos eclesiásticos, especialmente los vicecuratos, él, dotado de un raro discernimiento, los colocaba en su puesto con tanta sabiduría y con tan general satisfacción, que se decía que él era un escultor que a cada nicho sabía dar su estatua.

Entre el Santo y sus alumnos existía una confianza recíproca. Al conferir él los cargos y al aceptarlos ellos, se comprendían en seguida. Bastaba una señal de su parte para que ellos obedecieran sin resistencia ninguna. Las aseveraciones a este propósito son abundantes y notables: “Don Cafasso, asegura un antiguo coadjutor, era el verdadero padre del clero joven, el verdadero padre de los jóvenes vicepárrocos, los que le amaban y estimaban tanto, que ninguno aceptaba o abandonaba empleos sin consultar antes con él, pues todos reconocían que ya en aconsejar o en señalar los varios destinos, ya en cambiarlos, él debía tener luces especiales de Dios, tanto que ninguno se arrepintió jamás de haber seguido sus consejos”.

El biógrafo De Robilant nos cita algunos hechos interesantes: “Habiendo ido donde mi incomparable maestro Don Cafasso —escribe un ilustre párroco de la arquidiócesis— me acogió con afabilidad, bondad y cortesía dignas de un padre, de un amigo, de un hermano, y después de

pocas palabras me dijo: —¿Usted desea ir a algún vicecurato o tiene otro proyecto entre manos? —No tengo nada entre manos, respondí; tampoco he elegido ningún vicecurato ni he empeñado mi palabra a párroco alguno y dejo a su reverencia señalarme el puesto que mejor le parezca, pues como ya me conoce, sabe lo que puedo hacer—. Habría 17 puestos de vicepárrocos, replicó el Siervo de Dios y se puso a leérmelos. Al segundo le interrumpí, diciéndole: —Pero si ya le dije que estoy a sus órdenes. —Está bien, lo mandaré a Cercenate, donde hay un párroco más que octogenario y donde tendrá mucho trabajo. —Así sea, respondí.

“Otra vez escribió el Siervo de Dios a un alumno, preguntándole si iría como coadjutor a una parroquia difícil por su vecindario, muy diseminado al pie de las montañas, que obligaba a largas y frecuentes correrías, pero tenía como párroco a un sacerdote muy virtuoso y amante del estudio; que le enviase pronta respuesta para saber regularse en caso de negativa. Y el sacerdote, no sólo consintió, sino que para hacerle saber más pronto la respuesta, fué en persona a llevársela.

“Dijo un día a un tercero: —¿Le gustaría ir como coadjutor a una parroquia? —Si a usted le parece, respondió el alumno, con mucho gusto—. Bien, añadió Don Cafasso, sería a tal lugar—. Sea, confirmó el joven—. Pero como está muy lejos de su pueblo y de su mamá, será mejor que le escriba antes—. Acepta el sacerdote y escribe a la madre; pero tardándose la respuesta, a Don Cafasso, que le preguntaba si ya había llegado, respondió el joven que no, y añadió luego espontáneamente: —Y si la respuesta fuese negativa, ¿qué me diría? ¿que fuera a pesar de todo? —Sí, respondió—. Bien, añadió el joven sacerdote, es inútil esperar; mejor es que escriba a mi mamá diciéndole que me voy, muy contento de cumplir la voluntad de Dios, manifestada por medio de sus palabras”. (1)

Teniendo en cuenta la salud, las inclinaciones, las condiciones particulares de cada uno, a veces les procuraba un

---

(1) Obra citada, vol. I, págs. 277\_278.

puesto con alguna buena familia o en el mismo Convictorio o les aconsejaba aprovechar de alguna buena ocasión que se les hubiese presentado. Tampoco le disgustaba que alguno se consagrara al apostolado inherente al oficio de capellán militar. Uno de ellos escribe: "El 29 de febrero de 1860 recibí con un decreto real el nombramiento para tal cargo, con destino al 24° regimiento de infantería, que estaba en Alejandría, y fuí en seguida a llevar la noticia a Don Cafasso, con cuyo consentimiento había hecho la petición. Siempre alegre, me respondió con la acostumbrada afabilidad, y me dijo: —Ayer vino donde mí el Padre Paracca; hoy viene usted; ya hay varios capellanes militares del Convictorio. Procure hacer siempre el bien; recuerde que si en otra parte se requiere la prudencia de uno, aquí se requiere la prudencia de cuatro—. Habiendo sabido después que mi regimiento estaba destinado a la Romagna, estado pontificio, pregunté a mi maestro si incurriría en alguna excomunión. —¿Y qué va a hacer usted? me respondió con gesto negativo: rece, confiese, diga la Misa, no se mezcle en política y váyase al cielo llevando también las almas de sus soldados". (1)

Y como por mandato de la curia arzobispal de Turín se ocupaba de las primeras designaciones de sus jóvenes, también seguía de cerca sus pasos y cuando era necesario procuraba su traslado y otras providencias exigidas por el bien del individuo y de los fieles. El Santo tenía como máxima, que no era conveniente a un joven de capacidades y de buena salud, un puesto en un lugar donde no tuviera un vasto campo de trabajo. Y así, si por razones de salud y constreñido por alguna necesidad había puesto en un lugar de poco trabajo a un sacerdote de valía, apenas cesaban aquellas razones lo cambiaba a otra sede, donde pudiera desenvolver con mayor ventaja sus actividades.

El fué el ángel tutelar de los sacerdotes jóvenes. Si se portaban bien, se alegraba con ellos, estimulándolos a la perseverancia; si caían en alguna falta, los reprochaba y amo-

---

(1) Relación Balbo.

nestaba paternalmente, procurando no ofenderlos ni desanimarlos; si encontraban alguna dificultad, los ayudaba a superarla; y a algún vicepárroco muy sencillo que se lamentaba de los perros que le salían al encuentro cuando iba a visitar a los enfermos, le respondió que llevase consigo pan y un bastón, pues dando un poco del uno y mostrando el otro, los haría callar. Además de interesarse vivamente por la suerte de los jóvenes sacerdotes, les facilitaba aún el cumplimiento de su ministerio. En efecto, si no tenían bienes de fortuna, les daba sumas considerables para los pobres y los exhortaba a dirigirse a él con confianza de hijos cuando tuvieran necesidad de más dinero para ayudar a sus parroquias.

Había así una red de relaciones entre el Santo y esa inmensa falange de activos sacerdotes formados en su escuela. Sus corazones palpitaban al unísono con el del maestro y gustaban los goces de un reconocimiento que nunca olvidada; y aunque empleados acá y acullá, continuaban yendo a Turín y apenas bajaban del coche o tren, corrían rápidamente al Convictorio para entrevistarse con Don Cafasso, en un momento en que lo dejasen libre las clases y el confesonario, para obsequiarlo, manifestarle sus alegrías y sus trabajos y proponerle cuestiones y dudas. Los que no podían ir a Turín le escribían con tiernos sentimientos de gratitud, seguros de encontrar en él al padre que siempre tiene el mismo filial afecto para con sus hijos.

Uno de sus discípulos escribía: “Yo lo recuerdo al presente como si lo estuviese viendo con mis propios ojos, como si aún viviese con él. Pienso a menudo en el amado maestro y su recuerdo, mientras llena mi alma de consuelo me alienta para imitar sus luminosos ejemplos. Su retrato, que conservo junto al Crucifijo y en el breviario, me habla continuamente al corazón”.

Y verdaderamente continuó hablando el Santo por muchos años al corazón de sus alumnos en una continuidad de

apostolado que, si consolaba y reanimaba el alma de sus discípulos, era también motivo de satisfacción y alegría para el maestro, quien veía perpetuada su obra en la vida y el ministerio de sus alumnos.

#### CON LAS RELIGIOSAS.

Su actividad de apóstol se extendió también a las comunidades religiosas, a las que procuró llevar consuelo y ayuda en la medida que sus condiciones le permitían. Todo absorbió en la formación del clero y en el ministerio de la confesión, encontró también tiempo para ocuparse de las jóvenes que deseaban ingresar al claustro para entregarse a una vida de perfección. El escrutaba su alma, examinaba todas las circunstancias y las condiciones físicas y pronunciaba después su parecer que era siempre iluminado. Las jóvenes que, aconsejadas por él, abrazaron la vida monástica, vivieron felices en el claustro. Y las que fueron por él disuadidas de los rigores de la disciplina, experimentaron, con el correr de los años, que el Santo tenía razón.

Si se le presentaba una persona de vocación firme y segura pero que era el sostén de sus padres ya avanzados en años o de una madre viuda con otros hijos de tierna edad, Don Cafasso aconsejaba ir muy despacio antes de prohibirle retirarse del mundo por la necesidad de sus padres; se correría riesgo de hacerle perder la vocación y de dejar al mismo tiempo sin satisfacer las necesidades de éstos. Después de haberse asegurado de que alguna jovencita había sido llamada por Dios a una vida más perfecta y que el obstáculo opuesto por los padres no tenía razón alguna que lo legitimase, él se encargaba de allanar las dificultades, induciendo a los padres a dar su consentimiento. Y con su autoridad lo lograba. Llegada la hora de entrar a los sagrados claustros, sabía dar a las jóvenes instrucciones oportunas y eficaces. Cuando la hija del conde Solaro de la Margarita, su penitente, entró al monasterio del Santísimo Sacramento, el Santo le entregó un florilegio de pensamientos y propósitos espirituales, de entre los que espigamos estos:

“Al acercarse aquel día en que será inscrita en el bello número de las almas selectas que el Señor va buscando entre miles sobre la tierra para hacerlas suyas, quiero dejarle algunos pensamientos que espero servirán cada vez más para enseñarle a corresponder a la gracia especialísima que el Señor concede a muy pocos y tiene reservada para usted. Un alma que se consagra a Dios, cesa desde ese instante de vivir para sí y para cualquier otro fin; su corazón, su voluntad y su vida quedan sin reserva del Esposo divino, como una propiedad exclusivamente suya, de modo que todo su querer, todo su pensamiento, y, me atrevería a decir, todas las palpitaciones de su corazón deben estar dirigidas a aquel buen Dios que la ha elegido para sí. Su vocación es muy grande... la recompensa que tendrá será inmensa. Para decirle todo en pocas palabras, usted estará más segura y tranquila en la hora de su muerte, y en fin, usted será de las almas más felices y gloriosas en el Paraíso. Pruébelo y se convencerá”.

Más de una vez hizo Don Cafasso con su presencia y con sus acentos apostólicos más bella y solemne la toma de hábito de aquellas doncellas que dejaban por Dios las delicias del mundo. Participaba también en la ceremonia de la profesión religiosa, exaltando ese día que él llamaba “un día de Paraíso anticipado, de bodas, de banquete y de gozo celestial, día de votos, de promesas, de pactos, no ya entre los hombres, ni entre los santos, sino entre un alma y Dios, entre el cielo y la tierra, entre un mundo y otro”. Y mientras exponía los deberes de la profesora, magnificaba los consuelos reservados a estas místicas esposas del Señor, diciendo: “La gente del mundo amará a Dios, gozará de Dios, pero siempre a medias, a saltos y a pedazos, por así decir, porque atados como están por tantos lazos, por tantas pesadumbres y preocupados por sus negocios y quehaceres, deben vivir divididos; aman sí, pero con el corazón ocupado. Una religiosa, por el contrario, muerta al mundo y a sus miserias, está libre de todas estas preocupaciones, y puede y debe vivir como un alma, ya casi fuera del cuerpo, de un



aire y de una vida casi celestial, más cercana, más libre, más unida con su Dios”.

Inteligencia muy sagaz, no se le ocultaba que a los consuelos de la vida religiosa van unidas desolaciones más o menos profundas; y ejercitaba un apostolado de inmenso consuelo, avisando de ellas y preparando a las dilectas esposas de Jesús. Decía a una de éstas: “Aún cuando muerta al mundo, deberá combatir muy fuertemente. Tiene a sus pies un enemigo vencido ya, pero que aún no ha rendido las armas. Su suerte es muy bella y muy grande para que no tenga que luchar por ella y no haya quien la envidie. Quien en usted ha vencido hasta ahora, seguirá venciendo; y los esfuerzos del demonio serán para su propia confusión y no servirán sino para hacer más gloriosa la victoria y más ignominiosa la derrota”.

Una joven profesa gustaba tan largamente de las suavidades del Señor, que fué inducida por la superiora, algo temerosa por tanta abundancia de consuelos, a abrir su corazón a algún sacerdote, conocedor de las operaciones divinas. Consultó con Don Cafasso, quien después de haberla escuchado, respondió: “Mientras venía al monasterio, encontré por el camino a un niño que tenía en la mano un pastel y saboreaba el azúcar que estaba encima. Por un rato la cosa fué muy bien, pero después se acabó el azúcar y no quedó sino el pan”. La alegoría era muy clara. Después de los consuelos vendrían las desolaciones; después de las embriagueces de la vida monástica, las pruebas de las arideces interiores con las que Dios purifica a las almas privilegiadas.

El monasterio de las Sacramentinas, el de la Santa Cruz y de Santa Clara lo mismo que la casa madre de las Hermanas de Santa Ana, experimentaron los beneficios de este apóstol que en esos sagrados recintos, cerrados a la voz del mundo, hizo apreciar las sublimes alegrías del sacrificio cumplido por un ideal de perfección. Allí, iluminando en las dudas, confortando en las aflicciones, disipando ansiedades, infundiendo aliento en las duras prue-

bas de la vida, reavivaba en las dulces esposas de Jesús la luz de la esperanza.

Cuando en 1848 las Damas del Sagrado Corazón fueron las primeras víctimas de la persecución religiosa, y se vieron obligadas a abandonar su monasterio, el Santo, juntando las manos y alzando los ojos al cielo oraba e invitaba a orar por ellas. Y cuando en agosto de 1854 Urbano Ratazzi, so pretexto de convertir en hospital al monasterio de las Capuchinas, hizo rondar a las dos de la mañana el convento por un comisario real escoltado por cuarenta carabineros y sacar a viva fuerza a las religiosas y conducir las a Carignano, Don Cafasso, afligido por esa invasión más semejante a una de ladrones nocturnos que a la de representantes de la ley, renovaba sus plegarias de condonencias; y para hacer menos dura la vida del destierro a las pobres hermanas, les enviaba socorros pecuniarios y las animaba a sufrir por Jesucristo.

#### CON LAS FAMILIAS.

El espíritu del Señor, que actuaba en Don Cafasso, le obligaba a hacer llegar la sonrisa de su bondad y de su santo apostolado hasta el hogar doméstico, donde, con sus consejos y amonestaciones, restablecía los vínculos de la concordia, reavivaba los deberes de la religión y esparcía los perfumes de la virtud cristiana. No hay apostolado más saludable que el que se ejercita en el santuario del hogar. Si allí se observa la ley evangélica en toda su integridad, se derivan de ello inmensas ventajas para el consorcio civil. Del mismo modo los desórdenes de las familias caen sobre la sociedad y acumulan en las sendas de la vida ruinas desoladoras a las cuales sigue necesariamente la decadencia de las naciones.

Todo esto lo comprendía muy bien Don Cafasso, quien todas las veces que intervenía en asuntos concernientes al matrimonio, o a la marcha de la casa, o la educación de los hijos o la conducta de las personas de servicio, promovía la paz de las almas y la concordia de las familias.

Cuando se trataba de matrimonio y no estaban de acuerdo padres e hijos, él lo arreglaba todo a la luz de los principios evangélicos revalorados por la sabia experiencia de la vida; y su palabra, a más de ser ecuánime, serena y conciliadora, tenía siempre singular eficacia. Es interesante conocer cuanto se lee en una relación:

“A Clotilde Savio, de Castelnuovo de Asti, que quería tomar estado, se le ofrecían dos partidos: Un rico señor y un pequeño propietario. Los padres estaban dudosos y la muchacha aún más; fueron, pues, a Don Cafasso para exponerle la perplejidad en que se encontraban. El, con la acostumbrada afabilidad y prontitud, dijo a la joven: “Deje al señor y cásese con el campesino y será feliz; así no le ocurrirá lo que a una joven que vino a aconsejarse conmigo; le dije que si obraba como ella quería, se casaría con dos: el que ella se obstinaba en querer, y el demonio. Usted también contraerá matrimonio con dos, pero uno de ellos será Nuestro Señor”. Conformada por tan bellas palabras aquella buena gente salió satisfecha de su presencia y poniendo en práctica sus consejos pudieron palpar sus buenos resultados, pues esos esposos del campo, no sólo vivieron en paz sino que adquirieron una regular fortuna; mientras el señor sufrió una bancarrota y perdió todos sus haberes.

Nada le era más grato que mantener o restablecer la paz entre los esposos, eliminando con su delicadeza cualquier motivo de disensión. Unos esposos que vivían a doce kilómetros de Turín se peleaban frecuentemente por la diversidad de caracteres. Atraídos por la fama del Santo fueron a visitarlo y se siguieron confesando con él por muchos años; Don Cafasso, con la prudencia del hombre de Dios, supo unir y reconciliar sus corazones de modo que la paz y la felicidad volvieron a reinar en ese hogar.

En el alma de los padres sabía despertar el sentimiento de responsabilidad hacia la prole. Les recordaba que tenían algo muy precioso en casa; que Dios les pediría cuenta de sus hijos; y que si alguno de estos llegaba a condenarse

por causa de sus padres, Dios levantaría la voz y pediría satisfacción perfecta el día del juicio universal. Los amonestaba para que sus hijos fueran instruídos en el conocimiento de las verdades de la fe, que se sostiene con la práctica de la religión, y de esta práctica deben dar ejemplo los mismos padres, rezando en el hogar la tercera parte del Santo Rosario y frecuentando la iglesia y los Sacramentos, pues no se puede pretender de los hijos lo que no hacen sus padres. Se necesita también vigilancia, de parte de los padres sobre la conducta de los hijos, los cuales deben ser corregidos y aún castigados para que entren por el camino del bien.

Recordaba por otra parte a los hijos los deberes impuestos por las leyes divinas y humanas, como los de la obediencia y el respeto. Aún cuando los padres ya hayan muerto, su voluntad es sagrada. Los avisos dados a los hijos desde el lecho de muerte nunca han de olvidarse. Cuando el Santo llegó a saber que algún hijo había faltado contra los deseos del padre moribundo, le recordaba esas palabras sagradas, y nunca fueron ineficaces sus recomendaciones, en las que vibraban la voz y el alma del apóstol, para volver a un joven al camino de la virtud.

Igual solicitud usaba para con las personas del servicio, a las que jamás aconsejó entrar en casas donde no estuviese expuesto el Crucifijo o se practicase una religión que no fuese la católica. Se ocupaba también personalmente en buscar colocación a las mujeres que concurrían a él; las amonestaba para que cumpliesen diligentemente sus deberes; las exhortaba a no malgastar el dinero, y las encaminaba de tal manera hacia el bien, que ellas a su vez ejercían después un verdadero apostolado en casa de sus amos. Se asegura en una relación que en la familia Pontepino, negociante en pieles, tres hijas eran muy dadas al lujo y un tanto indiferentes. La doméstica, con el consejo del Santo, logró inducir las a frecuentar los Sacramentos y a llevar una vida edificante y devota.

Con el mismo celo y con no menor libertad apostólica amonestaba a los amos para que fuesen generosos en retribuir las fatigas de sus servidores y respetaran escrupulosamente sus deberes para con las personas del servicio. La justicia, decía, debe ser la misma para todos: para el rico y para el pobre, y nunca es lícito engañar a una persona por más pobre y miserable que sea. Condenaba también la fea costumbre de ser suaves y afables con las personas extrañas e impacientes y descontentadizos con los domésticos, a los que los amos parecen decir a cada instante con altivez: mira quien soy yo—. Los pobrecitos comentaban después entre sí: El señor y la señora son todo miel y corazón con los de fuera y en realidad no se oyen sino elogios de sus buenas maneras y de su trato; por el contrario, no sabemos qué tienen con nosotros, pues no saben hablar sin empujar y gritar.

En virtud de este apostolado Don Cafasso hacía cada vez más estrechas y cordiales las relaciones entre los miembros de la familia, reforzando los vínculos de la caridad que une afectos y sentimientos en el santo nombre de Cristo, y difundiendo en todos los hogares un aura de religiosidad que era como brisa bienhechora de primavera.

#### CON LA JUVENTUD.

Una de las manifestaciones más bellas y más simpáticas del apostolado es la que tiene por objeto la instrucción religiosa y la formación cristiana de la juventud. Cultivar estas flores para preservarlas de las tempestades que con el tiempo se cernerán amenazantes sobre esos blancos pétalos, es una obra cristiana y social que será siempre bendecida por Dios y por los hombres. Por este motivo los apóstoles más beneméritos de la sociedad y de la civilización fueron los que consagraron sus cuidados y sus esfuerzos en favor de los jóvenes, que, si no son dirigidos y guiados en la primera edad de la vida, acaban por ser elementos perturbadores y subversivos del bien público.

José Cafasso, por razones de su ministerio, conoció todas las desgarradoras miserias de los delincuentes que él acompañaba al patíbulo y se convenció de que la mayor parte de éstos eran infelices que habían vivido lejos del sacerdote, y aseguraba que entre los malhechores que él había acompañado a la horca, los que lograba convertir con mayor facilidad, eran precisamente aquellos que de niños habían recibido alguna instrucción religiosa. Es a los pastores de almas, decía, a quienes incumbe el deber de enseñar el catecismo a los niños. Es mejor que éstos sean instruídos en la religión por sacerdotes y no por seglares. Tal consejo del Santo es muy importante. Los sacerdotes, en efecto, están investidos de una autoridad y de una paternidad espiritual que falta a los laicos; y las santas semillas que ellos riegan en el alma de los niños fructificarán abundantemente y no se separarán nunca de esas primeras impresiones, recibidas cuando la vida casi se identificaba con la religión.

De labios de Don Cafasso brotaban siempre exhortaciones para los alumnos y para el clero a fin de que promovieran el bien espiritual y aún material de la juventud abandonada o extraviada, suministrándole con el pan necesario para el sustento del cuerpo el pan de la doctrina cristiana, que es elemento sustancial del espíritu. Habiendo ido una vez a donde él un párroco que se preocupaba muy poco de instruir a los jovencitos en la doctrina cristiana y de educarlos en el amor de Dios, el Santo, para corregir en forma ese descuido, le preguntó si en su parroquia había quien cultivase los campos, los prados y las viñas". Oh, sí que los hay, respondió el sacerdote, y muchos. Y ¿qué diría, añadió entonces Don Cafasso, si alguno dejara de cultivar su propio terreno? Que recogerá sólo espinas y malezas. Bien, concluyó el Santo, eso le sucederá a usted si continúa dejando inculta su parroquia, y descuida enseñar a los niños las verdades de nuestra santa religión". (1)

Añadía a las exhortaciones su obra personal. Como se tratase entonces de implantar en el Piamonte la institución

(1) Relación Tarizzo.

de los asilos de niños, mientras otros discutían en acaloradas polémicas si convenía o no adoptarlos y favorecerlos, él, desde un principio, se esforzó por todos los medios para darles el sello cristiano.

Cuando los Hermanos de las Escuelas Cristianas, fundaron en Turín los cursos populares gratuitos con el fin principal de impartir la instrucción religiosa a la juventud pobre, el Santo les prestó a todas horas el más decidido apoyo. Asimismo, dirigió sus solicitudes hacia maestros y maestras sosteniéndolos en su difícil faena y ayudándolos a cuidar de esos queridos niños, amigos predilectos de Jesús que la Providencia había puesto en sus manos.

Y era muy agradable y consolador ver a Don Cafasso enseñando catecismo todos los domingos en una pequeña estancia anexa a la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís a un grupo de muchachos, en su mayoría obreros, a los que se unían fraternalmente niños de alta condición llevados por el atractivo de la caridad de tan santos sacerdotes. A esa misma hora los convictores, enviados por él, iban a buscar niños en las calles adyacentes a la iglesia para instruirlos en las verdades fundamentales de la fe.

Al catequizar esas almas predilectas de Dios, insistía muchísimo para que evitasen las malas compañías que encontrasen en las escuelas y en las plazas públicas, donde se aprende a cometer pecados, a ofender al Señor y a despreciar los Sacramentos. Al enseñar los rudimientos de la doctrina cristiana inculcaba con gran eficacia el motivo formal de la fe, que es la veracidad de Dios al revelar esas verdades, y la de la Iglesia al proponérmolas; pues quería que los niños comprendieran que deben creerlas porque la Iglesia las propone y porque han sido reveladas por Dios que no puede engañarse ni engañarnos. Recomendaba al mismo tiempo a los jóvenes una exactitud perfecta en el cumplimiento de los deberes religiosos y el espíritu de oración que aleja de tantos peligros y pecados.

Se preocupaba en fin por inculcar en el alma de los niños una devoción especial a la Santísima Virgen, diciendo

que la debían amar más aún que a la propia madre. Es interesante cuanto nos refiere a este propósito Mons. Bertagna: “Para imprimir bien en la mente de los niños ese deber y hacerlos mejores, preguntaba: ¿Cuántas madres tienes? Como sucede generalmente, respondían que no tenían sino una; replicaba entonces el Santo: No, piensa bien, tienes más de una. Y el niño nombraba entonces, además de la madre, al abuelito o la tía. No, no, yo me refiero a verdaderas madres; y si no sabían responder a su pregunta, los dejaba pensando un poco, y luego añadía: la una es la que tienes en la casa y que te quiere tanto; y la otra es la que tienes en el cielo, la Santísima Virgen, que te quiere mucho más. —¿Quieres mucho a la Virgen Santísima? preguntaba a veces a un muchacho; y a la respuesta afirmativa del joven, el Siervo de Dios se ingeniaba para hacerle comprender cómo la verdadera devoción a la Santísima Virgen debe consistir en ser obediente, no decir mentiras e imitar todas sus virtudes”.

Como en aquellos tiempos ningún niño era admitido a la Sagrada Comunión antes de los doce o catorce años, el Santo, que aborrecía ciertos principios rigoristas, exhortaba a los padres a que llevasen a sus hijos, aunque fuesen pequeños, a confesarse; y hablando del Pan Eucarístico, añadía: “**tan pronto como sepan distinguir entre pan y Pan y manifiesten deseo y buena disposición de recibir la Sagrada Comunión, el confesor puede admitirles; y si estuviesen en peligro de muerte, estaría obligado a ello**”. Con esta norma, que entonces parecía extraña e inaceptable, él se adelantaba a las sabias e inspiradas decisiones del santo Pontífice Pío X, quien quiso anticipar la distribución del Pan Eucarístico a las almas inocentes de los niños. Y mientras el sacerdote Cafasso alimentaba el espíritu, proveía también a las necesidades materiales de tantos pobres jovencitos abandonados. Al verlos descalzos, mal vestidos, necesitados de tantas cosas, sentía estrechársele el corazón y les proporcionaba calzado y prendas de vestir para que pudiesen ir decentemente a la iglesia y ponerse a trabajar con



un buen amo. A algunos les pagaba también el aprendizaje de un oficio o les suministraba alimento hasta que pudiesen proveer a su propio sustento. A tales obras de caridad se unían las de apostolado entre esos niños, a quienes por tales medios inducía a frecuentar el templo y acercarse a los Sacramentos.

Se ocupó también de los limpiachimeneas que del valle de Aosta iban a Turín para ganarse el pan. Eran más o menos cincuenta y constituían un núcleo especial en la juventud obrera, ya por su carácter sencillo y hábitos de economía, ya por su ignorancia del italiano, pues sólo sabían el francés. Don Cafasso, movido a compasión por estos pobres niños, los reunía en la iglesia los días festivos y con el pan del alma les daba también lo necesario para la vida corporal. Se veía a los pobres niños limpiachimeneas, reunidos en el pequeño patio del istituto, recrearse alegremente, comiendo el pan blando y las tajadas de carne que les procuraba la generosidad del Santo. Lejos del pueblo natal y de la mirada cariñosa de sus padres, habían encontrado en Turín al padre bueno que los instruía en la religión y proveía a sus necesidades materiales.

Era esta la caridad que germinaba del espíritu de apostolado mostrando sus bellezas luminosas; caridad exquisita cuya fragancia deliciosa revelaba la bondad del apóstol que, santificando las almas, consolaba al mismo tiempo las pobres existencias terrenas.

#### POR SU PUEBLO NATAL.

Solícito como era por el bien de las almas, no pudo sufrir que la fe religiosa de sus conciudadanos estuviese turbada por la propaganda de un indigno sacerdote que, después de haber dejado a un lado la veste talar, se había enrolado en las filas del protestantismo y había anunciado a los habitantes de Castelnuovo de Asti, que el primer domingo de Cuaresma —corría entonces el año 1857— iría a la tranquila población a difundir sus heréticas doctrinas.

El desgraciado había ya esparcido el veneno de sus errores en los pueblos circunvecinos e intentaba ahora asaltar la fe de los buenos hijos de Castelnuovo, con el favor de algunas personas poco temerosas de Dios y con el apoyo del alcalde, Carlos Beltrami, fanático seguidor de Gioberti, que había prometido al apóstata defender, a toda costa, su libertad de palabra.

Los hombres del pueblo afectaban en general cierta indiferencia, aunque en su mayoría estaban algo temerosos; las mujeres, por el contrario, y especialmente las madres, atacadas fuertemente en las creencias de sus antepasados, sufrían por el escándalo que presenciaria Castelnuovo, y temblaban de indignación. Una valiente mujer, la madre de Monseñor Juan B. Bertagna, que en aquel tiempo era un simple sacerdote, dijo a sus vecinos: yo afrontaré en público a aquel indigno, lo avergonzaré y le diré que se vaya de brazo con el diablo. El coraje de las mujeres excitó el ánimo del pueblo, curioso de asistir a los incidentes que tendrían lugar en la venida del apóstata, quien fué designado con el sobrenombre de Don Abundio, haciéndose ciertamente burla del buen sacerdote manzoniano, que pudo ser y fué tímido y débil, pero nunca desertor.

¿Y qué hizo nuestro Santo para evitar a su pueblo natal la vergüenza que estaba por infringirle un sacerdote que había renegado de sus principios y prostituído su dignidad? Herida profundamente su alma de apóstol, corrió en su defensa en tiempo y circunstancias muy oportunas.

“Mientras corría una infinidad de voces —escribe el teólogo Domingo Franchetti— y se acercaba el día prefijado para la arenga del protestante, el Siervo de Dios José Cafasso, que había resuelto impedir a toda costa la nefasta propaganda del malaventurado sacerdote, concertó, de acuerdo con su párroco, el modo más oportuno para darle una severa lección. Establecido el plan de batalla, Don Cafasso confió la ejecución a su propio hermano y, buscando una mujer igual a él en coraje, se dirigió a la madre de Mons. Bertagna. Ante todo, le preguntó si aceptando el encargo

de participar activamente en tan noble conjuración, tendría ánimo para soportar los graves daños y molestias que le vendrían inevitablemente de parte del alcalde y de algunos otros. La piadosa mujer aseguró al Siervo de Dios que cualquier cosa le sucediera, aún el martirio, lo soportaría hasta el fin.

“Y es preciso recordar aquí que en Castelnuovo vivía en aquel tiempo un notario muy influyente porque estaba afiliado a la masonería y cuya casa frecuentaban Ratazzi y Buoncompagni, notables masones y todos íntimos amigos del alcalde. Este tenía también relaciones con la corte por haber dado a Su Majestad Víctor Manuel II dos de sus hijos, jóvenes muy fornidos, que el rey había aceptado entre sus servidores. Además, él era un hombre fuerte y de acero muy templado. Y el sacerdote que había dejado su estado y se había hecho protestante, llegaba a Castelnuovo apoyado y favorecido por toda esta calaña.

“Pero corría en tanto la voz (que también llegó a oídos del alcalde) de que estallaría un tumulto, y se pidieron en seguida quince o veinte carabineros, que fueron enviados inmediatamente, listos a sofocar cualquier desorden.

“Llegada finalmente la primera dominica de cuaresma, he aquí que Don Abundio, acompañado por el alcalde, el notario y por todo un magnífico cortejo de igual estofa, avanza fiero e impertérrito hacia la mitad de la plaza principal y se detiene precisamente donde hoy se levanta un monumento a Don Bosco. De aspecto nada placentero, de mediana estatura, barba rojiza, ojos grises mobilísimos, frente arrugada, regularmente vestido, con las manos enguantadas, parlero con todos, aún con los que no le interesaban, fingiendo cortesías y prodigando sonrisas, apenas se vió en el puesto que se le había indicado, subió sobre la silla que servía de tribuna y, un tanto nervioso, mientras se quitaba el guante de la mano izquierda, comenzó así su discurso con voz seca y robusta: —Pueblo de Castelnuovo, pueblo generoso y fuerte, yo te brindo mi saludo y gozo en poder

anunciarte que ha llegado para ti la hora de la verdadera redención; sí, ha llegado el tiempo y es éste...

“Y en realidad había llegado el tiempo, pero no como lo soñaba el orador, pues he aquí que de improviso se abre la puerta de la casa Bertagna, que daba a la plaza, y sale fuera una ola de niñas guiadas por la madre de Mons. Bertagna, provistas de toda clase de utensilios, de ollas, marmitas, cacerolas y tapas, de embudos y de láminas de hierro y de otros instrumentos por el estilo, con los que se dieron a hacer un ruido ensordecedor, endiablado. Al mismo tiempo, Pedro, el hermano de Don Cafasso, guiaba una tropa de muchachos que, con otros objetos de la misma clase, corrían dando vueltas, quien por aquí, quien por allí, voceando y gritando sin tregua.

“Era una escena divertidísima: quien golpeaba al tiempo las tapas de una olla, quien desfondaba tarros de petróleo con furiosos golpes de martillo, quien describía en el aire prodigiosos molinetes con una matraca, quien trompeteaba frenéticamente con conchas de mar. El estrépito era ensordecedor. Los niños y niñas de Castelnuovo jamás habían hecho una fiesta tan ruidosa como aquella, y en pocos minutos la plaza estuvo llena de gente, y fué tal la tempestad, que temblaban todos los vidrios de las ventanas. Era un alboroto indescriptible.

“Algunos carabineros paseaban fieros acá y acullá, evidentemente afanados; otros, gesticulando y discutiendo en animados corrillos, daban a entender que era el caso de intervenir con su autoridad, pero dudosos y perplejos, no sabían qué partido tomar. Don Abundio se quedó como una piedra y permaneció quieto, muy pálido y asustado, con la palabra en los labios, pronunciada antes con tanta prosopeya: —Ha llegado la hora... Y verdaderamente había llegado. El alcalde y el notario se quedaron lívidos de bilis y, lanzando con los ojos rayos de furor y de desprecio, confabulaban con aquel desgraciado sacerdote que, habiendo bajado de mala gana de la silla, no podía disimular su mal humor y se mordía los labios de despecho y pronunciaba

inectivas contra la mala educación, contra el derecho de hospitalidad y de libertad de palabra conculcados, contra las groseras armas de los sacerdotes que no saben defenderse de otra manera y recurren a medios salvajes, y otros improprios por el estilo. Finalmente el notario, alma envenenada, hizo señal al alcalde, a Don Abundio y a sus amigos de que lo siguieran a su casa, donde tuvieron un conciliábulo secreto.

“Apenas desapareció el sacerdote protestante, volvió la calma y todos se pusieron a reír sabrosamente. Jamás se habían divertido tanto los niños y hubieran deseado que Don Abundio volviera todos los domingos a Castelnuovo.

“Hoy día, dado el espíritu de combate que domina en todas partes, parecerá que este medio de defensa sea un celo intemperante o poco iluminado. Es necesario que el lector retroceda ochenta años, hasta esos tiempos en que las discusiones científicas y los debates públicos estaban muy por encima de la cultura del pueblo y no habrían obtenido ningún resultado. Sin embargo, este episodio puso fin a la descarada propaganda de Don Abundio.

“El venerable Don Cafasso, apareciendo en medio de la multitud y volviendo los ojos hacia la casa del notario, dijo a los hombres de su querido pueblo natal: —Tened cuidado porque de allí saldrá la venganza. Y no fué de otro modo. El alcalde, instigado por el notario, denunció ante la autoridad judicial a la madre de Mons. Bertagna y al hermano de Don Cafasso como sublevadores del pueblo, perturbadores del orden público y violadores de la ley; y alegando contra ellos no sé qué artículo del código penal, se firmó en seguida la orden de arresto.

“El hermano de Don Cafasso fué arrestado primero, en su habitación, atado y arrojado a las cárceles de Asti. La señora Bertagna afortunadamente fué avisada a tiempo por un consejero comunal (Bernardo Matta), informado de estas providencias, y, aconsejada por Don Cafasso, se disfrazó de pobre montañesa, cubrió su cabeza con un gran pañuelo de colores y se puso otro en los hombros, cruzán-

dolo por delante, tomó luego en el brazo un gran cesto de huevos y mantequilla y, así arrebujaada, irreconocible, partió por la noche con rumbo a Turín. Y cuando los carabineros golpearon a la puerta de los Bertagna, en vano se fatigaron buscándola, aunque recorrieron todos los lugares de la casa, incluso el sótano, donde, a falta de otra cosa, encontraron excelente vino.

“Entre tanto Don Cafasso tomó a pecho la causa de esa valiente mujer y prestó por ella fianza ante las autoridades. En Turín la confió secretamente en las manos de una caritativa señora que vivía cerca de la iglesia de San Francisco de Asís; la buena señora se consideró afortunada en acogerla en su casa y la trató como a una hermana.

“Y por el modo con que terminó este incidente, ninguno se imagina que haya tenido un éxito tan feliz e inesperado. Por lo pronto nada se supo, pero después llegó a conocimiento de todos que Don Cafasso, quien gozaba en Turín de gran valimiento por sus altísimas amistades, pudo felizmente, con la ayuda de Dios, hacer ver la ineptitud del alcalde, de modo que el gobierno, después de haber ordenado una severa investigación en que resultó que el alcalde no había obrado con la debida prudencia, como consecuencia de este veredicto privado, lo obligó cortésmente a presentar su renuncia. Y quiso la suerte para mayor ironía de los eventos, que quince días después, volviendo a Castelnuovo defendida y absuelta la señora Bertagna, al abrazar a su marido, éste le diera la buena nueva de que lo habían nombrado alcalde del pueblo”.

Son estos los goces con que Dios sabe confortar y embellecer la vida de quien trabaja y lucha en la nobilísima palestra del apostolado.

## CAPITULO VIII

# EN EL CONFESONARIO

Legiones de penitentes — Prudencia en la dirección — **En la variedad de los casos** — **En las desolaciones de espíritu** — **Arrepentimientos y conversiones.**

### LEGIONES DE PENITENTES.

Apostolado humilde y escondido pero sublime y eficaz el que cumplen los dispensadores de los divinos misterios en el tribunal de la penitencia. Mientras en muchos otros lugares, en sitios nefandos, en salas y salones deslumbradores, en los teatros envueltos en la embriaguez de la sensualidad, en la redacción de diarios antirreligiosos y de revistas pornográficas, en los conventículos de sectarios o de facciosos se peca y se abren las vías de la culpa; mientras fuera del templo el demonio con artes insidiosas arrebatara las almas y las aleja de Dios, de la verdad y de la virtud, arrojándolas a los infames caminos del mal; en un rincón de la casa de Dios, el sacerdote, silenciosamente, reconquista gran parte de esas almas contaminadas por el fango y por la iniquidad, las purifica en la fuente del perdón y las reviste nuevamente con la estola del candor cristiano. Admirable instrumento de la bondad divina es el confesonario que, despreciado y burlado por el mundo, es su más formidable enemigo, pues de día en día quebranta su poder y le sustrae los adoradores de sus perversos ídolos.

El confesonario fué la roca poderosa desde donde nuestro Santo, modestamente y sin estrépito, pero con un trabajo sacrificado y continuo, venció tantos espíritus, conquistándolos para la cruz de Cristo.

Superado felizmente el examen de confesión el 27 de junio de 1836, dos días después, en la fiesta de San Pedro, ponía el pie en el confesonario de la iglesia de San Francisco, que era para él una cátedra. Comenzaba a confesar muy de mañana, bajando para la Misa a la sacristía, donde ya lo esperaba alguno y después de celebrar el santo sacrificio y de hacer la meditación con los convictores, volvía en seguida al confesonario donde pasaba varias horas, según lo exigiera la necesidad. Mientras hubiera penitentes a su derredor, no dejaba su puesto ni siquiera para descansar un poco, y cuando le faltaban momentáneamente, los esperaba arrodillado en un banco, pues tenía que si se alejaba, algún̄o, talvez el más necesitado, se resolviera a no arreglar ya sus cuentas con Dios.

Veía con ojo escrutador las necesidades de su fieles y tenía el arte de atraerlos. Una mañana, un oficial, recargado contra una columna, tenía la expresión del que no sabe si confesarse o no; viéndolo Don Cafasso comprendió en seguida su indecisión y le hizo con el dedo señal de acercarse. El oficial se adelantó y el Santo lo recibió abriendo la puerta del confesonario; lo hizo arrodillar y lo confesó. Fué una bellísima conquista. El oficial no dejó nunca de confesarse con tan santo sacerdote.

Leemos en una relación: "Una pobre señora había caído en una grave falta y, arrepentida de ella, se colocaba siempre en la iglesia junto al confesonario de Don Cafasso para confesarse, pero no lo hacía por vergüenza. Cuando he aquí que viéndola un día el buen sacerdote sentada en un banco, sin decir nada, salió del confesonario y acercándosele, le dijo: "Buena señora, usted desea confesarse y en realidad tiene necesidad de ello; venga, pues, y quedará consolada". Mucho se admiró la señora al oír tales palabras, mas ni con esto se animaba a confesarse por la grandísima ver-



güenza que sentía. Pero rogada y casi mandada por Don Cafasso, se acercó finalmente y, ayudada por nuestro Santo, confesó por entero sus culpas, sintiendo después tanto consuelo que lo creía prodigioso, como juzgaba prodigiosa y debida a las oraciones de nuestro Santo su conversión”.

Nada podía distraerlo de aquella ocupación que era para él la más agradable. En el invierno cuando la iglesia de San Francisco era frigidísima, una verdadera nevera, el Santo, que era muy sensible al frío, no se movía de su puesto y rechazaba cualquier alivio. Nos narra su antiguo sacristán Bargetto: “Un día de invierno de 1859, la marquesa Faustina Roero di Cortanza, dama de honor de S. M. la reina María Teresa, que frecuentaba la iglesia de San Francisco y era penitente del Siervo de Dios, al verlo tiritando de frío en el confesonario, me dijo: —Usted no sabe cuidar a Don Cafasso; con el frío que hace, lo deja toda la mañana en el confesonario, sin pensar siquiera en llevarle un brasero para ponerle junto a los pies—. Y me dió cinco liras para comprarle uno. Yo respondí: —Está muy bien, pero no sé si lo acepte. ¿Y si se disgusta? —No hay motivo para ello, pues no pretendemos hacer nada malo—. Yo compré el braceró y lo preparé para el día siguiente. Cuando vi venir al Siervo de Dios al confesonario, fuí yo también después de un rato y, golpeando a la puertecita del confesonario, abrí y se lo coloqué dentro. Pero Don Cafasso me dijo: —¿Qué traes ahí? Llévate eso— y lo retiró con los pies. Y hube de obedecer a tal insistencia. Cuando después fué a la sacristía, me dijo: —No me vuelvas a llevar ese brasero; no es nada sufrir un poco de frío y sin brasero se va más fácilmente al paraíso”.

En verano o en invierno, de día o de noche, en la iglesia, en la pieza o en cualquier otro lugar, fué el padre espiritual preferido por miles y miles de almas, mereciéndose el título de **penitenciario general**. Sus penitentes formaban varias legiones, cuyo número aumentaba de día en día. Mientras más crecía la fama de su santidad y de su ciencia, tanto más crecía el número de los que deseaban ardiente-

mente tenerlo como director espiritual. Quien entraba a la iglesia en la hora en que se sentaba al divino tribunal, lo veía circundado no sólo de los campesinos de la región, de pobres, de artesanos, de negociantes, sino de clérigos, sacerdotes, magistrados, militares, nobles, abogados y damas. Era una multitud de hombres y de mujeres de todas las condiciones sociales que se apretaban a su derredor, deseosos de abrirle la propia conciencia.

Los más estimados miembros del clero, entre los cuales el popularísimo Don Boseo, los más insignes miembros del parlamento nacional, como el conde Clemente Solaro de la Margarita y Emiliano Avogadro de Collobiano; damas de la corte, como la condesa María Antonietta Nicolis de Robilant, la marquesa Roero di Cortanza, la condesa Carlota Callori di Vignale, la condesa María Fassati di Roero; los caballeros más aristocráticos de la alta sociedad piemontesa, los más famosos personajes de la época tenían a grande honor ser guiados e iluminados por nuestro Santo. Su vida, toda su virtud y sacrificio, sus palabras siempre eficaces por el celo de su apostolado y su amor al bien, inspiraban a todos una profunda veneración.

Y no se crea que descuidara a la gente de baja condición para cultivar a las matronas o a los ricos, o que diese preferencia a las señoras. Jamás traicionó la dignidad de su alto ministerio y lo ejerció con grandísimo espíritu de justicia. Los hombres, y especialmente los militares, eran sus preferidos; no toleraba que las más ilustres damas, por no esperar su turno, lo llamasen a la sacristía. Es notable el testimonio del sacristán Bargetto: "Un día llegó a la sacristía la marquesa Julia Falletti de Barolo y me pidió que llamara a Don Cafasso, que estaba en el confesonario. Yo ya sabía que Don Cafasso no se movería de su puesto y le opuse algunas dificultades; pero ella repitió la orden, y hube de obedecer. Y el Siervo de Dios, como ya tenía yo previsto, me respondió: —Dirás a la señora marquesa que vuelva en otra ocasión—, o que si mediaban otras circunstancias, le señalaría una hora, pero siempre en la iglesia, al

día siguiente u otro cualquiera que ella indicara. Y como hizo con ésta, así obraba con todas las nobles damas que deseaban alguna preferencia. Pero si era una mujer del servicio la que lo hacía llamar, él atendía a sus deseos y no la hacía volver en otra ocasión”.

Trataba a todo el mundo con gran gentileza. Cuanto más necesitaran los penitentes de su caridad, tanto mayormente la dispensaba. Tenía palabras de esperanza y de aliento que tocaban y aliviaban los corazones. Era opinión general en Turín que personajes muy comprometidos en asuntos de grandísima y a veces dolorosísima importancia y de escabrosa solución, sólo por virtud del Santo llegaron a tranquilizar plenamente sus conciencias. Por cinco lustros fué el ángel consolador del Piamonte, llevando innumerables almas al camino de la virtud, sin cansarse jamás en este laborioso y santo ministerio. Inflamado por el fuego divino que ardía en su interior, jamás dijo: “basta”. El deseo de ganar almas para Dios multiplicaba sus fuerzas y retemplaba sus energías. Era insaciable en sus conquistas.

#### PRUDENCIA EN LA DIRECCION.

El éxito incontrastable que Don Cafasso logró en el confesonario, se debe sobre todo a ese admirable espíritu de dirección que poseía. Muy versado en la ciencia moral, comprendía de un vistazo la dificultad de los diversos casos y los resolvía con segura prontitud. Dotado de una extraordinaria intuición de corazones, descubría en seguida el estado del penitente y la pasión dominante que lo atormentaba; y por esto, con pocas pero insinuantes palabras, lo volvía al buen camino. A esto se añade que jamás entraba al confesonario sin haber hecho antes las cuentas con Dios e implorado su auxilio con especiales oraciones. Era esta la señal de sus batallas y el primer golpe que vibraba contra el infierno.

De aquí se comprende cómo en pocos minutos despatchaba a sus penitentes. Pero esta celeridad no tenía nada

de común con la impaciencia. No hablaba mucho y jamás daba razón a sus penitentes de las amonestaciones o consejos que les sugería; las razones se dan en la clase; en el confesonario no hay necesidad de largas prédicas o de razonamientos profundos; una razón, una palabra conmovedora, son mucho más eficaces. Lo poco que decía el Santo era tan claro y tan adaptado a la necesidad del penitente, que después no se podía olvidar. Un hombre, ya cercano a los setenta años de edad, de Castelnuovo de Asti, que no hablaba de religión y de piedad sino por mofa, después de mucha insistencia, se resolvió a ir a Turín para tratar con Don Cafasso sus asuntos y se alojó en un hotel, creyendo que el negocio requería varios días. El Santo recibió al infeliz con toda bondad y en diez minutos lo confesó y lo preparó para la comunión. El asunto parecía extraño e incomprensible. Sin embargo, vuelto a casa, aquel señor dejó todas sus prácticas malas y se entregó de tal modo a la piedad, que no podía oír una palabra menos correcta; y durante los pocos años que aún vivió, casi continuamente se le vió con el rosario en la mano, que antes nunca en su vida había tocado.

Siempre sabio y prudente, hacía que todos obtuvieran gran provecho de la confesión. En primer lugar, no era demasiado exigente para el examen que es el primer requisito para una buena confesión. Cuando uno hace lo que puede, el Señor no le exige más. Para que los fieles examinaran bien la propia conciencia, Don Cafasso les decía: "Figuraos que tenéis que morir dentro de breves momentos y entrando dentro de vosotros mismos, preguntaos: si tuviera que partir para el otro mundo, si tuviera que dejar esta vida y emprender el camino de la eternidad, ¿lo haría de buen grado? ¿No tendría nada que me afanase? ¡Oh! veréis cómo habla el corazón en esas circunstancias; oiréis entonces que os dice: no, yo no quisiera morir con esta pena; hay esto que me intranquiliza y me inquieta. Así habla el corazón y así debemos hacer siempre nosotros si queremos asegurar un buen examen. Pero sea lo que fuere,

si no lo hacemos por nosotros mismos, el confesor tendrá que hacerlo en nuestro lugar y a él no lo confunden ni años ni pecados". Y verdaderamente, con mucha paciencia y libertad de espíritu, con oportunas interrogaciones, ayudaba a los ignorantes y a los indolentes a examinar la propia conciencia y a reconciliarse con Dios, de modo que todos regresaban a casa contentos y satisfechos.

Si se daba cuenta de que un penitente sentía vergüenza de confesarse por la gravedad de sus culpas, lo ayudaba haciéndole comprender que no por curiosidad sino por su bien debía oír su pecado; y lo obligaba con santas industrias a manifestarlo o él mismo descubría la culpa que el penitente no tenía intención de confesar. Nada podía ocultarse a las sagaces preguntas de Don Cafasso, el cual animaba a sus penitentes de tal modo que se sentían obligados a cumplir con sinceridad tan santo deber. Al mismo tiempo sabía despertar en sus corazones el arrepentimiento y el dolor. Cuando se encontraba con pecadores endurecidos en el mal, insensibles a los consejos y a los avisos, de corazón reacio a la penitencia, no los despachaba ni los mandaba prepararse para volver después: estaba cierto de que no regresarían. En sus inagotables recursos de confesor y de hombre de Dios, encontraba la manera de inducirlos al arrepentimiento. Cuando se trata de ganar a un hermano nuestro —decía— es preciso emplear todos los medios; de otro modo se corre el peligro de dejar para siempre un alma en el pecado, y esta sería una espina muy aguda para el corazón de un sacerdote.

Como el dolor debe ir unido al propósito de no pecar más, el Santo, ajeno a las teorías rigoristas de su tiempo, opinaba que si la multiplicidad de las caídas y el hábito de pecado pueden engendrar una prudente sospecha sobre la sinceridad del propósito, no autorizan a asegurar que éste falte. Despertando el propósito del bien, muy eficazmente inculcaba huír del pecado y de las ocasiones que a él conducen. Encontrándose delante de pecadores expuestos a ocasiones próximas, necesarias y voluntarias, sabía conci-

liar la dulzura de los modos con la firmeza en exigir el alejamiento efectivo de las ocasiones voluntarias y el uso de los medios más aptos para convertir en remotas las ocasiones necesarias; y al absolver al penitente, mostraba hacer un esfuerzo para librarlo del demonio y del pecado. En tales casos solía decir estas o semejantes palabras: —Al darle la absolución, temo que usted recaiga y haga una confesión inútil; pero lo absuelvo para no dejarlo esclavo del pecado. Procure no hacerme quedar mal delante del Señor recayendo de nuevo, y venga pronto a darme nuevas noticias, haciendo todo lo posible porque sean buenas.

Y cuando no podía absolver al penitente, tenía acentos de profunda conmoción. Nosotros mismos nos conmovíamos al escuchar su lenguaje paterno: “Carísimo —decía—, mucho me aflige verlo partir en ese estado. ¿Qué será de usted? Es verdad que yo no lo merezco, pero si antes de morir me diese el Señor el consuelo de poderlo ayudar y asegurar su alma, ciertamente sería ese el día más bello de mi vida. Mas yo no desespere, mi buen amigo, y rogaré por usted; y usted no olvide que hay por lo menos un hombre en el mundo que ruega y suspira por su salvación”. Con una dirección tan sabia y paternal, derribaba fortalezas que parecían inexpugnables y conquistaba las almas para Cristo.

Aún al imponer la penitencia sacramental, era de una prudencia encomiable. Contra los rigoristas que exigían siempre una penitencia proporcionada a la culpa, él prefería sólo la que fuese saludable y conveniente. ¿Para qué imponer al penitente una expiación tan gravosa que no ha de cumplirla después? ¿Para qué darle motivo de odiar la confesión y convertirle en veneno lo que habría de servirle de remedio? Inspirado en estos principios, daba una penitencia breve, externa y bien determinada, y exhortaba a los penitentes a volver de nuevo a confesarse. A quien le objetaba que de tal manera no se proveía a la salud del penitente, ya que éste debería pagar después de su muerte, en el purgatorio, cuanto no hubiese satisfecho en la tierra, el Santo respondía: “Es mejor el purgatorio que el infier-

no. Si por hacer poca penitencia ha de ir nuestro penitente al purgatorio, es peligroso que al imponérsela grande se disguste y se precipite en el infierno”.

La experiencia de los hombres y de los tiempos y el régimen paterno, están de acuerdo con los principios de este profundo conocedor de almas.

### EN LOS DIFERENTES CASOS.

La habilidad de Don Cafasso en el gobierno de las conciencias brilla con luz aún más pura en los distintos casos, a veces difíciles y escabrosos, que requerían agudeza de inteligencia, prontitud de espíritu, virtud y paciencia de santos y una singular prudencia. En las más arduas y comprometedoras contingencias, jamás disminuyó su fama de confesor experto e iluminado, y con su dirección irreprochable, procuró siempre la ventaja espiritual del prójimo.

Había quienes se presentaban al tribunal de la penitencia, sólo con fines humanos, sin intención de confesarse. El Santo no por esto los desatendía y, sin que se dieran cuenta, lograba la confesión de sus pecados. Así ganó a muchos que, por la prueba de los hechos, constataron que la confesión no es tan difícil como a ellos, hombres de poca fe, se lo representaba engañosamente la fantasía. Y si después de algunas preguntas la persona protestaba que no quería confesarse, Don Cafasso no la dejaba ir sin algún buen consejo.

Otros, presuntuosos, iban al confesonario jactándose de incrédulos, exponiendo dudas en materia de fe y afirmando que ni siquiera creían en la propia confesión. El Santo evitaba las disputas en el confesonario, no siendo éste el lugar adaptado para tales controversias; los interrogaba como si realmente hubiesen venido a confesarse y si lograba lo que se proponía, desaparecían como por encanto todas las dificultades, y el que había dicho que no creía en nada, se levantaba del confesonario creyendo más que todos los demás. Tampoco se negaba a dar explicaciones para disipar

las dudas. Pero si alguno insistía sobre algún dogma especial, por ejemplo, sobre la eternidad del infierno, el Santo juzgaba más oportuno exhortarlo a la profesión general de fe sobre todo lo que la Iglesia propone para creer, en vez de disputar, quizás inútilmente, sobre algún dogma en particular.

No faltaban soberbios y arrogantes que se creían en el derecho de dar normas al confesor más bien que de recibirlas. El evitaba siempre esa clase de polémicas, y con una palabra dulce y benigna desarmaba a esos señores. Un día se le acercó un protestante notable y le dijo que había venido para saber qué cosa se hacía en ese lugar y contarle después en sus conversaciones. El Santo le respondió bondadosamente que allí se inculcaba la observancia a la ley divina: a los ricos la caridad, a los pobres la paciencia, a los siervos la obediencia, y a cada uno su propio deber; que además, allí se consolaba a los afligidos, se confortaba a los débiles y a todos se brindaba la paz y la calma; y finalmente, que a quien estaba bien dispuesto, se le perdonaban los pecados. Dicho esto, lo despidió con gran afabilidad, invitándolo a volver, con la esperanza de ganarlo para Dios.

Existía también la categoría de los indiscretos que golpean a la puerta de los confesonarios para pedir dinero, refiriendo miserias y desventuras, casi siempre imaginarias. Don Cafasso era inflexible en este punto. Solía decir a sus alumnos: —El que desee comportarse bien en el ministerio de las confesiones, no dé nunca ni un centavo a sus penitentes, y no se deje enternecer por ninguna razón; responda que está en el confesonario por muy diferentes motivos. Y si después de esta respuesta el penitente añadiese que lo esperará afuera, respondámosle: —Si no hubiera comenzado a pedirme limosna aquí, podría dársela afuera según mis posibilidades; pero ni aún afuera se la daré; y el motivo, si lo desea saber, es para no profanar el sacramento.

¿Y cómo se portaba con los penitentes que tenían odio al prójimo? Primeramente se aseguraba que se tratase de



verdadero odio, pues sucede con frecuencia que se ve con malos ojos a una persona sin deseársele por esto mal alguno. Cuando estaba cierto de que el odio se albergaba en el alma del penitente, el Santo exigía tres cosas, a saber: que no se continuara deseando mal al ofensor; que no se le excluyese del amor general al prójimo; y que se le diesen aquellas señales comunes de amor cuya omisión es manifestación de odio o acto de venganza. A este propósito eran admirables sus industrias. Oigamos cuanto nos refiere Mons. Bertagna: “Como al confesarse, los que alimentan odio en su corazón hablaban inmediatamente de esto, Don Cafasso les impedía continuar: se trataría de ello al final de la confesión, tanto más cuanto se trataba de un asunto difícil de arreglar. Y cuando los penitentes no se resignaban a callar, él les repetía la recomendación y preguntaba acerca de otras cosas. Llegado al fin, oía un poco de lo que tenían que decir sobre este punto, para tener una idea de la integridad de la confesión, y luego añadía: —Verdaderamente se la han jugado buena. No merecía que lo trataran así, pero dé gracias al Señor de haber podido venir a confesarse y aquel otro, que tiene más necesidad que usted también debería venir. Ahora, recemos por él; en penitencia, rezará dos avemarías; la una por usted y la otra por su enemigo—. Sucedió generalmente que no aceptaban o que lo hacían con sudores muy copiosos. Entonces disminuía la dosis y pedía que la dijese al menos por complacer al confesor; y casi siempre lo obtenía. En los pocos casos en que eran inútiles sus esfuerzos, pedía al penitente permiso de rezar por su enemigo”. Cuando obtenía esto, ya estaba en el puerto. Si se encontraba con penitentes que se resistían a perdonar, él sabía, con sobriedad de palabras, pero con eficacia de razones divinas y humanas, inducirlos a un acto generoso que no sólo correspondía a la ley de la caridad y al ejemplo del divino Crucificado, sino que sería ventajoso para el mismo penitente. Quien perdona será perdonado; quien odia, perderá el Paraíso y no obtiene nada contra el ofensor, que generalmente se ríe y burla del odio

de su rival. Llamado a confesar a un señor que tenía muchos enemigos, no lograba el Santo inducirlo a un gesto de generosidad; obtuvo no obstante que rezase el **Padrenuestro**. Cuando llegó a las palabras: **Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores**, Don Cafasso lo interrumpió lleno de júbilo: —Oh, qué bella promesa ha hecho al Señor; le ha dicho que usted también perdona. ¿Está contento de hacerlo y de haber sido perdonado por el Señor? —Sí, respondió conmovido el ofendido, perdono de todo corazón y bendigo a mis enemigos—. Y para confirmar su perdón, besó varias veces el Crucifijo, bañándolo con sus lágrimas.

Usaba de gran reserva y prudencia con los penitentes que tenían el vicio de la impureza. Se detenía lo menos posible en esta materia que tanto repugnaba a la delicadeza de su alma. “Cuando viene a nosotros alguno —enseñaba— que empieza a contar toda la historia de su caída, el origen, el medio y el fin, no se lo permita el confesor, sino, interrogándolo, vaya en seguida a la caída, y si ha de conocer el número de pecados, haga las preguntas necesarias, sin dejar al penitente tejer la relación de circunstancias y pormenores”. Estaba seguro de que tal reserva era apreciada por los penitentes y era para ellos motivo de edificación y aliento. Procedía con mucha cautela para no traspasar con su pregunta los límites de la necesidad y la decencia. Al mismo tiempo, sabía ayudar a las almas sugiriendo los remedios más aptos para evitar los pecados de impureza; como la fuga de las ocasiones, la oración, el pensamiento de la muerte y sobre todo la frecuencia de la confesión, pues según decía “mientras no se practique esto, el caso es siempre desesperado; en cambio, si hay dicha frecuencia, aún cuando no se conviertan, es mucho lo que se consigue”.

Ningún caso lo encontraba desprevenido; ninguna obstinación lo desconcertaba; él conocía los caminos del corazón y de la inteligencia; hablaba siempre al uno y a la otra y su palabra encontraba un eco de correspondencia y de adhesión en que brillaba el triunfo de la gracia.

## EN LAS DESOLACIONES DEL ESPIRITU.

En donde Don Cafasso se reveló como maestro incomparable de espíritu y ángel portador de consuelos sobre-humanos, fué, sin duda, en esas tribulaciones que tan a menudo afligen y desconciertan a las almas. ¿Quién puede referir las revueltas tempestades que se ciernen a veces sobre un corazón? ¿Quién puede describir los horrores y la oscuridad que envuelven a veces los espíritus y los hacen llorar en su desesperación? ¿Quién puede referir sin turbarse los tormentos de los que están dominados por ese fantasma nocivo e insidioso del escrúpulo? Ante estas desolaciones desconcertantes hasta para los más hábiles directores de espíritu que no siempre saben encontrar un bálsamo para calmarlas, brilla de manera singular el finísimo tacto con que el Santo ayudaba a tantas almas atribuladas, inundándolas con la luz del amor y de la esperanza. Se decía de él que para confesar tenía un modo tan admirable no sólo de quitar las penas y todas en un momento, sino aún de hacer tan dulces las pruebas y las tentaciones, que sus penitentes llegaban a desearlas para tener que manifestarlas a la semana siguiente.

Hay tribulaciones que pueden provenir de muchas circunstancias materiales y externas. Quien, por ejemplo, no tiene salud, quien se encuentra en la miseria, quien tiene un enemigo que lo persigue, un hijo que no le quiere obedecer, un marido que hace desesperar a la familia, una esposa que es un demonio, un negocio que va mal, una granizada que destruye las cosechas, una muerte que no esperaba, una cruz pesada y dolorosa y se siente sin fuerzas para llevarla hasta la cumbre del calvario. Don Cafasso decía que la causa de todo esto son los pecados y que por tanto, el primer remedio contra las tribulaciones debía ser el abandono de la culpa.

Había naturalmente quienes le proponían la objeción que tanto se repite: si las tribulaciones son fruto del pecado, ¿por qué hay tantos malvados que son felices? “Des-

pacio —respondía nuestro Santo—, podemos equivocarnos tantas veces teniendo por persona mala a alguno que quizá sea más piadoso que nosotros; pero supongamos que sea cierto lo que usted dice. Sí, las cosas de los hombres que no tienen nada de religión van bien, al menos en apariencia. Pero si usted se admira y escandaliza de verlos prosperar, a mí me maravilla también cómo puede tener Dios tanta paciencia y tanta bondad; pero es Dios y eso basta. Mas no lo tome a mal ni se escandalice de esas fortunas porque en realidad no lo son. Y me atrevo a decir que si hay en el mundo una cosa verdaderamente terrible, es el ver que triunfan las familias sin religión. Les sucederá en efecto lo que dice el profeta Job: “Comen, beben, pasan alegremente sus días y, en un momento, cuando menos lo esperaban, pasarán de este mundo al infierno”.

Y a quien añadía que eran muy numerosas las cruces que el Señor le enviaba, respondía con la prudencia del moralista y con la elevación del místico: “Esta es una razón más para compadecerlo. Pero esto no quiere decir otra cosa sino que usted tiene necesidad de animarse mayormente a la práctica del bien. A veces no sabe a quien recurrir en su necesidad; pues bien: dirija sus ojos al cielo y allá encontrará remedio a todos sus males y dolores. Por mal que pueda irle, lo peor será morir pronto; tanto mejor; pronto recibirá el premio de los justos. Tal vez Dios permite que le sobrevengan tantas tribulaciones, precisamente porque, queriendo llamarlo en breve de esta tierra, quiere que en poco tiempo haga mucho bien. Procure, pues, sacar partido y responda como lo hizo una persona cargada con muchas cruces, que no daría a nadie la más pequeña parte, para no perder el mérito que de ella le provenía.

En la meditación de los novísimos y en la oración perseverante y resignada están los consuelos que alivian el peso de las cruces y hacen dulces y llevaderas las cargas de esta vida.

No menos dolorosas son las tribulaciones interiores con que Dios premia a sus amigos. Tales tribulaciones se deri-

van de múltiples motivos y son de diverso género. Algunas provienen de la misma oración que, por la aridez, el tedio y las distracciones que la acompañan, puede ser causa de aflicción a las almas piadosas. Otras tienen origen en las tentaciones, imaginaciones, fantasías o sensaciones no voluntarias o por lo menos no imputables a culpa, que producen en el espíritu turbaciones y ansias indecibles. Otras nacen del recuerdo de una vida transcurrida quizá en el pecado o en poco fervor. Y el Santo, con palabras apropiadas y con piadosas reflexiones, sabía disipar esas ansias y congojas, demostrando que uno jamás es culpable de esas penas interiores y que del mismo recuerdo de los pecados cometidos se pueden recabar provecho para el adelanto espiritual. Así ayudaba en estas batallas a las almas, sustrayéndolas a las inquietudes y al desaliento a que estaban sujetas muchas veces.

El hacía comprender que el estado de desolación de un alma, en vez de ser argumento de temor y desconfianza, es un estado de sacrificio más acepto a Dios y más meritorio para nosotros, porque contiene en sí un heroico ejercicio de virtud y el más perfecto grado de caridad. “¿Os parece poca cosa —decía— cuando un alma se ve obligada a vivir entre tinieblas y penosas arideces, en medio de continuas desolaciones, tentaciones, fantasías a veces horribles, afanes, amarguras y temores de toda clase y, esto no obstante, bajo una tempestad tan terrible, en un martirio tan desolador, no querer romper con Dios, sino aún protestar que quiere estar más unida a El, resignarse a su divino beneplácito, estar dispuesta a sufrir más, cuando sea necesario para cumplir su divina voluntad? ¿Y dónde una virtud mayor, mayor abnegación, desapego más efectivo de las criaturas y más intensa y más pura caridad hacia Dios? Déjese, pues, a un lado la prevención e inquietud que un alma pueda tener, como si Dios no estuviese contento de ella y la rechazara”. (1)

---

(1) De los escritos del Santo.

Después de haber infundido en los penitentes la persuasión de la gloria que daban a Dios con las propias desolaciones, los exhortaba a no variar por ningún motivo su tenor de vida, a proseguir sus prácticas como en lo pasado, como si probasen las mayores delicias y consuelos y a esperar pacientes y resignados el tiempo de la quietud tranquila que tarde o temprano vendría a calmar sus almas. Les aseguraba que esas batallas son como las tempestades, que no se pueden evitar, pero que mientras más se enfurecen dejan después un cielo más límpido y sereno.

La forma más grave de las penas espirituales es la que se tiene en los escrúpulos, verdadera enfermedad psíquica que proviene de un intenso trabajo de la imaginación y de la fantasía y tortura las almas, haciéndoles ver pecado en todo, y creerse abandonadas de la misericordia divina y temer ser precipitadas al infierno de un momento a otro.

El Santo curaba esta clase de penitentes con la máxima dulzura; si se daba cuenta de que al ser tratados dulcemente tomaban ánimo para insistir con pertinacia, el Santo pasaba de la suavidad a la dureza, llegando al extremo de darles en la cara con la ventanilla del confesionario. De tal clase de penitentes exigía una obediencia ciega y absoluta. Interrogado por uno de ellos sobre si había para él esperanza de salvación, respondió con San Felipe: —Sí, pero con la condición de que se haga cortar la cabeza y venga a confesarse sin ella—. Quería que todos estos penitentes confiasen ciegamente en el confesor como en el más seguro piloto que habría de llevarlos al puerto tan suspirado.

La maestra Benita Savio escribía: “Me encontraba en un laberinto del que no sabía como salir. Cuando una es joven y enfermiza, las pajas parecen vigas. Fuí entonces a donde mi venerado y santo director, Don Cafasso, y le narré todas mis congojas; y él, con su acostumbrada bondad, después de haberme escuchado con santa paciencia, me dijo: —Me apena su estado; no se desanime; el paraíso no está hecho para los perezosos; es necesario hacerse violencia para conquistarlo; pero si queremos, podemos también ir en

carroza—. Yo le pregunté cómo se hacía, y él me respondió: —Cuando vamos en coche nos dejamos guiar por el cochero, ¿no es cierto? Pero si queremos que el cochero pase por el camino que más nos gusta, si él encuentra algún inconveniente, ¿no tiene derecho de darnos su negativa? Así hace con nosotros nuestro supremo conductor, Dios nuestro Señor. Estamos en el coche de este mundo; Dios es quien lo guía; dejémonos guiar dónde y cómo a El le plazca, que pronto nos conducirá a la suspirada meta del Paraíso”.

Firme en la absoluta necesidad de la obediencia, no hacía sino aplicarla rígidamente en los casos particulares. A quien tenía inquietudes sobre las propias oraciones le prohibía absolutamente repetir las en todo o en parte. A quien se afanaba demasiado por el examen de conciencia le prohibía hacerlo todos los días. A quien prolongaba la confesión más de lo necesario le quitaba la palabra, obligándolo a limitarse a las preguntas que él hiciera. A quien iba todos los días a golpear a la puerta del confesonario le imponía que se confesara cada ocho días. Al penitente escrupuloso que se dolía de no tener arrepentimiento, respondía que el dolor de no tenerlo era la señal más segura de que sí lo tenía. A quien, por motivo de escrúpulo, repetía la penitencia sacramental, no le daba por aquella vez la absolución, aplazándola para la confesión siguiente. A quien él hubiese permitido o aconsejado la comunión y por temor de ser indigno se hubiese abstenido de ella, volviendo luego a confesarse, le quitaba el permiso de ir a comulgar, considerando que no estaba preparado. Y a quien antes de acercarse a la sagrada mesa se atormentaba con una grandísima preparación que nunca creía suficiente, le decía: —No hace falta que se prepare para la comunión; debemos estarlo siempre. Antes de comulgar no se examine ni se ponga a recordar pecados; haga un acto de contrición, bese el Crucifijo y eso basta.

La habilidad del Santo en gobernar las almas de los escrupulosos y en retornar la tranquilidad a sus conciencias atormentadas era universalmente reconocida. Muy pocos lo

igualaron en este apostolado de paciente solicitud, que fué en él verdaderamente singular.

Mons. Francisco Favero, archidíacono de la catedral de Ivrea y rector del seminario, asegura: "Hacia 1851, al principio de mi sacerdocio, plugo a Dios someterme a una prueba muy dolorosa. Mi espíritu se encontró envuelto en tinieblas tan densas que no me permitían ver la luz; no sabía qué hacer; mi corazón no me servía más que para hacerme derramar lágrimas; era un verdadero martirio y no fué cosa de horas o de días, sino de meses enteros. Gracias a Dios me vino a la mente recurrir a Don Cafasso, de quien me habían hablado muy bien algunos sacerdotes del Convictorio de San Francisco; y esta inspiración fué verdaderamente providencial. Partí de Foglizzo, mi pueblo natal, con el solo fin de hacer mi confesión con el digno ministro de Dios. Y he aquí que como niebla al viento, toda aquella obscuridad que me atormentaba se disipó apenas Don Cafasso dijo tres o cuatro palabras y tornó a mi corazón la calma y tanta abundancia de tranquilidad que mi rostro transparentaba la alegría que me embargaba. Aquel fué verdaderamente el día más feliz de mi vida. Me dió también normas tan sabias que aún ahora conservo el propósito de no separarme de ellas un punto. No fué aquella la única vez que me confesé con él, sino muchas más, sobre todo en el año 1856, en el cual permanecí en Turín algunos meses. Ya en edad avanzada, de más de 67 años, tuve muchos confesores, pero ninguno me habló en tono tan dulcemente autorizado, tan tranquilizador, tan claro, tan preciso y tan inspirado como Don Cafasso. Por esto he profesado siempre a Don Cafasso una estima y veneración muy grandes. El sacerdote de Castelnuovo es para mí un hombre muy grande, un verdadero santo; y el haber dispuesto Dios en su misericordiosa Providencia que Don Cafasso haya sido uno y talvez el principal de mis directores es un pensamiento que me conforta y consuela grandemente".



## ARREPENTIMIENTOS Y CONVERSIONES.

La fama de santidad que ya gozaba en Turín y en todo el Piamonte este digno ministro de Dios, hacía que aún los pecadores más obstinados se le acercasen. El los acogía con toda su caridad sacerdotal, escuchaba sus pecados y escrutaba sus más íntimos sentimientos; y si encontraba pecadores rebeldes a la gracia, no se desanimaba y en las astucias variadísimas de su corazón de apóstol descubría el medio más oportuno para volverlos a Dios.

Sus exhortaciones eran de una eficacia extraordinaria. Sin extenderme en largos discursos que habrían terminado con fastidiar a quien estaba a sus pies, con alguna breve reflexión sobre la vida infeliz del penitente, sobre el peso abrumador del pecado, sobre el remordimiento que siente o habrá de sentir, sobre la facilidad de la enmienda y la tranquilidad que ésta le reportaría y el Paraíso que le conquistaría, lo inducía fácilmente a salir de su estado de miseria moral. “Dígame la verdad, preguntaba a uno de estos infelices, ¿no está ya cansado con una vida tan llena de remordimientos?” Y como por lo general ellos respondían con un suspiro, él traía argumento para pintarles con vivos colores aquella tranquilidad bienaventurada que seguiría a su conversión.

Si las exhortaciones no bastaban él recurría a la oración. Cuando hay que tratar con ciertos obstinados y protervos, de corazones duros como una roca; cuando ciertas almas no quieren saber de reflexiones recabadas del recuerdo de los novísimos, entonces pensaba el Santo que en vez de gritar e invocar rayos y castigos, era mejor acogerse a la oración. Una voz ardiente que suba hacia el cielo, una mirada al Crucifijo, quién sabe si no sea precisamente el golpe que venza a aquellos infelices. Don Cafasso se confiaba a la oración en los casos más difíciles y siempre lograba la gracia. A un pecador que no quería decidirse le dijo resueltamente: —Permita al menos que yo rece un *Ave María* por usted—, y la rezó. Aquel pecador fué vencido e hizo su confesión con manifiestos signos de sinceridad. A una seño-

ra que había contraído una costumbre pecaminosa y no quería rendirse, el Santo le pidió con mucha insistencia un Avemaría por sí mismo como si tuviese mucha necesidad de ello. Maravillada la penitente de tanta insistencia preguntó a Don Cafasso el por qué, y él le respondió: —Vea, a cualquier confesor que hubiera usted acudido, ya habría curado de su enfermedad; yo, en cambio, no he podido lograrlo y temo mucho tener que dar a Dios una severísima cuenta—. Tales palabras hicieron una profunda impresión en el alma de la señora, y terminó por rendirse.

No bastando las oraciones, el Santo añadía profundos gemidos y lágrimas sinceras que conmovían al pecador que, llorando y demostrando con sus lágrimas estar arrepentido, le decía: —Padre, déjeme llorar a mí porque yo soy el que he pecado—. Los medios empleados por este confesor inigualable vencían siempre los corazones más obstinados.

Las conversiones obtenidas por las piadosas industrias de José Cafasso eran continuas e innumerables. Hasta dónde llegasen estas industrias lo deducimos de un ejemplo contado por él mismo.

Una cierta penitente no sabía resolverse a dejar una amistad peligrosa. El confesor, después de todas las tentativas, optó finalmente por este medio. —Si es así —le dijo—, permítame al menos rezar por usted, ¿le parece? —Sí, respondió la otra, antes le doy gracias.— Pero sepa que yo rezo de corazón y cuando un confesor se pone a rezar es por un asunto serio y el Señor no le dice que no. —Tanto mejor —añadió la penitente—, así estaré segura de ser escuchada. —Está bien, prepárese a todo lo que el Señor disponga. —¿Pero qué va a pedir? insistió súbitamente la otra, un poco asustada. —Como hasta ahora yo he hablado al viento, y usted no quiere terminar de una vez por todas esta vida de pecado, voy a pedir al Señor que la termine El. —Muy bien; pero ¿cómo la terminará? —Me parece muy fácil comprender y saber lo que Dios hará. Como si usted sigue viviendo no dejará de pecar, el Señor le quitará la vida y así terminarán sus pecados. —Ah, no. Si es así, no pida, por caridad. —Es que aquí no hay

término medio —concluyó el confesor—; o usted se enmienda, o yo rezaré por lo que he dicho; ni siquiera hace falta su permiso—. La penitente se enmendó.

Todos comprendieron que el confesor de que hablaba Don Cafasso era él mismo.

Y no se crea que tales conversiones fuesen momentáneas. La gracia que descendía a las almas renovadas por el apostolado del santo sacerdote obraba tan eficazmente que inducía al convertido a una vida de penitencia que escogía libremente para expiar su pasado. Una piadosa señora asegura: “Un joven pariente mío, frecuentando malos amigos, llegó a ser pronto como uno de ellos, tanto, que dándose a toda suerte de vicios, despilfarró en breve tiempo su discreto patrimonio. ¡Pobre hijo, sin padres y sin haberes! Despreciaba todo consejo, toda súplica, y respondía a los reproches amenazando aumentar sus maldades. Pero un día fué a buscarme y me pidió que lo llevara a Don Cafasso. Fuera de mí por el estupor y la alegría, porque sabía que al caer en tales manos no volvería a salir de ellas, fuí en seguida al Siervo de Dios y le conté todo. Sorprendido él mismo por una noticia tan consoladora, me dijo: —Tráigalo, pues, pronto a la casa, a la iglesia, a donde le plazca. Sólo Dios sabe cuál haya sido su conversación. El pobre joven salió muy satisfecho, admitido a la sagrada comunión, y decidido a retirarse a un convento para hacer penitencia y reparar el escándalo dado a tantas almas. Y el Santo director, a fin de hacer más eficaz su propósito, le buscó el convento, le proveyó el vestuario, pagó la entrada, y llevó allí al pobre joven, y continuó ayudándolo hasta que hizo la profesión”. (1)

Los frutos recogidos en el ministerio de la confesión indican elocuentemente cuán activo era su celo, cuán excelentes sus virtudes, y con cuánta claridad brillaba la santidad de este operario evangélico que había puesto su inteligencia, sus estudios y su actividad al servicio de las almas.

---

(1) Relación Ferrero.

## CAPITULO IX

### EN EL PULPITO

**La palabra divina — En el Santuario de San Ignacio —  
Ejercicios al clero — Ejercicios para los seglares — Ecos y  
recuerdos.**

#### LA PALABRA DIVINA.

Teoría y práctica, enseñanza y acción, cátedra y vida de ministerio, están de tal modo unidas y plasmadas en nuestro Santo que nos ofrecen la maravillosa visión de un apostolado en que no se puede desear ni más ni mejor. Sus principios doctrinales, las lecciones de moral y de elocuencia, las varias manifestaciones de su pensamiento y de su alma, no se detuvieron ni en la cátedra ni el confesonario, sino que se afirmaron vigorosamente en el púlpito. En ésta gloriosa palestra con la predicación de las verdades eternas y con el recuerdo de saludables máximas, excitó el celo del bien en sus hermanos sacerdotes y combatió vigorosamente el pecado que hacía sus víctimas entre el buen pueblo de Piamonte. Don Cafasso era una personalidad completa; las diversas energías y actividades de su espíritu se integran en una armonía y plenitud de luz en que resplandece por entero el hombre que sabe, piensa y obra; en él se reconoce al apóstol que recoge en sí y en su trabajo multiforme todos los elementos de actividad viva, benéfica y restauradora.

El púlpito no podía dejar de sonreír a este hombre de fe y de acción. Y de lo alto de la tribuna sagrada se conquistan las inteligencias y se domina el corazón de las multitudes. Don Cafasso, que fué un verdadero conquistador de almas, no renunció a las santas alegrías de la predicación, que fué y es aún el medio más poderoso y eficaz para volver las almas a los sacramentos y a Dios. El se valió de su palabra fuerte y desembarazada, siempre evangélica y transformadora, para hacer oír al clero y al laicado, a los sabios del mundo como a los campesinos, la voz augusta de Dios que a todos llama a la observancia de los deberes cristianos, los ilumina en los trabajos que todos deben soportar y los conforta en el propósito de conquistar con la virtud y con el ejemplo, el premio de una patria inmortal.

Dominado por el ardor de la propaganda apostólica habló y predicó todas las veces que se lo pedían. En la iglesia de San Francisco, sus sermones dominicales o los predicados con ocasión de otras fiestas, eran escuchados con avidez por un público numeroso, que se apiñaba en el templo, deseoso de escuchar la palabra del santo sacerdote. Sus sermones eran elocuentes, llenos de unción evangélica, y ricos de aquella persuasión que no se deriva de motivos humanos sino de razones sobrenaturales y divinas. Se tenía la impresión de que aquella no era la palabra del hombre que predicaba por sí mismo, o aún predicando de cosas divinas se apoyaba únicamente en sus recursos intelectuales. Era por el contrario una palabra en que vibraba un acento gallardo que, inspirado por el soplo divino, penetraba verdaderamente en los corazones y los hería. Alguna vez, habiendo llegado a faltar a última hora el predicador designado, él oraba de rodillas cinco minutos, y después en el púlpito, obtenía éxitos maravillosos.

Se le llamaba a los monasterios, a los institutos religiosos, a la Casa de Cottolengo, a los pueblos, a los campos y a las cárceles; y su palabra sabiamente adaptada a los varios ambientes y a la diversidad de las condiciones sociales, era siempre útil y fructuosa. Los catecismos y sermones

con que confortaba a los detenidos en los correccionales de las **Prisiones Senatorias** y las tres tandas de ejercicios predicados por él a las pobres reclusas en la real cárcel de Turín, no quedaron sin resultados benéficos. Muchas de aquellas infelices mujeres se convirtieron, y algunas llegaron hasta abrazar más tarde el estado religioso.

Se conserva vivo el recuerdo de las misiones predicadas por él en algunos pueblos. Dios es objeto de amor y de esperanza, pues es el bien eterno y absoluto en que las criaturas racionales encontrarán el premio incomparable de una felicidad que no termina. Y la palabra del predicador no puede ser sino palabra de amor y de esperanza. Don Cafasso, yendo a las aldehuelas perdidas en los campos, despertaba en los habitantes las más fervientes esperanzas en Dios, exaltando la bondad y la misericordia del Padre, que quiere la salvación de sus hijos. Todos sus sermones, aún aquellos que inspiran terror por naturaleza, como las pláticas sobre los castigos del pecado, la muerte del pecador, el juicio universal, el infierno, la eternidad, eran en sus labios de muchísimo consuelo, pues los castigos eternos eran solamente presentados a los que a despecho de todo lo que supo hacer un Dios para convertirlos, continúan ofendiéndolo. La amenaza misma del infierno no era sino una última prueba de amor para los culpables y un medio de perseverancia para los buenos. Tan sólo un instante de arrepentimiento bastaría para reconciliar con Dios al más perverso de los pecadores.

Así atraía el Santo a las multitudes; y la iglesia donde él predicaba estaba siempre colmada de fieles que, conmovidos por las verdades del predicador, rodeaban su confesionario. Muchas y duraderas eran las conversiones. En Kafase en las colinas de Lanzo, supo adueñarse de tal manera de los corazones que, la víspera de la confesión general indujo las autoridades, las familias y los individuos que tenían cierta repugnancia en tratarse, a pedirse recíproco perdón de las ofensas y de los malos ejemplos, entre el llanto general y la compunción más sincera. Después de más de medio

siglo, no se había olvidado aún entre aquellos labriegos, el recuerdo de tantos éxitos como supo reportar la palabra del santo apóstol.

Al tomar en mis manos el volumen titulado **Sagradas misiones al pueblo** (1) y al leer las meditaciones que el sacerdote José Cafasso predicó en diversas parroquias del Piamonte antes de asumir el cargo de rector del Convictorio Eclesiástico, nada me maravillan los frutos recogidos en su predicación. Doctrina sana y saludable, oportunas y eficacísimas reflexiones, una laudable sencillez hasta en las frases y en las palabras, perfecta adaptación al común del auditorio, ya en la elección del argumento, ya en el modo como los desarrollaba, ya en la manera de expresarse, un profundo conocimiento que se revela en todas las expresiones de cada meditación, son éstas las dotes por las que logró nuestro Santo conquistar las almas. Esta es la palabra divina, clara y precisa, sencilla y llena de autoridad al mismo tiempo, que llega al corazón del pueblo y le descubre las fuentes de la gracia.

#### EN EL SANTUARIO DE SAN IGNACIO.

La palestra que ofreció a Don Cafasso mayores ocasiones de predicar la palabra divina fué el Santuario de San Ignacio en Lanzo. La iglesia, a más de 900 metros de altura, en la cima de un monte que surge hacia la última orilla meridional de la garganta que separa el Valle de Coassolo del de Stura, tiene una bella historia de fe popular. Los habitantes de esos valles fueron protegidos muchas veces por el santo fundador de la Compañía de Jesús; en reconocimiento a los múltiples beneficios alcanzados por su mediación, imponían el nombre de Ignacio a sus primogénitos, le erigían altares y capillas, y subían a la colina de la Bastía con sus estandartes, besando con tierno afecto la tierra sobre la cual se había visto aparecer el Santo. Allí,

---

(1) Turín en 1923. Escuela Tipográfica Misionera. Carrara Ferruccio, 14.

por voluntad del pueblo y gracias al trabajo de humildes labriegos, se levantó un Santuario asaz modesto, al que concurrían fieles de todas partes, pues milagrosas curaciones, misteriosos resplandores que circundaban las estribaciones del monte, armonías celestiales y dulcísimas hacían venerado aquel lugar que llegó a ser manantial de bendiciones para los del valle.

La necesidad de confiar a manos seguras el Santuario al que llegaban en abundancia de todas partes dones y limosnas, indujo a los habitantes de los alrededores a llamar de Turín, a los Padres Jesuítas, quienes en mayo de 1677 recibieron la custodia del pequeño Santuario y en donación el monte de la Bastía, hasta donde se extendían los bosques de robles que lo circundaban. En seguida levantaron los buenos Padres una iglesia más amplia y a su derredor una columnata con habitaciones para albergar a los sacerdotes que, con ocasión de las fiestas, iban a confesar, e hicieron oportunas mejoras al camino que a él conducía. Suprimida la Compañía de Jesús, el Santuario pasó a manos del arzobispo de Turín, pero por las dificultades de los tiempos quedó casi en completo abandono hasta que se entregó su administración al piadoso teólogo Luis Guala, fundador del Convictorio Eclesiástico.

Este sacerdote que trabajó con tanto celo y ardor por la causa de Dios y el bien de las almas, al predicar misiones y ejercicios espirituales en el valle de Lanzo, se dió cuenta de que la iglesia y el edificio contiguo en la Bastía era bien a propósito para retiros de sacerdotes y de laicos. La tranquilidad del lugar se prestaba para el recogimiento que necesitan los espíritus para meditar en las grandes verdades que los animan con la esperanza de los bienes eternos. Don Guala restauró y amplió el edificio hasta hacerlo capaz de albergar a ochenta personas y gastó más de 80.000 liras de su propio caudal, sin contar los gastos de una vía carretable de 8 Kms entre Lanzo y La Bastía. Enamorado de la paz de ese retiro, tomaba parte en las tandas de ejercicios que allí



se hacían y se regocijaba inmensamente del gran bien espiritual que de ellas obtenían sacerdotes y laicos.

Muerto Don Guala, fué nombrado rector del Santuario José Cafasso, que ya por tres lustros santificaba ese lugar con la palabra y con la piedad que suscitaban un eco de profunda admiración en aquellos valles sinceramente religiosos. Continuando la obra de su antecesor, amplió aún más el edificio para dar cabida a mayor número de ejercitantes, mejoró el camino carreteable para facilitar el acceso, y emprendió otras obras de restauración, que lo hicieron benemérito del Santuario. Don Cafasso, era popularísimo en aquellos contornos. Conocido el día de su llegada, los cocheros se disputaban por llevarlo en sus carruajes. Al subir al monte, multitud de pobres se apretaban al rededor de su coche para pedirle ayuda; y él era generoso con todos, aconsejando a aquellos indigentes a tener paciencia en su estado de pobreza y a no abandonar el cumplimiento de sus deberes religiosos.

Apresurémonos a ilustrar otros merecimientos que el santo sacerdote, merced a su admirable actividad apostólica, conquistó en aquel Santuario, refugio de tantas almas sacerdotales que allí se reunían para renovarse y santificarse.

#### EJERCICIOS AL CLERO.

José Cafasso era el alma de los ejercicios que con frecuencia se dictaban en el Santuario. Era predicador, confesor y director espiritual. Eclesiásticos de todos los grados de la Jerarquía y de todas las diócesis del Piamonte iban al Santuario para edificar con la palabra y con el ejemplo del digno Siervo de Dios.

Cuando se sabía que Don Cafasso predicaba los ejercicios, se multiplicaban las peticiones y los puestos eran insuficientes. Hasta sacerdotes seguidores tenaces de las ideas rigoristas, iban al Santuario y participaban con profunda emoción de los ejercicios espirituales, muy contentos

de perdonar las doctrinas probabilistas a aquel digno sacerdote, de cuya virtud sentían la fascinación. Cuando predicó por primera vez a los eclesiásticos en San Ignacio, el canónigo Francisco Marengo, quien ha dejado imborrable recuerdo por la pureza de su vida y la profundidad de su doctrina, decía a cuantos encontraba al descender del monte, que dentro de pocos años Don Cafasso sería la persona más influyente del clero piamontés. Su profecía se cumplió a la letra.

Sabio e iluminado director, exigía que las cosas se hicieran a perfección, especialmente la recitación del breviario y la escrupulosa observancia del silencio. Decía que los ejercicios son como una máquina divinamente orderrada y compuesta de cosas muy menudas; oración mental, oración vocal, exámenes, cantos, lecturas en la iglesia, en la pieza, recreos y silencios. Si cada cosa se hace en su lugar, puntual y rigurosamente, todo procede de manera admirable. Si se descuida una sola de estas cosas, no se ve sino confusión. Insistía de manera especial sobre el silencio. “Me atrevo a decir —son palabras suyas— que el fruto de nuestros retiros depende del silencio que se observe en estos días. Si se observa con rigor y reina en nosotros verdadera soledad, ha de esperarse toda suerte de bienes; si se observa imperfectamente, será escaso el provecho; y si no hay empeño en observarlo, será lo mismo que arar en el mar y no se hará absolutamente nada. Callemos, si deseamos que hable el Señor”. Y en realidad El hacía hablar al Señor, velando porque se mantuviese el recogimiento y nada disturbase esas santas reuniones.

Ya fuera que dictase meditaciones o que diera las instrucciones, no buscaba sino la gloria de Dios y el bien de las almas. Señalando el lema: **Ad maiorem Dei gloriam** que adornaba la estatua de San Ignacio, invitaba a sus hermanos a hacer bien las cosas, sólo por el Señor. Jamás o rarísima vez aludía a sí mismo y si en alguna ocasión citaba hechos a él acaecidos, los narraba como si hubiesen sucedido a otros misioneros o confesores. Esta admirable pureza de

intención que informaba todas sus palabras, estaba acompañada de un continuo espíritu de oración que edificaba a los circunstantes. Después de haber celebrado el divino Sacrificio ayudaba gustoso a la Misa a cualquiera de sus hermanos y participaba con regularidad edificante a todas las prácticas de piedad.

Al predicar, no buscaba la elegancia de la frase o los ornamentos retóricos; pero en cambio exponía una doctrina sana, segura, grave, elevada, con que infundía esperanza en todos y daba paz y consuelo a las almas. Quien lo escuchaba se sentía impulsado a enmendarse, salía con la cabeza inclinada, meditando silencioso en las verdades que se le habían presentado y sentía un ardiente deseo de escucharlo otra vez. Su elocuencia no sólo instruía la mente sino conmovía y santificaba el corazón. Ante esas inspiradas palabras se vertían lágrimas de ternura y se formulaban sinceros propósitos de reforma. Unos y otros decían conmovidos: “¡Qué varón tan santo. Qué placer se experimenta al oírlo! No, no es un hombre, sino un ángel; el prototipo del sacerdote santo que se ha formado en la meditación a los pies del Crucifijo”.

Y todos los sacerdotes lo buscaban, todos querían confesarse con él, todos tenían algo que decirle. Un sacerdote que sólo por respeto humano había aceptado la invitación para asistir a los ejercicios, se encontraba confundido, espantado del abismo en que se encontraba y sentía que le faltaba ánimo para arrojarse en los brazos de la misericordia de Dios. “Animo, carísimo —le dijo entonces Don Cafasso—, ¿no sabe que Dios fué quien lo trajo a este lugar? Ciertamente, al demonio poco le conviene su venida. Ahora bien, si el Señor ha hecho de modo que, casi sin saber cómo, haya venido a estos retiros, ¿teme usted que El lo haya llamado para reírse, para burlarse de sus miserias, para decirle que todo ha terminado para usted?”

Nadie escapaba a la persuasiva fuerza de su argumento. El llevaba la conciencia de cada uno a esa atmósfera sacerdotal de adoración, de mortificación y de recogimiento, donde

se disipaba poco a poco el temor. Sabía despertar en las almas resoluciones generosas y decisivas, que sellaba con los recuerdos dados desde el púlpito. Uno de éstos consistía en escribir sobre una hojita de papel el año de los ejercicios y nada más, y en colocar ese papelito a los pies del Crucifijo. “Toda mirada, decía Don Cafasso, que dirijamos a esa tarjeta, será para nosotros un sermón. Ese billetito, esos pocos caracteres, se animarán para decirnos cada vez: Recuerda lo que has hecho y lo que has prometido. Piensa bien qué somos. Nosotros fuimos testigos de lo que dijiste en la pieza, en la iglesia, a los pies del confesor, del Crucifijo, ante Jesús Sacramentado. Recuerda que aquí estamos día y noche, para sugerírtelo, para recordártelo”. (1)

Cuando los sacerdotes dejaban el Santuario de San Ignacio y desde abajo veían a Don Cafasso en la última grada de la larga escalera, que con rostro sonriente extendía la diestra en señal de saludo, se sentían conmovidos. Volviendo a sus ciudades, a sus poblaciones, a sus parroquias, llevaban en sí algo de aquel hombre, un recuerdo inextinguible de bondad que les sostenía en las obras del Ministerio y en las luchas de la vida.

El eco de su doctrina y de su santidad se difundía desde la cima de aquel monte y repercutía en las diócesis circunvecinas, a donde iba a menudo a predicar los retiros diocesanos. ¡Cuántos sacerdotes tuvieron la fortuna de escuchar la palabra del Santo en el Santuario de nuestra Señora de las flores de Bra, de Graglia, de San Juan de Andorno y de Cusano! ¡Cuántos en las diócesis de Alejandría, Mondoví, Pinerolo, Susa, Vercelli, Vigevano y Alba, tuvieron la suerte de conocerlo y de reavivar el espíritu al contacto de las enseñanzas y ejemplos de este sacerdote, cuyo activo celo se prodigaba doquiera y cuya santidad nada común todos admiraban!

Uno de los cuarenta eclesiásticos que en 1855 tomaron parte en el retiro de Cusano, decía: “No dudo en afirmar

---

(2) De los escritos del Santo.

que la viva, entonada y fácil palabra del Santo, inundaba dulcemente el alma cual bálsamo reparador, la agitaba, conmovía y conquistaba de tal modo que, muchísimos se le acercaban a porfía, se postraban a sus pies, transfundían en su corazón las miserias y secretos del propio y se levantaban felices y dichosos; pues el buen Siervo de Dios infundía a su vez en los demás la bondad, y con cálidas palabras de amor de Dios los dejaba suavemente consolados, lleno de paz y de júbilo el corazón”.

Y el canónigo Antonio Castaño, que fué uno de los oyentes del Santo en los ejercicios espirituales dictados por él en Pinerolo, así escribía la común impresión: “La primera tarde estábamos todos en expectativa por la fama que precedía al predicador, cuando he aquí que, cantando el **Veni Creator**, salió de la sacristía un sacerdote pequeño, algo deforme, demacrado, con un semblante más de asceta que de orador. En ese momento se notó en todos una impresión desfavorable; pero luego, la sencillez de exposición, la suavidad y unción de las palabras, el desarrollo de los argumentos fascinaron tanto nuestro corazón que, al fin de la plática, no sólo concebimos de él una impresión totalmente opuesta y contraria a la primera, sino que todos exclamamos a una: es un Santo.

“Tanta era la estima, respeto y veneración que teníamos por Don Cafasso, al fin de los ejercicios, que todos querían confesarse con él. Entre otros un compañero mío, Don José Miegge, capellán en Bibiana de la iglesia de la Virgen, habiendo golpeado cuatro veces sucesivas con este fin en la puerta de su habitación, no oyó el adelante. Temiendo algún accidente empujó la puerta y ¡oh maravilla! vió al siervo de Dios arrodillado ante el Crucifijo, con los brazos en Cruz, inmóvil y los ojos fijos en la Sagrada imagen. Le pide entonces la caridad de confesarlo, pero el Santo no se mueve; repite su petición dos o tres veces, mas éste permanece inmóvil; y ya se encontraba en la puerta para llamar a sus compañeros a constatar la maravilla, cuando oyó recitar el **Laudate Dominum omnes gentes**. Vol-

vió a entrar en la pieza, y como si nada hubiese sucedido, el Santo accedió a su deseo”.

Los frutos que recogía eran abundantes. Todo sacerdote que escuchaba a Don Cafasso se hacía mejor y al volver a su parroquia trabajaba con mayor celo por el bien de sus ovejas.

### EJERCICIOS PARA LOS SEGLARES.

También se dictaban ejercicios para los seglares en el Santuario de San Ignacio. El teólogo Guala conocedor de los tiempos y de las necesidades sociales, había comprendido de cuánta ayuda podía ser el laicado católico, a la Iglesia y al clero, si estaba informado en principios sanamente religiosos y morales. De aquí la necesidad de reunir frecuentemente hombres del laicado para renovarlos en su espíritu y para hacer de ellos católicos ejemplares, dignos de ejercer un apostolado en la sociedad. Desde que comenzaron ellos a reunirse en el templo de San Francisco en Turín y después en Lanzo en el templo de San Ignacio, al lado de negociantes, artesanos y profesionales, se veían personajes de toda edad y condición, como ministros de Estado y miembros de la corte.

Era una santa fraternidad que unía hombres de todas las condiciones sociales: predominaba el elemento juvenil.

Máximo D'Azeglio, que en 1813 participó en los ejercicios espirituales con dos de sus hermanos, en su libro “Mis recuerdos” procuró desacreditar estas reuniones, pues, lleno como estaba de prejuicios, no supo comprender su alta finalidad espiritual. Así escribía ligera y sarcásticamente de ellas: “Se pensó obligarme a hacer lo que entonces se llamaba **ejercicios**. Ahora no se habla ya de tal cosa. Creo que era una invención de los Jesuítas. En verdad, los daban hombres de su secta en un convento o santuario que había sido antiguamente de su propiedad. A pocas millas de Lanzo, por el Valle de Stura, está la cima de un monte sobre la que, como suele acontecer, algunos pastores

vieron aparecer a San Ignacio. La extremidad de este monte era una piedra desnuda y aguda que pronto, gracias a la aparición, fué encerrada en una iglesia cuyo centro fué; al rededor de la iglesia se edificó un convento. Un corredor la rodeaba y daba acceso a las piezas colocadas acá y allá. Algunas de las habitaciones daban al campo y tenían una vista magnífica sobre los montes; otras miraban a la iglesia, con la vista un tanto menos pintoresca, del San Ignacio de yeso que estaba colocado en la punta del picacho

Precisamente se me dió una de estas piezas para que no me distrajesse: era un bellissimo día de estío de 1813; y dejó al lector considerar la alegría incomparable que me causó mi habitación. Esta casa de ejercicios, donde había cuarenta o cincuenta personas (estaban también mis dos hermanos, Próspero y Enrique, que habían tenido la fortuna de una pieza con vista al campo), la dirigía un tal abate Guala, y allí se vivía bajo reglamentos, como si fuera un colegio. El abate Guala era una celebridad en Turín. Se han dicho grandes cosas de él por intrigas clericales... puedo decir que era un fanático, sin ingenio, sin sombra de criterio para obtener el bien, que según creo, tenía como meta; y lo que es más cierto aún, es que me hizo pasar ocho días de los que no me olvidaré aunque viva mil años. Salvo las horas de almuerzo y comida, las pasaba en la iglesia o en la pieza, a donde después me metían a meditar en lo oído, y hasta por la noche, si me desvelaba, veía siempre, haciéndome la guardia a aquel San Ignacio hoso e inmóvil que en la semioscuridad que mantenía la débil llamita de la lámpara para el altar no se parecía en nada a un habitante del paraíso". (1)

Omito otras expresiones que ciertamente no son dignas del escritor, que dejó también en su libro páginas tan sugestivas. Máximo D'Azeglio fué enviado por un sacerdote, maestro suyo, cuando contaba apenas quince años de edad. Aunque era creyente y apreciaba mucho la religión, sin embargo se dejó dominar demasiado por las ideas de su tiempo;

---

(1) Relación Castagnus.

y éstas no siempre le permitieron juzgar con sinceridad a los hombres y a las cosas de la Iglesia. ¡Cuán diverso fué en materia de política y religión su hermano Luis, quien, abrazada la disciplina y la regla de los Padres Jesuítas, fué un sacerdote integérrimo, y un invencible sustentador de los derechos de la Iglesia y de las glorias del Papado! El mismo autor del libro "Mis recuerdos", hablando de su hermano Jesuíta, al que por lo demás tenía gran afecto, escribía: "Desde niño me entendí mejor con él que con mis otros hermanos. El tenía más talento que yo y que todos los de casa, y un mayor espíritu de sacrificio, unido a una firmeza inquebrantable. Esto se resume en tres palabras: **ingenio, virtud y carácter**".

A pesar del poco o ningún fruto que reportó Máximo D'Azeglio de los ejercicios espirituales en el Santuario de San Ignacio, éste continuó siendo un verdadero cenáculo de recogimiento y de piedad para muchísimos laicos, de los que se ocupó José Cafasso con paternal solicitud. Hasta que se lo permitieron sus fuerzas, él mismo predicaba a los laicos que, iluminados por su palabra y atraídos por su santidad, iban a porfía a confesarse con él. Cuando predicaba, confesaba y conversaba, se valía de tales industrias para con esos jóvenes, que obtenía de ellos cuanto deseaba. Bajo su guía parecían por su silencio y recogimiento, novicios de alguna congregación.

Durante los santos retiros, inundados por la luz celestial que provenía de los ejemplos y enseñanzas del Santo, los buenos se fortalecían en el fervor, los tibios se calentaban a la lumbre evangélica, y los pobres obstinados se convertían. Leo en una relación: "Hacia 1858 llevaba una vida muy libertina un joven de la familia Oreglia de Santo Stefano. Pero invitado por el Siervo de Dios a hacer los ejercicios espirituales en San Ignacio, consintió en ello; y antes de terminar los retiros estaba completamente transformado. Demostró luego con los hechos la veracidad de su conversión y la grandeza de su alma entrando a una casa salesiana, donde llegó pronto a ser coadjutor de Don Alasonati, entonces vicerrector. En la renuncia cotidiana de la voluntad, se sujetó con corazón decidido a las cruces que se le pre-



sentaban, llegó a ser espejo de piedad a los mismos clérigos y terminó por inscribirse después de pocos años en la Compañía de Jesús". (1)

En una de estas reuniones espirituales en que muchos ajustaban los asuntos de su conciencia, se encontraba un oficial que volvía de la campaña de 1848-1849, de índole muy fiera y altiva y que decía a todos públicamente que jamás se confesaría a pesar de haber cometido faltas de todos los colores. Don Cafasso, cuando hubo conocido sus intenciones, se le hizo el encontradizo en uno de los corredores, y le dijo: —Venga, que tengo algo que comunicarle—. Y tomándole de la mano, lo llevó a su pieza. ¿Qué sucedió entre los dos? sólo Dios lo sabe. El hecho es que por la tarde contó a todos, durante el recreo, que se había confesado: tan convencido lo habían dejado las palabras y buenas maneras de un sacerdote algo jorobado, aún desconocido para él. Y no acababa de manifestar su felicidad y contento por lo que había hecho y por la unción con que había sido tratado. Si no hubiera sido por aquel santo valor, añadía, me habría ido sin confesarme, terminando algún día en el infierno; ahora, por el contrario, espero firmemente ir al Paraíso.

Durante los ejercicios espirituales, aquellos laicos, además de avivar su fe y su piedad, se conocían mutuamente, se comunicaban sus intenciones y se entendían para emprender de común acuerdo, obras buenas y santas. De aquellas reuniones salieron los mejores hombres del laicado católico que hizo frente al liberalismo sectario y fueron los primeros que se adiestraron en manejar las armas en defensa del Papado.

Una de las flores más fragantes que en 1852 germinó en la colina de San Ignacio, fué la próspera institución de la conferencia de San Vicente de Paul en Turín. Oigamos a uno de sus fundadores, Jorge Giamboni, quien así escribía: "Inducido por Don Cafasso a recogerme aquel año en

---

(1) Relación Bianco.

San Ignacio para hacer los ejercicios, conocí al conde Cais de Giletta, a los condes Ripa de Meana, a los marqueses Máximo, Ceva de Nocetto, a los nobles Roberto della Marmorata, Marcos Gonella, Cassassa y Vasco. Discurriendo un día estos egregios personajes en la terraza, durante la hora del recreo, se propuso formar en Turín la sociedad de San Vicente, idea que fué unánimemente aplaudida y realizada a nuestro regreso a Turín con la presidencia del antedicho conde Cais y la cooperación de todos los de la tertulia de aquel día, además del señor conde Casimiro Radicati de Brozolo y del párroco de la iglesia de los santos mártires, Padre Bruno". (1)

#### ECOS Y RECUERDOS.

La voz de Don Cafasso no enmudeció en la colina de la Bastía, ni se perdió en el silencio de la posteridad. Sucede frecuentemente aún a doctos predicadores que después de haber despertado tanto entusiasmo y hecho hablar mucho de sí, pasado apenas un lustro, no queda ni un recuerdo de sus sermones, ni un vestigio del ministerio cumplido desde el púlpito. ¡Sofoca el tiempo tantos recuerdos y sepulta tantas cosas! José Cafasso no era un Lacordaire ni un Monsabré, mas era un hombre de Dios que, predicando la sana doctrina, conmovía muchas almas, despertando muchas energías, y llevaba a la penitencia a muchos pecadores.

Su palabra resonó por mucho tiempo en la memoria de sus asiduos oyentes, que repetían con saludable compunción los puntos más salientes de sus pláticas y lloraban por haber perdido tan pronto un maestro de preclaros méritos.

Algunos de sus mejores discípulos hicieron revivir al maestro, pues, admirados de la ciencia unida a la sencillez de sus meditaciones, tomaron notas y apuntes de que se sirvieron después en la predicación. De manera especial merecen recordarse los canónigos Juan B. Giordano y Luis de los Varones Nasi. Ambos fueron llamados prínci-

---

(1) Relación Giambone.

pes de sagrada elocuencia y honraron el púlpito de Piamonte con la elevación de su ingenio y con el atractivo y la unción de su palabra. Sus elocuentes sermones no fueron sino un eco del maestro, cuya influencia se dejaba sentir en todos ellos.

El Padre Giordano que en su juventud había sido atormentado por muchísimas dudas, encontró en Don Cafasso al hombre que pudo librarlo de sus angustias e inspirarle una gran confianza en Dios. A él le presentaba sus sermones, insistiéndole en que corrigiese y tachase a su gusto. Examinando varias producciones del ilustrísimo orador, se nota una evolución continua hacia el ideal apostólico a que tendía Don Cafasso. Predicando ejercicios al clero, llegado al término de la consideración de la muerte del sacerdote justo, deshaogó su corazón: “¿Recordáis a aquél que tantas veces os predicó los ejercicios, a esa alma grande que fué padre de casi todos nosotros? ¡Oh! Don Cafasso, permite que tu pobre hijo pronuncie al menos una vez tu nombre desde este altar que tú regaste con tus sudores y desde donde derramaste tanta paz a nuestros corazones. Recuerdo su meditación sobre la muerte del justo; hablaba con convicción y sabía razonar con un modo peculiarmente suyo; recuerdo que todos nosotros devorábamos silenciosos las lágrimas que salían de nuestros ojos... ¡Oh! quién habría dicho que un año después habría él mismo experimentado iguales dichas en su preciosa agonía”.

No de otra manera pensaba el canónigo Luis Nasi, que “conociendo de fama la profunda doctrina, la experiencia del corazón humano y la tierna piedad de Don Cafasso”, escuchó frecuentemente sus conferencias, lo siguió al Santuario de San Ignacio, lo consultó a menudo sobre cuestiones difíciles y llegó a tener como oráculo sus respuestas. Y si a pesar de ser tímido por naturaleza y humilde por virtud, se dedicó a predicar cuaresmas, misiones y ejercicios, lo debe al Santo, quien jamás dejó de infundir ánimo a los sacerdotes para que se consagraran con ardor a su ministerio.

Un eco aún más vivo y un recuerdo aún más elocuente del ministerio ejercido por Don Cafasso en el campo de la predicación son sus **Meditaciones e Instrucciones** que fueron en gran parte dadas a la publicidad. Cuando se publicaron sus **Meditaciones**, un coro de alabanzas por parte del episcopado y del clero celebró los preciosos tesoros que allí se contenían. Entre tantos testimonios autorizados, elijo el de Monseñor Andrés Ighina, vicario general de Mondoví, quien escribía: "Como el gran Rafael pintó a perfección su propio retrato, se puede decir que Don Cafasso hizo lo mismo en sus obras. Fué santo, docto y elocuente; y así se representa al vivo. Su elocuencia se manifiesta no tanto como fruto del arte que bien conoce, ni de su ingenio, cuanto del alto fin a que dirigió siempre su espíritu: recordarle al sacerdote la grandeza de su propia dignidad, santificarlo para que continúe sobre la tierra el ministerio del Dios encarnado. Nada hay en sus obras que se aparte de este fin. La doctrina que expone es el lenguaje más sencillo, límpido y seguro de la verdad católica. Si las pruebas que trae de la Sagrada Escritura y de la Tradición parece que vengan espontáneas al lugar que las reclama, las deducciones que hace de ellas, las aplicaciones prácticas, las normas ascéticas, las presenta con tal naturalidad y maneras tan delicadas, que se aceptan sin esfuerzo como si cada uno por sí mismo ya las hubiese deducido. Sin embargo, ninguno de los sofismas que saben inventar el mundo y la pasión para justificar o excusar, al menos, ciertos hábitos o prejuicios contrarios al espíritu eclesiástico, se escapa a su análisis sutil.

Es maravilloso el poder de este hombre para despertar los afectos; no se explica solamente con los recursos de la oratoria; era un secreto de su alma que, encendida en el amor de Dios y del prójimo, engendraba, por decirlo así, con su calor celestial, la palabra interior que él sabía revestir, merced a su ingenio, con la forma más eficaz y expresaba ésta con la voz, con el acento, con el gesto más

propio, y dominaba perfectamente el corazón y la inteligencia del auditorio”.

Y cuando más tarde se publicó el volumen de las **Instrucciones**, se renovaron los mismos elogios y se confirmaron los mismos juicios. El canónigo Félix Allaria, que fué por muchos años vicario general de la diócesis de Alba, decía públicamente: “Para ponderar las más notables bellezas de esta obra, crece nuestro embarazo, pues no sabríamos encontrar en todo el volumen ni siquiera una página menos útil o menos hermosa. La sustancia es toda de los Santos Padres, de los maestros de espíritu y señaladamente de los que escribieron para instruir o animar al clero. En él se sienta la energía de San Jerónimo, las terribles e intrincadas amonestaciones de San Pedro Damían; el agudo e inexorable rigor de San Bernardo. A veces también se descubre la severa disciplina de Kroust, alemán, de los franceses Judde, Tronson y Dubois, aunque predomina siempre el magisterio grave y amable de San Francisco de Sales y de San Alfonso María de Ligorio. Pero los preceptos de una y otra escuela vienen tan naturales de la reflexión y de la experiencia y son transfundidos de tal modo en un solo zumo de doctrina beneficiosa a los hombres y a la índole de nuestros tiempos, que osaríamos llamar al nuevo libro de Don Cafasso “el fruto de la doctrina eclesiástica de todos los siglos, aplicada al que vivimos”. En verdad, los consejos, los reproches, las reglas de prudencia, mientras revelan un singular carácter de mansedumbre, de modestia y de caridad, exponen con escrupulosa fidelidad la doctrina de la Iglesia y concurren poderosamente a hacer fructuoso, venerado y bendecido el ministerio sacerdotal. En cuanto a la forma, era de aquellas muy raras por cierto, que, como hacían aceptable la predicación del hombre de Dios, así harán en el futuro, agradable la lectura de sus **Instrucciones**. Un estilo llano, límpido, rápido, flúido y majestuoso a un mismo tiempo. Una delicadeza escrupulosa para tratar ciertos argumentos: una admirable habilidad para exprimir el jugo de las doctrinas de los grandes maes-

tros, sin fastidiar al lector con la exuberancia de las citas; un criterio parco y prudente en llenar los tratados de cuencillos e historietas; una nota perseverante de respeto hacia el clero; un arte admirable en llamar como jueces y testigos a los lectores de lo que se inculca o lamenta, llevados casi sin darse cuenta por la fuerza de las razones; en una palabra, un perfume de santidad, de sabiduría, de unción apostólica que exhala cada página de este áureo libro". (1)

Se pueden hacer sospechosos los juicios que se pronuncian sobre escritos de los que aún viven, lo cual no puede ciertamente decirse de los elogios que se escriben de un hombre que hace treinta años descansa en la tumba. Volviendo a leer hoy esos libros encontramos en ellos savia de ciencia evangélica y docta experiencia que supo iluminar con tacto y con delicadeza los deberes y las necesidades del clero.

---

(1) La Gaceta de Alba, 12 de Julio, 1893.

## CAPITULO X

# A LA CABECERA DE LOS MORIBUNDOS

**Negativas y rechazos — Una pecadora obstinada — Hacía dulce la muerte — Delicadezas para con los enfermos.**

### NEGATIVAS Y RECHAZOS.

Don Cafasso no descuidó ninguna obra del ministerio sacerdotal. Los enfermos y los moribundos merecieron todas sus solicitudes. ¿De qué valdrían el confesonario y el púlpito si no se fuera después a la cabecera de los enfermos para socorrerlos en su extrema necesidad, en esa última lucha que es a menudo terrible para ciertos espíritus que vivieron alejados de Dios y de la Iglesia?

El pensar que había almas a quienes faltaba en la hora suprema el consuelo de la religión era un tormento muy penoso para nuestro Santo, que, a costa de cualquier sacrificio y humillación, acudía prontamente al lecho de los que sabía resistían a los impulsos de la gracia. Cuántos de ellos exclamarían al ir al cielo: —Si no hubiese venido Don Cafasso yo me habría condenado.

Ninguna dificultad lo detenía. Frecuentemente había que subir a los últimos pisos y llegar a los desvanes, y él sufría por ello, a causa de su enfermedad al corazón. Una vez, viéndolo muy fatigado, el doméstico que lo acompañaba, le dijo: “Señor cura, ¿por qué no manda otro en su lugar en vez de venir usted, que sufre tanto al subir?” Respondió-

le Don Cafasso: “Quiero subir más arriba”. Otra vez, en un momento de excesivo cansancio, exclamó tomando un poco de aliento: “¡Oh Señor! deseo que se me paguen todos estos escalones, desde el primero hasta el último”. Naturalmente, no esperaba otra recompensa que el cielo. Y si el que lo había hecho llamar trataba de excusarse con él por lo largo y pendiente de la escalera, él, disimulando los sufrimientos, le respondía sonriendo: “No es nada, yo estoy acostumbrado a subir la escalera del suplicio”. Aludía a los ajusticiados que acostumbraba asistir en el momento de la ejecución. Y si al entrar encontraba fétido el ambiente, sabía vencer la natural repugnancia, no demostrando la más mínima molestia.

No siempre era benévolamente acogido. El sacerdote que entra a la casa del enfermo cual ángel del Señor, encuentra a menudo obstáculo, precisamente en los parientes que tienen el sagrado deber de disponer a su caro familiar para el paso supremo. Ellos temen asustar al enfermo, llamando al sacerdote a su lecho cuando aquél ya ha sido desahuciado por los médicos. Y no es sólo cruel sino diabólico oponerse a la entrada de quien no viene a infundir temor al enfermo, sino, por el contrario, a restituirle la calma y fortaleza que tanto necesita su alma en el tormento de la enfermedad.

Don Cafasso observaba justamente al recordar la oposición de los parientes: “Mundo falaz, ¿tendrás corazón de engañar a un alma hasta el último momento de su agonía? ¿Y por qué adular de este modo a un pobre moribundo? ¿Por qué no hacerle conocer de cualquier manera su peligro? —Es para no asustarlo—. ¿Para no asustarlo? ¿Es, pues, mejor que vaya al otro mundo con los ojos cerrados y que se encuentre allá sin saberlo? ¿No es verdad que si conociera el peligro en que se encuentra, aunque se inquietase y espantase, habría esperanza de que se preocupara un poco más de su alma? Pero aún se objeta que una nueva de tal género puede aumentarle el mal y enviarlo más presto al otro mundo. Aunque así fuera, respondía el Santo, ¿no es



mejor que pierda alguna hora de vida en este mundo, antes que ponerse en peligro de perderse y condenarse para siempre? Pero no es esto. ¿Qué hay, en efecto, de más dulce y consolador que tener al lado un confesor que disipe nuestras penas, purifique nuestros corazones, ajuste nuestras cuentas para poder así partir tranquilos y contentos para la eternidad? Y además, se pueden hacer las cosas de modo que el enfermo se dé cuenta de su estado sin creerse del todo desahuciado.

Firmemente convencido de lo que afirmaba y confiado en el Crucifijo que llevaba sobre el pecho en uno de los bolsillos de su sotana, lograba vencer la oposición de los parientes, y hablando con los enfermos, los invitaba a ajustar sus cuentas con Dios y terminaba salvando sus almas.

Sucedía otras veces que la negativa era por parte de los mismos enfermos que se negaban a recibir los sacramentos, y con blasfemias y villanías despedían al sacerdote. No pocos de estos casos desgraciados ocurrieron a nuestro Santo. Uno de aquellos infelices le preguntó con los ojos cerrados por la rabia: —¿Quién es usted?— Soy el párroco de la iglesia de San Francisco. —¿De modo que me las tengo que ver con un cura? —Precisamente. —Bien; yo no me quiero confesar. Otro, más sencillamente, le dijo: “Me agrada su visita, pero no me agradan las farsas; usted es un hombre práctico e inteligente, y por esto no debe gustar las payasadas”. ¿Qué responder a este lenguaje? Otro, con modo más soez y brutal le lanzó al rostro la campanilla. Y no faltaban horribles blasfemias y gestos de locura y desesperación que habrían desarmado a cualquier otro sacerdote.

Don Cafasso, aunque estaba convencido de que cuando el enfermo dice que **no**, es inútil y aún dañoso insistir para arrancarle un **sí**, no se desanimaba. Decía algunas palabras de consuelo al enfermo y luego se retiraba a un rincón de la pieza a rezar; y si no había peligro próximo, se iba, prometiendo volver. Con esta manera de obrar, más que con la insistencia, se ganaba el corazón del enfermo y obtenía

casi siempre que lo llamara poco tiempo después. Por lo demás, tratándose de enfermos rebeldes o poco devotos, jamás hablaba de confesión en su primera visita; pedía noticias, formulaba augurios de curación, prometía rezar y, declarando luego que no quería cansar al enfermo porque tenía necesidad de tranquilidad, se iba, asegurando que volvería para informarse del curso de la enfermedad. Al volver, mostraba deseos de dar al enfermo la bendición, que vale mucho más que cualquier medicina. Y acercándose a su lecho, sin hablar precisamente de confesión, comenzaba a interrogarlo sobre el estado de su conciencia, de modo que lo disponía al arrepentimiento de sus culpas y a la reconciliación con Dios.

Con la suavidad de modos y los medios que el Señor le inspiraba, obtenía su propósito. A veces, viendo que la bondad y la persuasión no eran suficientes, recurría a medios enérgicos y siempre salía victorioso. Un día un zapatero enfermo, no quería absolutamente confesarse. —¿Cómo se llama usted? —Me llamo Jaime. —Pero todos los Jaimes se confiesan y por lo tanto usted tiene que confesarse—. Tales palabras, dichas con un tono que no admitía réplica, vencieron la resistencia del zapatero. Otra vez, viendo que eran inútiles los medios sugeridos por su prudente bondad, al dejar la alcoba del obstinado moribundo, sacando el reloj del bolsillo, le dijo: —Bien; si no se decide a confesarse, sólo faltan tantas horas para que usted vaya al infierno; así, pues, piénselo bien—. Tal amenaza sirvió para convertir al obstinado.

Cuando Don Cafasso se encontraba ante negativas rotundas de enfermos pertinaces que no se doblegaban ante ninguna persuasión, se daba entonces más que nunca a la oración, que él y sus amigos elevaban a María Santísima, Refugio de los Pecadores. Estas plegarias eran infalibles. Acostumbraba a veces regalar a los enfermos una medalla de la Virgen, y si lograba que se la dejaran colocar al cuello, estaba seguro de vencerlos. “Enfermó en Turín una joven —se lee en una relación— y no había medio de indu-

cirla a sentimientos cristianos, pues vivía mal desde hacía algunos años con un militar. El Siervo de Dios intenta la prueba y llegando a la casa le envía a decir que Don Cafasso venía a pedir noticias de ella. —¿Qué tiene que ver conmigo un cura?— dijo ella al oír el anuncio y no quiso recibirlo. El piadoso sacerdote vuelve entonces una y otra vez, e insiste que quiere ver a la enferma. —Sí, que entre, le envió a decir, más por librarse del fastidio, que por cualquier otro motivo; y veremos lo que quiere. Al entrar, después de preguntar muy afablemente sobre su salud, sin tocar ningún punto de religión le rogó al partir que recibiera una medalla. La aceptó la enferma, movida por las buenas maneras de Don Cafasso y durante la noche lloró de arrepentimiento, no viendo la hora en que despuntara el alba. Entrado ya el día, mandó llamar a Don Cafasso, quien vino en seguida y obtuvo su conversión y la reparación del mal y la ayudó a una santa muerte”. (1)

Es singular y casi dramático el caso de una señorita que en un momento pasó del estado de desesperación al de la contrición más profunda.

El hecho sucedió en 1854.

Nobleza, riqueza, honores, belleza, ingenio, parecían reunidos en la joven que por todas estas dotes era idolatrada de sus padres y de cuantos la conocían, pero entre tanta abundancia de bienes mundanos, faltaba a la pobrecita el santo temor de Dios. Cuando he aquí que encontrándose ella en la edad en que más podía esperar del mundo, la atacó repentinamente un mal que en pocas horas la condujo al borde del sepulcro. En medio de la más grande confusión de la casa, enviaron a los domésticos a buscar los más notables médicos de la ciudad, pero uno de ellos creyó más prudente ir primero a avisar al sacerdote. Fué a buscar a Don Cafasso, le refirió el infeliz estado de su ama, recomendándole la visitara pero sin que ella se diese cuenta que se lo habían advertido con anticipación. El Santo no

---

(1) Relación de Juan Allamano.

se hizo esperar. Se hizo anunciar a la enferma, la cual no lo quiso recibir, diciendo que no necesitaba de sacerdotes. No se descorazonó por esto Don Cafasso y, arrodillado en la antecámara, se puso a rezar. Entre tanto llegaron los médicos y después de examinar a la enferma, declararon que no quedaba ninguna esperanza. Ella lo comprendió todo, y levantándose sobre los codos gritó en un supremo esfuerzo: —Si el caso es desesperado hagan salir a estos médicos y déjenme morir en mi desesperación.

Al oír Don Cafasso estas palabras comprendió que era el momento de obrar. Mientras los doctores confusos y asustados salían de la habitación, entró resueltamente y acercándose al lecho de la moribunda, le mostró el Crucifijo, diciéndole: —Señora, usted desespera de los médicos, pero no desconfíe de Este: confíe en El y El la salvará—. A tales palabras, a la vista del Crucifijo, que talvez no miraba desde hacía mucho tiempo, la joven se echó a llorar y después de algunas palabras de consuelo que le dirigió el Santo, se decidió a hacer la confesión. Cuando la hubo terminado, no acababa de dar gracias al Santo, hecha un mar de lágrimas, por la caridad que había usado para con ella, diciéndole que en toda su vida nunca había experimentado semejante consuelo. —¡Oh! qué loca he sido en no haber amado a mi Dios— añadía; si El quiere que sane, estoy dispuesta a compensarlo de las ofensas que le he hecho; y si quiere que muera, también estoy dispuesta y le ofrezco mi vida en expiación de mis pecados—. Así diciendo, derramando amargas lágrimas, tomó el Crucifijo para llevarlo a sus labios, pero, sorprendida por un síncope, lo dejó caer sobre la boca y expiró. (1)

Era conocido en aquellos tiempos el nombre del diputado Brofferio, acérrimo enemigo de la Iglesia. Su madre, Margarita Brofferio, que había renegado de los sentimientos religiosos de sus antepasados y acostumbraba poner en un mismo nivel, según se ha escrito de ella, asnos y capuchi-

---

(1) Relación Ferrero

nos, frailes y animales de carga, religiosos y cerdos, cayó gravemente enferma pero rechazaba los sacramentos de la Iglesia, alejando de sí cuantos sacerdotes quisieron acercarse a su lecho. Pero lo que no habían podido obtener los otros lo obtuvo Don Cafasso, quien no sólo fué acogido, sino que persuadió a aquella mujer a recibir los consuelos de la religión; y después de haberse confesado lo volvió a llamar varias veces y auxiliada por el Santo, esperó la muerte con entera resignación cristiana.

Eran estos los triunfos que reportaba la Divina Misericordia merced al celo infatigable del santo sacerdote, cuyo mayor consuelo era descubrir ante los moribundos en el ocaso de la vida terrena los albores de un reino luminoso en que jamás ha de ocultarse la bella y serena luz de Dios.

#### UNA PECADORA OBSTINADA.

Cuán saludable haya sido para los moribundos la actividad de nuestro Santo, lo demuestra la historia de los últimos días de una pobre pecadora: historia que con mano temblorosa pero con ardiente y confiado corazón nos la narra él mismo en sus apuntes particulares.

Se trata de una joven nacida de noble familia, que recibió en los primeros años una educación completa, tanto religiosa como civil y literaria. Enriquecida en grado eminente con bellas dotes físicas y siendo por naturaleza de índole dulce y amable, era la alegría y delicia de sus padres y de cuantos la conocían. Cuando se hacían los más felices pronósticos sobre su porvenir, chocó contra un escollo fatal que fué causa de su naufragio. La obra de uno sólo bastó para destruir en poco tiempo la larga y laboriosa faena de muchos. Dejóse seducir por vanas lisonjas y cayó en el fango, cayendo con ella muchas y halagadoras esperanzas. Alejándose a escondidas de la casa paterna, contrajo un caprichoso y malogrado matrimonio. Despojada ya de su pudor y favorecida para el mal por la juventud de sus años y por su rara belleza, que la hacía una diosa a los ojos de

sus admiradores, se lanzó sin freno por el camino de la impiedad. Contrajo después una terrible enfermedad que la consumía lentamente entre atroces dolores y a los treinta y tres años, se encontraba ya al fin de sus días. Después de haber perdido el honor, los bienes, la salud y estando ya al punto de perder la vida, no le quedaba sino salvar su alma. Pero el vicio y la iniquidad estaban tan estrechamente unidos que parecía vana toda esperanza.

Aquí entra la acción de Don Cafasso, quien escribe: “El 26 de agosto de 1842, estaba confesando en la iglesia de San Francisco de Asís en Turín, cuando se me presentó un señor a quien yo no conocía para rogarme fuera en seguida a visitar a una señora enferma cuyo nombre y habitación me hizo saber. Respondí que lo haría gustoso, y una vez despachados los penitentes, me encaminé al lugar indicado; cuando llegué a la casa me anunció a la enferma una persona del servicio que, después de haberme hecho esperar un poco en la antesala, me dijo fríamente que podía seguir. Sin sospechar lo que iba a suceder, entré con aire alegre a la pieza de la enferma, la saludé cortésmente y le dirigí algunas palabras de condolencia, que no produjeron ningún efecto, pues ni siquiera se dignó mirarme. Hice poco caso de tal recibimiento, atribuyéndole más a la vehemencia de sus dolores que a la mala disposición de su ánimo. Invitado por algunos de los presentes, me senté al lado de su lecho. Mas la enferma, volviendo a mí su rostro airado, me dijo bruscamente que no tenía nada que ver conmigo ni qué decirme; que me fuese más bien a casa de quien me había hecho llamar.

“Debo confesar que tan inesperada respuesta me produjo mucha pena, pero disimulando, no desesperé de volverla a mejores sentimientos; por esto, sin cambiar de tono le respondí tranquilamente que no se inquietase, pues no era mi intención hablarle de sacramentos o de cosas que la pudieran turbar; que yo estaba plenamente satisfecho por haber tenido la bondad de recibirme como a uno de sus visitantes... Pero ella, como si me leyese en el corazón, sin

atender a mis palabras, me respondió más bruscamente que antes, que no se confesaría y repitió que no tenía nada que ver conmigo y nada que decirme.

No me desanimó este segundo rechazo sino que busqué todos los medios para abrirme camino en aquel corazón. Mas fueron inútiles mis esfuerzos y las cosas comenzaron entonces a ir de mal en peor y sus respuestas se hicieron cada vez más extravagantes e impías. Preguntada si por lo menos me recibiría otro día que viniera a visitarla, me respondió que sí, con tal que no le hablase de Dios.

Talvez hubiera debido cesar en mi empeño después de esta definitiva respuesta para intentarlo en mejor ocasión, pero sentía en gran manera tener que partir del lado de la miserable sin un rayo siquiera de esperanza, y animado por la piedad de una caritativa persona que me miraba afligida y casi con lágrimas en los ojos, no pude menos de decirle alguna buena palabra. Mas entonces la enferma, como si no pudiese soportar no sólo mi voz sino mi presencia, irguiéndose improvisadamente en el lecho se puso a gritar con voz desesperada que retumbaba en todos los lugares de la casa, que no la importunase más y no le rompiese la cabeza. Aturdido por este tono de voz, y desesperando de obtener mi intento, partí rápidamente seguido de no se qué confusas voces de la enferma, que no entendí”.

Durante el curso del día tuvo Don Cafasso el pensamiento y el corazón dirigidos a aquella infeliz. Hacia el atardecer volvió a su lado, y viéndola tranquila en el semblante y en el modo de hablar se movió por ello a animar con suaves palabras y sabias reflexiones su corazón para inducirla a ajustar los intereses de su alma. Cuál fué el resultado de esta nueva tentativa, nos lo refiere el Santo.

“La enferma agotó su paciencia al oír mi conversación; así que, aun no había yo terminado de hablar cuando, volviéndose hacia mí, renovó la acostumbrada respuesta de que no comenzara a importunarla. —No es para incomodarla, señora, proseguí, sino sólo para decirle cuanto me obliga la caridad que a usted debo, pues si el Señor la llama, ¿quie-

re ir al otro mundo en las condiciones en que se encuentra?— ¡Oh! sí que me llama el Señor, repitió aún más exacerbada la enferma, no puedo oír estas cosas. —Será como usted quiera, continuó siempre con manera afable Don Cafasso. Usted irá sin que la llamen; pero llamada o no, ¿quiere ir así?— Entonces, no sabiendo qué responder, y no queriendo por otra parte soportarme más, se enderezó sobre el lecho y tomando un tono de apariencia tranquilo pero fuerte y vibrante, con los ojos bien abiertos y fijos en mí: —Sepa de una vez por todas que no quiero confesarme, dijo, acompañando sus palabras con el gesto del brazo.

“A tal respuesta que me cerraba el camino a ulteriores instancias y me quitaba casi toda esperanza, pensé, no sé si bien o mal, cambiar yo también de método y de tono. Me puse pues, en pie y le dije: Si es así, señora, me voy. Rogaré por usted al Señor pero esté segura de que no volveré más a importunarla. Sepa además que yo la espero en otro lugar y otro día y entonces usted tendrá que confesar con sus propios labios de qué le han valido sus blasfemias y su obstinación—. Yo quería continuar para recalcarle más, mas los gestos y gritos de la enferma que parecía una energúmena, me persuadieron que me retirara, como lo hice en efecto. Pero al pasar por la antecámara, encontrándome con los de la casa, que habían acudido a los gritos de la enferma y me miraban desanimados y compasivos, me mostré muy desconsolado y afligido, como lo estaba efectivamente; y para obligarlos a hacer lo que yo ya no podía, exclamé en voz alta: —Si quiere irse al infierno, que se vaya; toda la culpa será suya; ella será quien ha de arrepentirse.

Cuando volvió a casa Don Cafasso con el alma llena de amargura, pensó que no había otro camino sino recurrir a la Madre de las Divinas Misericordias. Al día siguiente, 27 de agosto, no hizo sino rezar. Rogaban con él sus compañeros sacerdotes y los fieles. Las plegarias fueron eficaces. Por la tarde encontró el Santo en casa un billete escrito por el padre de la desventurada, en el que le suplicaba fuera



a la mañana siguiente a la casa de la moribunda que tenía muchas cosas para confiarle. En la mañana del 28 pasaba Don Cafasso por tercera vez el umbral de aquella casa donde una alma lo esperaba ansiosamente.

“Al llegar a la casa, escribía, no sabría decir qué confusión de afectos y de pensamientos se revolvía en mi corazón. Estaba inundado de consuelo y de alegría pero también de agitación y de temor, y aún me retumbaban en el oído los gritos y las vociferaciones anteriores y me parecía aún oír el eco del estrépito con que me había despedido. Mi agitación era tal que sin saber porqué, apenas devolví el saludo al que me abrió la puerta. Pero mis afanes y temores no transpusieron el umbral; y así debía ser, pues esa casa que días antes podía confundirse con la antesala del infierno por las blasfemias e insultos que se proferían, por la desolación y por el afán que en ella reinaban, se había ya transformado en una morada del Señor; tanta era la paz, el contento y la alegría que allí reinaban. No digo que los parientes, sino que hasta los criados habían cambiado de aspecto y de voz, y no se parecían en nada a los que yo había dejado un día antes. Inmediatamente avisaron a la enferma de mi llegada y en un momento se me abrieron todas las puertas. Circundado por los parientes que a porfía me querían hablar y festejar como si me condujeran a un almuerzo de bodas —para mí era mucho más— me introdujeron y dejaron solo con la enferma.

“Como era más fácil en tal ocasión, me presenté con rostro alegre y tranquilo, la saludé a la entrada, y como si nada hubiera sucedido entre los dos, me le acerqué para entablar la conversación que las circunstancias, o por mejor decir, el Señor, me pusieran en los labios. No tuve ni siquiera tiempo de pronunciar palabra, pues ella, recibíendome con aspecto tranquilo, una vez devuelto el saludo, me preguntó si al dejarla la tarde anterior, no la había maldecido. —¿Qué dice, señora? le interrumpí. No conoce usted nuestra misión que es de bendecir a todos, sin desear mal ninguno. Si así interpretó mis palabras, ciertamente no las

ha comprendido—. Persuadida todavía de su opinión, continuó: —Sin embargo, desde aquel instante sentí algo que jamás había experimentado. Pero sea lo que fuere, tenga la bondad de sentarse.

“Para asegurarme más de sus buenas disposiciones, yo no quería ser el primero en hablar de Dios, y mucho menos de confesión; así pues, empecé informándome por su salud. Al principio respondió todas mis preguntas, mas de pronto, interrumpiéndome, me dijo: Yo quiero confesarme.

“Ella debió imaginarse el gran placer que su petición me proporcionaba, mas yo, para animarla cada vez más en sus buenas intenciones, traté de dárselo a conocer de la mejor manera que me fué posible. Me rogó entonces que olvidara lo que antes me había dicho. Yo la tranquilicé, diciéndole que perdiera cuidado, y ya íbamos a comenzar la confesión cuando el infierno, vencido y confundido hizo sus últimos esfuerzos para ganar la perdida víctima.

¿Qué había ocurrido? Dos personas que desde hacía largos años tenían encadenado el corazón de esa infeliz habían aparecido improvisadamente en la habitación. Mas cuando el Santo se preparaba a afrontar el muy poco grato encuentro, la enferma, tan fuerte y generosa para el bien como había sido tenaz para el mal, los recibió con tanta dureza que los obligó inmediatamente a retirarse. Había superado la prueba. Seguro ya Don Cafasso de las disposiciones de la moribunda, la confesó, la vió besar con sincero arrepentimiento las llagas de ese Divino Señor, cuyo nombre ni siquiera quería oír pronunciar poco antes, y tuvo que prometerle que no la abandonaría y que volvería a verla al día siguiente.

“A la hora convenida, continúa Don Cafasso, no dejé de ir a su casa, y cuando una persona del servicio le anunció mi nombre, ella le reprochó que me hiciera esperar en la antecámara. Cuando entré la hallé no sólo tranquila, sino alegre; miraba y hablaba con un aire tan dulce y amable, tenía siempre en sus labios una sonrisa tan dulce y natural que se le habría tomado por una niña de tiernos años. Quien

la hubiese visto en tal estado, encontraría difícil de creer cuanto he referido al principio de la narración... Parecía haber cambiado no sólo de voluntad, sino de naturaleza e índole, y no sólo conmigo, sino para con todas las personas con quienes había de tratar, aún con las del servicio.

“En esa visita me expresó su ardiente deseo de recibir al Señor; mas Dios se contentó con su deseo, ya que ni entonces, ni después fué posible administrarle el Santo Viático por causa del vómito que provocaba la más pequeña partícula que tocase su lengua; era el 28 de agosto, día en que se celebraba la fiesta del gran Doctor San Agustín, quien más o menos a la edad de esta pecadora, dió al mundo el luminoso ejemplo de su conversión.

“Al día siguiente, 29 del mes, volvía a visitarla como se lo había prometido. Su tranquilidad aumentaba. Pareciéndome que sus días llegaban al término, juzgué oportuno aconsejarle los Santos Oleos. A esta respuesta me miró fijamente y después me preguntó, suspirando, si lo creía necesario. Entonces le hice conocer, con la mayor prudencia, el peligro en que se encontraba, pues su vida no parecía prolongarse más de un día. Ella me escuchaba sin respirar, y al fin, bajando los ojos en señal del sacrificio que hacía, me rogó hiciese todo como lo juzgara conveniente...

“Desde aquel momento el pensamiento de la muerte no la abandonó. Toda la tarde y por la noche no cesó de repetir: ¡Oh!, tener que morir tan joven! —Pobre niña sacrificada por el mundo.

“Y morir sin poder contar ni siquiera un día hermoso, ni aún entre los de mi juventud.— Y repetía frecuentemente esas expresiones con un tono y una mirada que habría conmovido a una piedra... Llegó finalmente la mañana del 30 de agosto que debía ser su último día. Recibió, estando en pleno uso de sus facultades y con sentimientos muy cristianos, los últimos sacramentos y desde ese instante comenzó a acercarse a grandes pasos su fin”. (1)

---

(1) Relación de una conversión obtenida por mediación de la Sma. Virgen.

Besando las llagas del Crucifijo que la había salvado, entre las lágrimas y las plegarias de los circunstantes, expiró dulcemente con una sonrisa en los labios, feliz presagio del porvenir bienaventurado que en el cielo la esperaba.

El alma del Santo exultaba de una alegría que desconocen los mundanos y que Dios concede solamente a los que saben apreciar el tesoro inestimable de los bienes divinos.

#### HACIA DULCE LA MUERTE.

Conocido en toda la ciudad de Turín por su afabilidad para con los enfermos y por el don que tenía de conmover aún los corazones más duros, de todas partes lo solicitaban para esta obra de caridad. Los enfermos obedecían a Don Cafasso y se sometían dóciles a sus exhortaciones, y todos quedaban consolados; aún pareció alguna vez que, por su obediencia, recibieron en premio la salud.

En alguna relación leemos lo siguiente: “Trataba Don Cafasso a una familia de gran piedad, en la que sólo el padre vivía alejado de las cosas de la Iglesia. Habiendo caído enfermo y estando en peligro de muerte, los parientes lo rodeaban muy tristes de que no se preocupara por la salud de su alma, y no atreviéndose a molestarlo, avisaron de ello al Siervo de Dios”. “Dejadme obrar”, dijo éste, y llegando al lecho del enfermo, le habló así: —Dígame, ¿quiere usted sanar?— Desde luego; soy padre de familia, y mi salud es muy preciosa. —Bien, voy a indicarle un remedio de efecto seguro. Reciba los santos Sacramentos, y le prometo que curará. —¡Ya!... los sacerdotes siempre con sus cosas. —Le digo a usted que si quiere sanar, no hay más remedio que los santos Sacramentos. —¿Me lo promete de veras? —Se lo prometo. —Bien, me confesaré con usted. —Se confesó, recibió el santo Viático y sucedió como se lo había prometido Don Cafasso: obtuvo la deseada salud y vivió un año más, durante el cual tuvo tiempo de arreglar todos sus asuntos y de prepararse a morir de un modo edificante”. (1)

---

(1) Relación Alloatti.

Al visitar a los enfermos, se proponía ante todo prepararlos a una completa sumisión a cuanto de ellos quisiera el Señor; por eso los exhortaba a ofrecerle el sacrificio de su vida. Muy saludable era siempre al alma este sacrificio. Si la enfermedad era mortal, la última hora lo encontraría perfectamente resignado; si mejoraba, el enfermo habría ganado el mérito de su ofrecimiento. Muchas veces por exigir a los enfermos este sacrificio, obtuvo también la gracia de la curación. Leemos en sus escritos: “Asistía yo a una persona que, en lo mejor de sus años y en lo más bello de sus ilusiones, yacía en peligro de muerte. Dispuso entonces de todas sus cosas como para abandonar el mundo, pero siempre con gran repugnancia y con muchas lágrimas y suspiros; mas apenas hizo el sacrificio de su vida, y se resignó a recibir la muerte de las manos de Dios, empezó a mejorar y, una vez desvanecido el peligro, curó perfectamente”.

No puede haber ofrecimiento más grato al Señor que el que le hacemos de la vida que nos dió.

Nadie mejor que nuestro Santo sabía infundir en esos supremos momentos la fe y la esperanza. El tenerlo a la cabecera era considerado como señal segura de predestinación, de tal manera que se hizo común el dicho: —“Me gustaría morir ahora mismo, con tal que viniera a asistirme Don Cafasso”.— Y después de la muerte del Santo, había quienes reclamaban: —Lo único que me apena cuando pienso en la muerte, es saber que no vendrá Don Cafasso a acompañarme.

Con su deseada presencia, con su mirada suave, con sus palabras siempre oportunas que traían a la mente el recuerdo de una realidad superior, calmaba a las almas angustiadas haciendo vibrar en ellas la nota del más santo anhelo: el Paraíso. ¿Y por qué sentir repugnancia a la muerte que apresura para nosotros la unión con Dios? “Tener miedo de morir —decía— después de haber arreglado las cuentas, llorado los pecados, experimentado la misericordia del Señor, gustado cuán dulce es conversar con El, yo no puedo comprender este temor. Un siervo corre cuando su amo lo

llama; un hijo goza cuando el padre lo admite a su presencia; “¿y hemos de temer nosotros de presentarnos ante el mejor de los padres?” Y si algún enfermo se afligía pensando en las penas del purgatorio, el Santo lo consolaba, diciéndole: —¿Cree usted que yo he venido para enviarlo al purgatorio? de ninguna manera; es al Paraíso donde quiero enviarlo.

Los enfermos asistidos por Don Cafasso se sentían serenos y felices a la hora de la muerte. Una piadosa joven atestiguaba: “El Siervo de Dios supo tocar tan admirablemente las fibras del corazón de mi padre en su lecho de muerte e infundirle tan grande fortaleza y dulce esperanza en el Dios que todo lo perdona, que ya miraba la vida futura como un lugar de descanso y en los últimos momentos se sentía embriagado en la dulzura inefable de la felicidad que le esperaba”.

A su vez el canónigo Luis Nasi, eximio orador de quien antes hablamos, afirmaba con juramento: “En 1854 mi madre fué atacada del cólera morbus; y como no estaba su confesor ordinario, rogué a Don Cafasso, fuera a visitarla. Con infinita gratitud recuerdo cuánta tranquilidad derramó en esa alma piadosa y cuán ardiente deseo de ir con Jesús, de tal modo que, en una tregua del terrible mal, cuando todos teníamos esperanza de salvarle la vida, ella vivamente mortificada, se nos quejaba con estas palabras: —¡Ah! no soy digna de ir con Jesús, todavía ni quiere llevarme mi Dios”.

Sabiendo cuanto consuela a los enfermos la presencia del sacerdote después que han sido fortalecidos con los últimos sacramentos, Don Cafasso nunca los abandonaba, sino continuaba visitándolos diariamente. ¡A cuántos agonizantes confortó; a cuántos moribundos inspiró un supremo acto de heroísmo y de amor a Dios! En esos momentos él era siempre parco de palabras por no fatigar demasiado las facultades que van debilitándose. Pero las sobrias frases que salían de sus labios eran bálsamo exquisito y efluvios de Paraíso que inundaban el alma del moribundo. Por esta ra-

zón un joven rico, entregado a las vanidades del mundo, llegado al fin de la vida y habiendo recibido los santos Sacramentos, manifestó el deseo de tener a su lado a Don Cafasso para que lo asistiera en su agonía. La familia mandó en seguida a avisarle y él fué con la consabida afabilidad y se entretuvo varias horas junto al lecho del moribundo hasta que éste, dejando en todos grandes esperanzas de salvación, exhaló plácidamente el último suspiro.

Una larga experiencia de ministerio había persuadido al Santo de que en los últimos momentos todo lo que tiene sabor de mundo, de cosas terrenas, de afectos terrenos, no hace sino fastidiar al moribundo; pero basta poner un Crucifijo en sus manos para darle un alivio tan eficaz como ningún recuerdo y ningún poder humano pueden procurárselo. A este propósito se lee en sus escritos: “Una persona moría improvisadamente en la flor de sus años, y al morir, entre lamentos y gemidos, se dolía de encontrarse abandonada en aquel momento supremo de su vida; y hubo para ella una gracia extraordinaria; el sacerdote que la asistía, tomó la palabra, y le dijo: —Si todos la han abandonado, hay un amigo que se ofrece a hacerle compañía. Y así diciendo, le mostró un Crucifijo. —He aquí el único amigo que le queda en el mundo. Los otros huyen y se esconden en este momento; éste, por el contrario, viene y se ofrece a partir con usted, prometiendo no abandonarla hasta que esté salva y termine su viaje. Tomó el Crucifijo la pobrecita, y llorando, no dejaba de besarlo y lo tuvo entre las manos hasta el fin, hasta que expiró su alma en el ósculo del Señor”.

El sacerdote que presentó a la moribunda el Crucifijo, era José Cafasso, quien, con la divina imagen descubría a los peregrinos que dejaban esta tierra de destierro, un retazo de ese cielo de oro donde está la patria de los Bienaventurados.

#### DELICADEZAS PARA CON LOS ENFERMOS.

No basta hacer el bien de cualquier modo, sino conviene realizarlo con solicitud y maneras tan amables que hagan

resaltar mejor su belleza. Y si la asistencia a los moribundos es de por sí un deber del sacerdote y del párroco, puede presentar no leves inconvenientes, sea por la casa donde se entra, sea por la convicción de los enfermos, sea por las múltiples y aun complicadas circunstancias que acompañan la muerte. De aquí la necesidad de parte del sacerdote de una prudencia cuidadosa en extremo, de la cual fué Don Cafasso incomparable maestro.

Para evitar una publicidad que repugnaba a su delicadeza quería que las penitentes que habiendo caído enfermas necesitaban de su ministerio, al mandarlo llamar no dieran sus nombres, sino solamente el de la calle y el número de la casa. Si la llamada tenía lugar por la noche, el Santo se hacía acompañar y preceder de un criado con la linterna encendida. Al entrar en la casa se detenía preguntando al portero noticias de la enferma, y lo hacía con cierta insistencia para hacerle comprender bien el fin por que venía. Son estas precauciones utilísimas para los tiempos que corren: Jamás se saben que sospechas y juicios temerarios pueden concebirse al ver entrar a un sacerdote a casas donde viven familias de hábitos, opiniones y costumbres tan diversas.

En casa de los enfermos, el comportamiento del Santo era irreprochable; iba allí únicamente por motivos muy nobles y por el más humanitario de los ministerios. Respetuoso para con todos, lo era mucho más aún con los enfermos. Su voluntad era para él sagrada e inviolable. Y si esa voluntad estaba alejada de Dios, él procuraba vencerla y cambiarla, mas no con imposiciones sino con suavidad, con persuasión, recordando siempre las verdades eternas, mas siempre con maneras delicadas y gentiles.

Cual fuese su discreción en ciertos casos gravísimos nos lo refiere el Canónigo Carlos Morozo della Rocca: "Una madre tenía a su hijo gravemente enfermo; era un célebre abogado de 30 años, que no quería se le hablase del sacerdote ni de sacramentos; la buena señora, penitente de Don Cafasso, confiaba frecuentemente su pena al santo sacer-



dote y el Siervo de Dios la consolaba diciéndole que orase mucho y comulgase a menudo. Un día, cuando ya el desenlace parecía próximo, encontrándose la madre junto al lecho del hijo, lo invitaba con insistencia a confesarse. Cuando de pronto se abre la puerta y penetra Don Cafasso, que alcanza a oír: “Confíesate, hijo, confíesate”. —Nada de **confíesate**, interrumpió el sacerdote; un poco de discreción, señora; con los enfermos no hay que hacerse fastidiosos; retírese, que quiero hacer compañía breves momentos al señor abogado—. Salió la madre sin saber qué pensar, y el Siervo de Dios habló con él de mil cosas indiferentes, sin referirse a nada de religión. Y tan satisfecho quedó el enfermo de este trato, que tocó la campanilla para llamar a su madre y decirle con viva alegría: —Este sí es un cura que me gusta—. Don Cafasso se levantó y se despidió, prometiendo que volvería pronto; sugirió luego una breve oración a la Virgen y se fué. Por la noche el enfermo estaba impaciente de volver a ver al Siervo de Dios, tanto que la madre hubo de ir muy de mañana a buscarlo al confesonario. Don Cafasso no esperaba otra cosa y, de nuevo en la casa, confesó al pobrecito, quien, luego de haber recibido varias veces la sagrada comunión, murió como buen cristiano”.

Ocurre a menudo que el enfermo consulta con el sacerdote acerca del testamento y disposición de los bienes. Era cosa sabida en Turín que Don Cafasso evitó siempre el recibir legados, aún de las personas con quienes tenía bastante confianza; y por este motivo podía hablar libremente con los enfermos, sin que sus parientes herederos temieran algún daño con su presencia. Cuando algún enfermo le preguntaba en el lecho de muerte cuál era su deber con respecto al testamento, él lo informaba sobre las obligaciones derivadas de la ley natural y civil, y acerca de la herencia legítima. Si se le preguntaba la propia opinión con respecto a lo que debía hacerse de la parte disponible, ya se tratase de la conveniencia legal en cuanto a las formas prescritas por la ley, ya la conveniencia natural exigida por la equi-

dad, él era en extremo reservado. Y si el testador ya hubiese decidido algún piadoso legado, y le pidiese alguna indicación sobre el destino que debía darle, el Santo no sólo se abstenía de sugerirle algo que redundase en su propio provecho, sino se excusaba de indicarle algo al respecto. Se limitaba entonces a recordarle la doctrina cristiana, y les decía: “Las obras de misericordia son catorce: siete espirituales y siete corporales; pero tenga en cuenta que dar de comer al hambriento no sólo quiere decir dar pan a esta o a aquella persona, sino auxiliar un hospital, ayudar a un pobre, costear los estudios a un seminarista y otras cosas semejantes”.

## CAPITULO XI

# DESDE LA CARCEL AL PATIBULO

Amigo de los encarcelados — Cómo los conquistaba — El sacerdote de la horca — El general Ramorino.

### AMIGO DE LOS ENCARCELADOS.

Ninguna de las cárceles de Turín estaba cerrada a la caridad de Don Cafasso. Ya en las torres, donde estaban reclusas las mujeres, ya en el **correccional** y en las **prisiones senatorias**, destinadas a los hombres, entraba libremente a cualquier hora, con pleno consentimiento de las autoridades. También esos pobres prisioneros, aunque extraviados y depravados, eran hijos de Dios y no se les debía abandonar. Y tanto más merecían su solicitud y compasión, cuanto más tristes eran las condiciones del lugar en que se hallaban confinadas. La perversión de los prisioneros, más que la suciedad de las cárceles, causaba asco y repulsión.

De Robilant, teniendo como base testimonios irrecusables, así los describe: “Una mezcla de gentes a quienes se ha prevenido y se ha indagado; de condenados provenientes de las cárceles de provincia para escuchar su sentencia y de otros que allí residían expiando su pena; de jóvenes casi inocentes y de hombres depravados, avezados a toda suerte de delitos: ese lugar era la sede de la impiedad y de la depravación... En las **cárceles senatorias** se recluía a los peores acusados, privados de todo auxilio moral; indivi-

duos sobre cuyos labios las conversaciones en que se jactaban de los propios crímenes eran sólo interrumpidas por blasfemias, por frases impías, por maldiciones a los sacerdotes como espías de la policía, y por insultos contra sus compañeros de prisión que no habían realizado proezas que los hiciesen dignos de su compañía, a quienes llamaban en su jerga **ladrones de mantequilla**. En medio de esa turba de depravados sobresalían y primaban los peores criminales. El que podía enorgullecerse de muchos años de galera, tenía ante sus compañeros una aureola de autoridad indiscutible. Una afirmación suya bastaba para destruir el efecto de un sermón, o para hacer creer a sus dóciles alumnos cualquier majadería falsa y ridícula. ¡Ay! del que se permitiese contradecirle o no creerle". (1)

Este estado de cosas no escapó a la mirada penetrante y al alma sensible de Don Cafasso que, mientras por una parte, mejoró el misérrimo estado de las cárceles y puso de relieve sus gravísimas deficiencias, por otro empleó horas, días, meses y años en visitar y socorrer a aquellos desgraciados a quienes consideraba como a sus amigos y benjamines y colmaba de gentilezas y caridad.

Nada lo apartaba de cumplir un ministerio tan poco amable. A la repugnancia que experimentaba al ver tantos mozalbetes atados como bestias, desesperados y a veces consumidos por el hambre, que a menudo prorrumpan en maldiciones y blasfemias sacrílegas, se añadía el horror y el asco proveniente de las fétidas exhalaciones y de insectos repulsivos que los presos llamaban **plata viva** y **dinero constante**, que fácilmente se prendían a las personas, siendo causa de molestias y repugnancia. El Santo, al volver a casa, se veía obligado a mudarse por completo. No obstante, jamás dijo una palabra de esos insectos que sólo la lavandera encontraba en la lejía; él solía considerarlos como ganancias del sacerdote.

Pero le estaban reservadas otras conquistas. Esos la-

---

(1) *Obra citada*, vol. II, págs. 82 - 83.

drones no podían dejar el hábito del robo, y unas veces le quitaban del bolsillo el pañuelo, otras veces paquetes de tabacos que estaban reservados para todos; y otras le sacaban dinero con varios pretextos. Tampoco le faltaron insultos, amenazas, ultrajes y hasta atentados contra su vida, que él no sólo soportaba con heroica paciencia, sino que los recibía con sonrisa amable como si se tratara de caricias, y perdonaba de corazón. Una vez un hombre membrudo lo aferró por el cuello y entre serio y burlón, le dijo: —Vea: si yo quisiera, me lo comería en ensalada obligándolo a hacer un acto de contrición. No se resintió por esto nuestro Santo, y riendo le respondió: —Esto le honraría muy poco siendo yo muy débil y sin fuerzas. Frecuentemente le dirigían invectivas como esta: —Aléjate de mí, sotana negra, que no tengo nada que ver contigo.

En el invierno de 1841 un detenido, insensible a las exhortaciones del Santo, simulando arrepentimiento, lo invitó a volver a cierta hora para oír su confesión. Nuestro Santo acudió a la cita, que debía ser una celada. Efectivamente, entrando a la hora convenida, por el gran portón de las cárceles senatorias, sintió que le caía de lo alto un líquido sucio y repugnante en el sombrero y en la sotana. Comprendió inmediatamente el juego del amigo; lejos sin embargo de retroceder, entró sonriendo a donde el portero y le rogó le prestase por algunas horas un manteo, debiendo talvez demorarse aquella tarde más de lo acostumbrado. Después, como si nada hubiese acontecido, sube al piso superior y entra a la celda del detenido, el cual, ante la amable sonrisa del sacerdote, mira primero, llora después, y finalmente ruega con lágrimas el perdón y la absolución.

Aún por parte de los prisioneros enfermos, para con los cuales tuvo la más tierna solicitud, procurándoles de su propio peculio cuanto necesitaban, tuvo que sufrir graves ofensas. Cuenta Monseñor Bertagna que un detenido, cansado de vivir en el estado miserable en que se encontraba, resolvió matar a Don Cafasso, para merecer la pena

de muerte. Para salir con su intento se fingió enfermo e hizo llamar al sacerdote. El Siervo de Dios acudió al punto y al darse cuenta de la agitación del supuesto penitente, sin inmutarse en lo más mínimo con su extraordinaria bondad y su afabilidad nunca desmentida le tocó el corazón de tal suerte que el pobrecito no sólo desistió del propósito, sino que, entregándole el arma, confesó arrepentido su culpa. (1)

Nada era capaz, sin embargo, de impedir que el sacerdote continuase amando a esos desgraciados y proporcionándoles la solicitud de sus cuidados paternales. Trabajo le costaba separarse de esos lugares, a donde entraba siempre con aspecto alegre y con aire festivo, y era notorio el hecho de que, mientras que en el Convictorio se mostraba ordinariamente un poco serio, en las cárceles se le veía siempre sonriente, para tratar a esos pobrecitos, a quienes solía decir: —A vuestro lado no tengo ninguna preocupación; una sólo cosa desearía aún, y es tener una celda aquí en la cárcel para pasar la noche con vosotros.

En efecto, por poco ve cumplidos sus deseos. He aquí la aventura tal como nos la refiere Don Bosco.

“Un día Don Cafasso confesó hasta altas horas de la noche y como no le abrieron las puertas de la prisión, se disponía ya a dormir en ella. Mas de pronto entraron los guardianes armados de fusil, pistolas y sable para hacer la acostumbrada ronda, llevando faroles en la extremidad de largas varillas de hierro. Iban observando aquí y allá por ver si se notaban agujeros en los muros o en el pavimento o si algo extraordinario anunciaba motines o desórdenes entre los encarcelados. Al encontrar a un desconocido, gritaron todos a una: —¿Quién va? y sin esperar respuesta, lo rodearon amenazándolo y diciéndole: ¿qué hace aquí?, ¿quién es? ¿a dónde va? —Soy Don Cafasso ¿Don Cafasso? ¿Posible? ¿A estas horas? Nosotros no podemos dejar salir a nadie, sin dar relación de ello al director de la cárcel. —Eso no me interesa; haced las relaciones que queráis, mas tened

---

(1) Proceso ordinario.

cuidado, porque no habéis cumplido vuestro deber; al llegar la noche debíais venir para hacer salir a todos los extraños. Entonces todos callaron, le rogaron no contar lo ocurrido, se abrieron como por encanto todas las puertas, y para asegurar el cumplimiento de lo pactado, lo acompañaron hasta el Convictorio”.

Los prisioneros, en cuya alma hay siempre un sentimiento de gratitud hacia sus benefactores, amaban inmensamente y veneraban a nuestro Santo. Cuando lo veían entrar al patio, su llegada era como una chispa eléctrica que suscitaba un general movimiento de alegría y hacía que todos aclamaran su nombre. Si alguno lo ofendía, era general la indignación de los detenidos, que tenían como pecado grave cualquier ofensa que le infligieran.

Muchas veces le dijeron: “Padre Cafasso, si alguna vez lo asaltan en un viaje, no tiene más que decir: Soy Don Cafasso; y será respetado”. Y ellos, una vez libres mantuvieron su palabra. En efecto, cierta noche de invierno, habiendo confesado a un soldado enfermo, en las afueras de la ciudad, de regreso, lo detuvieron algunos asesinos que se asomaron con linternas a la portezuela del coche. El que acompañaba al Santo quería defenderse disparando un arma de fuego; pero él le apretó el brazo, diciéndole: —No, por mí nada tengo que temer; pero ¿qué será de estos infelices?— Ellos reconocieron la voz de su antiguo protector y amigo, y exclamaron: “Siga tranquilo, Padre Cafasso, que ninguno lo molestará”. Otro día, volviendo de Castelnuovo en carruaje a Turín con su hermano Pedro, mientras pasaban por los bosques de Riva, se precipitaron a su encuentro dos individuos con intenciones hostiles y pidiéndole dinero. El hermano estaba asustado, mas Don Cafasso, habiendo reconocido a uno de sus antiguos protegidos, lo amonestó paternalmente y le dió una limosna. El malandrín cambió desde aquel día y perseveró en el bien.

El cariño que le tenían los detenidos era inmenso; lo llamaban salvador, benefactor y amigo; aún los más perversos hablaban de él en los términos más elogiosos. Todos

reconocían en Don Cafasso además de un santo, un amigo sincero y generoso que les prodigaba todas las ternuras de la caridad evangélica.

#### COMO LOS CONQUISTABA.

Sabiendo que tenían necesidad de ayuda, los socorría de todos los modos posibles. Mientras estuvo bajo la dirección del teólogo Guala, usaba todas las industrias para obtener subsidios para los encarcelados. En tiempo de recreo, cuando los convictores estaban reunidos al rededor del rector, Don Cafasso hacía recaer ingeniosamente la conversación sobre aquellos infelices, diciendo éstas o semejantes palabras: "Hoy los visité a todos y no hay novedad; pero encontré a uno con un apetito formidable; otro tenía una ropa tan delgada que le castañeaban los dientes". Los convictores reían sabrosamente, y Don Guala, que comprendía la antífona, le decía: —Haga lo que pueda—. Y así Don Cafasso obtenía socorros para sus detenidos. Elegido rector, pudo disponer más libremente de medios y fué aún más generoso para con sus amigos.

Para hacérselos siempre más benévolo daba regalos muy frecuentes, no sólo a los detenidos, sino también a los guardias para que los trataran bien. Dinero, tabaco, pan, vino, fruta y objetos de vestuario, todo lo ponía a su disposición. Cuando no podía ir personalmente a socorrer a los encarcelados, enviaba personas de confianza a consignar varios paquetes de monedas sobre los que estaban escritos los nombres de los destinatarios. El regalo más frecuente era el de tabaco. Cestas enteras llenas de paquetes de rapé, de miga para pipa y de cigarrillos salían del Convictorio.

Yendo a las prisiones había observado que en todas hasta la altura de dos metros, faltaba en el muro el zócalo de cal, de modo que se veían los ladrillos. Como preguntase la razón, vino a saber que los presos, agujoneados por el deseo de aspirar rapé, raspaban las paredes para aspirar



el polvo extraído. Desde entonces tomó aún más empeño en aumentar sus ya generosas distribuciones de tabaco.

Durante el año, sobre todo en las mayores solemnidades, solía dar a cada uno un pan blanco y un vaso de vino. Y era entusiasta la recepción que se le hacía en los dormitorios cuando se le veía aparecer con canastos bien llenos de pan y otras provisiones. Los cabecillas venían los primeros. Decían el número de compañeros y recibían el obsequio para distribuirlo a los demás. Después de la comunión pascual el Santo los ponía en fila y les repartía personalmente el sabroso pan blanco, diciendo: —Si por cualquier disgusto os atormenta la rabia, romped este pan; vengaos en él haciéndolo trizas. Una vez, después de haberles distribuído cerezas, varios se divertían lanzándole las pepas; él reía de corazón y a un prisionero que, indignado, los reprendía por responder con burla tan pesada a la generosidad de su benefactor, le dijo el Santo: —Déjalos, pobrecitos; no tienen otra diversión.

Así surgió una amistad casi íntima entre el Santo y los encarcelados y de ella se sirvió grandemente Don Cafasso para instruirlos en las verdades de la fe y conducirlos por la vía de la salud. Siempre que iba a las prisiones solía dar alguna lección de catecismo, aún sin aparentar que enseñaba; con sus maneras atrayentes, se ganaba la atención de todos y les insinuaba alguna buena máxima. Un testigo ocular asegura: “En esta misión era sencillamente admirable. Su aspecto inocente y compasivo, su palabra franca, sencilla y siempre pronta, que parecía divinamente inspirada; todo su exterior revelaba la persuasión firme y profunda con que anunciaba las verdades eternas, y reducía los corazones más duros y obstinados, conduciéndolos a mejores sentimientos; de todo, aún del mal, sabía sacar provecho en favor de sus pobres desgraciados y parecía siempre inspirado por Dios. Cuántos pudieron conversar con él, cambiaron siempre favorablemente opiniones y sentimientos. (1)

---

(1) Relación Ribotta.

Cuando algunas veces le faltaba tiempo para ir a las cárceles, enviaba allá a enseñar el catecismo a sus convictores, los que, presentándose en nombre de Don Cafasso, eran acogidos con deferencia y cordialidad. Uno de éstos nos refiere: “Destinado por el Siervo de Dios para enseñar catecismo en las cárceles, no me atrevía a obedecerle. Mas él me sugirió: —Anda, no temas; diles que yo te mando, y te respetarán. Así lo hice y no tuve de qué arrepentirme. Llegado a la cárcel, pedí al carcelero permiso para entrar y enseñar el catecismo. —¿Quién es usted?— me preguntó en tono severo. —Me envía Don Cafasso.— Si es él quien lo manda, siga. Tomó las llaves y me condujo a una sala en donde había por lo menos veinte detenidos adultos. A su vista sentí miedo; tanto más que todos me miraron extrañados. Tomando fuerzas de donde no tenía, les dije que Don Cafasso me había recomendado fuera a visitarlos. Todos me preguntaban: —¿Cómo está Don Cafasso? ¡Ah! todos aquí lo conocemos, es un gran caballero.

Animado por tan simpática acogida, di comienzo a mi clase de catecismo, que continuó por espacio de media hora; cuando terminé, al verme partir, me dieron las gracias y me encargaron saludar a Don Cafasso, diciéndome que volviera pronto”. (1)

Al enseñar el catecismo evitaba y hacía evitar cuanto puede herir la susceptibilidad de los prisioneros. Sus máximas eran estas: Demostrarle un cariño muy grande, como si fueran todos cultísimas personas, no mentar la soga en casa del ahorcado; no preguntarles los motivos porque se encuentran en la cárcel; jamás hacerles concebir sospechas de que uno quiere penetrar sus secretos; inculcarles mucha confianza en Dios y resignación a su divina voluntad; insistir en la oración, en los sacramentos y en sus benéficos efectos; protestar alta y públicamente que el sacerdote no tiene nada que ver con el fiscal y que son totalmente opuestas sus actividades. De este modo, a la instrucción catequística

---

(1) Relación Martino.

seguía la confesión, a la que se inducía fácilmente a aquellos desgraciados, cuya benevolencia se había cautivado Don Cafasso.

Aunque entre aquellos delincuentes había algunos de mayor perfidia y obstinación, que llenos de odio contra Dios y la religión pronunciaban horrendas blasfemias y no querían oír por nada del mundo hablar de confesión, sin embargo, no resistían a las dulces violencias del Santo, y terminaban abriéndole enteramente la propia conciencia. Una vez, en una celda, dos infelices, tendidos sobre un jergón, se burlaban de él; Don Cafasso acercándose a uno de ellos logró ganárselo. Entonces el otro, casi disgustado de verse abandonado, le dijo: “¿Y no sabe qué hacer de mí? ¿no me quiere por amigo?” Ambos se prepararon para la confesión y la comunión. Las visitas se multiplicaron, y los dos leones se convirtieron en corderos. La casa de la blasfemia y del insulto, se convirtió en un albergue de hombres que comenzaron a experimentar el suave poder de la religión. Para obtener efectos tan consoladores, el Santo se sirvió hasta de un tal **Arrepentido** (así era llamado por los compañeros), quien para reparar los escándalos de sus pasados extravíos se dió sinceramente a las prácticas religiosas y obtuvo mucha autoridad entre sus compañeros, cuyos prejuicios disipaba, refutaba sus errores, y los preparaba muy hábilmente para la confesión.

No puedo abstenerme de referir un hecho narrado por Don Bosco, que demuestra toda la industria de Don Cafasso para atraer a los detenidos al tribunal de la Penitencia. Es uno de esos medios que los escépticos y los hombres de poca fe podrán censurar, pero que, ejecutado por un hombre de Dios, merece nuestra admiración.

Así escribía Don Bosco: “Para preparar a los presos a celebrar una fiesta en honor de María Santísima, el Siervo de Dios había empleado toda una semana en instruir y animar a los detenidos de una sección compuesta de cerca de 45 de los más famosos criminales. Casi todos habían prometido confesarse la víspera de la solemnidad. Pero llegado el

día, ninguno se resolvía a comenzar la santa empresa. El renovó la invitación, les recordó brevemente cuanto les había dicho en días anteriores, y la promesa que le habían hecho; pero ya fuera por respeto humano, ya por engaño del demonio u otro pretexto vano, ninguno se quería confesar. ¿Qué hacer entonces? La caridad industriosa de Don Cafasso lo sabrá. Se acercó sonriente a uno que parecía el más grande, fuerte y robusto de los presos; sin proferir palabra lo tomó de la larga y poblada barba. Al principio el detenido pensaba que Don Cafasso lo hacía por burla; por esto, con aire desenvuelto le dijo: —Tómeme como quiera, pero deje mi barba en paz. —No lo dejaré en paz hasta que no venga a confesarse. —No voy. —Pues entonces no lo dejo ir. —Es que yo no quiero confesarme. —Sea lo que fuere de aquí no se me escapa; tiene que confesarse. —No estoy preparado. —Lo prepararé yo—. Ciertamente, si aquel hombre lo hubiera querido, una ligera sacudida habría bastado para soltarse de las manos de Don Cafasso; mas fuese por respeto a la persona, o por la gracia del Señor que obraba en él, se sometió humildemente y se dejó conducir por el Santo a un rincón. Sobre un jergón de paja se sentó el sacerdote tratando de preparar a su amigo para la confesión. ¿Mas que ocurre? Este se muestra conmovido y con dificultad puede terminar, entre lágrimas y suspiros, la confesión de sus culpas. Entonces se vió una gran maravilla. El que poco antes con horribles blasfemias se negaba a confesarse, va ahora proclamando entre sus compañeros que nunca en su vida había sido más feliz. Y tanto dijo y tanto hizo que todos se acercaron contritos al sacramento de la Penitencia''. (1)

José Cafasso, amigo y confidente de los encarcelados, sofocaba en sus almas las tendencias al mal, los redimía del vicio y del delito, los reconciliaba con Dios, les devolvía la paz que habían perdido y hacía de ellos ciudadanos menos perjudiciales a la sociedad, si no lograba convertirlos en hom-

---

(1) Biografía, págs. 21 - 22.

bres probos y honrados. Los que al salir de la cárcel iban donde él, estaban seguros de encontrar ayuda para empezar una vida de trabajo y rectitud.

La historia jamás podrá olvidar tal benemerencia religiosa y social.

### EL SACERDOTE DE LA HORCA.

El corazón de Don Cafasso era también afectuoso y tierno hacia los infelices condenados al último suplicio. En aquel tiempo existía la pena de muerte en los Estados Italianos. Y especialmente en el Piamonte, fueron muchos los que terminaron la vida en el suplicio. Cierta vez uno de éstos murió impenitente mientras Don Cafasso se hallaba ausente de la ciudad. Cuando regresó y se enteró de la desgracia ocurrida, corrió a los pies de Jesús Sacramentado, ofreciéndose para ese ministerio, y pidió al Señor la conversión de todos aquellos que asistiera y confortara en el patíbulo. Su oración fué escuchada, pues de 70 ajusticiados que él asistió, ni uno solo murió impenitente, aunque algunos habían sido monstruos de maldad. La práctica de semejante ministerio contribuyó a hacer popular en Turín y en otros lugares la venerada figura de este infatigable sacerdote, que era conocido por la gente con el título de **sacerdote de la horca**.

Doble era la acción del Santo para con esos desgraciados: la que ejercitaba en las prisiones o en la capilla, o sea el lugar donde los condenados se preparaban para la muerte y la que cumplían de camino hacia el patíbulo. En ambos casos era maravillosa la obra de Don Cafasso y no puede explicarse sino reconociendo en él un don extraordinario con que el Señor lo había enriquecido. Me limitaré a referir algunos hechos y anécdotas, todas documentadas, que demuestran el celo inagotable de este salvador de las almas.

“Entre los que se convirtieron en la cárcel antes de ser condenados —escribe De Robilant—, encontramos al famoso Pedro Mottino, natural de Candia Canavese. Soldado desertor del ejército real, llegó a ser jefe de una banda de

salteadores que emuló las gestas de la terrible banda Artusio, así llamada por estar compuesta por tres hermanos de este apellido. Por lo arriesgado de los asaltos, y por los muchos trabajos en que puso a la policía, el nombre de Mottino, apodado el **Bersagliere** de Candia, llegó a ser legendario y casi admirado en nuestros campos. La banda capitaneada por el Bersagliere, que había iniciado sus tristes hazañas en julio de 1849, con robos y atracos en el territorio de Mazze, Tronzano y Cigliano, llegó a ser pronto muy célebre por el asalto a la hacienda Giardina, en los límites de Bianze. Habiéndose negado a abrir el mayordomo Pedro Olmo, incendiaron la puerta y el pajar, mataron de un tiro a un tal Juan Conterno, que había acudido en ayuda de los agredidos, y mantuvieron alejados con gritos y disparos a quienes acudían de las granjas vecinas a defender la casa, hasta que tuvieron libre acceso a las habitaciones y se llevaron consigo mil doscientas liras. Por tal hecho fueron arrestados y condenados a muerte Agustín Vayanal y Levercelle, Solutor Fascio, De Strambino y Pedro Venturino, de Turín. Los dos primeros sufrieron la pena capital, asistidos y convertidos por Don Cafasso. A Venturino le fué conmutada la pena por trabajos forzados; Mottino, en cambio, escapó entonces de la justicia. Disuelta la primera banda, organizó otra muy pronto, y sólo en 1854 pudieron capturar al terrible Bersagliere. Cuando lo llevaron a la cárcel senatoria de Turín, ya era para nuestro Santo un antiguo conocido. Dos veces durante el tiempo que pasó escondido, atraído por la fama, o mejor, la simpatía de que Don Cafasso gozaba entre los malhechores, había ido a Rivalba, a buscarlo y se entretuvo con él cerca de una hora. El buen sacerdote lo invitó a almorzar en esa ocasión, pero él sólo le aceptó a condición de que se le sirviera en el jardín, para estar listo a huir en caso de que se presentara la fuerza pública''. (1)

---

(1) Obra citada, vol. II, págs. 116 - 117.

Mottino una vez llegado a la cárcel, hizo llamar al Santo, por el que sentía una profunda veneración, y aunque ardía en odio contra la sociedad que lo castigaba, y le repugnaba morir en el vigor de sus 27 años, sin embargo, vencido por el irresistible celo de Don Cafasso, dobló la frente y aceptó la condena con sentimientos de sincero arrepentimiento y de sincera resignación. Cuando fué al patíbulo no desmintió su fama de bersagliere. Pidió permiso al Santo para dar dos saltos mortales cerca de la horca, antes de subir a ella, y murió impávido y sereno. Esos saltos, según Don Cafasso, no eran sino venialidades que ciertamente no habrían de impedirle la entrada al Paraíso.

Asaz rebelde a los cuidados de nuestro Santo fué Francisco Delpero, que era considerado como un verdadero tigre por el gran número de homicidios cometidos y por la ferocidad con que los había perpetrado. Habiendo ido Don Cafasso a la cárcel para visitarlo, fué al principio rechazado, aunque no por eso se desanimó. Sin embargo, fué difícil la conversión. Mientras más se le acercaba el Santo, más se retiraba el malhechor. Hubo un momento en que, indignado Delpero, intentó atacar a su visitante, pero éste mostrándole el Crucifijo, le dijo: —Yo no valgo nada, pero Este lo merece todo. El criminal inclinó la cabeza y se dió por vencido; se reconcilió con Dios, y fué ajusticiado en la plaza de armas de Bra, asistido por un sacerdote encargado para ello por el Santo.

Después de que se leía a los condenados la sentencia de muerte, eran confiados a los hermanos de la Misericordia, los cuales, prestándoles toda clase de consuelos, los conducían a la **capilla**, junto a la cual se abría un pasadizo estrecho y cerrado en el que se encontraba una camilla, en la cual se hacía sentar al condenado con una cadena a los pies pero con las manos libres. Se le preparaba el último almuerzo, del que muchas veces participaba Don Cafasso, exhortando al infeliz a tomar un poco de alimento y disponiéndolo a una buena muerte. Es natural que el condenado, después de recibida la sentencia fatal, manifieste total

abatimiento o una reacción violenta de desesperación. Ordinariamente, al caer de la noche, vuelve la calma y se despiertan mejores sentimientos. El Santo aprovechaba estas horas de tranquilidad para preparar a los desventurados al gran paso que les esperaba. El asunto no era siempre fácil. Algunos protestaban entre imprecaciones y blasfemias que querían morir impenitentes. El no se desconcertaba por esto. Tranquilo y sereno, esperaba el momento en que, pasado algún torrente de imprecaciones, llegaban al alma nuevos sentimientos. Conocedor del corazón humano, adivinaba sus movimientos y palpitaciones y lograba dominarlos. En la lucha entre el sacerdote y el condenado, el primero vencía siempre.

Un día se encontraba en capilla un tal Miguel Boglietti, quien, por robar a una viuda, atravesó a su siervo con 25 puñaladas. Viendo entrar a Don Cafasso se volvió a él con mirada torva, y le dijo: —¿Qué viene a hacer aquí? Ya he rechazado varios curas y todos eran mejores que usted; ¿sabe que con dos dedos puedo estrangularlo? Mas el Siervo de Dios con manera suave le dijo: — Yo no le tengo miedo, pues en el nombre de Aquel que aquí me envía, soy más fuerte que usted; no sólo no le temo, sino que espero vencerlo. Y continuando en el mismo tono, poco a poco lo ganó completamente hasta que Boglietti, pronunciando una palabra vulgar, añadió: —Será entonces preciso que me deje ganar de este curita, para que haga de mí lo que quiera. Y se rindió, hizo una óptima confesión, y cobró tal afecto a Don Cafasso, que, por complacerlo, tuvo el Santo que quedarse a su lado rezando el breviario hasta el momento de acompañarlo al patíbulo.

Era consolador ver asesinos y malhechores que, a los pies de Don Cafasso, deponían viejas costumbres de sanguinarios y blasfemos para bendecir a Dios y gozarse en el pensamiento de esperanzas inmortales. Algún ajusticiado, vencido por las sabias industrias del buen sacerdote, exclamaba: “Nunca en mi vida fuí tan feliz como hoy; sí, iré gustoso a recibir la muerte que he merecido por mis crímenes”.



Otros quedaban tan consolados por las reflexiones del Santo, que apresuraban con sus deseos el momento de sufrir el suplicio para reparar las propias culpas. Una vez, un condenado por cuya conversión había soportado el Santo no pocas fatigas, vuelto en sí, le preguntaba si después de tantos crímenes podría salvar su alma. Don Cafasso le respondía: —No sólo lo tengo como posible, sino como absolutamente cierto. ¿Quién te podrá arrebatarse de mis manos? Aunque estuvieras ya en la antecámara del infierno y tuvieses fuera un cabello solamente, ése me bastaría para librarte de las garras del demonio y llevarte al paraíso. A estas palabras replicaba el ajusticiado: —Si es así, muero contento y sea mi vida un sacrificio a Dios en penitencia de mis culpas.

Gozaba Don Cafasso por tales conquistas y lograba encender de tal modo la llama de la fe en los condenados, que hasta se permitía darles comisiones para el cielo: —Oye, dijo una vez a uno de éstos, yo no presto mi asistencia por poco precio. ¿Si te pidiera un favor, me lo negarías? —¿Qué favor puedo hacerle, dijo el otro, encontrándome en tales circunstancias? —El favor es éste: después que mueras, irás enseguida al paraíso; entonces... —¿En seguida al cielo? ¿Ni siquiera al purgatorio? —No, te irás volando al cielo; y cuando llegues allá, irás a dar gracias a la Virgen. —¿Cómo? A la Virgen antes que al Señor? —Sí, sí, antes que al Señor. —Pero el Señor puede disgustarse. —No, no se ofenderá. —Y si se ofende, diré que fué Don Cafasso quien me lo aconsejó. —Sí, sí; y cuando estés con ella, te arrodillarás a sus pies, le darás gracias y le dirás que también tenga preparado un puesto para mí. Me haces este favor? —Sí, se lo prometo, esté seguro (1).

Llegada la hora fatal, después que Don Cafasso había celebrado la Misa, y dado el Pan Eucarístico al condenado, se presentaba el verdugo diciendo que había sido encargado por la justicia para ejecutar la sentencia; le ponía al cuello

---

(1) Relación Tarmietti.

el lazo que bendecía el sacerdote, y le amarraba los brazos con una cuerda; luego lo hacía subir al carro que debía conducirlo al lugar de la ejecución.

Al toque de la campana se reunía gente de todas partes, se formaba el cortejo fúnebre, y en medio de una turba de esbirros de la justicia aparecía sobre el carro un hombre atado, con una cuerda al cuello, teniendo a su lado los verdugos y un sacerdote que encomendaba su alma; este sacerdote era Don Cafasso. Durante el camino lo consolaba, y como para sustraerlo a la vista del pueblo, le ponía ante sus ojos el cuadro de la Virgen o de algún Santo. Le decía las palabras que solía dirigir a los condenados: "Animo, amigo mío. Dentro de poco estarás en el paraíso en compañía de los Angeles. Cuando esté allí, ruegue por mí, para que también yo pueda ir". Tenía el don especial de trocar la desesperación en viva esperanza y encontraba siempre palabras oportunas para levantar el ánimo deprimido de aquellos infelices que, tranquilos y resignados, no parecía que fueran al encuentro de la muerte.

Sabemos por los procesos que una vez, durante el trayecto, se verificó una conversión. Don Cafasso estaba al lado de Carlos De Michelis, quien por haber asesinado, por motivos de intereses, a su suegra octogenaria, había sido condenado a la horca. El Santo no había podido, a causa de una indisposición, ir a visitarlo para prepararlo al gran paso; no se había encontrado con él sino en la mañana del 13 de marzo de 1856, cuando el ajusticiado salía de la capilla. Hasta aquel momento el asesino había rechazado los sacramentos entre blasfemias e imprecaciones, así que, cuando el párroco de la iglesia de la Misericordia y otro sacerdote lo presentaron como irreductible a Don Cafasso, el Santo sacerdote exclamó: "¡Oh! aún no hemos llegado al lugar del suplicio". En la primera parte del camino, de Michelis no grita, no blasfema, sino calla; pero acerca de la confesión, ni una palabra. Pasando adelante de la iglesia del Carmen, el carro se detiene y según costumbre se imparte la bendición con el Santísimo Sacramento; mas el ajusti-

ciado no da señal de devoción. Continúa el carro por una callejuela solitaria, y he aquí que de pronto hace un esfuerzo para levantarse, pero no pudiendo hacerlo, atado como estaba, inclina la cabeza reverente. ¿Qué había sucedido? Sobre el muro de la casa marcada con el número 8, perteneciente a la familia Valzetti, estaba pintada la imagen de la Consolata, y él la saludaba. Ese desgraciado, había aprendido desde niño a descubrirse delante de toda imagen de la Sma. Virgen, y era éste el único acto de piedad que practicaba. Está salvo —exclamó entonces Don Cafasso—, Nuestra Señora no lo dejará perecer. Se le acercó más y en ese breve trayecto logró confesarlo y al descender poco después del sitio donde se había llevado acabo la ejecución, exclamó con santo júbilo: —También éste se ha salvado.

El Cardenal Cagliero, que en su juventud había asistido a dos de estas dolorosas escenas que jamás se olvidan, así no las describe en su declaración juramentada: “Hacia el fin de 1853, un día de invierno, mientras caía abundante la nieve, se comentaba en Turín la sentencia que condenaba a tres prisioneros, la cual debería ejecutarse esa misma mañana. Algunos muchachos del Oratorio, llevados por la curiosidad, y ya que no vivíamos lejos del sitio de las ejecuciones, nos mezclamos con la gente que suele asistir a tales espectáculos. Ya habíamos visto aparecer sobre el primer carro al más viejo de los condenados. Lo acompañaba Don Cafasso. El aspecto y el porte del Siervo de Dios, llamaba grandemente la atención. Su rostro, más que de hombre, parecía de ángel, y esta impresión no la olvidaré mientras viva. Estaba radiante y lleno de santa solicitud por la salvación de ese pobre desgraciado. Vi que el condenado subía lentamente la escalera del patíbulo. Cerca de ahí, en una escala adyacente, lo acompañaba Don Cafasso. Llegado al tablado de arriba, lo estrechó tiernamente sobre su corazón, le dió a besar el Crucifijo, hablándole en voz alta, y lo entregó al verdugo. Después descendió por la misma escalera con una palidez angelical en el rostro e

inundado de santo gozo por haber salvado un alma. En seguida llegaron los otros dos ajusticiados, acompañados por otros dos sacerdotes, también ellos piadosos y llenos de bondad, mas no recibí de ellos como de Don Cafasso la impresión de que era un ángel visible de la tierra que representaba a un ángel invisible del cielo.

“Vi también al Siervo de Dios acompañar a otro de estos infelices, que fué ajusticiado detrás de los tablados de la ciudadela; ni siquiera pensaba en el trance terrible que lo aguardaba. Cuando pasó delante de un cuartel, se puso a gritar alegremente a los soldados: —¡Viva la patria! toquen los tambores, etc., etc., mientras el Santo lo invitaba sonriendo a sentarse, le presentaba el Crucifijo y le exhortaba a dirigir su pensamiento al Paraíso, en donde encontraría la verdadera alegría. Todo esto lo observé y oí mientras el cortejo pasaba a muy pocos metros de distancia”. (1)

En el palco de la muerte, la figura de Don Cafasso resplandecía con una aureola de luz sobrenatural. En efecto, llegado el momento supremo, el jefe de la cofradía de la misericordia vendaba los ojos al condenado; y Don Cafasso, dándole de nuevo la absolución, le presentaba el Crucifijo para que lo besara, y luego subía la escalera de mano de la izquierda para estar también a su lado, mientras el pobrecito, precedido por el verdugo, subía la de la derecha. Una vez se le rompió al santo sacerdote la escalera y rodó por tierra. El pueblo comenzó a gritar contra la falta de previsión de la autoridad, mas Don Cafasso lo calmó asegurándole que arreglaría por su propia cuenta la escalera. Y en aquel estrado tenían lugar escenas conmovedoras. Diálogos breves, pero llenos de ternura infinita entre el condenado y el hombre de Dios. Este, con su palabra y con su mano levantada para bendecir, le abría en un instante el reino de la felicidad.

Sucedió una vez que un condenado, después de haber subido al estrado, rogó al verdugo que le aflojara un poco

---

(1) Proceso Apostólico, Sesión XLV.

la cuerda porque deseaba decir unas palabras a la gente. Le fué permitido. Pero prolongándose su discurso, el verdugo se volvió impaciente al Santo para que lo hiciera terminar. Don Cafasso arregló en pocas palabras el asunto: —Buen hombre, el Señor lo espera en el cielo. ¿Para qué hablar ahora con los hombres? El condenado interrumpió al punto su discurso, y se apresuró a volar al cielo para unirse con su Dios. En el cumplimiento de estos sublimes actos de apostolado jamás tuvo Don Cafasso un momento de debilidad. Ante el lazo que truncaba horriblemente una vida, permanecía firme y sereno. Una vez cumplido el castigo, bajaba pronto de la tarima, aún para guarecerse de las piedras que, no rara vez, tiraba la multitud al verdugo.

Bendecido el cadáver, que bajaban de la horca, para ser colocado en un féretro, el hombre de Dios iba a la iglesia de la Misericordia, donde oía la misa que se celebraba en sufragio del muerto. A la salida del templo encontraba una turba de pobres, a los que daba limosna. También ésta era un medio de sufragar a los pobres extintos, cuyo cuerpo martirizado por el último tormento quedaba en la tierra, mientras su alma iba en busca de Dios.

No sólo en Turín sino también en Saboya, Asti, Vercelli, Cúneo, Pont, Alejandría, Romano Canavese, iba Don Cafasso a asistir a los condenados. No por nada lo llamaban **el sacerdote de la horca**. Pero él supo santificar este horrendo instrumento de muerte, convirtiéndolo en medio de salvación. Merced a su obra los ajusticiados se salvaban, porque habiéndose arrepentido y expiado sus delitos con el sacrificio de la vida, se ganaban el cielo al aceptar un suplicio tan cruel. Por eso les llamaba Don Cafasso **sus santos ahorcados**, y encomendándose a su intercesión obtenía cuantos favores necesitaba.

#### EL GENERAL RAMORINO.

Entre los ajusticiados que merecieron la asistencia de Don Cafasso se distingue un personaje histórico que, por su nombre, su posición y por los trágicos hechos que acom-

pañaron el último período de su vida, llamó la atención de sus contemporáneos. Hablo del general Ramorino.

“Jerónimo Ramorino, escribía el canónigo Colombero, había nacido en Génova en 1792. Desde los 17 años fué soldado; después oficial a las órdenes de Napoleón, y después de las campañas napoleónicas, y de vivir entre los franceses, cuya lengua y costumbres se había apropiado, se estableció en Saboya. En 1821 combatió con los revolucionarios sobre las riberas del Agogna, contra las tropas del rey Carlos Félix, y en 1830 ofreció su espada a la insurrección de Polonia, en donde, nombrado general, dió motivo para sospechar de la lealtad de su conducta y mereció graves sanciones por desobediencia a las órdenes recibidas. Después de tomar parte en algunos combates en España, regresó a Francia, donde se enroló con los más exaltados de los republicanos y se mostró entusiasta seguidor de Mazzini, por lo cual fué entonces tenido por el futuro jefe de las rebeliones que se maquinaban en las sociedades secretas contra el legítimo gobierno. Comenzó su misión con la imprudente y ridícula expedición mazziniana contra Saboya en 1837, pero las sospechas nacidas contra él en las guerras de Polonia no se habían disipado del todo. Los mismos que usaban de sus servicios desconfiaban de él, y cuando constataron el desafortunado éxito de su empresa en que unos pocos carabineros dispersaron su tropa, lo acusaron de traición.

En 1840 llegó a Italia a ofrecerse, pero el gobierno de Turín y el provisional de Milán, a causa de la dudosa fama del general, no quisieron aceptar sus servicios. Se presentó entonces al general Alfonso La Marmora, pero tampoco fué atendido. Mas el partido democrático que, con las incitaciones del círculo Della Rocca y los artículos de los diarios casi se imponía al gobierno, dando crédito a las fanfarronadas del que decía sentirse capaz de ir con 20.000 hombres hasta Viena, o más bien por otros fines, hizo viva y continua presión para que fuera distinguido en el ejército con las insignias de algún alto empleo. El ministerio democrático que lo había hecho elegir diputado, lo nombró entonces co-

mandante de la legión lombarda, compuesta de los voluntarios de las distintas provincias. El habría debido fundir juntamente y armonizar tan diversos elementos, instruir a los noveles soldados, disciplinarlos y habituarlos a seguir las órdenes con prontitud y precisión, infundirles espíritu militar y sentimientos de solaridad. Pero no se dió por entendido; indolente, perezoso y charlatán, ni se preocupó por ello, y talvez ni siquiera estaba en grado de hacerlo. Hombre sin carácter y sin convicciones, Ramorino era un verdadero aventurero, revolucionario, capaz tan sólo de las mentiras más inverosímiles, y el hombre más inepto para asumir la realidad de cualquier mando y sostener su responsabilidad. Durante los meses que pasó en el ejército con su división, más bien que ocuparse de asuntos militares, se dedicó a la política; en lugar de aplicarse a la instrucción y disciplina de sus subordinados, pasaba días y noches enteras en las tabernas o en las plazas públicas, desbarrando contra el gobierno que no era capaz de declarar la guerra. Y cuando la guerra llegó, apenas divisó al enemigo, volvió la espalda, como ocurre casi siempre a los charlatanes. (No se sabe si para proceder así, lo guiaba alguna secreta instrucción).

Cuando se rompieron hostilidades con Austria en 1849, él, con su división colocada en la extrema derecha del ejército piemontés, tenía orden de atravesar el Ticino, y apoderarse de Pavía o por lo menos impedir que los austríacos pasaran ese río y penetraran en territorio piemontés; y en el peor de los casos, resistir para retardar lo más que se pudiese el avance sobre Mortara y Nazario y reunirse después al resto del ejército. El general, en cambio, dejó sus fuerzas a la orilla del Po, enviando sólo un batallón de bersaglieres y un regimiento de infantería al lugar que habría debido ocupar, mientras él, en un momento tan decisivo, se dirigió a Stradella a divertirse en poco honesta compañía, sin cuidarse ni mucho ni poco de sus gravísimas responsabilidades. Como si eso no fuese bastante, con increíble ligereza, juzgando lo mejor, envió al cuartel general un

parte con el anuncio del avance enemigo, llamándolo reconocimiento sin importancia. Esta desobediencia fué una de las causas que precipitaron aquella campaña a tan rápida y dolorosa catástrofe. Su comportamiento fué calificado de traición por unos, de impericia por otros; por otros como efecto de rabia y envidia por no tener el comando supremo, y por antigua rivalidad con el general en jefe. El hecho es que una desobediencia de tal género a las órdenes recibidas, máxime en tales circunstancias, es un delito que, según los códigos militares de todas las naciones, merece la pena de muerte.

Llamado inmediatamente al Comando Supremo a dar cuenta de su conducta, Ramorino huyó a Suiza, aumentando así las sospechas de traición; después, confiando talvez en que el partido republicano lo defendería, volvió a Italia. Arrestado por sentencia del 4 de mayo de 1849, fué condenado a muerte, previa degradación. Los periódicos del partido radical protestaron contra esa sentencia y se pusieron en movimiento todas las influencias. Hasta la corte llegaron los clamores para implorar del soberano el perdón. El rey lo indultó del deshonor de la degradación; pero fué imposible obtener la condonación de la pena de muerte, por razones de alta política. El nuevo rey Víctor Manuel lo habría perdonado, sin duda, si el asunto hubiera dependido de él, pero había de por medio excepcionales circunstancias. Es bien sabido que a las derrotas suceden las recriminaciones de los partidos adversos y se decía entonces que el desastre de Novara era un plan preparado con anticipación y de acuerdo con el rey; por lo tanto, el perdón del delincuente, habría aumentado las sospechas". (1)

Una santa muerte debía, sin embargo, coronar esa vida tan llena de acontecimientos en que se alternaron sin tregua las sombras más oscuras y las más negras sospechas. La belleza de esta muerte se debe a la obra de José Cafasso.

Al presentarse el Santo a las cárceles de la Ciudadela para exhortar al general a confesarse, oyó esta brusca res-

---

(1) Colombero, obra citada, págs. 225 y 228.



puesta: —Mi presente estado no tiene necesidad de estas humillaciones.

Continuó, no obstante, visitándolo y no sólo lo confesó sino que se ganó plenamente su confianza. Pasaba horas enteras con él para resignarlo a la voluntad de Dios, y lo consiguió después de que el Rey lo libró de la pena de la degradación y conmutó en fusilamiento de frente el que le había sido decretado por la espalda. La noche del 21 de mayo de 1849, víspera de la ejecución de la sentencia fatal, estuvo el sacerdote al lado del general, que se confesó nuevamente, y no quiso que el digno ministro de Dios lo abandonara. Por la mañana Don Cafasso celebró la santa Misa y dió el Viático al general. Habiéndole hecho saber el Santo que era tiempo de partir, Ramorino tomó un poco de agua azucarada y subió al carruaje.

Lo que sucedió en la última hora nos lo narran testigos oculares, cuyas relaciones así resume De Robilant: “Durante el trayecto de la Ciudadela al lugar del suplicio, Don Cafasso, al ver la multitud que lo rodeaba, dijo al general: vea cuanta gente hay; ¿no sería bueno que usted les predicase? Más valor tendrá una de sus palabras que cien de las mías. Y como el general se excusase afirmando que no sabía qué decir, le respondió el Santo: —Yo le digo lo que debe hacer para que la prédica resulte eficaz, edificante, fructuosa: tome el Crucifijo y béselo delante de todos—. El general siguió puntualmente el consejo, y a la vista de todos besó con reverencia a Jesús Crucificado; la multitud le respondió con un estremecimiento de santa edificación. Llegados al marco de la plaza de armas, descendieron del coche y Ramorino se encaminó marchando entre los soldados, al compás del redoble de los tambores. —Por favor, le dijo el buen sacerdote, acorte el paso porque yo no puedo seguirlo así—. Y el general accedió una vez más a sus deseos. Llegados al lugar del suplicio, siempre recogido en los pensamientos que le insinuaba Don Cafasso, el antiguo mazziniano pidió nuevamente la absolución y la recibió de rodillas y con edificante piedad. Entre tanto las

tropas que los acompañaban hicieron una rápida evolución, y mientras Don Cafasso se ponía en seguro, su convertido presentó el pecho a un pelotón de viejos militares de bigotes grises. El había preguntado poco antes al Siervo de Dios si para dar prueba de su valor podía ordenar él mismo el fuego, pero le fué respondido que no. Y dada la orden oficial, cayó atravesado por cinco balas". (1)

Don Cafasso, reconociéndose en oración, confió aquella alma a la misericordia del Padre celestial, que perdona con generosidad las culpas de los hijos, regocijándose de poderlos admitir al reino de su gloria.

---

(1) Obra citada, vol. II págs. 144 - 145.

## CAPITULO XII

# CONSEJERO E INSPIRADOR

**Oráculo del laicado y del clero — Cómo aconsejaba a los párrocos — Por las vocaciones eclesiásticas — Cómo favoreció a Don Bosco y a su obra.**

### ORACULO DEL LAICADO Y DEL CLERO.

Pocos hombres en el siglo XIX alcanzaron esa penetración, ese discernimiento, esa sabiduría y certeza de juicio que brillaron en nuestro Santo. Todos los que recurrían a él para pedir consejo en los casos más difíciles, estaban ciertos de escuchar de sus labios una palabra que, por estar libre de toda pasión humana, llevaba consigo el sello divino de la verdad y se adaptaba admirablemente a todas las necesidades individuales. ¿Era éste un efecto de sus estudios y de la larga experiencia adquirida en el manejo continuo de hombres y de cosas? También otros habían estudiado lo mismo que él y mucho más aún; pero el don que él poseía de dar consejos fáciles y seguros, era algo singular que se le atribuía como un don extraordinario.

La afluencia de personas que acudían a él en busca de norma y dirección para sus asuntos y el feliz suceso que demostraba siempre cuán rectamente había él juzgado de las cosas, no podría en manera alguna explicarse si no se admitieran en él, luces sobrenaturales que le ilustraban en todas las contingencias de la vida.

Por lo demás, ya se trate de eminentes dotes intelectuales, de intuiciones sagaces o de carismas sobrenaturales, es el hecho que Don Cafasso poseía una facilidad especial y una superioridad incontrastable para resolver las más intrincadas cuestiones. Sin perder tiempo en consultar libros o autores, veía las cosas como por intuiciones y su respuesta era siempre clara, breve y bien determinada: daba perfecta seguridad a quien la recibía, y aquietaba de igual manera la mente y el corazón. El consejo del Santo era considerado como un oráculo que disipaba toda duda, alentaba en los trabajos de la vida, y daba aliento y fuerza para soportar fatigas y sostener ocupaciones gravosas y difíciles.

Muchos, al recurrir a él en casos muy complejos, no hallaban el modo de manifestar todo lo que torturaba su conciencia... Pero el Santo comprendía en un momento cuanto querían exponerle; y como si leyese en el corazón de quien le hablaba, con sorprendente desenvoltura, resolvía al punto toda dificultad. Es típico el caso del teólogo Pedro Peyretti, canónigo de la Metropolitana de Turín y profesor del Seminario, hombre de poderoso ingenio, de estudios profundos y de admirable claridad de exposición, quien narraba que una vez, habiendo encontrado cierta dificultad cuya solución no pudo hallar valiéndose de sus conocimientos, tuvo la inspiración de ir a Don Cafasso, quien se dió en seguida cuenta de la dificultad del teólogo, y le dijo: —Señor profesor, usted quiere decir esto y esto, ¿verdad?— Y en pocas palabras le presentó el caso en forma tan precisa que el teólogo no disimuló su admiración. —Pues bien, añadió el Santo, haga así.— Y el profesor no sólo quedó satisfecho y tranquilo de tal decisión sino maravillado de la prontitud con que había sido hallada.

No es de admirar, pues, que no sólo de Turín sino de todas las provincias subalpinas, gentes de toda clase y condición venían a buscar los consejos de nuestro Santo. Laicos y eclesiásticos, doctos e ignorantes, nobles y plebeyos, fervientes católicos y personas indiferentes, lo acompañaban

por la calle o se le acercaban en la iglesia, o se hacían anunciar en el locutorio de su casa. El a nadie rechazaba. Rendido por tantas fatigas y agobiado por tantos trabajos, se entretenía con todos, tratándolos con la mayor cordialidad. Aun cuando el visitante perteneciera a la categoría de los rudos e ignorantes que nada entienden o a la de los fatuos a quienes nada satisface, nunca dejaba escapar una palabra o un gesto que indicase impaciencia o fastidio.

Muchos políticos de su tiempo iban a consultarlo sobre asuntos tocantes a la propia conciencia. El ministro Alfonso La Marmora, fué uno de ellos. “Una tarde, afirma Bargetto, sacristán de la iglesia de San Francisco, el Siervo de Dios me dijo que estuviese listo a abrir la puertecita bajo el atrio a las 3 y media, porque a esa hora vendría un hombre alto a buscarlo. Llevado por la curiosidad, le pregunté quién era, mas el Siervo de Dios no quiso decirme. Por la mañana hice como se me había ordenado y con gran sorpresa reconocí al ministro de Guerra, Alfonso La Marmora. Lo introduje a la capilla de San Buenaventura, y me retiré. Estuvo hablando con Don Cafasso por espacio de una hora, y esto se repitió cerca de 15 veces, por los años de 1857 y 1858”. (1)

El clero sobre todo, aprovechaba los consejos de este hombre de Dios. Humildes sacerdotes, canónigos de las catedrales o de la Metropolitana, miembros del clero regular recurrían a Don Cafasso en busca de consejo. Desde el teólogo Roberto Murialdo, llamado el **Santo**, hasta el famoso Don Santiago Margotti, fundador y director del diario “La Unidad Católica”; desde el piadoso teólogo Juan B. Borel, hasta el sacerdote Carlos Ferreri, eximio predicador y estimadísimo del clero; era toda una serie de sacerdotes de sólida piedad y ejemplares virtudes que se dirigían a él, consultando su opinión, exigiendo un parecer que después ejecutaban fielmente. Scavini, célebre moralista de Novara, al salir de la habitación del Santo, no pudo menos de ex-

---

(1) Del proceso ordinario.

clamar: “¡Qué hombre es este Don Cafasso! Creo que no haya otro como él en materia de moral”. El canónigo preboste de la catedral de Asti, Juan Cerruti, afirmaba a su vez: “Desde el momento en que tuve la fortuna de acercarme y conocer al Siervo de Dios, recibí siempre de él las más santas impresiones. Fuí profesor de Teología, fuí párroco, fuí canónigo penitenciario y en todos los cincuenta y más años de este ministerio, muchas veces recurrí a él en busca de consejo, y siempre experimenté cómo dirigía a las almas según el espíritu del Señor. Una vez en que, por desgracia, no seguí puntualmente sus avisos, tuve que arrepentirme y llorar las consecuencias”.

Para todos los sacerdotes tenía palabras de aliento y de consuelo. A los que por defecto de salud o capacidad no sabían cómo desahogar su celo; a los capellanes que se quejaban de no saber emplear bien su tiempo; a los sacerdotes que disponían de bienes de fortuna y a los que pasaban por estrecheces financieras; a los que estaban afligidos por contradicciones y calumnias y querían acudir a los tribunales para que se reparase la injuria infligida; a todos daba consejos tan sensatos y saludables, que se iban contentos y satisfechos. Los sacerdotes que desgraciadamente habían pisado en falso, encontraban en él no sólo el consejero iluminado sino al providencial protector que los salvaba. Dos sacerdotes que habían manifestado ideas perversas y amenazaban apostatar, después de haberse entretenido un poco de tiempo con Don Cafasso, se convirtieron y, después de retractarse de sus perversas intenciones, vivieron honestamente. El teólogo Luis Vinardi, párroco de Ogianico refiere: “Un día, al rededor de 1874 se me presentó en la sacristía un joven sacerdote de familia noble y distinguida, con una carta de Don Cafasso. En la misma, me narraba confidencialmente el Siervo de Dios que aquel pobre sacerdote había sido inducido a cometer una grave falta, y que su dolor era tan grande que temía cayese en la desesperación. E informado de que yo conocía a su anciano padre, lo reco-

mendaba a mí caridad para que lo tuviera por algún tiempo en mi casa, lo consolase y lo animara a confiar en Dios, que ciertamente lo habría perdonado al verlo tan arrepentido de corazón. Así lo hice. El sacerdote permaneció en mi casa más de un año; después fué como capellán de una parroquia de la Arquidiócesis, donde aun hoy se encuentra (1892) trabajando en la viña del Señor, con gran provecho de las almas". (1)

Muchos prelados y vicarios generales buscaban también sus autorizados consejos. Convendría citar aquí los nombres más ilustres del episcopado piamontés. Baste recordar lo que dijo de nuestro Santo el obispo de Pinerolo, Mons. Lorenzo Renaldi, quien encontrándose un día en la pequeña **Casa de la Divina Providencia**, con el sacerdote Domingo Bosio, le dijo con aire de profunda satisfacción: "Acabo de estar con Don Cafasso, rector del Convictorio. Me dirigí a él en busca de consejo, y me dejó plenamente satisfecho; lamento únicamente no haber conocido mucho antes a tal hombre. En dos palabras respondió a mi pregunta, resolviendo todas las dudas y dificultades, después me enseñó brevemente la mejor manera de gobernar una diócesis.

Más de veinte obispos reconocieron en Don Cafasso a un consejero e inspirador iluminado de las diversas obras emprendidas en sus respectivas diócesis. Era natural que un consejero de tan certero juicio, fuese el oráculo de la curia. Mons. Fransoni, Arzobispo de Turín, además de poner en él toda su confianza, para la elección de los vicepárrocos, lo nombró examinador sinodal, lo invitó a tomar parte en las más importantes comisiones de teólogos, lo visitaba a menudo en el Convictorio, y al ser desterrado recomendó a su vicario general que acatará los consejos de Don Cafasso y le prestara todo el auxilio que pudiese. Y las cartas que escribía desde el destierro confirmaron siempre

---

(1) Relación Vinardi.

el alto concepto que se había formado de nuestro Santo. Una prueba de la gran estimación que Mons. Fransoni tenía a nuestro Santo, se deduce del hecho que el ilustre prelado no se prestaba a recibir denuncias a menos que supiera que Don Cafasso obligaba a ello, aunque otros confesores lo hubieren impuesto. Es interesante lo que escribe a propósito uno de sus alumnos; escuchémoslo: “Se presentó al Siervo de Dios una mujer a manifestarle su intención de ir a la curia a denunciar el mal trato de que, según decía, había sido víctima. Examinando el asunto, el Siervo de Dios le aconsejó que no dijera nada; ella, sin embargo, se dirigió a Monseñor Fransoni. Fué por casualidad o porque así lo tenía dispuesto la Divina Providencia, acertó ella a entrar en el despacho Arzobispal en el momento en que salía Don Cafasso. Su excelencia, enterado del objeto de la visita, entabló con ella el siguiente diálogo: —¿Ha pedido consejo antes de presentarse aquí para esta denuncia? —Sí, excelencia. —¿A quién? —Al sacerdote que acaba de salir. —¿Y qué le ha dicho Don Cafasso? —Me aconsejó que no me presentara, pues en mi caso no había tal obligación. —¿Y usted no le ha obedecido? Pues sepa que yo mismo pido consejo a Don Cafasso y sigo siempre sus indicaciones. —Si usted no quiere obedecerlo, bien puede irse que yo no escucho sus informaciones. Y así la despidió”.

Los consejos del Santo ayudaron también a la persona del Sumo Pontífice Pío IX, quien, durante el destierro en Gaeta, el día de la Inmaculada, iba a ser agredido y muerto en el templo por doce individuos, disfrazados de sacerdotes y de guardias del Rey de Nápoles. Don Cafasso, habiendo conocido la trama urdida por un grupo mazziniano de Ginebra, avisó a un Monseñor piamontés que acompañaba al Pontífice; y así la policía pudo arrestar a los sicarios, a quienes se había confiado tan pérfido intento. El consejo de Don Cafasso ahorró a la Iglesia y la cristiandad, el horror y la vergüenza de un tremendo crimen.



## COMO ACONSEJABA A LOS PARROCOS.

Sería cosa útil y muy del agrado de todos los párrocos el que recogeríamos aquí en pocas páginas, los consejos que el Santo dió a esta rama tan importante del clero, que tiene confiada a su cuidado la cura de las almas. Séame permitido referir algunos sabios consejos que pueden servir de norma, tanto a los sacerdotes que aceptan el desempeño de una parroquia, como a los obispos que la confieren.

¿Qué edad es de preferirse para la entrega y aceptación de una parroquia?

“Es mucho mejor, enseñaba Don Cafasso, recibir la parroquia cuando joven más bien que en edad madura. El párroco joven tendrá tiempo para ver crecer en virtud sus feligreses, gracias a sus trabajos y a su predicación. Cuando se puede decir a alguno, yo te bauticé, yo te enseñé las primeras verdades de la fe, cuánto amor, cuánto respeto y cuánta docilidad se aseguran”.

¿Se deben escoger las parroquias más ricas o es preferible el total abandono en la Divina Providencia? Sobre este punto Don Cafasso recomendaba absoluto desinterés, exhortando a no ambicionar las parroquias dotadas de más cuantiosa renta, sino buscar en todo la gloria del Señor. Y a uno de sus alumnos, que acaso poco satisfecho por tal consejo, observaba que al fin de cuentas, para un párroco es “siempre mejor que le sobre y no que le falte”, respondió el maestro: “Sí, sí, pero mientras no se haga buen uso de eso que sobra, nadie puede asegurar su eternidad”.

¿Se puede aspirar a la parroquia que nos vió nacer y crecer? Don Cafasso jamás aprobó tales aspiraciones recordando las palabras de Jesús: NEMO PROPHETA ACCEP-TUS EST IN PATRIA SUA. Decía que los parientes, amigos y compañeros nos recordarían los defectos de nuestra juventud y la familiaridad que habíamos tenido para con ellos mismos, y estos son escollos poderosos para cumplir satisfactoriamente el sagrado ministerio. “Cuántas veces a un párroco en tales condiciones, podría recordarse el **Medi-**

ce cura teipsun y entonces vería que sus sermones son menos escuchados y su confesonario rodeado con poca confianza. Y oirse luego tutear y llamar con los nombres de hijo de fulano o de sutano sería cosa que disminuiría mucho su prestigio”.

¿Cómo conducirse con las personas del servicio y en sus relaciones con los parroquianos? Pague a la criada su salario a fin de cada mes, y no le permita entrometerse en los asuntos de los parroquianos. El párroco debe amar su casa, y mantenerla con decoro, pero sin lujo. No entable amistades innecesarias ni busque entretenimientos profanos. No haga fácilmente confidencias a nadie con la ilusión de que los secretos tan inconsideradamente comunicados han de ser guardados. No vaya a otras casas sino cuando lo exigian la gloria de Dios, el deber y las obligaciones de cortesía. Aun en las más íntimas fiestas, se requiere mucha prudencia. Con ocasión de matrimonios y bautizos, en la iglesia, sí; en la casa, no, al menos por aquel día.

¿Cuál debe ser la residencia habitual del párroco? Además de la casa cural, la iglesia. ¡Qué hermoso, decía, cuando la gente va a buscar a su pastor y oye contestar: “voy a llamarlo, está en la iglesia”! Y en la iglesia el párroco debe portarse devotamente. Al verlo los fieles rezando en la iglesia el Oficio Divino, ante Jesús Sacramentado, celebrando la Santa Misa con piedad edificante, se sentirán movidos a frecuentar los Santos Sacramentos y a imitar su devoción.

¿Cómo corregir y amonestar a los hijos espirituales? Es deber de los párrocos, enseñaba el Santo, velar por la conducta de sus feligreses para advertir y corregir a los pecadores; y esto no sólo acerca de los defectos conocidos sino averiguando también los ocultos, tanto para la enmienda del delincuente como para edificación de los demás. Para que la corrección produzca frutos y no se tome mal, debe hacerse amablemente y de improviso para que cause más profunda impresión. Jamás se use el púlpito para reprehender los pecados privados que se cometen en el pueblo.

¿De qué manera debe uno regularse al hablar de su antecesor? Sucede a menudo que el nuevo párroco censura lo que el otro hizo o encuentra todo desordenado o en perfecto abandono, de modo que se ve obligado a sufrir gravísimas fatigas, aún con daño de su propia salud, para remediar tan grande descuido. Tal conducta no puede ser inspirada sino por falta de tacto y de caridad, de prudencia y de la más elemental educación. Antes de deprimir por orgullo al propio antecesor, es mejor pensar en el que nos ha de suceder, quien quizá obrará con mayor celo y desinterés que el que al presente murmura y critica. ¿Y si realmente no ha dejado buena fama nuestro predecesor? “También en este caso —enseñaba Don Cafasso— no debemos permitir que se hable mal de él. Si no podemos excusar las acciones, excusemos las intenciones; por lo demás, guárdese silencio, o a lo sumo dígase que cada uno tiene sus defectos que muy frecuentemente son conocidos; el Señor en el día del juicio no nos pedirá cuenta de las obras ajenas, sino de lo que nosotros hicimos. En cuanto a los abusos, si en realidad existen, corríjalos el párroco con su conducta, con su oración, con sus mortificaciones, y con las innovaciones que le sugieran la prudencia y el consejo de sus superiores”. (1)

¿Se debe cuidar de los bienes de la parroquia? Indudablemente, pues si los ingresos disminuyeran por negligencia en la administración, se perjudicaría a los pobres y a los sucesores. Mas no quiere decir que el párroco muestre dureza en exigir lo que le corresponde por derecho. Puede ocurrir el caso que por una moneda, por una contribución incompleta, so pretexto de defender los derechos parroquiales, obre en contra de su carácter sacerdotal, tenga disgustos con las familias, pierda la confianza y estimación de sus feligreses y se coloque en posición que le impida continuar haciéndoles bien. Ya sabemos: Hay quienes dicen que están obligados a obrar así para defender los derechos

---

(1) Relación Tarizzo.

que les han encomendado; mas no ven cómo un derecho superior, Dios mismo, les ordena no escandalizar a las almas por cosas tan pequeñas y sin importancia”.

¿Y qué consejos daba a los que en el místico campo encomendado a sus fatigas, encontraban abrojos, espinas y persecuciones dolorosas? El biógrafo De Robilant, apoyado en relaciones documentadas, nos refiere:

“En esa parroquia no me quieren, se lamentaba con él un párroco recién nombrado, mostrándole una carta anónima, recibida del pueblo para que estaba destinado. —Vaya más gustoso aún—, le respondió el Siervo de Dios. Los primeros aplausos de los feligreses han sido la ruina de más de un párroco; en cambio la oposición irracional, trae consigo mucho bien. Afortunadamente usted sí tiene oportunidad de padecer un poco por Nuestro Señor y por el bien de las almas confiadas a su cuidado”.

“Otro sacerdote que después de posesionarse de su parroquia, había encontrado verdadera oposición en su nuevo campo de labores, le preguntaba qué debía hacer. —Ruegue, ruegue mucho por los que le hacen guerra, pero hable siempre bien de ellos —respondió Don Cafasso. Nunca se permita una alusión a las ofensas recibidas. Silencio, completo silencio. Si quiere desahogarse, arrójese a los pies del Crucifijo y hable con Jesús. Así lo hizo el buen párroco y al fin del año, no tenía enemigos.

“Fulano de tal habla muy mal de mí, objetaba un tercero, perseguido. —Déjelo que hable cuanto quiera; procure sólo no darle motivo. —Sé que está tramando algo contra mí. —Peor para él. —Es que además, indispone la gente contra mí. —Una razón más para ir bien con él. —Abusará de ello, estoy seguro. —¡Oh! no hay que darle tanta importancia. Por otra parte, si el bien de la parroquia y el de ese pobrecito exigiera una corrección, habría que hacerla con perfecto dominio de sí mismo, para que se vea que obramos movidos por la caridad y no por la pasión”. (1)

---

(1) Obra citada, vol. II, pág. 180.

Y finalmente, ¿cómo comportarse con respecto al testamento, ya que todo sacerdote debe estar siempre listo? Séame permitido citar aquí una página muy edificante que merecería larga meditación por parte de todos mis hermanos en el sacerdocio, a fin de evitar los deplorables disgustos que a menudo suceden a la muerte de algunos miembros del clero, por la forma como dispusieron de su patrimonio. He aquí los consejos del santo Sacerdote de Castelnuovo:

“La compilación de las disposiciones testamentarias, sea precedida por una novena de meditaciones sobre la muerte. El primer día se puede hacer la meditación sobre la certidumbre de su llegada y sobre la incertidumbre del tiempo, modo y lugar en que ha de sorprendernos. En el segundo, sobre la enfermedad, declarada mortal por los facultativos, pensando en aquellas palabras: **Dispone domui tuae: morieris enim tu et non vives.** El tercer día se debe meditar sobre la propia agonía, imaginándose estar en ese terrible instante, teniendo al lado al sacerdote que nos recita las últimas plegarias. El cuarto día, sobre el último suspiro, el cuerpo ya cadáver, los ojos cerrados, la lengua inmóvil, lo mismo que las manos y los pies; el momento en que visten el cadáver con los ornamentos sacerdotales y las horas que pasaremos después en la cámara ardiente, rodeados de cirios, con un Crucifijo entre las manos.

El quinto meditaremos sobre el momento en que coloquen el cadáver en el ataúd y lo cierren. El sexto sobre la sepultura, el lúgubre sonido de las campanas, la compañía de los parientes, las personas queridas y los que recibieron beneficios de nosotros. El séptimo, el canto de las preces del entierro, recitándolas personalmente. El octavo, el sepelio, la losa de la tumba y el último adiós de los seres queridos. El noveno, en las vanidades del mundo, de sus goces y riquezas, y el abandono de las personas más queridas.

“Después de tal preparación, haga el sacerdote una oración fervorosa y dé principio a su Testamento, pensando con gran atención en los deberes que debía cumplir en vida, en los legados que hubiese descuidado, en la elección del

heredero, en las misas y limosnas que le impondrá. Una vez sellado su escrito, consígnelo a una persona seria y de conciencia, o mejor, a quien reciba sus beneficios, a fin de asegurar su cumplimiento. (1)

En los consejos que impartía Don Cafasso a los pastores de almas hay que admirar al hombre de Dios que tendía a dignificar la suerte del clero y a circundar de una aureola de clarísima luz la frente de los párrocos, a quienes quería hacer con sus acertadas reflexiones y sus inspirados consejos, dignos continuadores de la misión apostólica, la cual no admite sombras ni defectos que manchen su belleza, su dignidad y su decoro.

#### POR LAS VOCACIONES ECLESIASTICAS.

Uno de los mayores méritos del Santo, fué también el de haber dirigido jóvenes clérigos por el camino del santuario, examinando antes su vocación, y ayudándoles luego a alcanzar más fácilmente la meta. Obra ardua y de una responsabilidad suma, es la de conocer la vocación de los jóvenes y encaminarlos hacia un estado especial que pide integridad de vida, pureza de costumbres, renuncia de comodidades y placeres, voluntad firme y resuelta de dedicarse a las obras de ministerio. Una vocación errada, es una desventura irreparable, no sólo para el eclesiástico que, sin ser llamado, sube las gradas del altar, sino para tantas almas que, o son arrastradas por la misma ruina espiritual, o sufren por ello gravísimo escándalo. Don Cafasso, con sus consejos que podríamos llamar infalibles y con las bellas inspiraciones que infundía a las almas que aspiraban al sacerdocio, supo ahorrar muchas desventuras, y dió a la Iglesia sacerdotes y apóstoles que promovieron el bien y fueron ejemplo preclaro de virtudes sacerdotales.

Hablando a los que aspiraban a inscribirse en la milicia eclesiástica, los dividía en tres clases. "Los unos, decía,

---

(1) Relación Tarizzo.

se hacen eclesiásticos sin voluntad; ninguno los obliga, probablemente nadie les ha sugerido la idea; son ellos los que lo desean, mas, por bienes humanos, como medio de subsistencia, por no saber a qué oficio dedicarse, porque les fué mal por otro camino, porque así lo exige la posición de la familia o la esperanza de mejor condición. Otros se hacen sacerdotes con verdadera voluntad, si se quiere, pero limitada hasta cierto punto. No entran persuadidos de la sublimidad de su vocación, ni conocen bien el espíritu y los deberes del estado a que aspiran. Otros, finalmente, se presentan decididos, resueltos a hacerse verdaderos y santos eclesiásticos” (1).

Convencido de que los jóvenes pertenecientes a las dos primeras clases serían inútiles, si no dañosos a la Iglesia, se empeñó infatigablemente en cerrarles las puertas del santuario. Habiéndole una persona rogado que socorriese a un pobre clérigo, dijo al que se lo presentara: —No quiero creer que éste se haga sacerdote; si por desgracia llegara al santuario, sería un nuevo Lutero—. No fué escuchada la advertencia de Don Cafasso, y ese clérigo, ordenado sacerdote, fué motivo de angustia y dolores para sus legítimos superiores. Otra vez, un joven clérigo, que había sido ayudado por el Santo mismo, se le presentó a decirle que no se sentía llamado a la vida eclesiástica. —“Si esta no es tu vocación, le fué respondido, antes que ser un mal sacerdote, vete al mundo y procura vivir como buen cristiano; pero puedes estar seguro que esta resolución no disminuye absolutamente el cariño que te profeso. Si algún día necesitas de mí, no olvides que estoy aquí para servirte”.

Así como era solícito en alejar de la carrera eclesiástica a los jóvenes que carecían de vocación, así trabajaba porque los elegidos de Dios, superadas las dificultades, siguieran el camino del Altar. Los iluminaba sobre el modo de prepararse al gran acto de la ordenación; los aconsejaba abstenerse de diversiones y conversaciones profanas, ya que

---

(1) De los escritos del Santo.

del sistema de vida con que se comienza, depende el buen éxito de una vida sacerdotal; procuraba que adelantaran en el estudio y en la piedad, inculcando sobre todo la práctica de la meditación y a menudo los llamaba a sí, para que le dieran cuenta de sus progresos en los estudios y en el ejercicio de las obras de piedad.

Cuando estaba cierto de la vocación de un joven, ya no lo abandonaba. Si alguna dificultad lo desalentaba, él estaba siempre pronto a reanimar su espíritu y a procurarle los medios más adecuados para alcanzar su altísimo fin. Obstáculos provenientes de la ley de servicio militar, falta de salud o pobreza de familia no desanimaban al Santo, quien, con su influencia, con su paterna solicitud y con su generosidad, hallaba el medio de allanar cualquier impedimento, colmando así las aspiraciones de los jóvenes clérigos. Siempre pronto a socorrer sus necesidades materiales, multiplicaba los subsidios para pensiones y otros gastos de estudios; proveía a los gastos que ocurrían con ocasión de los ejercicios espirituales; aumentaba el patrimonio eclesiástico para algunos muy exiguo; contribuía con mucha liberalidad a fin de que la primera Misa se celebrara con pompa y a gusto de las familias. Al dar, jamás humillaba a ninguno. Insuperable en el trato, daba la impresión de que se le hacía un gran favor al aceptar cuanto dispensaba su generosidad.

A sus consejos se debe, sobre todo, el que el Piamonte católico tuviera siempre muchos e infatigables obreros evangélicos que recogieron óptimos frutos en la viña del Señor. Es aquí oportuno citar un documento que, por su autor y por su contenido, asume un valor extraordinario y una alta significación que redundan en gloria de José Cafasso. El documento salió de la pluma de Juan Cagliero, más tarde Cardenal de la Iglesia.

Dice así: “En 1853 éramos tres los de Castelnuovo que estudiábamos en el Oratorio de San Francisco de Sales en Turín: Angel Savio, Juan Turchi y yo. Don Bosco nos instruyó y educó para la carrera eclesiástica, a la que nos



sentíamos llamados desde la niñez. El nos conocía a fondo, y sabía nuestro deseo de consagrarnos al Señor; empero, por el gran concepto que tenía de Don Cafasso y por el don que todos reconocían en el santo rector del Convictorio, de **escrutador de corazones**, nos envió a él, para que examinara nuestra vocación. El Siervo de Dios, nos recibió con amabilidad verdaderamente paternal, y fué tanta su sencillez y modestia, que no quiso tutearnos, sino tratarnos de **usted**, aunque éramos muchachos, y paisanos suyos. Nos habló luego de la vocación al estado eclesiástico con palabras y conceptos muy sublimes y con tal sentido práctico, unión y ciencia, que nos hizo comprender cuán grande era la gracia de la vocación y cuán alto era el ministerio de un sacerdote. Nos exhortó finalmente a corresponder al llamamiento divino con generosidad y filial confianza en Dios, que hace, con su gracia, suave y dulce el yugo que, según San Juan Crisóstomo, sería de gran peso aún para los mismos ángeles. ¡Oh!, mirad, añadió en tono de santo entusiasmo, yo me hice sacerdote una sola vez, pero si fuera necesario, me ordenaría otras cien veces. Estas palabras no se borraron nunca de mi mente, y nos dejaron a todos impresa la idea del sacerdote santo, piadoso y modesto, todo compenetrado del espíritu de Dios, del bien de la Iglesia, y de la salvación de las almas.

Por esos mismos años, al volver de la escuela de la ciudad, con los libros debajo del brazo, me encontré varias veces en las cercanías de Valdoceo con el Siervo de Dios, y al detenerme yo para besarle la mano, me preguntaba con amable sonrisa: ¿Cómo vas? ¿Sigues siendo bueno y amando mucho a Don Bosco? Y con palabras llenas de bondad me animaba al estudio y a la piedad, llamándolas siempre las dos perlas más preciosas de un joven estudiante.

En 1856, cursando como clérigo el primer año de Filosofía, tuve la fortuna de acompañar a Don Bosco a los ejercicios espirituales en el Santuario de San Ignacio en Lanzo, presididos como de costumbre por Don Cafasso. Yo, que tenía intención de hablar con él acerca de mi alma, no

había salido aún de mi pieza, cuando vi venir hacia mí al santo sacerdote, y con su acostumbrado cariño, me dijo: Sé que necesitas hablar conmigo; ven. Y me llevó a su habitación. Yo sentía por él, el mismo cariño y la misma veneración que sentía por Don Bosco. Me habló por algún tiempo sobre la belleza de la vocación eclesiástica y religiosa, me animó a perseverar en ella, y a continuar al lado de Don Bosco, el cual tiene, me dijo, grandiosos proyectos que llevará a cabo para el bien de la juventud; usted que es de sus primeros alumnos, podrá ayudarlo en esas empresas dirigidas siempre a la mayor gloria de Dios y a la salvación de las almas.

Sus palabras fueron proféticas y tuvieron cabal cumplimiento tanto para Don Bosco como para mí, cuando en 1875 fuí destinado a capitanear la primera expedición de Misioneros Salesianos en la América del sur y a regir como obispo en 1884 el Vicariato Apostólico de la Patagonia". (1)

Así la vocación de Juan Cagliero, sus providenciales ascensos en la jerarquía eclesiástica y la flamante púrpura cardenalicia que hizo más venerada su persona ante la historia, deben algo también a los inspirados consejos de nuestro Santo.

#### COMO FAVORECIO A DON BOSCO Y A SU OBRA.

También el fundador de la Pía Sociedad Salesiana, cuyo elogio ha tejido varias veces mi pluma, nos induce a estudiar y a admirar en Don Cafasso el hombre de Dios que logró inspirar en muchos contemporáneos suyos el deseo y el pensamiento de fundar obras para la santificación de las almas y para alivio de las humanas desventuras, o por lo menos los ayudó eficazmente en sus santas empresas.

La marquesa Julieta Falletti de Barolo, que fundó once instituciones con el fin de proveer a tantas necesidades de la humanidad doliente; el Padre Juan Cocchi quien dió vida a una serie de obras de beneficencia, entre las cuales

---

(1) Relación Cagliero.

es notable el llamado colegio de los Artesanitos, simpática institución que mereció el aplauso unánime de la ciudadanía turinesa; el sacerdote Domingo Sartoris, que fundó el Instituto de las Hijas de Santa Clara; el Abate Francisco Faá de Gruno, antiguo Capitán del estado mayor, fundador de obras pías a favor del Barrio de San Donato; el teólogo Gaspar Saccarelli, que con el instituto de la Sagrada Familia proveía a las niñas pobres y necesitadas de educación; el sacerdote Pedro Merla, quien, con el Retiro de San Pedro ayudaba a las muchachas que salían de los correccionales; Francisco Bono, fundador de las hermanas de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo; el sacerdote Clemente Marchisio, quien erigió el instituto de las Hijas de San José; y Lorenzo Prinotti, quien creaba un instituto para sordomudos pobres; todos ellos fueron formando una falange generosa y valiente de héroes que, atraídos por la fuerza misteriosa de la caridad, recibieron de Don Cafasso luz y fortaleza para realizar esas obras de beneficencia y previsión social que tantos bienes procuraron a la región subalpina.

El nombre de San Juan Bosco completa la serie de estos inolvidables campeones de la caridad y circunda de mayor luz la figura de Don Cafasso, el cual fué maestro acreditado, guía iluminado e insigne benefactor del padre de la ilustre sociedad Salesiana. Hoy la historia reúne estos dos nombres y los consagra para la gloria de la inmortalidad. Bellas, conmovedoras y sinceras son las palabras que escribió Juan Cagliero y que constituyen el más bello monumento de gratitud que los hijos de Don Bosco han erigido a la memoria de San José Cafasso. En esas palabras vibra el corazón de quien supo asociar toda la belleza que irradian las almas de dos grandes santos.

“Nosotros amamos y veneramos, escribe el Cardenal Cagliero, a nuestro querido padre y fundador, pero no es menor nuestro afecto hacia el sacerdote José Cafasso, que fué el maestro de Don Bosco, consejero y guía de su espíritu y de sus primeras empresas, por más de veinte años, de

donde bien podemos decir que la sabiduría, la virtud y las obras de Don Bosco, son la gloria de Don Cafasso. Recordamos, en efecto, que Don Bosco nos decía a menudo: “Tan sólo por obedecerle, me detuve en Turín y bajo su dirección y aliento comencé a reunir a los jóvenes del primer oratorio de San Francisco de Sales—. Preciosa obediencia, santa caridad y sabia dirección que fructificó y continúa dando a la Iglesia y a la sociedad frutos abundantes en las almas de centenares y miles de jóvenes de todo el mundo”. (1)

Juan Bosco y José Cafasso, se habían conocido ya el segundo domingo de octubre de 1827 en la aldehuela de Murialdo. El primero era un muchacho vivo y robusto; el otro era ya clérigo. Se conocieron y comenzaron a estimarse. Juanito volvió a casa muy contento, y dijo a la mamá: —Lo he visto, le he hablado. —¿A quién? —A José Cafasso: es un santo. —Entonces trata de imitarlo; el corazón me dice que un día te ayudará mucho—. Habiendo escuchado el diálogo que tuvo lugar entre su hijo y el clérigo Cafasso, Margarita, que era capaz de comprender la nobleza de las palabras salidas de los labios del clérigo de Castelnuovo, concluyó: —Mira, Juan; un clérigo que manifiesta tales sentimientos, llegará a ser un santo sacerdote; será el padre de los pobres, hará retornar a muchos malvados al camino del bien, confirmará a los buenos en el camino de la virtud y ganará muchas almas para el cielo:

Mamá Margarita, había adivinado muy bien.

Juanito, pocos años después, asistió en Castelnuovo a la primera Misa de José Cafasso. No pudiendo entre tanto seguir sus estudios en Chieri porque su mamá era pobre, sintiendo por otra parte el deseo de abrazar la vida religiosa, pensó hacerse religioso y vestir el hábito franciscano. Alguien le aconsejó pedir consejo a Don Cafasso, y él se encaminó al Convictorio para manifestarle sus propósitos. El santo sacerdote lo disuadió, diciéndole: Siga tranquilamente sus estudios, entre al seminario y secunde lo que la

---

(1) Relación Cagliero.

Divina Providencia le presente. Y Juanito siguió adelante ayudado por los consejos y subvenciones del Santo, hasta que, ordenado sacerdote, tuvo la dicha de celebrar su primera Misa el 6 de junio de 1841, fiesta de la Santísima Trinidad, en la iglesia de San Francisco de Asís en Turín, donde, como él mismo escribe, Don Cafasso era el principal predicador.

Entre tanto a Don Bosco se le habían presentado varias propuestas: mas él, antes de tomar deliberación alguna, quiso consultar al Santo, a fin de conocer la voluntad de Dios. Don Cafasso, después de conocer lo que se le proponía, la insistencia de parientes y amigos y su deseo de entregarse por entero al trabajo evangélico, sin dudar un momento, le respondió: —Usted necesita estudiar moral y Sagrada Elocuencia. Renuncie por ahora a toda propuesta, y venga al Convictorio. Don Bosco obedeció, entró al Convictorio, fué discípulo de Don Cafasso, lo eligió como director espiritual y lo tomó como modelo de perfección; lo seguía a las cárceles, le prestaba su ayuda en muchas obras del sagrado ministerio, especialmente en la predicación y mostraba una pasión especial por enseñar el catecismo a los niños, iniciando así la obra de los Oratorios. Al mismo tiempo sentía una fuerte inclinación a llevar la luz del Evangelio a los infieles y salvajes, entre los cuales encontraría millones y millones de niños. Acariciaba este sueño y se preparaba con el estudio de las lenguas a realizarlo. Mas Don Cafasso lo disuadió, diciéndole: —Usted no debe ir a las misiones; no puede andar un kilómetro en coche cerrado porque se marea y ¿pretende atravesar el mar? Usted morirá por el camino.

Terminado el tercer año de Convictorio, era necesario tomar una decisión. Entre tanto en San Ignacio —escribe Don Lemoyne— se debía dar principio a los ejercicios espirituales y Don Cafasso dijo a Don Bosco: —Para decidir mejor acerca de su vocación, conviene que consulte con Dios. Ruegue, ruegue mucho. Vaya a San Ignacio y dígame a Nuestro Señor que le muestre claramente su voluntad y a

la vuelta hablaremos. Don Bosco se detuvo en San Ignacio, aun durante los ejercicios predicados a seculares y de regreso a Turín, esperaba que Don Cafasso lo llamase para saber qué le diría; mas parecía que él no se diera por entendido; dudoso se presentaba el futuro de Don Bosco. Lo único cierto era que no se quedaría en el Convictorio. De unas palabras del teólogo Guala, había entendido que no eran para él las dignidades diocesanas. Don Cafasso no le permitía el ingreso a una comunidad religiosa ni consagrarse a las misiones extranjeras. ¿Cuál sería la deliberación de su director espiritual? Para investigar su opinión recurrió a una estratagema: se le presentó anunciándole que tenía listo el baúl para irse de religioso y venía a despedirse. El buen sacerdote con su habitual sonrisa, le dijo: —; Cuánta prisa! ¿Y quién pensará de ahora en adelante en sus jovencitos? ¿No cree que está haciendo mucho bien entre ellos? —Sí, es verdad, pero si el Señor me llama al estado religioso, El hará que algún otro se encargue de mis niños. Entonces Don Cafasso muy serio, mirándole a los ojos con aire solemne y paternal, le dijo: —Mi querido Don Bosco, abandone toda idea de vocación religiosa; deshaga las maletas si en realidad las tiene listas y continúe su obra en favor de los jóvenes. Esta es la voluntad de Dios. (1)

Eso era lo que Don Bosco deseaba saber. Inclínó la cabeza y sonrió. En Don Cafasso veía al hombre que inspirado por Dios, le mostraba el camino que debía seguir. Mas Don Cafasso no se limitó a mostrarle el campo de trabajo. Reconociendo que estaba destinado por la Divina Providencia para hacer mucho bien a la juventud, y para llegar a ser el apóstol de Turín, lo envió al **Refugio**, institución fundada por la marquesa de Barolo, y le dijo: —Vaya como director del pequeño hospital de Santa Filomena, y entretanto, junto con el teólogo Borel, trabajará en favor de las niñas de ese instituto. Dios no dejará de hacerle conocer la manera en que pueda trabajar por los niños aban-

---

(1) Lemoyne, "Vida de Don Bosco".

donados. En ese sitio empezó Don Bosco a reunir los días festivos su escuadrón juvenil. La obra se extendió y, puesta bajo la protección de San Francisco de Sales, se consolidaba cada vez más. Las dificultades, las oposiciones, los desmanes, la falta de local, el abandono de los amigos, las prevenciones en contra suya, los manejos e insidias para hacerlo desistir de su ardua empresa que todos calificaban de locura, nada logró abatir a este grande hombre que tenía conciencia de cumplir una noble misión. En sus trabajos, Don Cafasso no lo abandonó; y a cuantos se esforzaban por persuadirlo de que haría un favor muy grande a la Iglesia moderando el celo indiscreto de Don Bosco, respondía con tono profético: **Dejadlo obrar. ¡Ah! si se supiera cuánto vale Don Bosco! Su obra indiscutiblemente hará un gran bien a la humanidad!**

El Santo ayudó a su discípulo con donaciones continuas y generosas que permitieron consolidar y ensanchar la obra de los Oratorios. Cuánto lo haya auxiliado sólo Dios lo sabe, dice Mons. Bertagna, porque muchísimas y muy graves fueron las necesidades de Don Bosco, y muy superiores a las limosnas que le daban: tanto más que, cuando llegaba a tener algunas monedas, contraía al poco tiempo deudas por el doble. Cada vez que se vencía una deuda, se presentaba a su benefactor con la cuenta en la mano y oía estas palabras: Usted no es un gentilhomme porque todos los meses me promete que me pagará y luego se me presenta con otra cuenta. Pero, sonriendo, le daba lo que necesitaba. Y este simpático juego, duró bastante tiempo. Mientras más admiraba Don Cafasso la obra de Don Bosco, y preveía sus inmensos éxitos, con tanta mayor largueza lo ayudaba. En el Convictorio, la presencia del activo y emprendedor sacerdote, era como humo en los ojos al ecónomo, Don Vegliatti, quien no lo conocía con otro nombre que con el de *sacacentavos*; pero el Siervo de Dios, gozaba con su visita porque no ignoraba que su dinero en las manos de Don Bosco se convertiría en riachuelos de oro que

iban a salvar la juventud y a preparar la restauración de la sociedad por medio de la educación juvenil.

Y no contento con socorrer a su discípulo, le conseguía benefactores y lo hacía conocer de personas que estuvieran en grado de sostenerlo eficazmente en su arduo apostolado. Don Veglia que fué uno de los primeros alumnos del Fundador de la Sociedad Salesiana, nos refiere el siguiente hecho que tiene algo de sobrenatural:

“Encontrábase un día Don Bosco en una situación muy apurada, y no sabía a quien recurrir en busca de socorro; según tenía costumbre, acudió primero a Don Cafasso. Con la acostumbrada sencillez, le expuso sus pesares; también Don Cafasso se encontraba en aquel momento en la imposibilidad de socorrerlo; reflexionó un momento, y le dijo: —Vaya por la Nueva Avenida, hacia la plaza de San Carlos, y si alguno lo llama, sígalo y encontrará la Providencia. Don Bosco, dándole las gracias, tomó su sombrero y se marchó por la vía indicada. Y no bien hubo entrado a la plaza de San Carlos, cuando un criado lo detuvo para preguntarle: —¿No es usted Don Bosco? Y oída la respuesta afirmativa, le rogó que fuera pronto a casa de sus amos a visitar un enfermo. Cumplida esta obligación, le detuvieron algún tiempo, y la conversación recayó sobre sus trabajos a favor de la juventud abandonada, sobre las necesidades que lo apremiaban, y sin más, encontró ahí la Providencia que su buen padre espiritual le había anunciado”. (1)

Merced a esta ayuda floreció la obra de los Oratorios y fué una verdadera bendición de Dios. El Santo que había visto en su discípulo al apóstol de los nuevos tiempos y que había admirado su gratitud profunda y sincera, quiso también dejarle una muestra de cariño en el testamento. En él se lee, en efecto, esta cláusula: “Dejo al sacerdote Juan Bosco, de Castelnuovo de Asti, domiciliado en Turín, cuanto me pertenece de la propiedad raíz contigua al Oratorio de San Francisco de Sales, de esta ciudad, región de Valdocco,

---

(1) Relación Don Veglia.



más la suma de 15.000 liras. Con dono también al mismo sacerdote cualquier deuda que haya podido contraer conmigo”.

En este testamento puede apreciarse bien el corazón de Don Cafasso, quien, inspirando, aconsejando, defendiendo y favoreciendo a Don Bosco, se ha asegurado en la historia la gratitud perenne de la posteridad.

## CAPITULO XIII

# RESPLANDORES DE SANTIDAD

**Serafín de amor — Devoción a Nuestra Señora — Caridad con los pobres — Mortificación de asceta — Humildad heroica.**

### SERAFIN DE AMOR.

El espíritu del cristianismo vive y palpita en la vida y el apostolado de los santos; por medio de ellos habla, obra y redime las conciencias y las naciones. Quien creyera que los santos de la Iglesia han sido sólo hombres de Dios, ocupados únicamente en el propio perfeccionamiento espiritual, y que, absortos en un ascetismo de pura contemplación han olvidado a sus hermanos de acá abajo, los hijos del dolor, las víctimas de la maldad humana, estaría completamente equivocado. La vida y la historia de los santos es la vida y la historia de la humanidad que sufre y lucha, pero que en ellos se templa para salir victoriosa y esplendente de los combates. Los santos fueron siempre la vanguardia valerosa y audaz de la gran milicia cristiana, que, con la palabra y el ejemplo, empurpurados con la sangre del martirio y glorificados por la aspereza del sacrificio, fueron los esforzados conductores del pueblo que salvaron mil veces, y al que hicieron gustar los dones magníficos de su caridad.

Hombres extraordinarios, en verdad, que de su inmenso amor a Dios sacaron esa chispa que desarrolló en sus

almas un maravilloso incendio de caridad hacia sus hermanos. Con los ojos vueltos hacia lo alto para alcanzar fuerzas y gracias, posaron las manos sobre la cabeza de la humanidad para bendecirla, guiarla y fortalecerla. Por esto las gestas de los santos se entrelazan con los hechos heroicos de los demás hombres; su nombre es la bandera que simboliza la grandeza de un pueblo; sus sepulcros no son sólo altares ante los que se postran los ciudadanos para armarse de fe, sino también signos que marcan un comienzo de restauración cristiana y civil.

Fulgentes esplendores de santidad brillaron en José Cafasso, quien en un amplio abrazo de amor unió a la humanidad con Dios. Con este amor gallardo y sublime amó a Dios, ante cuya majestad vivía reverente en continua adoración. Amó con generosidad sin par a todas las criaturas, difundiendo en ellas los tesoros de un afecto premuroso que no conoció límites. En las llamas ardientes de este doble amor, que ardía en su alma de cristiano y de sacerdote, está todo el precio de su santidad.

No es fácil expresar cuán profundo y exquisito era el sentimiento de su caridad hacia Dios: "Nacemos para amar, decía, vivimos para amar y morimos para amar más aún". Todas sus palabras, todos sus pensamientos, todas sus obras desde la más tierna edad hasta el último instante de su vida no fueron sino un continuo e ininterrumpido ejercicio de caridad hacia el dador de todo bien. El amor divino fué el alma de toda su existencia y la constante aspiración de su alma purísima. "Por las pláticas que le oí, asegura con juramento el teólogo Félix Reviglio, y por las obras de celo que practicaba por la gloria del Señor, demostraba su íntima unión con Dios, su tesoro, su vida, su todo. Con cuanta verdad podía repetir con el Serafín de Asís: **Deus meus et omnia**. Era evidente que todo lo hacía por Dios, para agradecerle, para difundir su reino. Sus conferencias, a muchas de las cuales tuve la fortuna de asistir, no sólo trataban de moral, sino

estaban encaminadas a formar el corazón de los sacerdotes y a encenderlos en el celo por la gloria de Dios". (1)

El valor del soldado se prueba en el campo de batalla, en la hora del peligro, frente al enemigo que siembra la muerte por doquiera. El genio del artista se revela en el lienzo o en el mármol, donde deja el sello de su inspiración. El afecto de una madre se manifiesta junto a la cuna de su hijo. El amor de un sacerdote hacia Dios se manifiesta sobre todo en el altar, donde, en contacto con los divinos misterios, ve ante sí al Verbo hecho carne, y de esta carne divina se alimenta para vivir de pureza y para luchar con valor. Es aquí donde el amor divino se acendra hasta los éxtasis seráficos que Dios concede a los que saben amarlo. Don Cafasso celebraba la Misa como la celebraban los santos. Gravedad, modestia, recogimiento, fervor, se manifestaban en el rostro, en las palabras, en toda su persona. Era un serafín de amor, embriagado en las dulzuras paradisíacas que sólo experimentan los que ven a Dios con los ojos de la fe y gustan de El con insaciable sed del corazón. Terminado el grande acto, descendía del altar como Moisés del sagrado monte, llevando en el rostro y en todo su sér algo así como las señales de los misteriosos coloquios habidos con Dios. Su aspecto, más alegre que de costumbre, parecía transformarse e irradiar luz celestial.

Lo mismo acontecía cuando se postraba a los pies de Jesús Sacramentado para adorarlo. En tiempos en que el jansenismo y el rigorismo habían echado hielo en los corazones, alejándolos del tabernáculo donde el Dios vivo espera a las almas para colmarlas de gracias y consuelos, Don Cafasso se complacía en pasar ante el Dios Eucaristía el tiempo que sus ocupaciones le dejaban libre, edificando a todos con su aspecto de serafín. Sabemos por testigos oculares que con los ojos fijos en las Sagradas Especies, expuestas a la pública adoración y con las manos juntas en la plenitud de su fervor, dejaba aparecer al exterior la

---

(1) Proceso Apostólico, Sesión 11.

abundancia de afectos que llenaban su corazón, mostrándose tan arrebatado y absorto en su Jesús, que muchos creyeron que con el don de la contemplación tenía también el de ver la santa humanidad. Ningún ruido, por ensordecedor que fuese, habría podido sacarlo de ese estado antes de que hubiese terminado sus desahogos con el divino Prisionero. “Una tarde de **Cuarenta horas** —afirma un testigo—, se fijaron mis ojos en el rostro del Siervo de Dios, y mientras más lo observaba, más insistentemente oía una voz que me decía: Es un Santo.

En el curso de mi vida he pensado muchas veces en esa hora bendita, y me parece verlo como entonces lo vi, llegando siempre a la misma conclusión acerca de su indudable santidad”.

#### DEVOCION A LA SANTISIMA VIRGEN.

Quien ama a Dios en la persona de Jesús, ama también a esa mujer bella y pura que en los designios del Eterno fué escogida para ser madre del Verbo y para participar en el misterio de la redención del género humano. María es un nombre muy amado de la cristiandad. Desde el niño que en los vagidos de la cuna comienza a balbucirlo, hasta el anciano que en el lecho de muerte, invoca confiado su protección, todos los creyentes rodean de ternísimo afecto a la Virgen Nazarena. En su honor se canta el himno secular que vibran todas las notas de ternura, piedad, devoción y gratitud que Ella ha sabido merecerse cumpliendo con soberana generosidad su oficio de madre. Los santos no han podido separar el amor de Dios del amor de María; son como dos notas de una misma arpa, armonizadas en un ritmo que absorbe y junta en un afecto único todas las potencias del espíritu.

José Cafasso decía que para manifestar la devoción a la Santísima Virgen es necesario: “Tener siempre presente a María Santísima como el pensamiento y la vista más dulce y consoladora en esta mísera tierra, sentir y hablar de Ella con gusto y satisfacción, amarla tiernamente como el

objeto más caro a nuestro corazón, después de Dios, poner en Ella ilimitada confianza en todas las contingencias de la vida, y finalmente, mostrarle nuestra devoción con las prácticas y ejercicios que más la agradan". Estos caracteres con los cuales se manifiesta en los santos el amor a María, brillaron con magnífica luz en la persona de Don Cafasso, el cual, al honrar y venerar a la madre de Dios y de los hombres, alcanzó esa ternura y fervor que admiramos en los grandes héroes de la Iglesia.

En efecto, nuestro Santo tuvo siempre en María su pensamiento y su corazón. Profería con respeto su nombre, invocaba sus favores, celebraba con amor sus fiestas, y de Ella obtenía consuelo y fortaleza en las dificultades de la vida. Y como el amor, cuanto más intenso, tanto más sale del corazón y se manifiesta en las palabras, así Don Cafasso no podía menos de hablar continuamente de su buena madre celestial. Desde la cátedra, el púlpito y el confesonario discurría a menudo de la Santísima Virgen con acentos que tocaban el alma y llenaban de devoción. No dejaba escapar ocasión para sugerir pequeños sacrificios y mortificaciones en su honor. La saludaba como a la más tierna de las madres, la compañera, la confidente del sacerdote en las fatigas del apostolado. Por eso, escribía y enseñaba: "El sacerdote que es devoto suyo y que, como otro Jesús le está sujeto, cariñoso y sumiso, no se aleja mucho del divino modelo; vive con ella; con ella conversa y se familiariza; le descubre sus secretos, sus penas y sus consuelos; divide con Ella sus temores y sus esperanzas, con Ella concierta sus empresas y por Ella soporta las fatigas".

Y así como hubiera querido tener mil lenguas para ensalzarla, hubiera deseado tener mil corazones para amarla. Después de Dios, la Virgen era el principal objeto de su amor. Amar es imitar. En verdad el Santo se preocupó siempre por imitar las virtudes más gratas a María; el recogimiento interno, la humildad, la modestia, y sobre todo, la pureza virginal, por la que parecía más un ángel que un hombre. Y de esta pureza inmaculada obtenía la inspi-

ración para despertar en los pecadores horror al pecado. Del amor nace la confianza íntima e ilimitada que anima a pedir sin temor de ser desatendido; Don Cafasso, en efecto, señalaba a María como remedio de todos los males y bálsamo de todos los sufrimientos; invitaba por esto a confiar en la protección de la que, por ser la criatura más grande del paraíso y por haber sido constituida **Reina** del cielo y de la tierra, no dejaba de asistir a los que a Ella recurren con amor y confianza. La protección más eficaz que él aconsejaba a los fieles para sostenerse en las luchas y adversidades era precisamente el amor y la confianza en el poderoso instrumento de la misericordia divina.

Su amor a Nuestra Señora se manifestaba claramente en las prácticas devotas que sabía le eran más gratas: recitar todos los días el Rosario y la Corona de la Inmaculada; llevar el escapulario azul de la Inmaculada y el del Carmen; honrar en su capilla privada una imagen con el Niño en los brazos; rendirle honores especiales en el bello mes de las flores a Ella consagrado; celebrar magníficas fiestas para agradecer la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción; inculcar especiales actos de mortificación en honor de María; eran estas las principales prácticas con que la veneraba, deseando al mismo tiempo que fuera amada y venerada por todos.

El sábado se lo dedicaba todo entero. Rendía especial homenaje a la buena madre en tal día, con oraciones y ayunos, y le pedía como insigne favor la gracia de morir un sábado y de ser asistido por Ella en los últimos momentos de la vida. En el **ejercicio de la buena muerte**, compuesto por él mismo, y en las oraciones que rezaba cada día de la semana, junto con la visita al Santísimo Sacramento, se leen aspiraciones verdaderamente dignas de un santo. Con el pensamiento ocupado en la meditación de la última hora, pedía a su tierna madre la gracia inefable de verla aparecer en el lecho de muerte para consolarse con su asistencia y con su ayuda. “¡Oh! no me faltéis en esta hora, le decía, ya que en Vos he puesto toda mi esperanza; y para que me

concedáis este favor, mis lágrimas, gemidos, suspiros y angustias de esa hora, sean otras tantas voces que os llamen del cielo a visitarme”.

El alma de Don Cafasso se sentía fuertemente atraída hacia la Consolata, la Virgen que siempre ha protegido la ciudad de Turín, velando amorosa por sus destinos. En el santuario a Ella dedicado, palpita el corazón de todos los piemonteses, que desde los Alpes cubiertos de nieve y desde los valles ubérrimos donde ondean las mieses, corren a invocar el patrocinio de la hermosa **Madonna**. Todos los sábados iba el Santo a saludarla a su santuario; allá iba también a celebrar la Misa por los enfermos; y a los atribulados que venían a él, les aconsejaba poner sus cuidados y contar sus cuitas ante el altar de la Virgen. Tal devoción a la celestial patrona era un reflejo del amor a Dios hasta cuyo trono hacía llegar, por medio de María, el cántico de sus plegarias y el homenaje de su reconocimiento.

#### CARIDAD PARA CON LOS POBRES.

Como de una llama se produce otra que se alimenta de la primera, así del inmenso amor divino que colmaba el alma de Don Cafasso, nació su amor al prójimo. Las múltiples obras de ministerio que él ejercía y que ya hemos referido, son prueba elocuente de este segundo amor. Don Bosco, recordando el amor de Don Cafasso hacia el prójimo, escribía después de su muerte: “Vengan a dar su testimonio tantos sacerdotes y laicos, ricos y pobres, que a él le deben la ciencia y el empleo o la felicidad de su familia o el oficio en que trabajan o el pan que comen. Conozco muchos que por su pobre condición o por los graves desastres de que fueron víctimas sus familias, no podían coronar ninguna carrera. Varios de ellos son ahora párrocos, maestros de escuela; algunos son notarios, abogados, médicos, farmacéuticos; otros son comerciantes, hacendados, artesanos, y mientras lamentan en Don Cafasso la pérdida de un tierno padre, rinden honor a la verdad con estas palabras: —El



fué nuestro benefactor; nos ayudó a pagar el vestuario, la pensión, a preparar los exámenes; él nos aconsejó, nos sostuvo espiritual y corporalmente, y a él debemos nuestra vocación, nuestro honor, nuestra posición y lo que ahora somos". (1)

Los pobres, especialmente, conmovían su corazón; él no sabía negarles nada; le parecía un delito permanecer sordo a la voz de los que sufren. Mas al socorrer las miserias corporales, procuraba especialmente remediar las del espíritu. Mons. Bertagna afirma: "Don Cafasso en sus limosnas se proponía siempre hacer algún bien espiritual a quienes las daba. Si las distribuía personalmente, siempre lo hacía con alguna palabra que elevara el alma a santas consideraciones. Si las daba por segunda mano, siempre pedía a los beneficiados que rogasen por él". Y como en la limosna encontraba un poderoso medio de atraer al bien aún a pecadores y malvados, se cuidaba muy bien de rechazar sus súplicas. Una piadosa señora refiere: "Algunas personas de no muy buenas costumbres venían donde mí para que las recomendase a Don Cafasso; yo nunca les negaba este servicio para no oírlas hablar mal de los sacerdotes; mas al referir sus deseos al Siervo de Dios, le informaba también sobre su conducta. El a nadie negaba la limosna para ganarse los corazones de todos, según decía". En tal caso, las exhortaciones que hacía a sus beneficiados tomaban un aspecto de corrección amorosa, la cual, para que fuese más eficaz, no procedía sino seguía al beneficio.

Las limosnas que distribuía fueron continuas e innumerables. De la herencia de medio millón recibida del teólogo Guala, no se sirvió nunca en provecho propio, sino para fines benéficos y, no contento con gastar los réditos, empleó también una parte de su capital en este noble fin. Se horroriza el ánimo al pensar que se despilfarran inmensos patrimonios de casas nobles en juegos y desórdenes en vez de ayudar con ellos a enfermos y desheredados. La generosidad del Santo ganaba la confianza de personas pudientes

---

(1) Biografía del sacerdote José Cafasso. Págs. 23 y 24.

que, a menudo, le daban gruesas sumas para que las distribuyera a los pobres. Jamás pedía dinero; si lo hubiera pedido, lo habría conseguido hasta para llenar la casa del **Convictorio**; la frase no es mía sino de una persona que estaba muy bien informada de ello. Una vez se oyó a la Marquesa de Barolo exclamar con resentimiento: —¡Qué caprichos tienen estos santos! E interrogada sobre el motivo de su afirmación, contestó: —Ofrecí dos mil liras a Don Cafasso y no las quiso recibir, diciendo que no las necesitaba.— A pesar de rechazar ofertas tan generosas, tenía siempre lo suficiente para dar con largueza a sus pobres.

Para estar pronto a satisfacer a cualquier petición, tenía siempre dinero consigo. Usaba bolsillos especiales en la sotana para guardar aparte las diversas clases de monedas. En la sacristía de la iglesia de San Francisco, por la calle, en la puerta de las cárceles y de los hospitales, era una verdadera porfía de ancianos, de pobres madres, de jovencitas y de niños; a nadie negaba su socorro. ¡Cuánta gente calmó su hambre gracias a la caridad de Don Cafasso! ¡Cuántas mujeres se mantuvieron, por su obra, alejadas del camino del vicio, y cuántas fueron sacadas de la vía de la corrupción.

No esperaba que los pobres fuesen a pedirle ayuda para remediar sus estrecheces, sino que él mismo iba a buscarlos en sus tugurios. No faltaba Don Cafasso donde reinaba la miseria. Y cuando no podía aliviarla personalmente, se servía de sus fieles criados o de sus convictores, a quienes escogía como intermediarios de sus obras de caridad. Su largueza no se limitaba a los pobres, sino que también era generoso para con los institutos religiosos de la ciudad. En una ocasión hizo llevar de sus haciendas de Rivalba cuarenta bultos de trigo a la casa de Cottolengo.

Las familias vergonzantes merecieron sus preferencias. ¿Qué hay más triste que el acordarse de los días de abundancia, cuando se está en la miseria? Mostraba indecible satisfacción en socorrer a los pobres vergonzantes con cuotas mensuales, dignas de consideración. Y no se dejaba en-

gañar por las apariencias de un antiguo lujo que aún se manifestaba en la casa, pues según el Santo, la necesidad no tiene una sola cara. Un zarcillo para una señora es, a veces, lo mismo que un pedazo de pan para otra. En una relación de Ana Ferrero leemos: “Por un período de cinco años las cosas fueron muy mal en nuestra casa: pleitos, enfermedades, embargos de muebles se sucedían unos después de otros, de modo que parecía que las desgracias fueran nuestra única perspectiva; ¿cómo soportarlas sin ninguna ayuda? Y ésta nos fué dada por el corazón generoso de Don Cafasso, quien fué para nosotros benefactor, padre, consejero y amigo destinado por Dios para auxiliarnos en la tribulación. Cada vez que yo tenía ocasión de hablarle me recibía siempre con la mayor bondad, me preguntaba sobre la marcha de nuestros asuntos, y después de oídas nuestras miserias, además de amorosos y paternales consejos, me ayudaba con frecuentes sumas de dinero, 15, 30 y a veces 100 francos. Imagínese el lector cuál sería mi confusión al decirle que nunca podría pagarle tanta caridad. —Sí, sí, respondía sonriendo, cuando estemos en el paraíso, arreglaremos con Dios nuestras cuentas; El me pagará todo. Yo soy un usurero que no se contenta con el cinco por ciento y el seis por ciento, sólo me sirve el cien por ciento y trato con uno con quien no hay peligro de perder”. (1)

También sus paisanos de Castelnuovo experimentaron la caridad de tan insigne benefactor; por medio del párroco ayudaba a las familias y a las personas más necesitadas. Aun algunos de Castelnuovo iban personalmente a Turín y nunca perdieron su viaje. Una señora que había ido a la ciudad a recoger limosnas para los enfermos del pueblo, refería: “Don Cafasso nos la dió lleno de afabilidad, agregando: —Cuando necesiten, avíseme, que yo procuraré enviarles algo”. Al que no estaba en capacidad de pagar impuestos o arriendo de su casa o de proveer de dote a sus hijas, el Santo ayudaba en alguna forma, y una

---

(1) Relación Ana Ferrero.

vez dió 500 liras a una familia para que cesase una discordia que se presentaba por motivos de intereses. Ningún pobre que fuera al Convictorio regresaba con las manos vacías.

Su caridad, para con cualquiera la ejercitase, estaba siempre realzada por la gracia y la amabilidad. Cuando se aseguraba de la verdadera necesidad en que se hallaban los que le pedían, daba gustoso y con sentimientos de complacencia. Para no humillar a los beneficiados, con frecuencia socorría ocultamente, y esta delicadeza era aún mayor cuando se trataba de personas vergonzantes. Muchas veces, con tales personas se valía de medios especiales como llevarlas a la sacristía con el pretexto de regalarles un libro, y en efecto, les ofrecía una obrilla devota en cuyas páginas había introducido de antemano la suma que iba a obsequiarles.

Son estas flores gentiles de caridad que día por día cultivaba con amoroso cuidado y exquisito afecto.

#### MORTIFICACION DE ASCETA.

Mientras más generoso, compasivo e indulgente era con los otros, más rígido y severo era consigo mismo. Sin refugiarse en los desiertos y sin encerrarse en un claustro, vivió vida de anacoreta, mortificándose en un ascetismo admirable que manifiesta otra faz de su santidad. Sin ella, decía, es imposible hacerse santo. Nuestro cuerpo es insaciable; mientras más le damos, más pide. No hemos de crearnos necesidades de que fácilmente podemos prescindir. Racionaba su comida como se tasan las medicinas a los enfermos. Manteniéndose fiel a estos principios, era bastante parco en el alimento y usaba siempre viandas muy comunes. Por su debilísima complexión y por sus muchas fatigas habría podido, en su calidad de superior, al menos en los últimos años de su vida, pedir alguna comida especial, pero aborreció siempre los manjares delicados. Y aun para habituar el cuerpo a privaciones, disminuía gradualmente la ración de sus alimentos, aumentando cada vez sus mortificaciones.

Don Cafasso no probaba los dulces. Una vez las hermanas del Santísimo Sacramento, en cuya casa había estado con motivo de una profesión religiosa, le mandaron una bandejita de dulces que le entregaron mientras estaba en la pieza del teólogo Guala. El convictor que nos recuerda el hecho, observa: "Al ver los dulces se me hizo agua la boca, esperando participar de ellos. Pero el Siervo de Dios, mirándome, me dijo: ¿Qué hacemos con esto? Podemos mandarlos a... Y no recuerdo bien si era a Don Cottolengo o los presos, pero en casa no lo probamos".

Nunca se le vió tomar cerveza, licores, conservas; tampoco vino, fuera de comidas, aunque el teólogo Guala le había dejado miles de botellas. Es muy edificante el hecho que nos narra Bargetto: "Un oficial del ejército a quien yo había prestado un servicio mientras estaba en la guarnición de Turín, me envió de Cerdeña, a donde fué después destinado, algunas botellas de vino fino, en reconocimiento. Recibido el regalo, mi primer pensamiento fué homenajear a Don Cafasso, como realmente lo hice. El me dió las gracias complacido y aceptó una botella que guardó en el armario de su propia habitación. Transcurrido seis años murió el Siervo de Dios, y al abrir el armario encontré intacta la botella que le había regalado".

En los fuertes calores del estío o cuando se sentía cansado, era muy natural que se tomara un vaso de vino o algún refresco antes de la comida. Mas para Don Cafasso no valía razón alguna. Llamado un día a visitar un enfermo en la hostería del **Centauro** en la Barrera de Milán, se hizo acompañar de un convictor. Siendo muy largo el camino y la estación muy calurosa, llegaron fatigados y les ofrecieron de beber. El convictor, animado por Don Cafasso, aceptó un vaso de vino, pero nuestro Santo no quiso tomar ni una copa.

Lo mismo cuando llegó de Romano Canavese, donde había asistido a dos condenados al último suplicio, y su rostro denotaba cansancio y decaimiento, se le ofreció destapar una de las botellas de vino añejo que había en el

Convictorio, mas él repuso sonriente que tomaría en el paraíso. Invitado entonces a tomar algo caliente, una taza de café o caldo, contestó: "Sin esto, se va también al cielo". Y como lo llamase en ese momento la campana a clase, concluyó: "He aquí mi descanso".

Fué mortificado aún durante el sueño, cuya duración no excedía de cinco horas, que a menudo se reducían a cuatro y aun a tres; muchas veces se encontró intacto su lecho. Soportó con espíritu de verdadera y cristiana mortificación las incomodidades provenientes de la deformidad de su tórax y las palpitaciones del corazón. Nunca se quejó de los accesos de tos, molestos y prolongados, que no fueron bastantes a impedir sus visitas a los enfermos y a los encarcelados, ni el dolor de muelas que lo atormentaba continuamente. Muerto a sí mismo, no parecía vivir en este mundo. Cuando sin su consentimiento se reemplazó su modestísimo lecho de madera y colchón de paja por una cama de hierro y colchón de plumas, se quejó vivamente, y sólo se tranquilizó cuando supo que la otra cama había sido llevada a San Ignacio, en donde la necesitaban para un enfermo. Una vez, el ecónomo Don Vegliatti le compró un reloj de oro. El Santo no quería aceptarlo de ninguna manera; si al fin accedió fué sólo por deferencia al donante y porque su reloj viejo, que no marcaba ya las horas, no pagaba la compostura.

Como si esta vida de mortificación no le bastara, usaba instrumentos de penitencia como látigos, cadenas y cilicios para atormentar la propia carne. No se puede escuchar sin estupor lo que narra Angela Falchero, lavandera del Convictorio.

Junto con las talegas de ropa que contenían objetos de la iglesia, ella recibía siempre de la encargada, un pequeño atado con la ropa del Siervo de Dios, con la recomendación de no ponerla en la vasija común y lavarla con cuidado para no romperla, ya que era en verano la misma que en invierno, de telas muy delgadas. Así lo hizo ella, mas desde las primeras veces notó que estaban manchadas de

sangre. Al principio no hizo caso, atribuyéndolo a alguna herida, mas viendo después que volvían con las mismas manchas siempre frescas, quiso por curiosidad saber la causa, animada por la gran bondad con que la trataba el piadoso director. —Don Cafasso, le preguntó, ¿por qué va siempre su ropa manchada de sangre? ¿Tiene alguna llaga en la cintura? A esta pregunta el Santo pareció impresionarse, reflexionó un momento y quizá para quitarle toda sospecha de que pudiera tratarse de enfermedad contagiosa, le dijo: —Voy a explicarle, pero a condición de que nunca salga de sus labios el secreto; es que los sacerdotes llevamos siempre un cinturón de puntas llamado **cilicio**, que a veces hace salir sangre. — ¿Y no le hace daño eso, Padre? preguntó paraíso.— ¿Qué cosa dice, Padre? Si usted tiene que hacer sacerdote, mas hay que hacer penitencia si queremos ir al paraíso. —¿Qué cosa dice, Padre? Si usted tiene que hacer penitencia, ¿qué será de nosotros que nunca la hacemos?— Usted trabaja y el trabajo es penitencia; cuide eso sí, de hacerlo por amor de Dios. Y cortó la conversación, repitiéndole la recomendación de no contar a nadie esa confidencia. Esta advertencia quedó tan profundamente grabada en el ánimo de esa buena cristiana que no habló de ello jamás, ni aun con el marido y con los hijos y sólo después de 35 años, fueron necesarios muchos ruegos para decidirla a referir al canónigo Allamano, cuanto sabía del santo director del Convictorio. (1)

#### HUMILDAD HEROICA.

Otra señal muy clara de la santidad del Siervo de Dios es su espíritu de humildad verdadera y profundamente sentida. Cuanto más esconde el santo sus virtudes y se desprecia a sí mismo, tanto más refulge en él un esplendor de santidad. La humildad de José Cafasso no admite excepciones: es una de esas luces limpidísimas que ninguna nube puede jamás opacar.

---

(1) De la relación Falchero.

En el Convictorio no permitía que se le hicieran distinciones. En la mesa se le servía como a los demás: plato hecho y sopa de la soperá común. No se había reservado ningún puesto especial. Considerándose como uno de los convictores tomaba parte en todos los actos de comunidad y asistía vestido de sobrepelliz a las funciones sagradas, como cualquier alumno del Convictorio. No exigía el título de rector; era simplemente Don Cafasso, y exigía que lo llamaran así. Cuando uno ingresaba al Convictorio, acostumbraba decirle: “Aquí no hay superiores; todos somos pares **inter pares**. Nunca hizo pesar su autoridad; se consideraba como hermano de sus súbditos, y aun más indigno que ellos. También fuera del Convictorio prefería siempre el último puesto. Paseando un día con Don Bosco cerca de la ciudadela, se les rogó prestar sus servicios para una función religiosa en el vecino instituto; corrieron ambos inmediatamente, y muy satisfechos quedaron por haber podido servir al altar como acólitos, llevando las antorchas.

La humildad del Santo se transparentaba en la manera de hablar, en el porte modesto de su persona, y en el empeño que ponía en ocultar sus buenas obras para que no se publicasen sus méritos. Huía de las alabanzas, que le eran siempre molestas y cuando no podía evitarlas del todo, desviaba la conversación con graves consideraciones, diciendo por ejemplo: —Tenemos necesidad de que el Señor nos ayude y nos perdone todos los pecados. Decía una vez en tono de broma que al fin de cuentas él no era sino un sacerdote de prisión y de horca. No ambicionaba honores y gustaba estar siempre oculto. “Circundado siempre, decía Mons. Bertagna, por infinidad de personas, pobres los unos y nobles los otros, jamás hablaba de las almas que dirigía, y en tantos años que lo conocí y viví a su lado, nunca le oí referirse a esta muestra de confianza, de honor y de estima de que era objeto. Muy raras veces se refirió a uno u otro caso, y esto sólo por motivos justísimos, cuando



con ello podía hacer algún bien o ayudar a nuestra instrucción, pero esto era verdaderamente excepcional". (1)

Nunca narró hechos que pudiesen redundar en su alabanza. Si se trataba de sucesos en que hubiese tomado parte, se apresuraba a referir a la protección de la Santísima Virgen o de algún santo el bien que había obrado. Practicando la máxima que se lee en la imitación de Cristo: **Ama nesciri et pro nihilo reputari**, llegó a ser grande en el amor de la humillación y del escondimiento. En ninguno de sus libros y manuscritos dejó su nombre.

Si otros lo despreciaban, él gozaba en el desprecio y continuaba haciendo bien a los que así lo trataban. Una de sus penitentes que él procuraba hacer adelantar en la virtud con solícito y caritativo cuidado, se mostró ingrata hacia su benefactor, hablando mal de él siempre que se le presentaba la ocasión. El, sin darse por entendido, continuaba su santa obra. Cuando esa persona, atacada de grave enfermedad, se vió reducida a penosísima estrechez, Don Cafasso se dirigió premuroso a visitarla y a prestarle ayuda; ella, sin embargo, continuaba correspondiendo indignamente a estos nuevos actos de bondad. El Santo, lleno de mansedumbre, no sólo perseveró en sus obras de caridad para con ella, sino que exhortó a varias personas a que la ayudasen en cuanto necesitaba. Y al referirle estas personas cómo la desgraciada mujer seguía obstinada, hablando mal de su benefactor, el Santo respondía sonriendo: Continuemos tratando de aliviar sus penas que son la causa de que hable así; y cuanto menos reconozca ella nuestras obras, tanto más las tendrá en cuenta nuestro Señor para recompensarlas.

Tampoco se vió libre el pacientísimo sacerdote de injurias y violencias, que aceptó por amor de Dios con incomparable humildad. Una hermana del Instituto de las Magdalenas, escribía en 1896: "Han pasado 46 años desde el día en que presencié un acto brutal de que fué víctima Don

---

(1) Proceso ordinario, Sesión XXIV.

Cafasso y lo recuerdo perfectamente con dolorosa emoción. Me dirigía con algunos niños al asilo, cuando, llegada a la calle del hospital, vi un grupo de muchachos que por el aspecto y el traje parecían estudiantes, apiñados en torno de un sacerdote (en quien reconocí al Siervo de Dios) cubriéndolo con toda suerte de insultos y denuestos. Uno de ellos le quitó el sombrero de un manotón; otro le empujó hacia la acequia que corría cerca; otros, con bofetadas y puños, le hacían meter la cabeza en el agua, mientras el santo sacerdote, sin proferir un lamento, trataba de levantarse, mas en vano, porque apenas lo veían levantado sobre las rodillas, a empujones lo obligaban a lavarse de nuevo en el canal. Era una escena que arrancaba lágrimas y quien sabe hasta cuanto hubiera durado, si un caballero que por allí pasaba no se hubiera interpuesto entre los verdugos y la víctima, reprochándoles el horrible sacrilegio y obligándolos a huir. Cuando quedó solo el buen sacerdote, se levantó tranquilo, fué a tomar el sombrero que estaba al otro lado de la calle, y como pudo, continuó su camino, sin dar la más pequeña señal de resentimiento o ira”.

La humildad del Santo había ocultado en silencio sepulcral este rasgo que la piedad de una hermana nos ha hecho reconocer.

El supremo acto de humildad digno de un santo, que ha llegado a la cima de la perfección, está en esas palabras que él escribió en el ejercicio de la buena muerte; **He de morir, mas me consuela el pensamiento de que con mi muerte habrá un ministro indigno menos en la tierra y otro sacerdote lleno de celo y de fervor vendrá a compensar mi frialdad y mi descuido... deseo y ruego al Señor que cuando haya descendido al sepulcro, haga desaparecer de la tierra mi memoria y acepto como pena de mis pecados cuanto después de mi muerte se diga en el mundo contra mí. (1)**

Aquí se llega a lo sobrehumano, heroico y sublime. No es cosa ordinaria ni humana que un hombre desee que se

---

(1) Escritos del Santo.

hable mal de él y perezca su memoria. Para concebir tal deseo es necesario haber superado en sí mismo todas las leyes de la naturaleza y roto todo lazo que lo ate a los bienes de la tierra; esto sólo es posible cuando el alma está tan embriagada y encendida en el amor de Dios que ya es indiferente a las voces de la carne y a las aspiraciones, vanidades y glorias mundanas.

Un padre moribundo no aspira sino a vivir siempre en la memoria y en la gratitud de sus hijos y de sus nietos, que conserven perdurables sus recuerdos y sus ejemplos por muchas generaciones. El soldado que se inmola en el campo de batalla en defensa de la libertad y de la patria, cumple serenamente su sacrificio con la esperanza de que su nombre, grabado en el mármol y en el corazón de sus conciudadanos, será bendecido por la patria agradecida. El literato, al escribir y publicar sus libros, acaricia la esperanza de que estos sobrevivan al autor y transmitan su gloria a la posteridad. El artista, cuando reproduce en el mármol o en el bronce el ideal que vive palpitante en su pecho, exulta al pensamiento de que aquellos mármoles y bronce hablarán de él en tiempos muy lejanos y mantendrán prendida la llama del ideal por el que vivió y conquistó la palma de la victoria. El monarca, al saludar el último rayo del sol que ilumina su lecho de muerte, se conmueve, pensando que la gloria que él ha procurado a la patria y el bien que ha hecho a los súbditos no se apagarán en los recuerdos de la nación.

José Cafasso se aparta completamente de lo que son deseos humanos. No le sonríen ni los aplausos, ni la gloria, ni la inmortalidad del nombre, ni la gratitud del mundo. No busca sino a Dios y a nadie más fuera de Dios. Quiere que sean totalmente olvidados los beneficios que ha prodigado a la humanidad, para que sólo Dios los tenga en cuenta; y si desea que el mundo hable mal de él y perezca su memoria es porque ya gusta anticipadamente las alegrías de la inmortalidad, único objeto de todos sus anhelos. Aquí

está todo el fulgor de una santidad maravillosa que embellece y sublima la vida de este gran héroe de la Iglesia.

El esplendor de su santidad fué uno de esos carismas con que Dios lo regaló abundantemente. No se puede negar que estaba enriquecido de dones sobrenaturales como el de sondear los corazones, el de comprender los secretos del alma, el de la visión clara y perfecta del corazón de sus penitentes, el de la ciencia que aclara los más intrincados problemas, el de la visión del futuro, el del conocimiento profético de la próxima muerte de alguno, y el de la curación extraordinaria de las enfermedades. Son cosas que frecuentemente narran testigos autorizados. Don Cafasso procuró siempre ocultar tales dones con la sencillez de su vida, con santas industrias y con su profunda humildad, sin hacerse jamás objeto de complacencia y de vanas conversaciones.

Los hombres del mundo son amigos de ostentar los dones que les concedió el autor de la naturaleza y se enorgullecen de ellos, tratando siempre de sobresalir. Los santos del cristianismo son amigos de esconderse y de mantener ocultos los dones sobrenaturales con que fueron enriquecidos por la divina bondad. En esta noble porfía entre Dios y el Santo, entre Dios que dispensa generosamente sus carismas, y el Santo que, a pesar de usarlos en bien de las almas, trata de disimularlos ante los ojos del mundo, refulge el heroísmo de la humildad que es la luz más bella que envuelve a nuestros paladines cristianos y es la más elocuente prueba de su santidad.

Con esa luz que es belleza divina y perfume del cielo, brillaba la frente de José Cafasso y resaltaba más su figura moral, transformándolo casi en un sér superior que, ignorando la flaqueza del hombre terreno, sólo conoció los tesoros del espíritu, ascendiendo así a luminosas alturas que llegan hasta los reinos misteriosos de la gracia y hasta el trono purísimo de Dios.

## CAPITULO XIV

### UN OCASO SERENO

Documento precioso — Listo para el viaje — Piedad del moribundo — Luto general.

#### DOCUMENTO PRECIOSO.

La muerte es un momento terrible. El mundo que goza y se divierte en el placer de los sentidos, en las orgías de la carne, aborrece la muerte y aleja su pensamiento como un fantasma inoportuno y medroso que viene a turbar los regocijos de la vida. Y cuando llega el hado inexorable y trunca la existencia de los que nos rodean, entonces se trata de esconder con coronas de flores, el aspecto fúnebre de la muerte y se procura huir de ella entregándose ciegamente a nuevos placeres que hagan olvidar su recuerdo. Pobre filosofía humana que se alimenta de sombras, mientras la realidad hace sentir cada día, cada hora, cada instante el poder vivo y activo con que desbarata todos sus sueños, troncha sus ilusiones y despedaza sus esperanzas! Sólo a los justos es dado comprender qué cosa es la muerte, en la que ven la mano de Dios que descubre al alma nuevos horizontes de vida y la conduce al reino donde florece la eterna primavera de los bienes inmortales, únicos que pueden satisfacer los ardientes deseos del espíritu. Por esto los justos y los santos piensan a menudo en la muerte y se preparan a ella dignamente. Cómo tuviese siempre este pensamiento y cómo se preparase para morir nuestro insigne maestro de perfección

cristiana nos lo atestigua un documento escrito de su puño, en el que se admiran pensamientos y sentimientos propios de quien, diariamente, a los pies del Crucifijo, se dispone a entregar su alma en los brazos del Señor. Creo será del agrado de los lectores el conocer ese precioso documento. He-lo aquí:

“Gran Dios, postrado delante de Vos, acepto y adoro la sentencia de muerte que habéis pronunciado sobre mí. Espero que venga mi última hora, y en esta expectativa que puede sorprenderme a cada instante, voy con el pensamiento a mi lecho de muerte, para dar un adiós a este mundo y para hacer desde ahora una clara y solemne protesta de los sentimientos y afectos con que quiero terminar mi carrera mortal y entrar en la eternidad.

“1º He pecado, lo digo y lo confieso con toda la amargura de mi alma. Detesto y repruebo de corazón todas y cada una de las faltas que he cometido en el transcurso de mi vida. Por cualquiera de ellas estaría dispuesto a morir en satisfacción a mi Dios ofendido y quisiera haber muerto mil veces antes que haberlo disgustado. Pido perdón a Dios y a los hombres por el mal que he hecho y lo pediré hasta el fin de mi vida, con tal de alcanzar misericordia en el día del juicio.

“2º Habiendo sido este miserable cuerpo la causa de tantas ofensas a mi Dios, lo ofrezco totalmente en sacrificio para el castigo que el Señor quiera imponerle. No sólo me resigno a descender a la tumba, sino que gozo y doy gracias a Dios, que me concede este medio de pagar mi pena. Entre las cenizas que de mí quedarán en el sepulcro, con los huesos que hablarán por mí, confesaré hasta el día de la resurrección cuán justo es el Señor y cuán justa la sentencia que me condena a morir.

“3º Doy gracias a todos mis parientes, amigos y compañeros por la caridad que usaron para conmigo soportando mis defectos y así mismo les agradezco los favores y auxilios que me prestaron. Les pido perdón por mi falta de correspondencia y por los escándalos dados y les ruego que

me sigan encomendando en sus oraciones; y al separarme de ellos, tengo la firme esperanza de volverlos a ver un día y poder abrazarlos de nuevo en el paraíso.

“4º Habiendo querido Dios en sus inescrutables designios que yo pudiera, en mi estado, poseer y administrar bienes temporales, le pido sinceramente me perdone si no hubiere usado de ellos como El esperaba de mí. Y como El es el único dueño, todo se lo retorno. Las disposiciones que he hecho o estoy por hacer, las encamino todas a su mayor gloria y en el poco tiempo de vida que me resta en este mundo, cuanto pueda ahorrar en mis necesidades, es mi firme y decidida voluntad que se emplee totalmente en obras buenas, dispuesto como estoy y aún deseoso de desprenderme de ellos desde este preciso instante, cuando Dios lo exija o desee de mí.

“5º Llegando al punto capital de estas mis disposiciones espirituales, vale decir, al último día de mi vida, presento a Dios mis más sinceros agradecimientos por haber dispuesto de mí en la tierra según su beneplácito. Yo bendigo y deseo ese día que pondrá fin a mis pecados y me arrebatará de en medio de tantas culpas como se cometen en el mundo. Doy gracias desde ahora a la persona que me dé la consoladora noticia de la muerte y mientras llega ese día lo esperaré con ansias como una de las fechas más bellas de mi vida.

“6º Confío mi muerte al amor y a las ternuras de mi buena madre la Virgen María. Coloco en su corazón mis postreras horas y mis últimos suspiros. Sí, quiero salir de este mundo y llegar a la eternidad entre los brazos de esta buena madre. Todos mis gemidos, estertores y miradas, sean una voz que la llame del cielo para que pueda verla pronto y morir asistido por ella. Y si por la bondad de su corazón quisiera llamarme a su lado un día a ella consagrado, sería para mí el más grande consuelo poderle presentar la ofrenda de mi vida en una fecha a ella dedicada en que el cielo y la tierra festejen su santo nombre y se complazcan en sus misericordias.

“7º Recomiendo de un modo especial mi muerte a la poderosa intercesión del excelso esposo de María, San José, cuyo nombre llevo indignamente, a la asistencia de mi ángel custodio, a mis protectores particulares, San Ignacio y San Alfonso María de Ligorio, a todos los ángeles y santos del cielo y a las almas de los Bienaventurados. A todos los saludo desde este valle de lágrimas y a ellos me vuelvo para que pidan por mí, deseando que venga pronto el día en que pueda comenzar con ellos el eterno convite.

“8º En todo lo que mira al tiempo y a las circunstancias de mi muerte, me resigno enteramente, a ejemplo de mi divino Redentor, a todo lo que disponga de mí el Padre Celestial. Acepto la muerte que Dios en sus eternos decretos me tenga reservada. Con el fin de cumplir su voluntad, acepto de su mano y por su honor todos los espasmos y dolores que deba padecer en esa hora. En el dolor más acerbo y en la agonía más dolorosa, quiero cumplir fielmente su santa voluntad.

“9º Doy gracias infinitas al buen Dios que por un rasgo de su gran misericordia ha querido llamarme a la fe desde mi nacimiento, y colocarme inmerecidamente como hijo en los brazos de la santa Iglesia Católica. Renuevo hoy las promesas y protestas que un día, junto a la fuente bautismal, se hicieron por mí. Lloro y detesto cuanto en mi vida no fué conforme a ellas. Condeno y rechazo todo lo que en mis días fué falto de obediencia y de respeto a la santa Iglesia Romana. Hoy para siempre protesto que quiero vivir y morir en la más íntima comunión con esta buena madre. A ella confío mis cenizas para que las bendiga y las guarde hasta el último día.

“10º Deseo y pido todos los sacramentos que nuestra sacrosanta religión tiene reservados para fortalecer a los hijos moribundos. Y cuando el Señor exija el sacrificio de mi vida, quiero unirlo al que hicieron tantos confesores de la fe y exhalar mi último suspiro en homenaje y sostén de nuestra fe santísima.



“11º Estando para terminar mi misión en la tierra, entrego y devuelvo a Dios la vocación con que ha querido honrarme. Yo no tengo palabras para agradecerle dignamente y espero hacerlo en la eternidad. Doy gracias con todo el corazón a los que han procurado hacerlo conmigo y me recomiendo a cada uno de ellos para que, por sus ruegos, encuentre misericordia al fin de mi carrera. Voy a morir, mas me consuela el pensamiento de que habrá un ministro indigno menos en la tierra y otro sacerdote más lleno de celo y fervor vendrá a compensar mi frialdad y descuido.

“12º Estoy cierto, pues la fe así me lo enseña, de que Dios en su omnipotencia y misericordia, puede y quiere perdonar a quien de veras se arrepiente de sus pecados; animado en la confianza de que la promesa del Señor no puede faltar y penetrado del más vivo dolor de mis pasadas culpas, protesto esperar el perdón de mis pecados y la consecución de mi eterna salud. Y por terribles que sean los asaltos del enemigo de mi alma, repetiré siempre que creo en Dios, espero en El y El me salvará.

“13º Ahora que me encuentro al fin de mis días y que el tiempo va a faltarme para siempre, comprendo mejor que antes que mi deber sobre la tierra era amar y servir a Dios. Hasta que me quede un solo instante de vida lloraré el tiempo en que no lo amé como debía y repetiré continuamente de ahora en adelante: o amar o morir. Cuanto haya de padecer en esta tierra, lo ofrezco como una prueba de amor a Dios de tal modo que, viviendo, viva sólo para amarlo; y muriendo, muera para amarlo aún más.

“14º El dolor que experimento, oh Señor, por no haberos amado, y el deseo que siento de amaros cada vez más, me hace fastidiosa esta vida y me obliga a pedir os que os dignéis abreviar mis días en la tierra y perdonarme el purgatorio en la otra, para llegar muy pronto a amaros en el paraíso. Os pido esta gracia, Señor, no por temor a la pena que, confieso, merezco mil veces mayor, sino por el sincero deseo de amaros mucho, de amaros pronto, de amaros desde cerca en la feliz eternidad. Sírvame, Dios mío, de purgatorio,

la angustia que siento por no haberos amado y el peligro que corro de ofenderos y de no amaros más. Vuestros méritos, oh buen Redentor mío, el amor de vuestra Madre, el patrocinio de los santos, las oraciones de los buenos, las indulgencias de la santa Iglesia, que deseo ganar especialmente en ese momento, suplan por mí y me obtengan la condonación de la pena de que en la hora de la muerte me hallaré deudor, de tal modo que, libre de la cárcel de este cuerpo y cerrados para siempre los ojos a este mundo miserable, vuele a la gloria para amar a Jesús y abrazar a mi querida madre María.

“15º Finalmente, después de haber descendido al sepulcro, deseo y ruego al Señor, que haga perecer mi memoria en la tierra, así que nadie tenga que pensar en mí, fuera de las oraciones que espero de la caridad de los fieles. Acepto, en penitencia de mis pecados, todo lo que se diga contra mí después de mi muerte. Condeno y detesto el mal que se haya de cometer en el futuro por mi causa. Quisiera poder impedir con mi muerte todos los pecados del mundo, y aún estaría pronto a morir tantas veces cuantos sean los pecados que se cometerán sobre la tierra. Quiera el Señor aceptar mi humilde sacrificio y me conceda en la hora de mi muerte el dulcísimo consuelo de impedir ese día una ofensa de Dios.

Esta es mi firme y precisa voluntad, según la cual quiero vivir y morir en cualquier momento en que Dios lo disponga. Coloco mis deseos en las manos de la Virgen María, de mi ángel custodio y en las de mis especiales protectores, San José, San Ignacio y San Alfonso María de Ligorio, para que me asistan en el momento de mi muerte. Así sea.

Ven, muerte, tan escondida  
que no sienta tu venir,  
porque el placer de morir  
no me vuelva a dar la vida.

“No ya muerte, sino un dulce sueño será para ti, oh alma mía, si en ese instante te asiste Jesús, y al expirar te abrazas a María.

Vivan Jesús y María en el cielo y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad, por los siglos de los siglos. Amén”.

Este documento es la más alta y sincera síntesis de las aspiraciones y sentimientos que alimentaban el alma del Santo. Quien escribió tales páginas estaba dispuesto a abrazar con plena serenidad y con pasión vibrante la muerte, en la que veía a la fausta mensajera que vendría a anunciarle la hora del merecido reposo.

#### LISTO PARA EL VIAJE.

Un testigo afirmaba: “El vivía todos los días como el que está preparado para el viaje y tiene listo su pasaporte. Un día que no se sentía bien, respondió a una persona que le aconsejaba ordenar sus asuntos y sus cosas a fin de dejar todo en orden a quien debiera de sucederle: “Yo tengo siempre todo listo como si debiera partir ahora mismo”. Y en verdad, él solía arreglar sus cosas cada día como si estuviera en la víspera de su muerte; y todas las noches, antes de acostarse, disponía los asuntos de la casa como si aquella noche fuese la última de su vida. Es digno de admiración cómo en medio de tantas ocupaciones de enseñanza y de ministerio, cuidara con singular diligencia de los múltiples negocios a que atendía y proveyera a las más pequeñas necesidades del Convictorio o de sus alumnos. Con el mismo orden con que regulaba sus cosas espirituales, se entregaba todos los días a ordenar escrupulosamente sus negocios temporales.

Cuando vino la muerte, ya nuestro Santo había dispuesto por testamento legal del patrimonio que poseía. Habiendo dejado a su hermano Pedro los pocos bienes que había heredado de su familia, instituyó y nombró heredero universal al canónigo Luis Anglesio, rector de la pequeña casa de la Divina Providencia, fundada por San José Cotelongo, a la cual quiso dejar la mayor parte de sus bienes.

fuera de algunos a los que dió otra destinación. Hizo donación a San Juan Bosco, según vimos, de algunos bienes en Valdocco; a él condonó, lo mismo que al Convictorio y al Santuario de San Ignacio, algunas sumas que le debían. Dejó generosos legados en favor de la iglesia de San Francisco de Asís y de algunos de sus coadjutores en el Convictorio; y en su caridad, no olvidó a sus criados, ni a los pobres de Castelnuovo, ni a las obras piadosas de su pueblo natal. Tuvo también un recuerdo para todas las personas que se encontraban en las cinco cárceles de Turín, dejando una lira a cada uno. Así todo el patrimonio recibido en herencia del teólogo Guala, lo empleó en obras de beneficencia de acuerdo con los principios de caridad cristiana que Don Cafasso había predicado y practicado durante su vida sacerdotal.

Mas él estaba bien preparado espiritualmente para el último trance. No por nada, predicando ejercicios en San Ignacio, había sugerido a los sacerdotes tres medios para estar seguros de una buena muerte: la santidad debida, el desasimiento del mundo y la devoción a Jesús Crucificado. Y Don Cafasso había puesto en práctica constantemente esos medios; por eso pensaba con alegría en el día en que Dios lo llamara. Para estar listo a esa llamada hacía todos los meses el ejercicio de la buena muerte, purificando cada vez más su alma con el pensamiento de ultratumba.

Parece que Dios haya querido consolar a su amado siervo revelándole que se acercaba para él el día de su muerte. En efecto, antes de caer enfermo, dijo muchas veces a su confesor, el teólogo Golzio, que el paraíso estaba cercano. A otra persona le dijo que dentro de poco le sucedería en el cargo uno de capa roja, como se verificó en la persona del canónigo Galletti. Otro testigo así narra explícitamente: "El Siervo de Dios el día de la Ascensión, mayo de 1860, dijo que moriría ese año: en junio dijo a la misma persona, penitente suya, que se volverían a ver en el paraíso, pues en esta tierra ya no se encontrarían más". Don Cafasso conocía la hora de su muerte, nos lo asegura Don

Boseo cuando escribe: “Es verdad que Don Cafasso en los últimos meses de su vida, parecía agotado por las fatigas y consumido por las penitencias y ayunos; sin embargo, no cesaba de emprender nuevos trabajos apostólicos de distinto género. Cuando he aquí que cambia de modo de hablar, de pensar y de obrar. Manda llamar al sacerdote con quien iba a predicar los ejercicios espirituales y le dice que ya no puede ir. Le preguntan la causa, y responde: —Después la sabrán. Deja de ejercer algunos ministerios extraños a la casa; los enfermos mismos a quienes solía visitar con tanta caridad, los confía a los cuidados de otros”.

Cada día se iba retirando de las obras y ocupaciones que le eran más queridas, e invitó a muchos de los penitentes a buscar otro confesor, sin decirles la razón; sólo después de la muerte del Santo, entendieron el motivo del consejo recibido. También dentro del Convictorio se fué separando poco a poco de sus obras, de sus coadjutores, de sus discípulos, para concentrarse en el pensamiento de la eternidad. En los tres días que precedieron a su enfermedad, permaneció encerrado en su habitación. Según afirma Don Bosco, arregló todo lo tocante a la buena marcha del Convictorio, dió las órdenes oportunas a los criados, respondió algunas cartas, puso en orden todos sus escritos, anotó algo que debía añadirse a su testamento e hizo el ejercicio de la buena muerte.

Estaba listo para el viaje. Nada faltaba para que el hombre de Dios afrontase con serenidad la jornada que no tiene retorno.

#### PIEDAD DEL MORIBUNDO.

Precedieron a la enfermedad y a la muerte de Don Cafasso hechos dolorosos que, en verdad, no hacen honor al gobierno liberal que entonces gobernaba al Piamonte. El ministro del Interior, Carlos Luis Farini, sospechando que en el Oratorio de Valdocco se tramaban conjuraciones contra el Estado, y habiendo llegado a saber que Mons. Luis Fransoni, el arzobispo desterrado, había dirigido una carta

a Don Bosco en que le rogaba hiciera llegar a los párrocos un mensaje confidencial en que estaban prescritas las normas con que debían regularse en las luchas que debían sostener por la justicia, ordenó requisas oficiales en el Oratorio. Una se llevó a cabo del 26 de mayo de 1860 y la otra el 10 de julio del mismo año. San Juan Bosco con ánimo fuerte e intrépido hizo frente a las dos pesquisas, protestando enérgicamente por la violación de los artículos del estatuto que garantiza la inviolabilidad del domicilio y la inmunidad de las personas. Una pesquisa semejante se llevó a cabo el 6 de junio en el Convictorio y la alcoba de Don Cafasso fué minuciosamente requisada por los emisarios del gobierno, pues se sospechaba que nuestro Santo tenía relaciones con el arzobispo, proscrito de la diócesis por una injusticia sectaria.

Aunque no encontraron nada en el Convictorio eclesiástico que diese pretexto a los rigores de las autoridades políticas, y aunque el Santo se hubiese mostrado casi indiferente a tal prueba hasta el punto de decir con su habitual sonrisa que a un sacerdote de la horca no le afanaban esas cosas, no obstante, tales pesquisas le amargaron el corazón y dieron un golpe cruel a ese cuerpo ya bastante gastado por las fatigas apostólicas, por los ayunos, las penitencias y los sufrimientos morales. Se le renovó más que nunca el intenso dolor de años atrás que le hacía sangrar el alma, por la persecución de que eran víctima la religión y el Papado en el Piamonte y en otras partes de Italia. Por esta causa el 11 de junio de 1860, después de haber pasado algún tiempo en el confesonario escuchando a sus penitentes, hubo de retirarse a su pieza y guardar cama. El médico de la casa, doctor Battaglia, llamado de urgencia, declaró que se trataba de una afección a los pulmones, incurable ya por el absoluto desgaste de fuerzas vitales. Era la llama que se extinguía por falta de combustible.

Para prolongarle algunos días la vida se le practicaron algunas sangrías, a las que el Santo se sometió, a pesar de la repugnancia que le causaba. Medicinas, bebidas de cual-

quier sabor, operaciones dolorosas, todo lo soportó con resignación y con paciencia. Durante los días de la enfermedad, jamás salió de sus labios una queja de incomodidad y de lamento. En perfecta conformidad con la divina voluntad, miró de frente a la muerte con rostro sereno. A un criado que acostumbraba ir a San Ignacio a ejercicios, le dijo: Suspenda su viaje; irá a San Ignacio después de mi muerte. Berte, que servía la mesa, teniendo que cambiar manteles, dijo al enfermo: Padre, ¿le preparo puesto en el comedor? Don Cafasso le respondió en seguida: —No hace falta; mi puesto está preparado en el paraíso.

Y en efecto, José Cafasso en aquellos días no pensó sino en el paraíso. A alguien que le preguntó cómo estaba y si había descansado bien durante la noche, le respondió con las palabras de San Pablo: **Sive vivimus sive morimur, Domini sumus**. No pedía más que una cosa: las oraciones de todos. Don Bosco asegura: “Me dijo un día que hiciera rogar mucho por él en el Oratorio a mis muchachos. Ya lo hemos hecho, respondí, y continuaremos rogando; pero les he dicho que usted vendrá a darnos la bendición con el Santísimo en la próxima fiesta. Esté tranquilo, añadió, y diga a sus jóvenes que los bendeciré desde el paraíso”. Todo absorto en Dios y con los ojos fijos en el cuadro de San José, su santo predilecto, no gustaba de las conversaciones terrenas. Recibía bondadosamente a cuantos se le acercaban, pero después de algunos minutos les hacía señal de que lo dejaran solo, deseando quedar a solas con su Dios.

San Juan Bosco, quien con el canónigo Anglesio, superior de la Pequeña Casa de la Divina Providencia, visitaba muy frecuentemente al santo moribundo, escribía al respecto: “Al partir me detenía algunas veces para observarlo desde el umbral de la habitación. Lo veía juntar las manos, besar una y otra vez el Crucifijo, y con la mirada vuelta hacia el cielo hablar sin interrupción, como con un amigo de confianza. Por eso pude convencerme de que deseaba estar solo para poder tratar más libremente con su Dios. Un día en que quedé solo con él, me animé a

circle que sería bueno que estuviese alguno regularmente junto a su lecho, ya para los servicios que frecuentemente le ocurrieran, ya para que no le faltara una palabra de aliento. “No”, respondió. Después alzando los ojos al cielo, dijo con vehemencia: ¿No sabe que una palabra que se dice a los hombres es una palabra que se roba al Señor? “También otros se dieron cuenta de que el enfermo deseaba quedarse solo para prepararse al paraíso; y se lo oía rezar en voz baja, mientras elevaba lentamente los ojos y las manos al Señor.

Todos los días recibía con singular piedad la Sagrada Comunión. Una mañana, después de haberse alimentado con el Pan Eucarístico, se le vió en éxtasis, levantado del lecho. El cuarto día de la enfermedad, pidió el santo viático, que le fué traído en forma solemne; antes de recibirlo pidió perdón a los circunstantes si alguna vez les hubiese dado mal ejemplo y les suplicó que orasen por él, porque ya se acercaba la hora de ir al paraíso. Fué tal y tan grande el transporte de fe y de amor cuando recibió a su amado Jesús, que los superiores y Convictores quedaron santamente edificados. Quiso recibir también la extrema unción y la bendición papal para alcanzar fortaleza y aliento en el viaje supremo.

Como un padre moribundo quiere estar rodeado de sus hijos, para dirigirles la última palabra y para darles la última bendición, así el santo maestro consintió gustoso en recibir a sus Convictores.

“Estando al rededor de su lecho, escribe De Robilant, dirigiéndose a todos sus discípulos, con palabras delicadas, los exhortó a la santidad sacerdotal, al sacrificio y al buen combate. Recordó las principales recomendaciones que muchas veces les había dado desde la cátedra: el estudio constante de la Teología, y la más perfecta obediencia y conformidad a cuanto manda y aconseja la santa Iglesia. Terminó con estas oportunísimas palabras: —El sacerdote, sin Dios, no vale nada; por esto, carísimos hijos, procurad estar siempre con Dios, que así seréis amados por los buenos



y temidos por los malos; por el contrario, al sacerdote que quiere inmiscuirse en política y se separa del Señor, no le queda sino el ridículo y el desprecio, según estas palabras del Divino Redentor: **Quod si sal evanuerit, ad nihilum valet ultra nisi ut mittatur foras et conculcetur ab hominibus.** Y el venerable coronó las preciosas amonestaciones que fueron como su testamento y recibían de las circunstancias un poderoso valor de persuasión, invocando la divina bendición sobre sus queridos alumnos, y despidiéndolos contentos y angustiados a un mismo tiempo y decididos a ser en vida y en muerte como él había deseado que fueran". El viernes 22 de junio, víspera de su muerte, los llamó de nuevo en torno suyo y después de haberlos animado a ser buenos y valientes sacerdotes, alzando su trémula mano, los bendijo con indecible expresión de afecto. Todos lloraban de rodillas. Era el llanto de los hijos que no podían resignarse a perder un padre tan santo.

Entre tanto el mal progresaba inexorablemente, agotando las últimas fuerzas del moribundo, que continuaba pensando en el paraíso, seguro de que las penas de la enfermedad serían su purgatorio. Ajeno a la presencia de la multitud que entraba y salía silenciosa, él besaba el Crucifijo, y cuando no tuvo ya fuerzas para llevarlo con las propias manos a los labios, el teólogo Bolzio lo ayudaba en este acto de suprema piedad. En las primeras horas de la mañana del sábado, pidió que se celebrase aún la santa misa en el oratorio privado contiguo a la habitación, para recibir por última vez a Jesús Sacramentado. Después hizo encender un grueso cirio que tenía en la alcoba y la lamparita de la Virgen; y cuando, ya de día, el criado se acercó para apagar las luces, el moribundo le ordenó las dejase prendidas hasta el último suspiro y mientras el cadáver permaneciese en la habitación.

La hora de la muerte está cercana: es un sábado 23 de junio de 1860. ¿Acaso no había pedido y deseado tanto el santo sacerdote morir un día dedicado a la Santísima Virgen? Cuando las campanas tocaron el Angelus invitó a los

presentes a saludar a la Virgen Santísima, y con un hilo de voz recitó la hermosa plegaria. Era ése el último saludo que dirigía desde la tierra a la Madre Celestial; y en ese saludo vibraba todo el amor del hijo que, al partir del destierro, tendía los brazos hacia la patria en donde había de encontrar a su querida **Madonna**.

Ya la vida se escapaba de aquellos despojos mortales. El canónigo Anglesio no abandonó ya al moribundo, que continuaba en sublime comunicación interior con Dios. Hacia las diez, en la iglesia de San Francisco, en medio de la conmoción general, se dió la bendición de la agonía. Se vió entonces a Don Cafasso elevarse del lecho, extender los brazos con una sonrisa celestial y después caer suavemente y expirar. ¿Hacia quién había dirigido sus brazos el moribundo? ¿Quién se le había aparecido en ese momento supremo? ¿No sería quizás la Virgen Santísima que venía a recibir el espíritu de quien tanto le había amado en la tierra?

¡Qué dulce y sereno ocaso fué esa muerte! El rostro del difunto aparecía radiante de luz sobrehumana; la estancia era un templo inundado del espíritu del Señor; el lecho, un altar que sostenía un tesoro y en esos pobres despojos de la muerte, todos vieron los despojos de un santo. Esa vida que se extinguía a los 49 años, llevaba consigo todos los reflejos de una luz que no era luz terrena. Mueren los monarcas, los poetas, los artistas, los sabios y los grandes conductores de la humanidad; pero su muerte es muy distinta. La desaparición del genio y del héroe va siempre acompañada por sombras y debilidades de la humana naturaleza. Ninguna debilidad ni sombra terrena vino a ofuscar la serenidad de esa muerte suave en que el santo apóstol de Turín se elevaba puro y bello con la belleza de los ángeles desde un humilde lecho del Convictorio para ir al encuentro de su Dios. Sólo a los justos y a los santos está reservada la alegría de estas muertes envidiables, a los que no sucede la noche triste y espantosa, sino la aurora límpida y sonriente que descubre a las almas el reino lumi-

noso en donde a los afanes y amarguras del tiempo suceden los bienes eternos que la pluma del hombre no acierta a describir.

Apenas Don Cafasso dió el último suspiro, el canónico Anglesio, arrodillándose con los allí presentes, recitó los primeros sufragios, y exclamó: **Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius.** Pocos minutos después llegaba acezante otro gran santo, Juan Bosco, quien, arrodillándose junto al lecho, lloró amargamente.

### LUTO GENERAL.

Aquel día fué de luto general para Turín, en donde todos conocían y estimaban a Don Cafasso. La noticia se difundió con la rapidez del rayo por todas las diócesis del Piamonte, en donde la fama de su ciencia, de sus heroicas virtudes sacerdotales y de las santas obras de su ministerio eran por todos admiradas y suscitó un duelo general. Todos a una voz afirmaban que había muerto un santo; y el pueblo, con una de esas expresiones gráficas que sintetizan el sentimiento universal, afirmaba: "En el paraíso, o Don Cafasso, o nadie". El clero de la ciudad y el de toda la región subalpina, comprendió la inmensa pérdida sufrida por la iglesia del Piamonte. Hay quienes no encuentran sustituto en la historia. La prensa estuvo unánime en deplorar la muerte de ese hombre que había enaltecido el sacerdocio, salvado tantas almas y prestado tantos servicios a la sociedad.

Entre tanto, arreglado el cadáver, revestido con los ornamentos sacerdotales, desfiló ante él toda clase de gente, con señales del más vivo dolor y de la veneración más profunda. Al día siguiente, fiesta de San Juan Bautista, para acceder al deseo de la ciudadanía, ansiosa de ver una vez más el rostro de aquel hombre de Dios, se dispuso la cámara ardiente. Me place insertar aquí una página del biógrafo De Robilant que resume las impresiones del clero y del pueblo en ese día de dolor y de profunda conmoción.

“Millares de personas se sucedían sin interrupción; pobres, ricos, plebeyos y nobles pasaron por su cámara mortuoria y hubo tantos sacerdotes que creo que en Turín ni uno sólo dejó de concurrir. Todos querían ver el rostro del santo sacerdote y acercar a su cadáver objetos de devoción. Yo lo ví después de muerto, escribía la marquesa Frassati, y conservaba la misma expresión sonriente que tanto lo caracterizó en vida. Y con los testimonios de los grandes concuerdan plenamente los de los humildes. Una criada de una penitente suya narra que encontró ante el cadáver del buen sacerdote multitud de gente de toda condición, incluso altos oficiales del ejército; todos se arrodillaban, besaban los pies de Don Cafasso y ponían sobre su pecho rosarios y medallas. Una piadosa persona de Castelnuovo de Asti que amaba mucho a Don Cafasso por haber recibido de él innumerables beneficios espirituales, llegaba de prisa a Turín con una hija suya y encontró llenos de gente los alrededores del Convictorio y tanta multitud en la puerta, que no podía entrar. Habiendo logrado con gran dificultad subir hasta la habitación del Siervo de Dios, se encontró con el hermano, Pedro Cafasso, quien lloraba amargamente junto al lecho fúnebre; Don Cafasso parecía dormir y tenía en el rostro una expresión celestial. En torno al lecho se veía toda clase de personas y, según afirmaba ella después, nunca había visto derramar tantas lágrimas. Además, la multitud, que continuamente se cambiaba, no disminuía, y no contentos con acercar al cadáver objetos religiosos, cortaban cabellos y tomaban ávidamente diversos objetos que habían pertenecido al Siervo de Dios; los más indiscretos cortaban pedacitos de su sotana, de tal manera que hubo necesidad de nombrar personas que impidiesen tan desmedidas manifestaciones de piedad. En una palabra, nos dice Don Bosco, este hombre que hasta entonces vivió casi desconocido en el mundo, empezó a aparecer grande. Se veía, como sucede en la muerte de los santos, acudir llena de tristeza a la cámara mortuoria una muchedumbre siempre creciente de personas que buscaban un lenitivo a su dolor

al contemplar el aire de paraíso que irradiaba su rostro, al besar esas manos que prodigaron tantos consuelos espirituales y temporales, al cortar, como recuerdo, cabellos y vestidos, al tocar su cuerpo con objetos que, por este contacto, adquirirían para ellos un valor especial”.

Colocado el cadáver en el ataúd y transportado a la iglesia de San Francisco de Asís, el lunes 25 de junio celebró la Misa el teólogo Golzio, con gran concurso de clero y de pueblo. Desde el más docto sacerdote hasta el más humilde laico, desde el más ilustre patricio hasta el sencillo campesino, todos se agrupaban en torno del féretro, derramando lágrimas y cubriéndolo con lirios.

Terminadas las exequias, empezó a desfilar el fúnebre cortejo hacia la iglesia parroquial de los Santos Mártires. Nunca se vió tan numeroso clero en semejante ceremonia. De todos los rincones del Piamonte habían acudido sacerdotes a presentar un homenaje póstumo al maestro y al padre.

Desde los balcones se arrojaban flores sobre el féretro. Todos lloraban, recitaban oraciones, elogiaban al difunto. Llegado a la iglesia de los Santos Mártires, se la encontró atestada de gente y era casi imposible la entrada. Después de la Misa y de nuevas exequias, el cortejo se encaminó al camposanto, entre oraciones y rosarios que el clero alternaba con el pueblo. El ataúd fué colocado en una fosa excavada en la tierra, en el sitio heredado del teólogo Guala y se le cubrió de flores cuyos pétalos querían conservar todos como reliquias.

Si bien todos estaban convencidos de que esa alma privilegiada gozaba ya de las alegrías del paraíso, sin embargo, en diversos lugares se elevaron por ella innumerables sufragios. Fueron notables entre otros los funerales celebrados por Don Bosco en el Oratorio de San Francisco de Sales y los que ordenó celebrar en la iglesia de San Francisco de Asís la ciudadanía turinesa el día trigésimo de la muerte de Don Cafasso.

En ambos funerales tejió el elogio del extinto San Juan Bosco, quien, recordando al compatriota, al amigo, al consejero incomparable, al maestro insigne y al Santo, habló con elocuencia y con efusión de corazón. Ninguno mejor que él habría podido conmemorar a Don Cafasso. Nadie mejor que un santo puede comprender el alma de los santos. Don Cafasso y Don Bosco son dos grandes santos modernos. Este ha sido el juicio de la Iglesia, éste el de los contemporáneos que los conocieron y el de la historia que, examinando la vida de los dos personajes y la obra que realizaron en bien de la humanidad, se han inclinado ante ellos, circundándolos de veneración. Son dos santos bien diferentes en su fisonomía moral y en la palestra en que ejercieron su apostolado; pero se amaron, se estimaron y se ayudaron mutuamente. Pocos santos se comprendieron tan íntima y perfectamente como estos dos hijos de Castelnuovo. Y la historia y la Iglesia vivirán agradecidas al ilustre fundador de la Pía Sociedad Salesiana que, habiendo podido conocer y apreciar en todos sus detalles la santidad del maestro y del amigo, la hizo refulgir con la palabra y con la pluma, presentando a todos un ejemplo admirable de virtud.

Entre tanto, en torno de la tumba de José Cafasso ocurrían sucesos que no suelen verificarse en el orden de los humanos eventos; con el descendimiento a la tumba comienza también el olvido de los hombres. El silencio impenetrable de la muerte circunda los sepulcros y los envuelve en su fúnebre manto. El recuerdo de los muertos se apaga poco a poco en la memoria de los vivos, los cuales, a su vez, han de ser olvidados al ir a formar parte del número de los que fueron. Es esta la ley fatal e inexorable del humano destino. Pero los justos y los santos, son una excepción. Apenas su cádaver es colocado en la fosa, un poder misterioso lleva a los vivos hacia esa tumba para conservar vivo el recuerdo y para atestiguar su estima y veneración hacia los que dejaron en la tierra una huella luminosa de bien y un perfume suave que recrea y fortalece los espíritus.

Sobre la fosa que encerraba los despojos mortales no se había colocado ningún distintivo especial, y sin embargo, de todas partes acudía la gente a orar y a cubrirla de frescas flores. Con el tiempo fué creciendo la piadosa peregrinación. Aún de Castelnuovo venían a orar sobre la tumba del ilustre conciudadano. Sobre ese pobre sepulcro se experimentaban consolaciones indecibles y se alcanzaban favores. Se comprendió entonces la necesidad de colocar sobre la fosa una piedra a manera de túmulo y una lápida de mármol blanco con un bajorrelieve que representaba al Santo en las cárceles consolando a un prisionero y señalándole con la diestra el paraíso, mientras con la siniestra daba a un pobre una limosna. Al pie del bajorrelieve se grabó una expresión dictada por el ilustre latinista Tomás Valauri.

No habían transcurrido aún dos años de la muerte de Don Cafasso, cuando, queriendo transformar la simple fosa en un pequeño mausolco, se procedió en mayo de 1862, previa autorización del Municipio de Turín, a la exhumación de los restos. Al destapar la caja apareció el cadáver en el mismo estado en que se encontraba la mañana de la muerte; solamente el pelo había crecido un poco y en una oreja se notaba el comienzo de la descomposición. No se percibía olor alguno y todos se acercaron a besarlo. Uno de los circunstantes, constató en uno de los miembros la incorrupción de todo el cuerpo: el cadáver se había conservado intacto como si se le acabase de dar sepultura. Cerrada nuevamente la caja, se la colocó nuevamente en el sepulcro, mientras los presentes la cubrían de flores.

Pocos años después se hizo una segunda exhumación y los restos mortales de José Cafasso fueron llevados al santuario de la Consolata y colocados debajo del altar que se le dedicó más tarde. No se podía escoger un lugar más apropiado. Allí florece el Convictorio eclesiástico del que fué su insigne rector; allí, en un trono de gloria resplandece la Virgen Consoladora que el Santo amó con afecto filial y veneró con singular devoción. Allí el pueblo de Tu-

rín, al acudir a renovar el homenaje de sus antepasados a la poderosa patrona, se complace viendo a sus pies las reliquias benditas del apóstol que, en la humildad aprendida de María, obró cosas grandes en beneficio de la ciudad y del Piamonte. El nombre de Don Cafasso está unido con vínculos indisolubles a los fastos y las glorias de la Consolata.



## CAPITULO XV

# EN LA GLORIA DE LOS ALTARES

**Veneración de personajes insignes — La voz de Dios y la de tres Pontífices — Nuevos y estrepitosos milagros — Pío XII y la apoteosis en San Pedro.**

### VENERACION DE PERSONAJES INSIGNES.

No siempre saben los hombres apreciar justamente a aquellos de sus contemporáneos que se señalaron por la virtud y por la ciencia. En torno al humilde sacerdote de Castelnuovo se reunieron en seguida no sólo los hijos del pueblo, que admiró su vida ejemplar, y las santas obras de su ministerio, sino los personajes más famosos de la época, que hubieron de declarar abiertamente que veían en Don Cafasso un santo, digno del honor de los altares. El testimonio de los contemporáneos arrojaba nueva luz sobre su figura y le preparaba la apoteosis que le decretaría la Iglesia.

A la cabeza de todos avanza San Juan Bosco, quien, como si no estuviese satisfecho de su juicio de discípulo predilecto y de hijo espiritual del extinto, apela al de otros para hablarnos de este modo: “He interrogado a amigos, a compañeros de escuela y a otros personajes que le conocieron por mucho tiempo; les pregunté si habían notado algo digno de reproche en la vida de Don Cafasso; pero todos estaban acordes en afirmar que en los 49 años de su vida, jamás constataron una acción, un gesto, o una palabra

menos conveniente a un joven virtuoso, a un clérigo ejemplar, a un santo sacerdote. Por el contrario, al hablar de la santidad positiva que consiste en la práctica de la virtud, todos lo hacían con las palabras más elogiosas al referirse a las virtudes del buen sacerdote. Algunos lo llamaban un nuevo San Luis, por la inocencia y pureza de sus costumbres; otros, un San Vicente de Paúl por la caridad que usó para con los infelices; hubo también quienes no dudaron en llamarlo un San Carlos Borromeo por la rigidez y austeridad de su propia vida, mientras lo asemejaban a San Alfonso por su dulzura, bondad y condescendencia”.

Es también muy notable el testimonio del Cardenal Cagliero, quien ante los jueces eclesiásticos aseguró: “Don Bosco tenía por Don Cafasso una veneración especial, fruto de las admirables virtudes y de la santidad que resplandecía en el que fué por veinte años, su maestro, consejero y director espiritual. Nosotros, que teníamos un concepto muy alto de la bondad y virtudes de Don Bosco, nos formábamos de Don Cafasso, su maestro, un concepto no menos elevado. Yo mismo, en las varias circunstancias en que tuve ocasión de visitarlo y escuchar sus cálidas exhortaciones, me persuadí de la verdad de cuanto nos narraba Don Bosco”.

Mons. Juan Bautista Bertagna, en quien el clero Piemontés ha reconocido un sacerdote integérrimo y un maestro de suma autoridad, afirmaba con juramento: “Mientras vivió el Siervo de Dios, gozaba universalmente de la fama de santo. Los sacerdotes que volvían del Convictorio, ya fuesen a sus casas para las vacaciones de otoño, sea que salieran definitivamente para ocuparse en el ministerio parroquial, sentían todos la necesidad de hablar con Don Cafasso y no sabían dar fin al elogio de sus virtudes. Yo fui muchas veces testigo de este entusiasmo antes de entrar al Convictorio, en donde todos lo miraban como un santo, un hombre extraordinario, en cuyas acciones no se encontraba ni un motivo siquiera de queja o murmuración”. Y después de haber citado el egregio prelado una larga lista en que figuran los nombres de los más ilustres personajes

de Italia, como admiradores del Santo, concluía: “Esta fama de santidad perduró después de su muerte y aún perdura en nuestros días. Yo siempre he considerado a Don Cafasso como un santo por su vida siempre pura y sin mancha”.

Mons. Fransoni, arzobispo de Turín, lo llamaba “un santo que hacía mucho bien”. Uno de los sucesores de Mons. Fransoni en la silla arzobispal, Mons. Gastaldi, decía: “Yo no conocí personalmente a Don Cafasso, porque en el tiempo de sus actividades apostólicas me encontraba en Inglaterra, pero hasta allá llegó la fama de su santidad y del gran bien que hacía en Turín”. El canónigo Anglesio, director de la Pequeña Casa de la Divina Providencia, no dudó en afirmar del él: “Su nombre será bendecido como el de Don Cottolengo y el del Beato Sebastián Valfré”. El Padre Franco, de la Compañía de Jesús, escribía: “Tengo muy alto concepto de este santo y las oraciones que compuso son dignas de un serafín”. Su primer sucesor en la rectoría del Convictorio, el canónigo Galletti, al ocupar la pieza del extinto repetía que allí había muerto un santo. El segundo sucesor, teólogo Golzio, hablaba de él con lágrimas en los ojos, y lo proponía a los Convictores como modelo de todas las virtudes. El Canónigo Roetti, que fué el tercer sucesor, exclamaba: “Don Cafasso fué un hombre extraordinario en lo ordinario, suscitado por Dios para convertir a los pecadores, sobrenaturalizar a los ricos e informar al clero en lo más puro del espíritu eclesiástico”. Y el cuarto sucesor, Canónigo José Allamano, hombre de profunda rectitud, de elevadísima vida sacerdotal y de ardiente celo por la causa cristiana, haciéndose eco de tantas voces y de tantas aspiraciones, y comenzando a recoger, por consejo de Don Bosco, las memorias de su santo tío y conciudadano, promovió con segura confianza la causa de beatificación, y la vió llegar al puerto deseado, en su serena y robusta vejez.

No podía ser de otro modo. La grande y universal fama de santidad, que circundó muy pronto el nombre de José Ca-

fasso, la unánime veneración que le profesaron el pueblo y el clero piamontés, sus reliquias e imágenes, que eran ansiosamente buscadas, las biografías escritas por el famoso canónigo Santiago Colombero y por el infatigable Luis Nicolis de Robilant, que eran leídas con admiración, demuestran hasta la evidencia que fué bien inspirado el canónigo Allemano al iniciar en 1895, en la Curia de Turín, las prácticas para el inicio de instrucción del **proceso ordinario** sobre la fama de santidad de Don Cafasso, al que siguió después la introducción del **Proceso Apostólico** sobre las virtudes de nuestro Santo y sobre los milagros que Dios obraba por su intercesión.

#### LA VOZ DE DIOS Y LA DE TRES PONTIFICES.

Al homenaje de los hombres que celebraban la virtud del gran Siervo de Dios, se unieron bellamente la voz de Dios y la de Roma. La primera se manifestó en los hechos prodigiosos en que quiso el Omnipotente ensalzar la santidad de aquel que quería señalar como un ejemplar de santidad evangélica y sacerdotal. No pocas fueron en verdad las curaciones prodigiosas que imprimieron un sello divino a la fama de santidad de que gozaba universalmente Don Cafasso. Los que atrajeron mayormente la atención de los postulantes y actores de la causa y que presentaron objeto de discusión por parte de la Sagrada Congregación de Ritos fueron la curación de la niña Pierina de Gaudenzi y del joven mecánico Víctor Bertone, de los cuales, la primera fué curada de una luxación congénita de la cadera izquierda, y el otro, de un absceso tuberculoso en un hueso. Ilustres representantes de la ciencia médica declararon que los dos hechos presentaban todas las características de una curación instantánea y perfecta, debida exclusivamente a una intervención sobrenatural.

A la voz inmensamente autorizada de Dios que confirmaba la santidad de Don Cafasso con un milagro tan evidente, se añadieron las augustas voces de tres Pontífices.

En efecto, el 23 de mayo de 1906, el Pontífice Pío X se dignaba firmar por su propia mano el decreto que autorizaba la introducción de la causa. Era éste el primer acto oficial de la Iglesia, con el que se abrían los luminosos senderos de los altares al gran Siervo de Dios. Al Papa Benedicto XV estaba reservado el honor de promulgar el decreto sobre las virtudes heroicas del apóstol de Turín. Este decreto apareció el 27 de febrero de 1921 y fué ilustrado por un elocuente discurso del Pontífice, el que pintó con vivísimos colores la caridad que ardió en el alma del santo sacerdote hacia Dios y hacia el prójimo, poniéndolo como modelo al clero y al laicado: al clero, para que aumentara su celo; al laicado, para que tuviera un eficacísimo ejemplo de virtud.

En los designios de la Providencia estaba decretado que el Papa Pío XI completara la obra de sus venerados antecesores. En efecto, el 20 de julio de 1924, ordenó la publicación del decreto en que se aprobaban los dos milagros propuestos para la beatificación y en su discurso exaltó al heroico sacerdote de Castelnuovo, diciendo: "La vida de un sacerdote santo es como el camino del sol en el espacio; es una estela de luz, un calor vivificante y un benéfico esplendor que desciende sobre el mundo".

Y el 1º de noviembre del mismo año, mientras se aprobaban los milagros propuestos para la canonización del cura de Ars, publicaba el decreto en que se declaraba que se podía proceder seguramente a la beatificación de José Cafasso. En esta fausta ocasión, el Papa, evocando las dos bellas figuras del sacerdote francés y del sacerdote italiano, elevaba inspirados himnos a la Comunión de los Santos.

Decía así el Vicario de Cristo: "No sin una eficaz y bondadosa disposición de la Divina Providencia, hemos asistido a este surgir de nuevos astros en el horizonte de la Iglesia: el Cura de Ars, Beato Juan Bautista Vianney y el venerable Siervo de Dios José Cafasso, precisamente en este solemne y sagrado día, cuando atraviesa el firmamento la gloria de todos los santos; cuando baja del cielo, sube de

la tierra y se eleva de los misteriosos reinos de la Iglesia purgante el triple himno de deseo, de oración y de gloria en que se manifiesta la Comunión de los Santos, esa divina circulación de plegarias y de gracias, de méritos y de premios, circulación magnífica que secunda otra mucho más preciosa y verdaderamente divina, la circulación de la sangre de Cristo que, con la gracia de la Cabeza invisible, purificando, santificando y glorificando, corre a través de todos los miembros del cuerpo místico. Y estas dos bellas, dulces y providencialmente oportunas figuras se nos debían presentar hoy precisamente; la humilde, pequeña, pobre y sencilla pero mil veces gloriosa figura del Cura de Ars, y la bella, grande, gallarda del sacerdote, maestro informador de sacerdotes, el venerable José Cafasso”.

Ya fué pronunciada la palabra suprema. Los anhelos de Turín y del Piamonte quedaron satisfechos. El clero italiano podía entonar un cántico de alegría. La voz augusta y sagrada de la Iglesia decretó los honores de la beatificación al sacerdote José Cafasso.

Era el 3 de mayo de 1925. Con ocasión del año santo, las voces del perdón cristiano, la invitación del Pontífice de la cristiandad atraían a los fieles hacia las reales vías de Roma. Las calles de la ciudad estaban atestadas de peregrinos pertenecientes a las más diversas razas y clases sociales. Y éstos, aunque hablaban distintas lenguas, estaban animados de la misma fe y se sentían hermanos de la casa del Padre. Las campanas tocaban a fiesta. El azul del cielo purísimo de Roma en aquella primavera encantadora se confundía con el verde de las campiñas que circundan la Ciudad Eterna e imprimía en los ánimos ese sentimiento de suavidad que eleva y restaura. Era una oleada de exquisita fragancia que embriagaba las multitudes sobre cuyas frentes aleteaba el poder misterioso de una sonrisa divina. La naturaleza y la fe, Roma y sus solemnes ritos ejercen siempre una fascinación avasalladora, a la que no saben sustraerse ni aún los espíritus más fríos e indiferentes.

Se abrieron las majestuosas puertas de la monumental basílica de San Pedro y una inmensa multitud se precipitó dentro para asistir con una emoción pocas veces sentida en la vida, a una sagrada y sugestiva ceremonia, en que el cristianismo habla un lenguaje que ilumina las inteligencias y vence los corazones. La humilde figura del **sacerdote de la horca**, aparecía ceñida con el nimbo de los **Beatos**, mientras las multitudes la miraban entusiasmadas y elevaban sus plegarias suplicantes. El secular himno del **Te Deum** que acompaña todos los triunfos del catolicismo, resonó bajo las bóvedas de la basílica. En las vibrantes notas de ese himno estaba toda la fe de un pueblo que aclamaba al sacerdocio, sublimado por el ministerio de un humildísimo sacerdote; estaba el justo regocijo del Piamonte que veía el triunfo de uno de sus hijos más preclaros; estaba todo el entusiasmo del clero italiano, que en el nuevo Beato contemplaba la belleza de la santidad irradiada por una gloria que no tendrá fin.

### NUEVOS Y ESTREPITOSOS MILAGROS.

Desde ese día la ciudad de Turín tuvo el ardentísimo deseo de ver a José Cafasso elevado a una gloria más alta: la de la canonización. Tal deseo se manifestó visiblemente en torno a sus sagradas reliquias encerradas en urna de bronce, de artística factura, estudiada por el mismo Sumo Pontífice Pío XI y por él donada al Santuario de la Consolata. Ante esa urna se veía siempre una multitud de gente de toda condición, que expresaba al Beato la gratitud por los beneficios recibidos o imploraba asistencia y bendición para nuevos favores. ¿Quién podría enumerar las gracias que desde ese altar fueron generosamente dispensadas?

La constatación documentada de los beneficios recibidos no sólo para aquellos que iban a orar ante ese altar, sino también por los que, lejos de Turín, se recomendaban a la poderosa intercesión del Santo, extendiendo la fama de los prodigios, le conquistó una más profunda veneración

en el clero y en varias clases sociales. En las comunidades religiosas, en los asilos de caridad y principalmente en los seminarios de Italia, cuyos alumnos se preparaban con tanto fervor al ejercicio del ministerio que ennobleció José Caffasso, se iniciaron oraciones especiales para obtener de Dios una más gloriosa exaltación de su Siervo.

La dirección del santuario de la Consolata, concedora de todo este movimiento de súplicas y de oraciones, comenzó en seguida a promover la canonización del que hoy constituye una gloria insigne de ese magnífico templo. A la dirección del santuario se unió con vivo reconocimiento todo el episcopado piemontés, encabezado por el Emo. Cardenal Mauricio Fossati, Arzobispo de Turín y de Su Excelencia Mons. Montanelli, Arzobispo de Vercelli, a los cuales se asociaron muchos otros prelados, los rectores de los seminarios de Italia, el Rector Mayor de los Salesianos, el Superior de la Pequeña Casa de Cottolengo, y los superiores de las órdenes religiosas, todos deseosos de la glorificación suprema de ese gran modelo de santidad sacerdotal. Y la Sagrada Congregación de Ritos, acogiendo los deseos de tantas personalidades, el 12 de junio de 1934, empezaba de nuevo el estudio de la causa para la canonización, en la confianza de que ya habían sido obtenidos dos nuevos milagros por intercesión del Beato; en efecto, se presentaron las pruebas jurídicas de dos milagros ante los jurados constituidos en la curia arzobispal de Turín, y fueron después diligentemente examinados en cuatro discusiones por la Sagrada Congregación de Ritos, la última de las cuales fué presidida por el Sumo Pontífice Pío XII. El primer milagro es la curación del joven Remo Chioso, natural de Netro Biellese, aprendiz de mecánica en los talleres de su pueblo. De las aclaraciones de diez testigos interrogados en el proceso, resulta hasta la evidencia: 1º Que Remo Chioso fué atacado por una *coxalgia* tuberculosa en la cadera izquierda, reconocida por tres médicos que lo examinaron y confirmada por la radiografía; 2º Que esta afección presentaba una gravedad extraordinaria, ante la cual



los remedios que se usaron, resultaron impotentes; 3º Que el enfermo y sus padres invocaron al Beato Cafasso para la curación y continuaron orando hasta alcanzar el efecto deseado; 4º Que la curación, más bien que rápida, fué instantánea y considerada por los mismos médicos fuera de las leyes naturales; 5º Que esta curación fué tan completa, que no deja duda alguna sobre la verificación del milagro.

Oigamos ahora el juicio de los doctos. El doctor Venancio Sciola, médico de Netro Biellese, afirma que habiendo encontrado señales de coxalgia tuberculosa en el examen de Remo Chioso, lo envió al hospital de Biella, en donde la radiografía reveló señales de **lesión tuberculosa en la cabeza del fémur izquierdo**. El enfermo pasó después a la colonia Víctor Manuel en Marina de Massa, donde ocurrió el milagro. Hay que advertir que por el consejo de una devota de Don Cafasso, la madre y la tía de Remo y Remo mismo no hacían otra cosa que suplicar al Beato para obtener la curación, la cual se efectuó en la mañana del 2 de mayo de 1932. Ese día, levantándose del lecho, el enfermo sintió como un estremecimiento por todos los nervios y con grande estupor se dió cuenta de que los movimientos de la pierna izquierda no le causaban ya dolor alguno y que podía apoyar el pie en tierra sin sentir el fastidio que hasta la tarde anterior lo había atormentado. Cuando el doctor Sciola vió a Remo de regreso a su pueblo natal, constató "la curación no sólo clínica, sino, con grande sorpresa suya, también funcional del miembro". Son palabras suyas escritas en un documento adquirido para el proceso. Y ante los jueces del tribunal eclesiástico, no pudo menos de declarar: "**Estoy perfectamente convencido de que la curación de Chioso, ya sea por el tiempo brevísimo en que se efectuó, ya por la perfección, pues quedó sin ninguna señal que yo haya podido constatar, no puede caber en el orden natural de las cosas**".

Del mismo parecer fué el doctor Virginio Silvestrini, quien había prestado sus cuidados a nuestro enfermo en el hospital de Biella y habiendo oído acerca de la curación

instantánea, confesó con declaración juramentada: "No considero posible semejante curación. Si es verdad cuanto se me ha dicho acerca de la curación improvisa de Chioso, no creo que se la pueda atribuir a una reacción natural del enfermo". No de otra manera se expresó el doctor Santiago Bianchi, médico cirujano y profesor de Medicina Social en la universidad de Pisa, el cual, después de haber atendido a Remo Chioso en el Hospital de Massa, sorprendido por la inesperada curación, declaró bajo juramento que ésta **"no encuentra su explicación en causas naturales"**.

Con el juicio de los médicos de cabecera, corresponde el de tres expertos peritos, Jorge Tacobelli, Nicolás Gentile y Lorenzo Sympa, que fueron designados por la Sagrada Congregación de Ritos para estudiar el caso de Remo Chioso y declararon unánimemente que la curación anatómica de la coxalgia tuberculosa no se puede explicar absolutamente con las solas fuerzas naturales, sino que contrariaría esas mismas leyes. La demostración del milagro no podía ser más evidente.

No menos evidente y estrepitoso se presenta el milagro obrado en la persona de la niña Josefina Morelli, de cinco años de edad. La condesa Clemencia Morelli, mujer inteligente y piadosa, inició las declaraciones que continuaron otros ocho testigos, y en su larga y detallada exposición, corroborada por documentos escritos, narra fielmente las circunstancias de la enfermedad y curación de su hija, como veremos enseguida:

La pequeña Josefina, después de la consulta médica entre el profesor Bargellini y el profesor Meynier, fué declarada enferma de coxalgia en la cadera izquierda y fué enyesada. Después de tres meses, las radiografías constataron principio de detención de las caries en el hueso afectado. Mas hacia fines de octubre de 1942, la niña empezó a mostrarse inquieta y desasosegada, de manera que aún de noche, mientras dormía, daba a entender por la expresión del rostro, lo mucho que sufría. El profesor Bargellini se dió cuenta entonces de que en la parte enferma se estaba formando

un absceso y aconsejó tenerla en observación por 15 días, al fin de los cuales habría necesidad de someterla a intervención quirúrgica para extraer el pus que se hubiese formado. Viendo muy preocupada a la madre de la niña, procuró tranquilizarla, diciéndole que en esa enfermedad no es raro que se formen abscesos de esa naturaleza. La noble señora quedó muy intranquila y sus temores vinieron a aumentarse, cuando al día siguiente el doctor Meynier, quien también asistía a la enferma, le dijo que no dejaba de preocuparle la nueva complicación del mal, aludiendo, aunque veladamente, a las graves consecuencias que podrían sobrevenir. Fácilmente se puede comprender cómo aumentaron los afanes de la buena condesa al tener ya por cierto que era necesaria la operación. Supo además, por la Hermana que la asistía, que el doctor Bargellini, antes de diagnosticar la aparición del absceso, había estudiado su naturaleza, practicando una punción exploratoria de la que obtuvo **pus denso y caseoso**.

Ante ese estado de cosa en que estaba comprometida la vida de la pequeña enferma, la madre, no esperando ya nada de la ciencia médica, se volvió con firme confianza al cielo, para obtener, por intercesión de Don Cafasso, la curación de su hijita: tanto más que, desde hacía varios años, en su familia se oraba a este santo sacerdote, cuyas virtudes se admiraban en la lectura de su vida y se conocía su valimiento cerca de Dios por los favores prontamente concedidos a otras personas. Convencida de esto, la condesa Morelli corre al santuario de la Consolata, pide una estampita del Beato y va a postrarse ante su tumba para pedir **únicamente la curación del absceso** que había venido a agravar la coxalgia, enfermedad que, si bien dejaría alguna imperfección en el organismo, era sin embargo, susceptible de curación, como lo aseguraban los facultativos. Esa misma tarde, 4 de noviembre de 1924, en la casa Morelli, se empezaba junto a la cama de la enferma, una novena al Beato Cafasso con la oración que estaba al reverso de la imagen, añadiendo tres Padrenuestros, Avemarias y Glorias. La novena terminaba el 12 de noviembre.

¿Cuál fué el resultado? Oigámoslo del testimonio juramentado de la madre, quien, después de haber declarado que durante nueve días la niña continuó presentando los mismos síntomas sin ninguna señal de mejoría, prosigue así: “Terminada la novena, la niña se durmió tranquilamente. Llena de emoción la miraba, y no podía creer cómo pudiese descansar en tan plácido sueño, después de tantas noches de atroz sufrimiento. No tenía ya el aspecto adolorido de las noches precedentes, sino el del que, lleno de salud, descansa feliz y tranquilo. Pasé la noche entera en vela, no atreviéndome a creer en el milagro. Durmió hasta las nueve, sin interrupción, y al despertarse, pude darme cuenta de su notable mejoría. El 14 y el 15 transcurrieron en el mismo estado de alivio y tranquilidad. El día 16, convencida de que el Beato me había escuchado, quise tener la confirmación de los médicos e hice examinar a la niña por el profesor Bergellini, quien, después de hacer quitar el yeso y repetir varias veces el examen como si no pudiese persuadirse de lo que constataba, no pudo menos de manifestarnos su estupor, y decirnos que el absceso había desaparecido completamente”.

En esta desaparición imprevisa y completa del absceso, como resulta de todas las actas del Proceso Apostólico, refulge la realidad y la belleza del milagro. El ilustre médico Demetrio Bargellini, profesor de Ortopedia en la Universidad de Turín y jefe de Clínica Ortopédica en el Hospital María Victoria, quien tuvo a su cuidado la niña Morelli durante el curso de su enfermedad, reconoció abiertamente en su testimonio juramentado, que la repentina desaparición del dolor pertinaz y de la fiebre elevada y la atenuación de los síntomas objetivos locales, al mismo tiempo que la condesa elevaba fervientes oraciones, **“representan un hecho que merece ser señalado a los creyentes”**. A su vez el doctor Luis Baj, profesor también de Ortopedia y traumatología, quien había seguido muy de cerca el curso de la enfermedad, atestiguó que la curación de la niña **“representa un hecho muy raro y de difícil explicación”**.

Pero aún más explícitos fueron los doctores Andrés Bertocchi y Fausto Bravetta, famosos médicos, quienes fueron nombrados como peritos por el tribunal eclesiástico de Turín. El primero de ellos afirmó: "Si se considera que los abscesos tuberculosos, ya sean de origen capsular, ya de origen óseo, se desarrollan con suma lentitud (meses y años) y a menudo con fístulas, es evidente que la desaparición del absceso en la niña Morelli, no puede explicarse de acuerdo con los conocimientos clínicos, anatómicos y patológicos que la ciencia nos ofrece". Concuerdando perfectamente la declaración del segundo perito, concebida en estos términos: "La desaparición de un absceso de tal naturaleza cuya existencia fué comprobada por una punción exploratoria, no tiene explicación en la ciencia médica".

El caso de la niña Morelli ha sido muy debatido y profundizado en Roma por los consultores y cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos, lo mismo que por expertos médicos, pues por una parte, hubo la curación inesperada del absceso, y por otra, la curación lenta de la coxalgia, merced al tratamiento a que la enferma fué sometida. Pero toda dificultad se desvanece cuando se considera que la intercesión del Beato fué invocada solamente para la desaparición del absceso, el cual, según la declaración de los médicos, ponía en peligro cierto la vida de la enferma; y no se podía pretender la curación instantánea de la coxalgia, ya que, no había sido implorada, y podía resolverse benignamente en conformidad con los recursos de la naturaleza y los cuidados de los médicos, como ocurrió en efecto.

Así las cosas, era necesario encaminar las indagaciones a la curación del absceso para ver si su desaparición imprevista estuvo o no de acuerdo con las leyes de la naturaleza y los cánones de la ciencia. Ahora bien: cuatro médicos de Roma encargados de estudiar el caso y pronunciar su dictamen se encontraron en perfecto acuerdo al demostrar que dicha curación se obró contra las leyes de la naturaleza y no es explicable con los datos clínicos y anatómicos aceptados por la ciencia. Tal acuerdo entre los cuatro médicos

de Roma y los cinco de Turín, ofrece la más segura garantía de este milagro que, junto con el obrado en la persona de Remo Chioso, abrió el camino a la canonización del humilde sacerdote de Castelnuovo hacia cuya figura se dirigen, hoy más que nunca, las miradas, las oraciones y las esperanzas del pueblo cristiano.

### PIO XII Y LA APOTEOSIS EN SAN PEDRO.

Al augusto Pontífice que en estos difíciles tiempos tiene en sus manos el poder supremo de la Iglesia Católica, guiándola con recta inteligencia y consumada prudencia, mientras ilumina a la sociedad moderna con el fulgor de sus doctrinas y la fortalece con los tesoros de su caridad, estaba reservado el honor de elevar a la más alta gloria de los altares a José Cafasso. A este fin, terminadas las indagatorias jurídicas, firmó el decreto de aprobación de dichos milagros el 8 de diciembre de 1946, fiesta de la Inmaculada Concepción; y acogiendo después el voto unánime de los Reverendísimos Consultores y de los Eminentísimos Cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos, sentenciaba con otro decreto del 16 de febrero de 1947 que se podía proceder con seguridad al acto solemne de la canonización.

El significado de este fausto acontecimiento fué puesto de relieve por Mons. Nicolás Baravelle quien, en su calidad de representante del santuario de la Consolata en Turín, expresaba a Su Santidad, con los sentimientos de su alma, los de todo el clero, que veía en el nuevo santo, al hombre de Dios destinado a suscitar en el sacerdocio la llama cada vez más ardiente del apostolado, para renovar así la vida cristiana en el pueblo, hoy insidiada por hombres y partidos sin Dios, sin fe y sin ningún respeto por las leyes morales esculpidas en la conciencia de la humanidad. Por eso el egregio prelado afirmaba: "En tiempos en que desde muchas partes se procura arrojar fango sobre el sacerdocio para hacer estéril su ministerio en medio de las masas que quieren descristianizar, esta glorificación se presenta

oportuna porque viene a convertirse en autorizado mentís para los denigradores, en provechoso aliento para los buenos, y para todos en una invitación a avaluar en su verdadera eficiencia la obra de los que continúan la misión de Nuestro Señor Jesucristo”.

Pío XII ha sido el Pontífice señalado por la Providencia para coronar con la aureola de los santos a José Cafasso, en el cual reconoce y admira al sacerdote digno de ser propuesto como modelo al clero. Cuando en 1925 publiqué la vida de este insigne plasmador de almas sacerdotales, Eugenio Pacelli, en ese tiempo Nuncio Apostólico en Alemania, me expresaba desde Berlín su complacencia al ver en la primera página de mi libro el título “**Perla del clero**”, dado por mí a ese venerando sacerdote. Cuando poco después fué elegido Cardenal de la Iglesia, en sus frecuentes discursos, ricos de sabiduría y olorosos a evangélicos aromas, aprovechaba cualquier ocasión para exaltar la dignidad y la misión de los ministros de Dios, a los que señalaba como heraldos de la verdad, educadores de la juventud y salvadores de almas. Ha quedado vivo en mi mente el recuerdo del memorable discurso pronunciado por él el 31 de enero de 1932 en la iglesia de la Trinidad de los Montes, para ilustrar ante lo más selecto de Roma la obra de las vocaciones eclesiásticas. Séame lícito reproducir algunos apartes de ese magnífico discurso, cuyos conceptos, además de indicar lo que es y debe ser la vida sacerdotal, parecen recordar lo que fué el ministerio angelical, activo, celoso y ejemplar de José Cafasso.

“**Los sacerdotes serán como los ángeles de Dios en el cielo**”. Cuando en los días serenos y radiantes de otoño el sol resplandece sobre los Alpes, las nieves transparentes, luminosas, toman un suave color del cielo y las montañas blancas se levantan como escalones avanzados hacia la sublimidad del empíreo, en donde los espíritus celestes contemplan felices la albura de la luz infinita de Dios, me parece ver una imagen, aunque imperfecta, de la pureza y excelsa dignidad del sacerdocio instituido por Cristo, dignidad que,

aún tocando la tierra, se eleva hacia el cielo. Como los ángeles, perfectas imágenes de la substancia divina, los sacerdotes deben resplandecer por una pureza celestial; como los ángeles, embajadores de Dios, los sacerdotes son ministros del Señor y deben ser fieles instrumentos de su voluntad...

“Hablen de la grandeza y heroísmo del sacerdote los templos y las casas religiosas, los palacios de los grandes y los tugurios de los pobres, los surcos de dolor y los campos de sangre, los refugios de toda suerte de miseria de alma y cuerpo; hablen y digan si dondequiera se sufre, dondequiera se pena, dondequiera una alma **lucha** entre el bien y el mal, entre la paciencia y la rebelión, entre la herida y la venganza, entre la vida y la muerte, no ha llegado el corazón del sacerdote que, como padre, ¡oh almas adoloridas! se apiade de vuestra pena, participe de vuestras amarguras y de vuestras incomodidades, se incline compasivo con la promesa del perdón para conduciros de nuevo a Dios y os haga sentir en su mano que se alza para bendecir, la eficacia de esa íntima y penetrante virtud que en la sagrada ordenación cambió a ese hombre que os habla y conforta en émulo de los ángeles consoladores, intermediario entre Dios y los hombres, ministro y sembrador de castos consejos, de magnanimidad, de paciencia, de dulzura, de humildad y de clemencia...

“La Iglesia necesita sacerdotes... Al multiplicarse las generaciones y los pueblos, se han multiplicado en la faz de la tierra las almas extraviadas en sombras de muerte, que imploran desde su inquieto y anhelante corazón al Dios que es el sol de su verdad y de su gracia. Al extinguirse una generación, surge otra con las mismas y aún mayores necesidades; la virtud de los padres, la piedad de las madres, los ejemplos de los antepasados no los heredan los hijos si la sangre que éstos recibieron no ha sido regenerada por el agua lustral del sacerdote, si la leche materna no va unida al alimento del alma, si a la instrucción no corre paralela la educación que lleva el santo temor de



Dios a lo más hondo de los corazones. ¿Quién dará el alimento espiritual a tantos niños que piden pan? ¿Quién guiará al joven incauto a través de los peligros de la primera edad? ¿Quién ayudará a las almas que ya caminan en el fervor del bien a conquistar mayores alturas? y hasta cuándo tantas almas dolientes y perdidas, tantas gentes obreras alejadas de la Iglesia, seducidas por falsas doctrinas han de esperar la palabra del sacerdote que las llame al redil, que alivie sus miserias y las dirija y conduzca seguras al puerto?...”

La mejor respuesta a estos interrogantes de supremo interés para el porvenir religioso y moral de la sociedad formulados por el Cardenal Pacelli en enero de 1932 la dió él mismo en la Basílica Vaticana cuando en calidad de Vicario de Cristo y Maestro infalible de la Iglesia, en la plenitud del poder apostólico, al pronunciar, en presencia de innumerables multitudes las solemnes palabras con que inserta el nombre del sacerdote José Cafasso en el catálogo de los santos.

Los sacerdotes en el transecurso de veinte siglos han ilustrado la historia de las naciones. Son ellos los que han bendecido las cunas, santificado los hogares, guiando la juventud por los caminos del bien; los que han iluminado la senda de los peregrinos, convertido a los pecadores, aliviado todas las miserias de la vida y enjugado las lágrimas de los desventurados; los que han salvado millones y millones de almas y se han inmolado generosamente sobre el altar del sacrificio. Las gestas de los sacerdotes santos están escritas con caracteres de oro en el libro de Dios.

La proclamación de la santidad del sacerdote José Cafasso servirá de estímulo al clero para cumplir los propios deberes con esa dulzura, con esa caridad y con ese espíritu de abnegación que conquista las almas. Será de aliento para el pueblo que, al conocer cuanto trabajó en favor de los humildes, de los pobres, de los que sufren, le cobrará cariño y devoción e invocándolo con plena confianza, se sentirá impulsado a seguir sus ejemplos y a imitar sus virtudes.

Será motivo de indecible gozo en Turín, en el Piamonte y en toda Italia, que se sentirán orgullosos de ver a un hijo suyo elevado a la gloria más excelsa, en la espléndida apo-teosis que ha de tributársele en la Basílica de San Pedro (1). Y será eficaz sostén de la Iglesia militante que, combatida encarnizadamente por los secuaces de Satanás, dirigirá sus miradas al nuevo santo para defender con ardor y con celo el patrimonio espiritual que es el patrimonio de la civilización.

---

(1) El autor escribe en vísperas de los grandes festejos para la celebración de la canonización del nuevo santo ocurrida el 23 de Junio de 1947.

D. M. A. C. T.

# INDICE

Págs.

Prólogo. .... 5

## CAPÍTULO I: DE LA NIÑEZ AL SACERDOCIO.

En torno al hogar — Pequeño apóstol — Estudiante y clérigo — En el seminario de Chieri — En el altar. .. 13

## CAPÍTULO II: MODELO DE SACERDOTE.

La cultura — El espíritu de oración — Compostura externa — Fisonomía moral — En los esparcimientos honestos. .... 31

## CAPÍTULO III: EN LA CATEDRA.

Repetidor del Convictorio — Maestro de moral — Educador de almas — Maestro de sagrada elocuencia. .. 50

## CAPÍTULO IV: CONTRA LOS ERRORES DE SU TIEMPO.

Jansenismo — Suave confianza — Rigorismo — Bondad en el ministerio — Regalismo — Con la Iglesia y con el Papa. .... 68

## CAPÍTULO V: EN EL GOBIERNO DEL CONVICTORIO.

La fundación — La sucesión — Manera de gobernar — Generosidad de padre. .... 88

## CAPÍTULO VI: RENOVADOR DEL CLERO.

Sus precursores — Fuentes de vida espiritual — Desapego del mundo — Espíritu eclesiástico — Celo en el trabajo. .... 106

## CAPÍTULO VII: LAS ALEGRÍAS DEL APOSTOLADO.

En la iglesia de S. Francisco — Con sus alumnos — Con las religiosas — Con las familias — Con la juventud — Con su pueblo natal. .... 128

## CAPÍTULO VIII: EN EL CONFESONARIO.

Legiones de penitentes — Prudencia en la dirección — En la variedad de los casos — En las desolaciones de espíritu — Arrepentimientos y conversiones. .... 153

## CAPÍTULO IX: EN EL PULPITO

La palabra divina — En el santuario de S. Ignacio — Ejercicios al Clero — Ejercicios para los seculares — Ecos y recuerdos. .... 174

CAPÍTULO X: A LA CABECERA  
DE LOS MORIBUNDOS.

Negativas y rechazos — Una pecadora obstinada — Hacia dulce la muerte — Delicadezas para con los enfermos. .... 193

## CAPÍTULO XI: DESDE LA CARCEL AL PATIBULO.

Amigo de los encarcelados — Cómo los conquistaba — El sacerdote de la horca — El general Ramorino. .... 213

## CAPÍTULO XII: CONSEJERO E INSPIRADOR.

Oráculo del laicado y del clero — Cómo aconsejaba a los párrocos — Por las vocaciones eclesiásticas — Cómo favoreció a Don Bosco y a su obra. .... 237

## CAPÍTULO XIII: RESPLANDORES DE SANTIDAD.

Serafín de amor — Devoción a Nuestra Señora —  
Caridad con los pobres — Mortificación de asceta — Hu-  
mildad heroica. .... 260

## CAPÍTULO XIV: UN OCASO SERENO.

Documento precioso — Listo para el viaje — Piedad  
del moribundo — Luto general. .... 279

## CAPÍTULO XV: EN LA GLORIA DE LOS ALTARES.

Veneración de personajes insignes — La voz de Dios  
y la de los 3 Pontífices — Nuevos y estrepitosos mila-  
gros — Pío XII y la apoteosis en S. Pedro. .... 133

Acabóse de imprimir este libro en las  
Escuelas Gráficas del Colegio León XIII  
Obra de Don Bosco  
Dorrego 2112 - Buenos Aires  
30 de octubre  
1948.



SAN JOSE CAFASSO